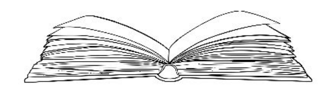



Beatriz Alonso

# EL TALLER
# DE LOS LIBROS DESAHUCIADOS
# DE LA SEÑORITA DIXON



Beatriz Alonso

Título: *El taller de los libros desahuciados de la señorita Dixon*



Primera Edición: septiembre 2024

© Fotografía: Beatriz Alonso
© Diseño de cubierta: Verónica Monroy Romeral
Modelo: Lucía García Alonso

*Dedico esta historia con muchísimo afecto*
*a todos aquellos que se refugian entre las*
*páginas de un libro sin mancharlo de café,*
*subrayarlo con rotuladores fluorescentes*
*o doblarlo por las esquinas para marcar*
*el punto de lectura.*
*A esos también, pero con menos entusiasmo.*

# ÍNDICE

# PRÓLOGO

*Kensington*
*Londres, 1857*

En el número treinta y seis de Thurloe Square, un caballero de excelente reputación y considerable fortuna conversaba con su colega, el doctor Anderson, sobre la salud de su hermano, quien, instalado en el piso superior, bebía ingentes cantidades de alcohol profiriendo a todo pulmón una retahíla de groserías sin sentido.

—Comprendo tu afán protector, amigo mío, pero no puedes ser su niñera eternamente. Lo apropiado sería trasladarlo al campo —aconsejó el doctor Anderson—, a un lugar alejado de Londres, donde las tentaciones y los vicios que le envenenan el espíritu estén fuera de su alcance. Sí, mantengo que un cambio de aires os resultará beneficioso a ambos… porque tú tampoco tienes buen aspecto.

—Sus delirios van en aumento y esa mujer los alimenta en beneficio propio. Se han vuelto inseparables y no podré deshacerme de ella con facilidad. En cuanto a mi apariencia, te aseguro que vigilar cada uno de sus pasos resulta agotador. Temo ir a su encuentro para descubrir en qué nueva y descabellada empresa ha volcado su interés… o su animadversión.

—Si no puedes con ellos, sígueles el juego con precaución. El tratamiento conlleva un tiempo impreciso; no te desmoralices y avísame si necesitas que acuda en tu ayuda.

—Gracias, Anderson. Buscaré un destino según tus indicaciones y te informaré en cuanto haya tomado una decisión.

Se despidieron con afabilidad y el caballero regresó a sus dependencias privadas, donde el mayordomo le entregó una misiva con membrete de urgencia. La leyó con rapidez y, de inmediato, una idea se abrió paso en su mente.

—Una desgracia subsanará otra… —masculló con el rostro demudado por el contenido de la carta.

# I

# EL INCENDIO

*Stirling, 1857*

La noticia del incendio que había destruido un ala de la mansión se extendía por la comarca, desvirtuando o adornando los hechos dependiendo de la habilidad del narrador. Peones y criadas, caballeros y damas de la remota localidad de Stirling hallaron por igual un filón de dimes y diretes sobre la catástrofe acontecida en Lockhill Manor. Sin distinción de clases, cada habitante del pueblo desmenuzaba los pormenores, fueran veraces o no, con cualquiera que se sentase a su mesa, se acodara en la barra de la taberna para tomar una pinta o, simplemente, se detuviese en el almacén de la señora Kippen. La vida en Stirling transcurría tan monótona y adusta como en cualquier villa del campo inglés, sin más novedades que los habituales nacimientos o defunciones, la llegada de la diligencia una vez por semana o la presentación en sociedad —muy de cuando en cuando— de alguna muchacha de buena familia, hechos que se trillaban durante varios días para luego regresar a temas *importantes*, como la inquietud por las cosechas o los terneros que nacerían en primavera.

La señora Kippen, creyéndose en posesión de la verdad sobre las vicisitudes sufridas por sus vecinos, señalaba los motivos causantes del fuego sin que el auditorio de su discurso creyese la mitad de sus palabras, aunque ni un solo oyente se atrevía a contradecirla. Todos sabían que la mujer —al igual que el resto del vecindario— jamás había traspasado el umbral de Lockhill Manor, nunca había entrecruzado media palabra con el señor de la colina y no tenía ni la más remota idea de lo que había sucedido. La comerciante, complacida por la atención que recibía de los clientes habituales, no confesaría ni muerta su ignorancia respecto al origen del incendio. Incluso aquellos que acudían una sola vez al mes para adquirir los suministros más básicos se acercaron a su puerta para escuchar las habladurías. La señora, vendiendo a destajo saquitos de harina y onzas de té barato, y respaldada por su hija Prue —quien asentía con movimientos de una cabeza cuajada de tirabuzones rutilantes—, tan pronto culpaba a las brasas de una chimenea mal protegida como aludía al impacto de un rayo sobre uno de los ventanales, determinando que no sería descabellado pensar que el desastre lo hubiese provocado el mismo lord Chambers, el anciano que vivía cuasi enclaustrado entre las paredes de la casona desde hacía años. Sin duda, en un descuido, el evasivo aristócrata había provocado tamaña

desgracia tras desparramar las ascuas de su pipa sobre una de las alfombras que cubrían los pavimentos marmóreos. Gracias a la indiscreción de alguna criada contratada en alguna ocasión por él mismo, y de la señora Wall, la cocinera de Lockhill, se sabía que el caballero perdía la noción del tiempo inmerso en la lectura de los libros que atestaban la biblioteca mejor abastecida —y polvorienta— en millas a la redonda, y que empleaba un escandaloso número de velas y quinqués para iluminarla. Fatídicamente, esa era la estancia que había ardido como una antorcha.

A la mañana siguiente, y para sorpresa de los moradores de Stirling, el sargento Carpenter precisó —sin que se le moviera ni un pelo del mostacho con las puntas enceradas hacia el cielo— que lord Chambers no había perecido calcinado como la señora Kippen aseveraba con histrionismo: había sido rescatado con un hálito de vida y yacía con gravísimas quemaduras en el camastro de uno de los sanatorios militares que salpicaban el país, habilitados para la recuperación de muchos combatientes retornados de la guerra de Crimea.

El descuido de una lámpara, una chimenea obstruida por un nido de pájaros, un rescoldo mal apagado o una simple chispa podían inducir un fuego y destruir la vida de una familia con celeridad. La distancia que separaba el pueblo de la urbe, donde el Cuerpo de Bomberos se asentaba, impedía la rápida extinción de los incendios. Para sofocarlos antes de que fuese demasiado tarde, Stirling contaba con un grupo de voluntarios y el *carro del agua* dispuesto en un cobertizo abandonado, cuya techumbre derruida permitía recoger el agua de lluvia en numerosos barreños. En muchas ocasiones, la descoordinación e improvisación demoraban la ayuda de estos *bomberos,* cuya buena voluntad era inversamente proporcional a su éxito.

El incendio se había iniciado a altas horas de la madrugada. El caballo enclenque que tiraba del *carro del agua* cruzó el pueblo a la velocidad que le permitieron sus patas. El tintineo de la campana que lo caracterizaba despertó a los vecinos, que se abalanzaron hacia las ventanas para verlo ascender penosamente por el camino de Lockhill. La residencia se hallaba en lo alto de una colina, como si el arquitecto hubiese pretendido imprimirle el carácter de fortaleza inexpugnable. Dos torres flanqueaban la construcción emulando con simpleza a los cientos de castillos erigidos en Inglaterra, y una de ellas acogía la biblioteca en cuestión. Lo cierto es que la subida era complicada, las ruedas del carro se atascaban en un purgatorio de baches enfangados y el animal relinchaba alterado bajo la fusta impaciente. La tardanza en el ascenso y la precariedad de los recursos fueron las razones por la que apenas se pudo salvar la torre, convertida en una hoguera

alimentada por cientos de volúmenes de páginas sedosas o crujientes.

Muchas personas corrieron a prestar ayuda, pero la humareda y el calor que desprendía la biblioteca alcanzaron tal magnitud que poco pudo hacerse, salvo crear una cadena humana para pasarse los cubos de una persona a otra. Horrorizados por su temeridad, observaron desde la distancia cómo el anciano lanzaba desde la balaustrada tantos libros como le era posible para evitar que fuesen pasto de las llamas. El cabecilla de la singular cuadrilla le vociferó que abandonase la estancia, pero lord Chambers hizo oídos sordos hasta que fue demasiado tarde. Un hatajo de hombres se esforzó hasta la extenuación en arrojar agua para evitar que el fuego se propagase al resto de la mansión, mientras otro grupo accedió al interior y sacó al caballero. La sorpresa para los rescatistas fue unánime cuando descubrieron un cuerpo sin vida para el que, desgraciadamente, el auxilio llegó demasiado tarde.

***

—Si no era lord Chambers… ¿se sabe quién es el fallecido? —preguntó molesta la señora Kippen, como si el superviviente la dejase en evidencia por no haberse muerto.

—El señor Dixon, por desgracia —contestó el sargento con acritud. A esas alturas, la identidad de la víctima era de dominio público y desde el suceso las preguntas no variaban—. Y no, señora Kippen, le adelanto que aún no se conoce la razón por la que el maestro se hallaba en Lockhill a esas horas intempestivas. Se formó tal alboroto cuando extrajeron al difunto de entre los escombros que los presentes asumieron que se trataba de lord Chambers, quien en realidad estaba siendo trasladado a toda prisa debido a la gravedad de sus heridas. Resultó un verdadero milagro que sobreviviera al viaje —finalizó tajante y pensativo.

En sus años de servicio, jamás había desviado la mirada por muy terrible que fuesen las circunstancias a las que debiera enfrentarse; sin embargo, esa noche, al contemplar el cuerpo abrasado, no pudo soportarlo: el herido era la estampa del más puro y descarnado dolor. Él mismo ayudó a introducirlo en el carruaje y, justo antes de partir, creyó vislumbrar que el hombre hacía un leve gesto con la mano, pero dado que ningún ser humano podría soportar ese grado de padecimiento sin perder la consciencia, el oficial asumió que se trataba de un movimiento reflejo.

El sargento Carpenter, harto de preguntas, estimó que su deber consistía en aplacar la expectación en la medida de lo posible y se negó a satisfacer la curiosidad morbosa de quienes se cruzaban con él. Se consideraba un hombre de costumbres sencillas y amante de la tranquilidad; no le agradaba ver a sus vecinos tan alterados y anhelaba el regreso a la *normalidad* de aquella pequeña población en

la que nunca sucedía nada. El acontecimiento le había reportado mucho trabajo y se sentía exhausto. Ansiaba regresar a casa con las salchichas que su esposa Meg le había encargado, sentarse en el sillón después de cenar y releer el informe redactado sobre lo sucedido. No era excepcional que el fuego se cebara en algunos hogares debido a las velas, lámparas de aceite o chimeneas desatendidas, pero en casonas del calibre de Lockhill Manor resultaba más infrecuente gracias al celo de un criado destinado a vigilar los distintos focos de calor. Por desgracia, hacía muchos años que Lockhill languidecía en un estado lamentable, abandonada a su suerte y sin los cuidados necesarios para su conservación… y el resultado había sido nefasto. ¿En qué momento permitió el solitario anciano que su casa estuviera a punto de ser devorada por las llamas desde los cimientos al tejado? Tal vez desde que renunció al mundo exterior, vació los establos, vendió sus tierras y despidió a todos los empleados. Nadie conocía las razones que le impulsaron a tomar tan drásticas medidas. Tenía fama de avaro, nunca recibía visitas y mucho menos celebraba reuniones o fiestas. La gente le olvidó o, simplemente, se acostumbró a recordarle como a un excéntrico viejo aislado en su decadente mansión.

—¡Pobre hombre! —exclamó la señora Kippen con afectación mientras envolvía una ristra de embutido en papel de periódico—. Tenemos que lamentar esta desgracia debido a la deplorable falta de servidumbre en Lockhill.

—Mantengo la firme opinión de que las visitas de ese maestro muerto de hambre a un caballero de posición y fortuna como lord Chambers degradaban a este último. Supongo que la senectud les impidió recordar a ambos que ciertas clases sociales no se relacionan entre sí más allá de lo necesario —señaló Prue con una voz edulcorada que enmascaraba el matiz despreciativo de sus palabras. Se moría por conocer la casa de la colina, pero nunca había tenido la oportunidad. Ni ella, ni nadie. La idea de que el desastrado maestro hubiese tenido acceso a Lockhill le ponía de muy mal humor.

Carpenter carraspeó incómodo y la señorita Kippen alzó la mirada. El rubor tiñó ligeramente sus mejillas y comprendió que la joven que acababa de entrar en el almacén había escuchado su discurso. Sus palabras despectivas eran el eco de un comentario reiterado con frecuencia; por lo tanto, ni se planteó la posibilidad de disculparse.

—Señorita Dixon… —el sargento realizó una cortesía—, siento mucho su pérdida. Espero que acuda a mí si necesita ayuda para ultimar los detalles del sepelio.

—Gracias, sargento. Me las arreglaré —replicó la muchacha recién llegada sin desviar la mirada del rostro de Prue. En sus ojos azules fulguraban la indignación y una pena profunda que los dotaba de una expresión indescifrable. Se dirigió a la señora Kippen con un papelito

que depositó encima del mostrador—. Estos son los artículos que necesito adquirir —musitó sin preámbulos.

La vendedora echó un vistazo de soslayo al papel y lo rechazó arrastrándolo lentamente con un dedo hacia la clienta. Cruzó una mirada con su hija y reafirmó su negativa con un gesto de contrición impostada.

—Lo lamento, señorita Dixon, me es imposible continuar fiándole. El débito que el señor Dixon ha dejado acumulado es considerable. Lamento su desdicha, pero comprenderá que preserve mis intereses.

La señora Kippen sonó áspera mientras extraía de un cajón un puñado de notas similares y se lo mostraba a la joven. Tessa Dixon lo miró de hito en hito. No esperaba encontrarse en una situación tan delicada. Sabía que su padre adeudaba dinero en el almacén, pero no imaginó que la cantidad ascendiese a una suma tan elevada. Buscó en su bolsa algunos chelines y los depositó sobre el mostrador con tanta rigidez que el sonido del metal chocando con la madera sobresaltó a la impávida dueña. Prue soltó un gritito de estupor.

—Le abonaré el resto en breve —afirmó desafiante mientras se giraba para salir a toda prisa—. Buenos días, sargento.

Tessa no tenía ni idea de cómo saldar la cuenta, pero el orgullo la indujo a proferir el farol sin titubear. Antes de pisar la calle, pellizcada por la rabia, exclamó en un tono muy poco decoroso:

—¡Leía, señorita Kippen! ¡Mi padre leía para lord Chambers porque el caballero se estaba quedando ciego!

Salió tan rauda del local que no alcanzó a ver la cara de indignación de las Kippen. Mientras se alejaba caminando con ligereza y unas lágrimas de impotencia se deslizaban por sus mejillas, musitó desconsolada:

—Leía durante horas a cambio de una mísera gratificación que le privaba del sueño… aunque se sentía feliz por tener acceso a la extraordinaria colección de Lockhill Manor.

La señora Kippen y su hija se quedaron perplejas por la salida de tono de la desagradecida joven. Sin embargo, se cuidaron de expresar su opinión al advertir el gesto de desaprobación que el sargento les dirigió antes de marcharse sin las salchichas que tanto le gustaban. Esa noche le pediría a su Meg que cocinara cualquier otro plato; de lo contrario, estaba seguro de que se le atragantarían.

***

Thomas Dixon, viudo y con una hija pequeña a su cargo, había recorrido media Inglaterra de pueblo en pueblo en busca de un lugar donde asentarse y, tras años de penurias deambulando de acá para allá, Stirling le había parecido el más adecuado. Hacía ya una década

de su llegada, pero Tessa continuaba sintiéndose como una extraña en aquella parroquia que jamás había tenido consideración hacia ellos; subyugada por la idea de la soledad elegida, ella hubiese optado por vagabundear eternamente.

El pobre hombre no había permitido que su hija se preocupase por la economía doméstica, pero la muchacha, pese a la ingrata sorpresa recibida en el almacén, no era tan ingenua como para ignorar su precaria situación. Siempre habían vivido con estrechez, y hubo épocas en las que llegaron a pasar hambre de verdad. La asignación de maestro era ridícula y provenía de los padres de los alumnos. No hace falta señalar que muchos se abstenían de retribuir unas enseñanzas que consideraban innecesarias. Durante los meses de cosecha los niños dejaban de asistir a la escuela para ayudar en las tareas del campo y los exiguos ingresos desaparecían, obligando al señor Dixon a realizar diversos trabajos para subsistir. Tessa le había visto partir al alba para faenar en la tierra, acarrear leña o limpiar chimeneas, mientras ella se quedaba al cuidado de la casucha que les habían cedido, pues, en principio, el pueblo era responsable de proveer de vivienda al profesor.

En cuanto tuvo edad —conocimientos le sobraban a pesar de no estar titulada—, Tessa convenció a algunas familias para que le permitiesen educar a las niñas más allá de las cuatro reglas básicas. Consideraba injusto que, dada su condición de féminas —y pobres—, estuviesen excluidas de una culturización un poco más exhaustiva. Con su propuesta se armó un gran revuelo en el pueblo y la muchacha mintió con total descaro: sí, además de latín, geografía, escribir y leer, les enseñaría a coser, zurcir, cocinar e incluso les leería pasajes de la Biblia para reforzar la catequesis dominical… Se dijo en aquel momento que ya se devanaría los sesos para hallar la salida de ese atolladero, ¡porque no sabía usar las malditas agujas con una mínima pericia y mucho menos amasar un buen pan! Los Dixon se las habían apañado sin demasiada fanfarria. Si disponían de huevos duros, arenques, tocino, patatas o gachas de avena se daban por satisfechos; cocer pan resultaba un quebradero de cabeza debido a la falta de carbón para alimentar el horno, por lo que habitualmente prescindían de incluirlo en su dieta.

¡Bendita Clarence! Aquella niña de doce o trece años vislumbró el problema de Tessa en la primera hornada, y se ofreció a compartir sus nociones hogareñas con las tres o cuatro niñas que acudían las tardes de los domingos a casa de los Dixon. Entre todas acordaron guardar silencio, convirtiendo la carencia de habilidades domésticas de la maestra en el secreto mejor guardado de Stirling durante algún tiempo. Disfrutaban observando a la joven deslizar la pluma impregnada de tinta sobre el papel, aseverando que, en breve, también

leerían y escribirían con pericia. Tras esforzarse mucho en imitar sus trazos, las alumnas aguardaban con ansia el momento en que Tessa les leía un capítulo de la novela elegida por ellas mismas, ya fuese por su contenido misterioso, aventurero o romántico. Tessa evocó los lamentos que provocaron los desgraciados amores de *Romeo y Julieta,* las risillas nerviosas al escuchar los cuentos de Perrault o cómo se estremecían asustadas con *Los misterios de Udolfo*… Por desgracia, esta había sido la última historia compartida con sus pupilas antes de que su escuela para niñas fuese cancelada. La imaginación desbocada de una de ellas le había provocado pesadillas durante la noche y, finalmente, confesó la causa a la persona menos indicada: Prue Kippen se encargó de difundir las *ideas* que la señorita Dixon inculcaba en los influenciables retoños. Huelga añadir que Tessa fue acusada de corromper sus inocentes mentes y traicionar la confianza de los padres. A partir del fatídico incidente, muchas familias le habían retirado el saludo. También amonestaron duramente al señor Dixon por permitir la conducta engañosa de su hija, y el alcalde y el reverendo revisaron a conciencia el plan de estudios que el maestro impartía.

La hostilidad de Prue Kippen hacia Tessa se había gestado desde el mismo instante en que aquella niña que declamaba a los clásicos con tanto desparpajo llegó al pueblo, atrayendo la atención y simpatía del hijo menor de la familia McDougal. Alistair y Tessa forjaron una amistad inocente que excluía a cualquiera que no gustara de la lectura. Se pasaban las horas muertas recitando poemas, analizando aventuras y recreándolas a su modo. Un día se convertían en piratas y al otro en príncipes del mundo… sin tener en cuenta a Prue, quien estaba *enamorada* en secreto de Alistair y deseaba con fervor participar en su universo imaginario. Culpó a Tessa al verse rechazada por el objeto de su admiración y, en más de una ocasión, regresó llorando al regazo de su madre, quien adquirió por empatía la misma hostilidad hacia quien provocaba tanto sufrimiento en su pequeño tesoro. Hacía años que la familia McDougal se había trasladado a su Escocia natal, dejando a Tessa huérfana de compañero de juegos y a las Kippen complacidas por su soledad.

—¡Mojigatos del demonio! —exclamó Tessa, airada por lo que, a su entender, era un cúmulo de injusticias, al tiempo que abría con ímpetu la puerta de la casa.

La morada dejaba mucho que desear. Se hallaba situada al final de un camino secundario pavimentado con cantos rodados en algunos

tramos y, para llegar hasta allí, debía sortear socavones y algunas aguas estancadas, además del regato que corría paralelo al sendero. Dos plantas bajo una techumbre con goteras en invierno, y un anexo en la parte posterior que había sido un corral de gallinas, constituían su hogar. Ella ocupaba el dormitorio superior, compuesto por una cama pequeña, un bargueño y una mesita con su correspondiente silla. Su padre dormía en la planta inferior, donde un biombo desmañado separaba su camastro de la cocina. En la alacena había pocos enseres —los estrictamente necesarios— y muchos libros, que ocupaban casi toda la casucha. Se hallaban guardados cuidadosamente en baúles situados en los rincones o sobre algunos estantes anclados a las paredes encaladas. La joven sonrió al recordar las palabras de su padre cuando ella, en una ocasión, rezongó por la falta de espacio: «Quien dijo que el saber no ocupa lugar jamás vivió en una casita como la nuestra, hija mía», dijo el hombre mientras retiraba algunos volúmenes de un rincón y los apilaba en otro, formando una columna temeraria para dejar libre un hueco allí donde su hija lo requería. «*Voilà*! ¡Liberado el camino para el hada de los baúles!».

Y ambos rieron, conscientes de que solo era una solución temporal. Ella era el hada de los capítulos, de la tinta, del papel o de cualquier otro elemento relacionado con los libros que se le ocurriese al señor Dixon, a quien la solución de las viejas arcas no convencía mucho por temor a las polillas y termitas.

Nada importaba ya. En el centro de la estancia se hallaba el ataúd, bien cerrado con clavos largos y sórdidos. El ayudante del sepulturero la había prevenido con un gesto significativo de que era mejor así, y ella aceptó el consejo con reticencia. Tessa deseaba con toda su alma que el descanso de la muerte aliviara las penurias terrenales del hombre cariñoso y gentil que había sido su padre, pero, a pesar de no poder ver su cadáver, tenía la intención de velarle y también de caminar tras el féretro hasta el cementerio. Por dicha razón se había dirigido a toda prisa al almacén en busca de algunos cirios y un retal de tela negra para cubrirse la cabeza. ¡Ni eso había conseguido!

Recordó una frase de *Oliver Twist*, una de las novelas que el maestro Dixon atesoraba como oro en paño y que tantas veces había narrado para ella: «Antes habían hablado de esperanza y de consuelos. Hacía mucho tiempo que estos eran desconocidos para ella».

—Pobre madre moribunda la de Oliver… —murmuró con un nudo en la garganta—. Pobre padre mío, que leía ese párrafo con voz trémula haciéndose dueño del dolor que transmitía, consciente de que tampoco había esperanza para él en esta vida miserable: «Tú eres mi consuelo y mi orgullo, hija, da igual lo que digan estos seres de mentes famélicas que nos rodean. Allá ellos si rehúsan enriquecer sus vidas con la adquisición de conocimientos».

Con el eco de sus palabras, recorrió el breve trecho que la separaba del ataúd y descansó una mano sobre la madera cruda de la tapa. Miró a su alrededor buscando algo en concreto. Finalmente lo localizó: el ejemplar ajado de *La bella dama sin piedad,* de John Keats, reposaba bajo un cojín. Tessa no dudó en dirigirse al cobertizo, que hacía las veces de escuela; aferró con decisión un martillo de orejas, regresó al féretro y procedió a extraer los malditos clavos con la ranura de la herramienta. Necesitó emplear toda su fuerza para desencajarlos y, cuando finalmente consiguió liberar la cubierta para depositar el poema sobre el pecho del difunto, emitió un grito tormentoso.

La noche del incendio corrió colina arriba tan aprisa como sus temores se lo permitieron. Llegó jadeante y manifestó al sargento Carpenter que el señor Dixon, habiendo visitado Lockhill, aún no había regresado a casa. Una vez desvelada la identidad del fallecido, el policía le impidió acercarse al lugar donde yacía el cuerpo para evitarle la terrible visión. El resto se tornaba impreciso. Tessa recordaba vagamente súplicas, forcejeos en vano con el sargento y la promesa difusa de que lo trasladarían cuanto antes a su domicilio.

Ahora lo tenía ante ella… El calcinamiento absoluto, la negrura de un rostro sin facciones, el olor a ceniza y la tenue penumbra que invadía la estancia se conjugaron para ofrecerle una imagen atroz que la perseguiría a lo largo de su vida.

# II

# UN ENCUENTRO DESAFORTUNADO

La figura del cadáver carbonizado la impactó como una bofetada a traición. Con el libro de Keats aún apretado contra el pecho, retrocedió dando traspiés hacia la puerta entreabierta, que cedió de par en par precipitándola contra un caballero que se había detenido frente a la casa. El hombre, que iba acompañado de otra persona, la sujetó para evitar que cayese a la zanja fangosa que bordeaba el camino.

—Muchacha, mire por dónde va o dará con sus enaguas en la charca —recriminó con sequedad.

—Oh, Dios mío… Dios mío… —Tessa, conmocionada, no advirtió la presencia del extraño. Tenía la mirada clavada en el interior de la estancia, tratando de asimilar la estampa que horadaba sus retinas.

—¡Cuidado, joven! —reiteró el perjudicado con voz autoritaria tras sufrir un pisotón por parte de Tessa—. Si se conduce de modo tan imprudente, terminará por embestir a alguien como una mula desbocada.

Su ceño expresaba su malestar por el atropello, y soltó a la joven como si temiese contagiarse de su acusado temblor a través de las palmas de las manos. Tessa dio un respingo y lo miró con ojos desorbitados.

—¡Oiga, mulo lo será usted! —profirió con acritud e invadida de angustia.

Poco le importaban los rangos sociales en ese instante y, de no haber entrevisto una mirada reprobadora, de haber sido aquel hombre un simple peón o arriero que por casualidad pasase por allí en el peor momento de su vida, se hubiese derrumbado entre sus brazos para evitar desplomarse en el suelo.

—No te inquietes, De Clegg —dijo el caballero asaltado con un leve matiz de altanería—. Estos atropellos no son habituales en un pueblo pequeño. La vida en el campo es apacible y disfrutarás del aire limpio, aunque, estés donde estés, siempre te ensuciarás las botas. Un día te pisará una muchacha; otro, un caballo. ¡Naderías en comparación con la peligrosidad de las calles londinenses!

Sus palabras iban dirigidas a su acompañante, quien no le prestaba atención. Se había acercado a la entrada de la vivienda para investigar el asunto que tanto sobrecogía a la muchacha.

—¡Cielos, cállate, Oliver! —exclamó con rotundidad acusando un leve temblor—. Ella es a quien buscamos para presentarle nuestro sentido pésame.

—¿La hija del maestro Dixon? —inquirió sorprendido el sujeto, al tiempo que desplazaba su mirada de la casa a la joven.

—¡Diablos, sí! —exclamó Elliot de Clegg, incitándole con un gesto disimulado a aproximarse al umbral.

Oliver Chambers reparó en que su compañero estaba más pálido que de costumbre. En dos zancadas se acercó y echó un vistazo al interior. Tras quedarse paralizado durante unos segundos, se adentró en la morada esgrimiendo el brazo extendido y ordenando a De Clegg que se mantuviese al margen. Tessa estaba tan perturbada que no parpadeó ni cuando cesó el golpeteo del martillo que anclaba de nuevo la tapa del ataúd. En menos de diez minutos Chambers abandonó la vivienda y descansó la mirada sobre la mujer pálida a quien había amonestado.

—¿Está usted loca? No entiendo por qué ha hecho eso... —regañó circunspecto una vez más antes de extraer un pañuelo del bolsillo con el que limpiarse las manos. Permaneció absorto unos instantes y añadió—: Siento su pérdida, señorita. Consuélese pensando que la muerte no deja de ser una circunstancia ordinaria de la vida misma. Cuando se recupere de ánimo, visíteme en Lockhill Manor… creo que le debo los honorarios de su padre.

Sin aguardar un instante más en el lamentable escenario, se marchó seguido por su camarada, quien fue más cortés con Tessa y se despidió con un ligero movimiento de cabeza.

—Será un placer que venga a tomar el té con nosotros, señorita Dixon —carraspeó incómodo el barón de Clegg—. Le ruego disculpe a Chambers. Ha estado demasiado tiempo entre bárbaros y temo que sus modales han sufrido las consecuencias… temporalmente, espero —precisó con una sonrisa nerviosa a modo de excusa—. El sargento Carpenter nos comunicó lo sucedido y consideramos correcto ofrecerle nuestras condolencias.

—Gra… gracias —atinó a contestar ella.

«¿Quiénes son estas personas que me molestan? ¡Ojalá me dejasen en paz!».

Cuando Tessa tomó conciencia de lo sucedido, los extraños ya se alejaban a paso ligero en dirección a la vieja mansión de la colina. Un velo de indignación empañó su dolor y corrió hacia la casa. El trato rudo de Oliver Chambers desvaneció su neblina mental. Dio un portazo y se encerró a cal y canto, constatando con alivio que el ataúd estaba sellado de nuevo. Admitió que el impulso de abrirlo había sido irresponsable, e interiormente agradeció la intervención del intruso, a quien atribuyó algún parentesco con el anciano lord. El resto de la jornada permaneció sentada al lado del féretro con la mirada perdida, sin soltar en ningún momento el libro preferido de su progenitor. Al caer la noche encendió algunos cabos de vela que se consumieron con

rapidez, y la oscuridad inundó la estancia durante las largas horas que duró su vigilia solitaria. Por su cerebro desfiló un torbellino de emociones y recuerdos, entre los que se hallaban aquellos más recientes protagonizados por el insensible cuyas facciones apenas recordaba, aunque sus palabras insultantes y sus aires de superioridad le provocaron una antipatía infinita. El agravio del personaje con las ínfulas propias de su clase se le había grabado en la mente. Se hallaba muy lejos de imaginar que el breve encuentro había causado un efecto similar en el caballero, a quien la macabra escena de la joven descubriendo el cadáver calcinado no se le iba de la cabeza. A altas horas de la madrugada, el rictus de sufrimiento de la señorita Dixon continuaba generando en Oliver Chambers verdadera conmiseración por la pobre desgraciada. Meneó contrariado la cabeza y apuró su copa de *brandy*.

A la mañana siguiente el sepulturero acudió minutos antes de que el reloj marcara las ocho. Tessa, con la cabeza descubierta y el libro de Keats entre las manos, caminó tras el carro que transportaba los restos mortales del señor Dixon hasta el cementerio. Las salpicaduras provocadas por las ruedas pronto dejaron su impronta de barro en la tela de su vestido negro. Se sentía observada desde las ventanas. Algunas personas, deseosas de no perderse detalle, se asomaron a las cancelas para presentar sus respetos al maestro en su último viaje. La joven escuchó murmuraciones en voz tenue acerca de la mala suerte y lo poco ortodoxa que era la comitiva, pero a ella le importaba un bledo cuanto pudiesen pensar o cuchichear.

«¡Sí, camino sola, sin Biblia ni velo que cubra mi rostro! Deleitaos con el espectáculo, miserables. Ya disponéis de cuantiosa miga para vuestros chismorreos durante algún tiempo».

No se percataba de la fuerza con que sujetaba el ejemplar, llegando a doblar una de las esquinas de la cubierta, mientras hacía un esfuerzo descomunal para contener las lágrimas. No les daría el gusto de presenciar su pena, no alimentaría con su desconsuelo las insípidas vidas de los lugareños. Todos ellos, en mayor o menor medida, habían socavado el cometido de su padre en vida y... ¡oh, cómo los despreciaba!

Unos metros antes de traspasar la verja del camposanto, Clarence, la muchacha que le había enseñado a hornear el pan sin chamuscarlo, se acercó a ella con un ramillete de flores que había escondido bajo el delantal; se lo ofreció con timidez y regresó rauda al lado de su madre, quien le atizó un pescozón por su atrevimiento. En Stirling no era apropiado destacar en ningún aspecto, y menos cuando el pueblo al completo observaba.

El sargento Carpenter, como representante de la autoridad, se situó junto a Tessa cuando el reverendo inició un breve responso. La joven depositó sobre el féretro la obra de Keats y el manojo de ranúnculos y guisantes de olor que la niña le había ofrecido, y aguardó con entereza a que la tierra lo acogiese.

—Acompáñeme, señorita Dixon —invitó el sargento un poco azorado—. Mi esposa nos aguarda con la tetera al fuego. Nos complacería mucho ofrecerle un poco de compañía y una bebida caliente antes de que regrese a casa.

—Gracias, sargento, es usted muy amable, pero prefiero retirarme a descansar —respondió la muchacha, a sabiendas de que el ofrecimiento era una formalidad a la que se veía obligado. De hecho, estaba segura de que la señora Carpenter, mujer de naturaleza enfermiza, abrigaba la esperanza de que rehusase la invitación. Si su marido se presentaba con la hija del maestro, tendría que rendir cuentas con pelos y señales de la visita a todo quisque en detrimento de su salud. Lo habitual era que la familia del finado ofreciese el té a los concurrentes y no al contrario, pero Tessa ni se lo planteó. Invitar al sargento sería del todo inapropiado. Además, no recordaba si tenía suficiente té en la despensa.

—La comprendo… —replicó Carpenter, aunque su titubeo continuó al abordar un tema que lo situaba en una posición embarazosa frente a la huérfana Dixon—. Debo comunicarle, muy a mi pesar, que debe buscar otra vivienda donde instalarse. Según establecen las cláusulas de la propiedad comunal del pueblo, la casa pronto pasará a disposición de un nuevo maestro.

Tessa palideció aún más. Con que era eso… No esperaba que se diesen tanta prisa en echarla de su hogar. Aturdida, replicó:

—Empacaré mis pertenencias sin dilación.

—No es necesario que se apresure, dispone de quince días para desalojarla. Lo siento mucho, señorita Dixon —las palabras del sargento sonaron sinceras, y Tessa esbozó una tenue sonrisa.

—Me sobra una semana, sargento, dejaré la casa libre en unos días. Le agradezco su atención, de veras.

Carpenter le dedicó unas palabras compasivas y la dejó a solas para respetar el último adiós de la hija a su padre.

Tras largos minutos, Tessa abandonó el lugar caminando despacio, mascando la amargura de los golpes que la vida le brindaba y pensando en lo sola que se quedaba en el mundo.

Al pasar frente al almacén de las Kippen elevó el mentón y se acomodó el echarpe. Allí estaban la maliciosa señora y la entrometida Prue, adulando a un cliente que abandonaba el comercio precedido

por dos criados que portaban numerosos paquetes de alimentos. La tristeza había privado a Tessa del hambre, pero al entrever por el rabillo del ojo el escaparate donde se exhibían los tarros de conservas junto a un batiburrillo de lazos, guantes y sombrillas, cayó en la cuenta de que no había ingerido nada desde la desdichada noche de Lockhill Manor.

«No recuerdo si queda algo de pan o un pedazo de queso en la despensa. El té se estaba agotando y los arenques también; tal vez me las arregle con un poco de mantequilla, en caso de que ese trozo de pan exista… Saldré adelante; aún no sé cómo, pero no moriré de hambre, padre, lo prometo».

Inmersa en el monólogo silencioso que la ayudaba a mantener la compostura frente a los mirones, destrozada por su pérdida, abatida por el inminente desahucio, hambrienta al pensar en la comida e indignada por la imperturbabilidad de Stirling en general, no distinguió que la persona agasajada por las Kippen era el mismo caballero que la había comparado con una mula el día anterior. El sujeto, tras ordenar al par de criados que cargasen con los víveres, fijó la mirada en ella con interés; se despidió distraídamente de las damas con una cortesía recibida con los pertinentes rubores y partió a lomos de su montura. Prue se percató al instante de quién acaparaba la atención del caballero, y eso la puso de muy mal humor.

Oliver Chambers animó a su caballo a avanzar al paso y se situó detrás de Tessa, quien, al escuchar los cascos del animal, se hizo a un lado para dejar la vía libre.

—¡Señorita Dixon! —llamó.

Ella reconoció al instante la voz autoritaria y un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza. Aligeró el paso cuanto sus fuerzas le permitieron e hizo caso omiso al jinete que, probablemente, utilizaba el mismo tono con sus sirvientes.

«No me detendré para que esta persona me ladre como un perro ovejero a un rebaño desenfrenado… no le daré el gusto, aunque me quede sin aliento».

Oliver hizo un gesto de contrariedad al ser ignorado con deliberación. La vio apresurar la marcha y tropezar al esquivar un charco. Iba muy erguida. Algunos mechones de su cabello oscuro se habían liberado de un discreto recogido y enturbiaban su visión. Contempló el ruedo enfangado de su vestido y el chal deslucido que apenas cubría su estrecha cintura, pero su mirada regresó al cuello nacarado de la mujer que, esbelto e hipnótico, no pasaba desapercibido tras los encajes baratos, simples e indignos de admiración. Oliver Chambers pensó que no había visto algo más bello en toda su vida.

Al sentirse *perseguida,* Tessa no dudó en detenerse y plantarle cara,

pese a que una oscilación inquietante persistía en afectarle las piernas. Perdida la noción del tiempo, la debilidad causada por la inanición de los últimos días le pasaba factura con sigilo.

—¿Qué desea? —inquirió incisiva, sin hacer uso de la cortesía de llamarle caballero.

—Recordarle mi invitación a Lockhill Manor —Chambers echó pie a tierra y se acercó a ella para añadir sin comedimiento—: Esta tarde. Hay un par de asuntos que hemos de tratar sin demora. Insisto en que venga.

—No, gracias, estoy de luto —rechazó la joven con sequedad, puesto que el día anterior no había recibido su *invitación* como tal, sino una orden de carácter innegable—. Ya conoce mis circunstancias y, por muy ordinarias que sean —repitió el comentario despectivo que él había vertido sobre la muerte—, no acudiré a ese lugar aunque la reina misma me espere a la entrada.

Chambers distinguió la ira contenida en sus palabras y la mirada desafiante que le brindaba. Sus facciones demacradas no restaban belleza al rostro suave y ligeramente ovalado de labios jugosos, nariz fina y ojos avasalladoramente azules y expresivos bajo unas cejas que, en ese momento, lucían arqueadas.

—Quizás la muerte sea algo intrascendente para mí y usted me haya malinterpretado, señorita Dixon —replicó con seriedad al tiempo que se descubría la cabeza de su distinguido sombrero.

—¡Oh, no, de ninguna manera! Comprendí cada una de sus palabras a la perfección, señor.

La nota cáustica que imprimió en sus palabras pilló desprevenido a Oliver, quien esbozó media sonrisa al reconocer en ella las agallas suficientes para hablarle de ese modo.

—No acostumbro a enmascarar mis palabras si estoy convencido de mis argumentos y, créame, pocas veces yerro. Le aseguro que la muerte es uno de los acontecimientos más recurrentes, inevitables y simples de la vida misma —la instigó, estudiando cada una de sus facciones y percibiendo cómo la muchacha palidecía y se enervaba aún más.

—Enhorabuena por su omnisciencia. Estoy segura de que citarán su nombre en la ilustre academia de la estupidez —le espetó Tessa sin miramientos.

El enfrentamiento con aquel hombre la estaba poniendo a prueba y se preguntaba qué falta había cometido para sufrir semejante castigo. No obstante, no se dejaría avasallar aunque tuviese que rebajarse a su nivel y a la ofensa fácil que denigraba tanto al que la recibía como al que la emitía. Ella solo quería llegar a casa y llorar a raudales, sin miradas escrutadoras. ¡Por el amor de Dios, regresaba del cementerio!

—Envíeme el salario de mi padre con un criado, es tan

insignificante que ningún sirviente arriesgará su puesto hurtándolo. Con su permiso, tengo mil quehaceres esperando… —se excusó rebajando el tono, pues consideró la posibilidad de que el individuo fuese estólido por naturaleza y de eso nadie tenía culpa. Sin embargo, su intuición le sugería que no era más que un hombre pagado de sí mismo.

Esquivó al caballero y lo dejó atrás con el insulto más grosero que había pronunciado en su vida quemándole la lengua, sin presagiar que la expresión de Chambers se había transformado en una combinación de incredulidad y admiración. Nadie había osado jamás dirigirse a él en ese tono.

Durante el resto de la jornada, las Kippen se encargaron de difundir el lamentable espectáculo que la señorita Dixon había protagonizado.

—¡No podía creer lo que veían mis ojos, sargento! Su descaro llegó al extremo de permitirse ignorar al heredero de lord Chambers, quien se vio en la obligación de presentarle sus respetos debido a que ella caminaba sola, haciéndose notar por el centro de la calle con total falta de recato.

—Me enerva recordar la delicada situación que el caballero manejó con gran entereza cuando ella le dio la espalda. ¡Imagínese! —enfatizó Prue extasiada—. Acudir a Stirling con selectas amistades tras conocer la terrible noticia del incendio, y recibir semejante desplante de una doña nadie. ¡Qué pensará de nuestro pueblo si la hija del maestro se comporta de forma tan maleducada! ¡Qué bochorno! Pensará que todos somos provincianos sin modales —se lamentó, interiormente colérica porque Chambers le había brindado más atención a Tessa que a ella.

—No sufran, estoy seguro de que Stirling sobrellevará las consecuencias de tal audacia y, por supuesto, la reputación de ustedes, señoras mías, se mantendrá intachable y alejada de cualquier conducta reprobable a los ojos de los recién llegados —señaló con desapego el sargento Carpenter, quien escuchaba la disertación de la tendera y de su hija a punto de perder la paciencia—. Y descuiden, los vecinos las conocen al dedillo y defenderán que son ajenas a ese tipo de indiscreciones —finalizó con una nota de ironía que pasó desapercibida para las damas.

Tessa dedicó los días posteriores a deambular por la casa embalando sus pertenencias. Llenó los baúles con tantos libros como cupieron en ellos y comprendió que dejaría atrás muchos ejemplares. Pese a todo, se sorprendió al comprobar que el número de tomos acumulados no se

aproximaba a su estimación, e intuyó que el señor Dixon había vendido una buena cantidad en las épocas de vacas flacas.

—Por supuesto… —musitó, mientras tomaba una taza de té flojo y una de las galletas rancias que reservaba en una caja de latón.

«¡Qué pésima ama de casa soy!», pensó con desaliento. «No imagino cómo nos las hubiéramos compuesto durante los últimos tiempos de no haber recibido las sobras de las cenas que lord Chambers le entregaba a padre».

Se le hizo la boca agua al recordar los restos de cordero, riñones o alubias que el aristócrata solicitaba a la cocinera y jamás consumía por completo. Él mismo había tenido la consideración de ofrecerle al señor Dixon la posibilidad de que *no se echasen a perder* sin que sonase como un agravio. Más de una vez, el anciano insistió en que el señor Dixon se llevara algún dulce para su encantadora niña, a quien no había visto en su vida. «¡Quién sabe las bondades que padre le contaría sobre mí!», pensó Tessa con ternura.

La joven hizo recuento del dinero que el maestro había ahorrado durante toda una vida. Diez libras eran su legado total. Su primera intención fue acudir al almacén de la señora Kippen y hacerse con algunos alimentos, pero descartó la idea de inmediato. En cuanto la mujer echase el ojo al dinero reclamaría el pago de lo adeudado, y Tessa no estaba dispuesta a perderlo. Lo reservaría para comprar un pasaje en la diligencia que se detenía en Stirling con destino a Londres. Sí, estaba decidida a marcharse lejos. No sabía cuánto tiempo podría sobrevivir en la ciudad, donde buscaría un empleo decente y alquilaría un cuarto en alguna pensión barata… ¡No, de ninguna manera iba a acudir al almacén! Tras tomar esta decisión, salió al jardín inhóspito —que en otra época debió ser un huerto y de vez en cuando aún la sorprendía con algún brote comestible— en busca de cualquier verdura silvestre con la que engañar al puchero. De nuevo recordó al pobre Oliver Twist y al malvado señor Bumble, que mataba de hambre al chiquillo. Y, como una cavilación le llevó a otra, también pensó en el Oliver altanero y desdeñoso, el que tendría la despensa llena a rebosar y se había burlado de su dolor… ¡el mismo que la observaba en ese instante hurgando entre las malas hierbas y arrancando con alborozo una zanahoria raquítica!

# III

En cuanto Tessa izó la mirada, el conato de satisfacción por el hallazgo de la hortaliza se diluyó. Allí estaba, erguido como un palo de mayo, con la mirada inquisitiva clavada en ella. Se sintió denigrada al verse descubierta por aquel hombre que presenciaba sus desdichas sin inmutarse. Ocultó a su espalda la zanahoria y se dijo que el muy estirado poseía el don de aparecer en sus peores momentos. No había más que fijarse en su expresión mordaz para saber que había sido testigo de su patético empeño en extraer lo que la tierra del jardín atesoraba. Decidida a no avergonzarse, se sobrepuso al fastidio que le causaba y mostró el trofeo escuálido.

—Bien, así vivimos los pobres de solemnidad, señor Chambers. ¿Algo que objetar a la necesidad?

Oliver se descubrió la cabeza y replicó sin rodeos:

—No ha acudido a Lockhill, señorita Dixon, y me preguntaba por qué razón había desdeñado mi invitación. ¿Acaso no siente curiosidad, o es que está demasiado ocupada… cosechando?

Se acercó a ella, le arrancó la verdura, la arrojó a un lado y estudió con detenimiento la palma de su mano tras aferrarla con energía por la muñeca, de modo que pudo percibir su pulso acelerado.

—No tiene manos de campesina. ¿Qué hace usted ensuciándose las uñas?

—¡Buscar el tesoro de Aladino, no le fastidia! —replicó soliviantada al tiempo que retiraba la mano.

El hombre disimuló una sonrisa y aparentó escandalizarse por su desaire.

—¡Qué lástima, señorita Dixon! Si hubiese visitado Lockhill, habría regresado a casa con una docena de pastelillos que la nueva cocinera había elaborado para la ocasión. A causa de su testarudez, la quejosa señora tuvo que repartirlos entre el servicio. Incluso el perro se comió una buena porción de dulces.

«Así que conoce el arreglo de las sobras y se burla de mí… ¡qué corazón más negro ha de tener para poner en solfa el hambre ajena!».

La palidez de Tessa se acentuó más si cabe. No permitiría que la amedrentase. Pese a que su ánimo se veía mermado por momentos y las piernas le temblaban acusando la falta de alimento, superaría la mortificación que sentía en cuanto el presuntuoso caballero se marchase.

—Si lo que pretende es reprochar los suministros que nos fueron donados, sepa que ni una migaja de pan salió de la propiedad sin el

consentimiento de lord Chambers —atinó a esclarecer con el orgullo lacerado.

—¿Le parezco una persona que contabilice las judías de la despensa? —replicó Oliver, reteniendo la carcajada que pugnaba por brotar de su garganta—. No, señorita, no tengo constancia del acuerdo del que habla, pero conozco las penurias que causa el hambre.

«¿Tan famélica parezco? ¡Cielos, ojalá se marche pronto para poder tomar una taza de té que me temple el espíritu!».

—La clase de persona que sea usted me importa menos que esa zanahoria —señaló una mancha naranja desdibujada en el suelo que, por sorpresa, comenzó a disiparse ante su mirada estupefacta. ¿Qué diantres le ocurría?—. Márchese de aquí, se lo ruego… váyase al cuerno más lejano y déjeme tranquila… —se escuchó a sí misma musitar con vulgaridad.

—Por todos los diablos… —fue lo último que la señorita Dixon alcanzó a escuchar antes de sumergirse en un abismo oscuro.

Tessa se despertó desorientada en un lecho extraño, cálido y suave. Retiró con precipitación las mantas que la cubrían y se sentó en el borde del mullido colchón para averiguar dónde se hallaba. La luz mortecina del invierno penetraba por un gran ventanal e incidía sobre la madera de los muebles que decoraban la estancia, dotándoles de un brillo inusitado que le devolvió su reflejo. El cabello suelto le caía en cascada por la espalda y se alarmó al comprobar que iba ataviada con un camisón de seda, ribeteado de encajes, demasiado audaz y opuesto al que ella utilizaba. Al momento, recordó el altercado que había tenido con el señor Chambers y se sintió mortificada. ¡Se había desmayado derrengada!

—Tessa Dixon, tú no eres una damisela lánguida ni delicada. No pierdes el conocimiento por un par de palabras mal dichas, porque, de ser así, habrías pasado la mitad de tu vida por los suelos —se recriminó enfadada, mientras se estremecía de frío debido a la estúpida prenda que no le proporcionaba ni el más mínimo abrigo. Aferró un cubrecama y se lo pasó por los hombros descubiertos—. ¿Quién se enfunda en esta ridiculez en pleno mes de enero? Solo me faltaba coger un resfriado… ¡Maldita sea mi calavera hueca! —renegó como un marinero a bordo del *Pequod*.

—Entrará en calor si se acerca a la chimenea, señorita Dixon —aconsejó la voz que ya reconocía a la perfección desde el otro extremo de la habitación.

Envarada, Tessa recorrió la amplia estancia hasta dar con él. «Este lugar es tan amplio y gélido que tal parece el mismísimo Versalles. Así deben vivir los reyes… entre lujos, pero congelados».

Chambers se hallaba al fondo, de espaldas al lecho, sentado en un sillón orejero frente a un fuego escaso de troncos, enfrascado con esmero en limpiar y bruñir un arma. Tessa se plantó ante él con las facciones descompuestas.

—Dígame qué hago aquí —exigió cruzando los brazos sobre el pecho, lo que propició que la manta se deslizase a sus pies—. ¿Quién se ha creído que es para tomarse estas libertades conmigo? —se refería a la sedosa camisola, sin advertir que al trasluz de las llamas se ponía de manifiesto su desnudez.

Chambers izó la mirada para enfrentarse a sus reproches, depositó la pistola con cautela en un pequeño cajón, lo cerró con llave, se levantó de la butaca, la imitó cruzando los brazos sobre el pecho y expresó con indolencia:

—Seguir el consejo del barón de Clegg, quien me alentó a conducirme con más sensibilidad. ¿Lo recuerda? Presiento que va a sentirse decepcionado al conocer su desaprobación hacia mis buenas intenciones —el tono pesaroso cargado de ironía le dotaba de un carácter displicente, incluso cuando la miró de arriba abajo con los ojos entornados.

Tessa se sintió indefensa ante el escrutinio. Aun descalza, y percibiendo hasta en el tuétano la frialdad del pavimento, se ruborizó disgustada.

—Agradezco que me auxiliase cuando… cuando yo…

—¿Se desvaneció como una damisela lánguida y delicada? —repitió sus propias palabras para escarnio de la joven, quien cayó en la cuenta de que, con toda probabilidad, también había escuchado su improperio.

Tessa escudriñó su gesto sin hallar rastro de chanza cuando él agregó:

—El doctor le ha diagnosticado una trágica falta de alimento y descanso; por tanto, no es de extrañar que haya dormido durante horas.

—¿Horas? ¿Cuánto tiempo llevo dormida? —inquirió Tessa con un nudo en la garganta.

No quería ni imaginar los chismes que se propagarían por Stirling de saber que se hallaba en semejantes circunstancias en Lockhill Manor. Su reputación, de por sí fustigada gracias a sus *terribles* mentiras del pasado, se vería ferozmente arruinada.

Como si leyese sus pensamientos, Oliver Chambers esclareció la situación desde la contundencia de su posición de superioridad. Por si esto fuera poco, Tessa apreció su considerable altura como una distancia insalvable que le obligaba a elevar la cabeza para encararle y sentirse empequeñecida a un tiempo.

—Ha dormido como un lirón raquítico desde ayer —respondió

Oliver con cierta admiración—. La baronesa de Clegg se hizo cargo de sus necesidades desde el instante en que traspasé las puertas de este lúgubre caserón con usted a cuestas. Lothia ha seguido las recomendaciones del médico permitiéndole dormir cuanto necesitara y, para tal fin, le ha cedido la prenda que usted tanto deplora pese a que le favorece más de lo que imagina.

«¿Soy yo David ante Goliat, una liebre ante un lobo o una campesina ante el rey de Francia? El primero venció al segundo, la liebre escapó por la madriguera, pero la campesina no perdió la cabeza en la guillotina. Podría salir airosa de esta situación tan embarazosa si tan solo dejase de mirarme como un águila hambrienta a un ratón».

Recogió ruborizada la colcha del suelo y se la enroscó alrededor del cuerpo para cubrir sus vergüenzas. Mantener la calma parecía una misión imposible frente al velo oscuro y turbulento que empañaba la mirada de aquel hombre.

La puerta de la cámara chirrió para dar paso a una doncella portando una bandeja con un suculento almuerzo. Tras la criada, una dama de mediana edad, muy elegante y afectada, colmó el ambiente con sus exclamaciones de satisfacción al constatar que Tessa se había despertado.

—Oh, querida, ¡qué preocupados hemos estado! —reprobó Lothia de Clegg acercándose a Tessa—. El doctor aconseja que guardes reposo durante unos días, ¿no es cierto, Oliver? Vamos, niña, sé obediente y regresa al lecho. Yo misma mulliré los almohadones para que te sientas cómoda y desayunes como nunca en tu vida lo habrás hecho.

—Gracias, señora, pero jamás he comido en la cama —se opuso Tessa, sintiéndose alterada con tanta atención.

La dama tiraba de ella con firmeza e intentaba recostarla sobre una montaña de cojines contra su voluntad.

—Pobre pajarillo… —suspiró Lothia de Clegg—. Ahora estás en Lockhill, chiquilla, con la buena dicha de que está abastecida con una profusión de suministros que Oliver en persona se ocupó de concertar. Así que no te inquietes, las despensas no se verán afectadas por destinar una bandeja a la caridad.

Según parloteaba con voz aflautada, la dama tomaba con la punta de los dedos —y perceptible aversión— las almohadas y se las entregaba a la doncella para que hiciese el trabajo que ella simulaba realizar.

—Prefiero prescindir de su filantropía, señores. Devuélvanme mis ropas y regresaré a mi casa sin pérdida de tiempo.

Chambers se mantenía a una distancia prudencial y Lothia arrugó los labios en señal de descontento.

—Hoy pernoctará aquí, señorita Dixon, y mañana, tras exponerle los motivos de mi persistente invitación, podrá marcharse —declaró él sin escuchar sus protestas.

—Te previne, querido, de que no era buena idea tratar a un ser de su procedencia con tanta indulgencia; no aprecia la generosidad que conlleva tu admirable intervención —recriminó la baronesa visiblemente molesta por el empecinamiento de Tessa, que se negaba a acostarse.

—Señora, agradezco la hospitalidad y comprendo que he causado molestias inaceptables. Le aseguro que no entraban dentro de mis planes —rebatió la joven, considerándose insultada una vez más—. Por ese motivo deseo ejercer mi libertad de decisión y partir cuanto antes. Regresaré a donde pertenezco sin dilación.

La baronesa ahogó una exclamación indignada y recogió los faldones de su vestido para salir de la estancia sin mirar atrás. Al pasar junto a Oliver lanzó un último dardo envenenado:

—Eres un incauto, si se acostumbra a la abundancia de comida nunca se marchará y solo te traerá problemas. Ya tienes bastante con lo que lidiar, permite que yo me ocupe de las obras benéficas... No te distraigas demasiado, querido. Elliot y yo te esperamos en el salón.

A Tessa no le pasó desapercibida la caricia indiscreta que Lothia de Clegg deslizó con su mano enjoyada por el antebrazo de Chambers. Él le brindó una cortesía y aguardó a que saliera de la habitación.

—No se sienta ofendida por la intransigencia de Lothia, señorita Dixon. Es una mujer que no mide el alcance de sus palabras.

—Lo comprendo, es un hábito frecuente entre los de *su clase*, señor —vio que una de las cejas del caballero se izaba al espetarle el alfilerazo.

—Se distrajo con usted del tedio que le provoca la estancia en Lockhill como una niña a quien regalan un juguete nuevo. Es inconstante y caprichosa, no está acostumbrada a la limitación social de un paraje como este, tan alejado de los pasatiempos de Londres.

—Eso no le da derecho a menospreciarme, si bien no sé de qué me sorprendo… insultarme y tratarme como a una muñeca a quien adornar con ridículos lazos para pasar el rato es un privilegio malicioso que ustedes habrán disfrutado, como debe ser habitual en sus círculos —repitió—. Sí, es cierto que soy una maestra sin titulación ni derecho a ejercer como tal, pobre como las ratas… y eso me desmoralizaría si no conservara mi dignidad y la riqueza interior que una buena educación me ha proporcionado.

Dejó que las palabras fluyeran como un torrente mientras buscaba sus prendas para huir de allí cuanto antes. Oliver seguía sus pasos erráticos con la mirada impávida y, recordando que ella le había mandado a paseo con muy poca educación antes de desmayarse, dejó

aflorar media sonrisa condescendiente a sus labios. La había amparado con premura apreciando la ligereza de su cuerpo y, tras izarla a su montura con precaución, se sintió perturbado al constatar que el trayecto hasta la mansión de la colina era más breve de lo que hubiese deseado y que, en un santiamén, no la tendría entre sus brazos. Frunció el ceño de forma notoria cuando ese pensamiento regresó a su mente.

—En tal caso, podemos afirmar que es usted más próspera que yo, señorita Dixon, pese a que no tiene a donde ir. Sé de buena tinta que se ha quedado sin hogar y sin medios para subsistir… físicamente.

La pulla fue la gota que colmó la paciencia de Tessa. Sin duda, la noticia de su inminente desalojo se había extendido y de alguna forma él también lo sabía. Se enfrentó a la circunstancia sin pudor, como un gladiador a un león en la arena.

—¡Ese pormenor no es de su incumbencia! —elevó la voz exasperada, pensando que el arrogante heredero llevaba razón: en breve no tendría donde caerse muerta por mucho que las fantasías literarias alimentasen su espíritu.

—No deseo su enemistad ni que me malinterprete —agregó Oliver apaciguador, dándole la espalda y acercándose al ventanal—. Venga, deseo mostrarle algo.

Ella le escrutó con detenimiento por primera vez. Su rostro se reflejaba en el cristal, y Tessa reparó en la mandíbula cuadrada y bien definida que los cuellos elevados de la camisa blanca no lograban ocultar. El cabello castaño se veía salpicado por una abundancia de hebras rebeldes y blancas. Tessa calculó que rondaría la treintena, pero ¿qué sabía ella de hombres? Bien pudiera tener treinta o cuarenta… apenas se había fijado en su aspecto hasta ahora. Con las ofensas e insultos recibidos tenía de sobra para hacerse una idea de su catadura moral. No obstante, admitió que su constitución le dotaba de un porte marcial, imponente y proporcionado, de hombros anchos, torso recio y piernas largas como columnas que acentuaban la firmeza de sus pasos. Oliver viró el rostro hacia la joven a la espera de que se acercase, y sus ojos, bajo unas cejas oscuras y duras, chispearon un color pardo que se oscurecía dependiendo de la luz que recibían; la nariz recta junto con el rictus severo de su boca le conferían un perfil atractivo y dominante que invadía la estancia.

Tessa se aproximó al ventanal a regañadientes. No necesitó otear mucho para reconocer lo que él quería que viese. Dilucidó que se hallaban en la planta superior del edificio, cuya fachada orientada hacia el sur permitía que la luz penetrara en las habitaciones principales para dotar de viveza al papel decorativo de las paredes, estampadas con ramilletes de flores y pájaros petrificados en pleno vuelo. Lockhill Manor era una construcción anchurosa, y distinguió el

color grisáceo de la fachada hasta el margen donde el fuego había reducido a escombros la biblioteca, ubicada en una de las torres que flanqueaban la mansión; la huella de las llamas se hacía patente en la coloración de la piedra oscurecida, similar a una herida abierta y gangrenada. Chambers advirtió cómo la muchacha se estremecía. La visión del escenario donde el señor Dixon había perdido la vida provocó que los ojos de Tessa se anegaran de lágrimas. Su mentón tembló tratando de articular las palabras que se ahogaban en su garganta y odió a Oliver Chambers por su crueldad.

—Siento mucho su pérdida en estas circunstancias, señorita Dixon —expresó él, apuntando a la torre, en un tono que sonó sincero—. Estoy al corriente de que su padre se hallaba al servicio de lord Chambers, mi distinguido abuelo, quien, debido a su estado, es improbable que nos esclarezca lo sucedido esa noche.

—Tal vez una vela… un candil… —musitó Tessa sin disimular la profunda tristeza que la embargaba—. Siéntase agradecido porque lord Chambers conserve la vida.

—Sí, el anciano goza de una fortaleza inusual para su edad. Ha tenido una suerte extraordinaria —su semblante sombrío no acompañaba a unas palabras que debían reflejar alivio.

La joven miró el paisaje desolador. La avenida ascendente de tilos, desnudados por un invierno más crudo de lo habitual, concluía en la entrada de hierro forjado de la propiedad rodeada de una zona boscosa; el jardín de azaleas y narcisos aparecía pisoteado por la multitud la noche del incendio, y el estanque embarrado, cerca de la pajarera silenciosa, se asemejaba a una ciénaga maloliente. Supuso con acierto que el depósito de agua se hallaba vacío, pero a ella le importaba un bledo la carencia de pavos reales, urogallos o cualquier otro trance que afectara a Lockhill Manor. Inmersa en sus propias sombras, solo tenía ojos para la torre. De improviso, un sentimiento desconocido la indujo a proferir con inquina:

—Difiere mucho de lo que anhelaba heredar, ¿verdad? Por su tono, resulta evidente que no siente ni padece por su abuelo… pero yo me alegro de que sobreviviera, aunque es innegable que los buitres le sobrevuelan. Espero que el ruinoso aspecto de la propiedad no le desanime, señor Chambers, pero vaya preparando sus arcas porque necesitará realizar una fuerte inversión para rehabilitar la torre.

—¿Me insulta, señorita Dixon? —Oliver estaba a pocos centímetros de ella y la asió de un brazo con suavidad. Él sí reconocía la sed de venganza que albergaba esa joven pálida que se asemejaba a un junco frágil. También sabía que los juncos no resultaban fáciles de abatir por muy violentas que azotaran las tempestades y que sus raíces se aferraban al sustrato con fiereza.

—Tómelo como una muestra de la debilidad moral que padecemos

los de *mi* clase. Al contrario que ustedes, no tergiversamos las palabras —espetó Tessa con frialdad, consciente de que no era cierto. Conocía la hipocresía de primera mano: con solo poner un pie en Stirling la recibiría a raudales.

Chambers adoptó una actitud condescendiente. La rebelde no se mordía la lengua, y saboreó en silencio el reto que suponía tratar con aquella criatura tan bella… y herida. Hizo a un lado la fascinación que le producía ese ser tan delicado como recio y replicó contundente.

—No me importa en absoluto Lockhill Manor. De hecho, lamento que el fuego no la devorase hasta los cimientos, señorita Dixon. Mi presencia aquí se debe a que tengo la esperanza de que Elliot de Clegg se establezca en la finca en cuanto el anciano fallezca. Espero que mi declaración sea lo bastante franca para usted, Tessa… —dejó que sus dedos se deslizaran por el brazo de la muchacha hasta su muñeca en un gesto que trataba de ser consolador, pero a Tessa le recordó la caricia que la baronesa le había dedicado a él. La joven experimentó una mezcla de repugnancia y ahogo con el contacto. Estremecida, se hizo a un lado. Su instinto la previno. Oliver Chambers era peligroso. Lo intuyó por el brillo de su mirada, y una nueva sacudida de aprensión recorrió su espina dorsal.

—No me interesan sus confidencias, señor.

—Lord Chambers desea regresar; es su voluntad finalizar sus días en Lockhill Manor. Ha insistido en que usted desempeñe la labor que hacía su padre, y se ha mostrado tajante al respecto. Si no se cumplen sus deseos, yo no heredaré esta maldita casa y, como supondrá, mis expectativas se verán truncadas —expuso conciso y muy serio—. El hospital donde se encuentra está desbordado por el retorno incesante de soldados heridos en Crimea, no disponen de personal al servicio de un solo paciente y los médicos, que han hecho cuanto está en sus manos para mitigar su sufrimiento, están de acuerdo en que retorne. Si acepta mi propuesta, usted estipulará su salario, vivirá aquí mientras el enfermo aguante y, cuando fallezca, le entregaré mil libras que le permitirán reanudar su vida sin estrecheces. No necesitará hurgar en el huerto nunca más… ¿Se ve con fuerzas para afrontar esta oferta? Si la rechaza, le abonaré lo que se le debía a su padre. Aventurándome mucho a creer en la generosidad de mi abuelo… ¿cuánto?, ¿diez chelines y cuatro peniques?

Tessa escuchó la proposición con tanto asombro que no se le ocurrió una objeción coherente que presentar. Tras unos instantes de silencio, abrió la boca y se escuchó vacilar con simpleza:

—Lo pensaré… —su mirada buscó la del hombre con la intención de averiguar si se burlaba de ella. Hubiese preferido hallar algún rastro de mofa, porque el relampagueo que advirtió en sus retinas no contenía atisbo de chanza.

—La dejaré a solas para que desayune sosegada. No sea orgullosa y, por su bien, obedezca al doctor; tómese el día para descansar y estudiar mi ofrecimiento. Comuníqueme su decisión mañana, Tessa —se abstuvo de usar su apellido. A ella, su nombre le sonó distinto cuando Chambers lo pronunció. Existía en su voz un matiz de intimidad que la azoraba.

A punto de abandonar la habitación, Oliver adivinó que no acataría la recomendación del médico. La tomó en volandas y la depositó sobre la cama para añadir contundente:

—Pese a lo que sostiene la baronesa, yo no realizo actos de caridad ni me divierto con las penurias ajenas, señorita *cabezota* —le dedicó el apelativo de un modo natural, con una familiaridad jocosa, casi tierna.

En esta ocasión, Tessa no halló fuerzas para oponerse a permanecer en el lecho. Percibió la tensión de sus antebrazos a través de la fina tela y la delicadeza que utilizó para acomodarla. Él sí ahuecó un par de cojines y la obligó a recostarse para arroparla con la sábana hasta la altura del pecho, donde sus senos parecían horadar el ridículo camisón. La muchacha jamás concebiría la fuerza de voluntad que Oliver empleó para desviar los ojos de su cuerpo.

—¡Una libra y cuatro peniques! —exclamó Tessa sin reparos—. Esa es la cantidad que se le adeuda a mi difunto padre.

—Bien, mañana le pagaré esa cantidad —replicó Oliver deleitado.

Hubiese dado su fortuna por quedarse en la estancia y disfrutar del coraje de la muchacha. Le agradaba su entereza, su valor. Tal vez demasiado. Abandonó la estancia con ideas muy poco caballerosas rondando por su cabeza y fue al encuentro de una compañía que le agradaba muchísimo menos.

# IV

# UNA DECISIÓN ARRIESGADA

—¡Es un disparate, un alarde de poder, una exhibición de superioridad! ¿Cómo es posible que me sugiera tal insensatez? ¡Ni que yo fuera una raspamonedas! —hilaba resentida, enfundada en su vestido negro de lanilla sin hacer caso a la recomendación de almorzar acostada—. ¡Mil libras! Está loco…

Deambuló sulfurada por la estancia dándole vueltas a la proposición que, en principio, la había dejado petrificada. Se acercó a la ventana un sinfín de veces y, otras tantas, se retiró con el semblante descompuesto, a punto de echarse a llorar. La bandeja de comida continuaba incitante sobre la mesita de servicio y se le hizo la boca agua. No dudó en servirse una taza de té que, aun gélido, tomó con abundante azúcar y un emparedado de jamón. Tampoco se resistió a probar una empanada rellena de carne y verduras. «El perro está bien alimentado, no necesita esto más que yo. De hecho, no creo que exista ese perro», se justificó, pues el recuerdo de las palabras corrosivas de la baronesa de Clegg le otorgaba a cada bocado un sabor amargo. «Una bandeja destinada a la caridad… estarán orgullosos del sacrificio, ¡cruzarán triunfales las puertas del cielo!».

Así, entre famélica y enfadada consigo misma, concluyó el desayuno, que la reconfortó más de lo que hubiese deseado. Con el estómago saciado, una sucesión de ideas pragmáticas se abrió paso en su cerebro atormentado por el futuro incierto que le aguardaba.

«La idea de disponer de techo y comida a corto plazo es tentadora. No sé cuánto tiempo resistiré en Londres con diez libras y, si no es un embuste, las mil que *él* ha mencionado representarían mi salvación. Quizás deba tragarme el orgullo y aceptar… quizás esta persona se marche y solo regrese para enterrar al anciano y cerrar la venta o el alquiler de Lockhill Manor con ese otro caballero».

La tensión se apoderó de la joven en el instante en que su raciocinio inclinó la balanza hacia su permanencia en la casa de la colina. Todos los *tal vez* y *quizás* desaparecieron. Notó que le faltaba el aire y, dado que no era una prisionera y se sentía con fuerzas tras el copioso desayuno, decidió salir a respirar. Tomó su viejo chal y abandonó la estancia con la esperanza de no cruzarse con nadie en el camino. Guiada por la lógica, descendió deprisa las escaleras y cruzó el vestíbulo para salir de la mansión que, a pesar de lucir limpia, aún desprendía un fuerte tufo a humo. Una vez hubo rebasado el jardín frontal, se encaminó hacia la torre incendiada y se detuvo para contemplar la catástrofe. La cantidad de material combustible que

albergaba la biblioteca ayudó a que la techumbre, los ventanales y algunas zonas del piso fueran consumidos con rapidez por las llamas. Los muros desnudos y ennegrecidos ofrecían una perspectiva obscena y decadente que se transmitía al resto de la casa. Desvió la mirada y aspiró una profunda bocanada de aire para apaciguar la angustia. Los pies se le entumecieron debido a la cruda temperatura y la acometió una sacudida de viento gélido. Al bajar la mirada reparó en que estaba sumergida hasta los tobillos en un charco de lodo frío como la misma muerte; sin embargo, algo más allá de sus pies atrajo su atención. Un libro medio deshojado sobresalía del barro al igual que una flor que quisiera brotar fuera de temporada —sin fuerza, lánguida y moribunda— antes de recibir los primeros rayos de sol que le darían la vida. Se inclinó y lo extrajo con cuidado de su enterramiento, pero estaba demasiado empapado y se le escurrió, quedándose con un retazo de papel rasgado y sucio entre los dedos.

—Pasear por esta zona del jardín solo conseguirá intensificar su aflicción y ensuciar su vestido, señorita Dixon. La visión es horrible.

La advertencia de Elliot de Clegg no contenía reproche. Tessa se sorprendió al verle a unos metros de ella en mangas de camisa, con el pelo alborotado, un poco sudoroso y sonriente.

«¿Qué le resultará horrible? ¿La torre destruida o el barro en mis pies?», especuló a la defensiva.

El joven le dedicó una mirada afable. Mostraba el aspecto de un jovenzuelo despreocupado deambulando por los alrededores para contemplar el paisaje, y Tessa desechó que albergase ánimo de ofenderla.

—Siento tener que regañarla —continuó el barón con amabilidad —, e insisto en que debe cuidarse, tal como Oliver ha determinado enérgicamente.

—Perdone la intromisión en su paseo —replicó resuelta—. No me considero cautiva de su amigo y, si le soy sincera, sin restarle mi gratitud por auxiliarme en un momento de debilidad, me importa poco lo que él opine.

«En realidad, las ocasiones en las que me ha socorrido han sido dos, y maldita la gracia que me hace deberle favores», caviló en silencio. Chambers había cerrado el ataúd del señor Dixon y, posteriormente, la había recogido antes de dar con las narices en el suelo.

—Debería seguir sus consejos, no existe un médico más capacitado que él para dictaminar los males que nos aquejan —De Clegg sonrió benévolo ante la expresión de pasmo que reflejó la cara de la joven.

—¿El señor Chambers es médico? ¿*Él* me atendió tras acarrearme desfallecida como una tonta? —repitió anonadada, recordando que Oliver se había abstenido de proporcionarle dicha información

mencionando al doctor en tercera persona.

«¡Maldita sea mi calavera hueca! No quiero deberle nada, y ahora he de sumar su atención sanitaria al ofrecimiento de empleo y demás favores… ¡Detestable gallo encrestado! ¡Debo recordarle a un cachorro de gato tirado al río dentro de un saco lleno de piedras! Creerá que ha llegado para rescatarme y dormirá satisfecho con su buena obra de la temporada…».

—Sí, señorita Dixon, uno de los mejores. Oliver Chambers fue la salvación de muchos hombres en el frente; doy fe de ello, dado que yo mismo he sido beneficiario de su cuidado profesional —Elliot se expresó con la mirada perdida en algún recuerdo ingrato, pues su rostro se mudó en una máscara errática durante unos segundos.

Tessa hizo a un lado el fastidio y las preguntas que se agolpaban en su mente y se fijó en que De Clegg tenía a su lado un recipiente de madera. Este se disculpó.

—Espero que no se escandalice por descubrirme en esta tesitura —se refería a las manchas de su vestimenta—. *Mi médico* ha prescrito que me vendría bien realizar un poco de actividad física —le guiñó un ojo haciéndole participe de la broma y Tessa observó que recuperaba un tono jovial y agradable. A primera vista, parecía un hombre amable y educado, con una sonrisa bonita y una expresión honesta en la mirada. Tessa también le agradecía su mediación el día en que se le ocurrió la mala idea de abrir el ataúd del señor Dixon.

—Mire —prosiguió el barón—, el parterre situado bajo la torre está sembrado de libros. Espero que el simple hecho de inclinarme a recogerlos satisfaga la demanda de ejercicio de Oliver y, en confianza, le juro que mis riñones ya acusan tanta subida y bajada —rio jocoso—. ¡Tendría que haber visto las caras de los criados! Les he despachado sin miramientos cuando se han ofrecido a realizar esta tarea. En palabras del mayordomo, retirar la basura es una actividad impropia para personas de mi rango.

Tessa hizo oídos sordos a la referencia de clase; de un modo u otro, le dejaban diáfana su posición de *amparada por caridad*. «¡Cómo si fuera a olvidarme!», estuvo a punto de gritar.

Se asomó al barril con curiosidad y vio que contenía una amalgama de libros estropeados, rotos, mojados… todos inservibles, y se le partió el corazón. Miró el trozo de papel que aún sujetaba entre los dedos y entrevió el nombre de *Eneas* en una de las líneas difícilmente legibles.

«La obra de Virgilio destruida, como él mismo solicitó al emperador de Roma antes de morir… gracias a Dios, y a que Augusto se opuso, hemos podido disfrutar de su escrito. Paradójicamente, el autor ha visto hoy cumplida su voluntad», pensó con pena, al tiempo que depositaba los restos de *La Eneida* en el interior de la barrica.

—¡Buena chica! —la felicitó condescendiente el barón de Clegg.

Al constatar que a Tessa no le importaba ensuciarse las manos, la conminó a acompañarle en su especial recolección por la parcela. Había un buen número de ejemplares diseminados alrededor de la biblioteca y la muchacha se puso manos a la obra. En varios momentos hubo de ahuyentar de su mente la imagen de una bandada de palomas desplumadas, muertas.

—¡Oh, mire, señor, aquí hay bastantes que aún pueden preservarse! —exclamó al descubrir algunos libros que solo habían sufrido dobleces y algún que otro rasgón al ser arrojados desde la balaustrada.

—¡Fantástico, señorita Dixon! —aplaudió Elliot acercándose para examinar su estado—. Está siendo una gran ayudante de campo.

Con un cúmulo de libros en los brazos, Tessa apenas veía más allá de sus narices. El peso era considerable y buscó un espacio libre de lodo para depositarlos.

—Por favor, señor de Clegg, tome mi chal y extiéndalo ahí mismo, sobre ese fragmento de zócalo desprendido de la cornisa.

El joven aristócrata, entretenido por el entusiasmo que la muchacha manifestaba, no se hizo de rogar. La despojó de la prenda con delicadeza y siguió sus indicaciones sin presentar objeciones. Tessa colocó los libros encima de la improvisada plataforma y procedió a examinarlos.

—¡Tenemos a *Ivanhoe*! —profirió, pasando sin escrúpulos la manga de su vestido por una de las cubiertas.

Elliot la imitó e inspeccionó algunos de los volúmenes tras limpiarlos con los faldones de su camisa.

—¿Cree usted que *El paraíso perdido*, de John Milton, merece la pena? —le preguntó con interés.

—¡Todos los que hayan escapado del infierno merecen la pena! —enfatizó ella—. Mire, aquí han sobrevivido de milagro Francis Bacon, los poemas de Margaret Cavendish y una de las obras de Shakespeare, en la que expresa con tino: «Cuando viene la desgracia, nunca llega sola, sino a batallones». Espero que el Bardo no esté en lo cierto —añadió circunspecta.

Presa de la emoción, como si se reencontrara con viejos conocidos, Tessa enumeró algunos autores y títulos más, deseando también que las palabras del *Hamlet* rescatado no representaran un mal presagio. Por su parte, Elliot de Clegg le siguió la corriente y proclamó regocijado sus hallazgos aguardando el gesto de parabién que ella realizaba con cada uno de ellos.

—¿Considera a Lord Byron merecedor del perdón de las llamas?

—Sin duda, pese a quien le pese… —sonrió ella, limpiando el verdín de un ejemplar de *Evelina*, una de las obras de Frances Burney.

Enfrascados como estaban en los hallazgos de decenas de obras desperdigadas no se percataron de la llegada de Oliver y Lothia. Ambos presenciaban con asombro el inusitado alborozo provocado por los libros desparramados, y la baronesa, que se aferraba al brazo del joven con los ojos como platos, se llevó un pañuelo a la nariz en gesto de repulsa. A la luz del día, los cosméticos que se aplicaba apenas disimulaban su curtida madurez, pero Tessa hubo de reconocer que poseía una belleza singular, resaltada por una esbelta figura y los diversos adornos que exhibía para derivar la atención hacia ellos.

—Por favor, querido… ¿qué insensatez es esta? —preguntó la dama a su hijo con rigidez—. Mírate, Elliot, pareces un pordiosero de los que merodean por las orillas del Támesis.

De Clegg no se inmutó ante la recriminación, sino que lanzó una carcajada sonora. Tessa estaba avergonzada. Asumió que su vestido rociado de manchurrones, la cara, las manos tiznadas y el pelo sin una horquilla que lo domara, también le daban aspecto de vagabunda de las riberas del río.

—No te inquietes, madre. He pasado un rato estupendo en compañía de la señorita Dixon, quien se ha erigido en bienhechora de los libros desahuciados. Respecto a mis fachas, tendrías que haberme visto en las trincheras, cubierto de lodo y sangre de los muertos… comparado con entonces, hoy parezco un duque en día de montería.

Oliver miró a Tessa de arriba abajo. Su semblante retraído reflejó a las claras su desaprobación, y un destello de preocupación veló su gesto.

—Señorita Dixon, no entiendo que se exponga a esta temperatura. Podría enfermar.

—Señor Chambers, *doctor* —dijo Tessa haciendo hincapié en la palabra e ignorando el reproche—, hay muchos libros desperdigados por el entorno que aún son útiles y valiosos.

Oliver miró la pila que habían formado con los libros recobrados y chasqueó la lengua con escepticismo.

—¿De veras? Solo veo despojos por los alrededores y a usted desabrigada. Deposítelos en el recipiente para residuos. No regresarán a los estantes de esta casa —afirmó—. Nunca he sido un lector ejemplar y, en un futuro cercano, Lockhill prescindirá de la biblioteca como tal.

—Pero… si los hacinamos en ese cubo se perderán para siempre —protestó confusa la muchacha—. ¿No entiende que son verdaderos tesoros que se han salvado de milagro?

—Cuando nos traslademos aquí —intervino autoritaria la baronesa—, deseo rehabilitar la torre como salón de baile. Tengo la intención de convertirla en la estancia más singular de la comarca y los libros no

formarán parte de la decoración, muchacha.

—¿Qué va a ser de ellos? ¡Aún contienen mucha vida entre sus páginas! Se merecen una oportunidad.

—¿Vida? —Oliver exhibió una sonrisa cáustica, como si la ocurrencia de Tessa fuese descabellada—. Yo diría que solo están repletos de palabras arruinadas. Ordenaré a un criado que encienda una hoguera con ellos y de ese modo consumarán su destino.

—¡Sería una atrocidad mayúscula! —increpó Tessa. Alarmada, buscó el apoyo del barón, pero Elliot se mostró indiferente—. Señor, dígale a su amigo que no puede destruirlos.

—Señorita Dixon, ha sido un placer compartir con usted esta aventura matutina, pero estoy exhausto y ahora… un poco aburrido. Mi único anhelo es darme un baño y tumbarme un rato —el caballero no parecía el mismo con el que minutos antes había compartido unos instantes de satisfacción. Sus ojos evadían el contacto directo y se frotaba la camisa con insistencia tratando de eliminar los estragos de la faena.

—Por favor… —insistió Tessa con un nudo en la garganta.

—Reconozca que están hechos un asco —respondió Elliot encogiéndose de hombros. Con la misma indiferencia, les dio la espalda y caminó hacia la casa. Antes de traspasar la entrada exclamó a voz en grito—: ¡Quémalos todos, Oliver, que no quede ni un renglón de tinta sin voraz llamarada!

Tessa Dixon no entendía nada en absoluto. Observó incrédula la retirada del joven, preguntándose el motivo de su entusiasmo inicial para terminar despreciando cuanto habían recuperado.

Oliver conminó a Lothia a ir tras él.

—Ve con él y procura que permanezca sereno —ordenó a la dama, quien se mostró enfurruñada.

—Se le pasará... —rezongó ella ante la perspectiva de seguir a su hijo y dejar a Oliver a solas con la *mendiga*.

—Asegúrate de que se toma la medicina en lugar del oporto, Lothia, o todos sufriremos las consecuencias —Oliver se mostró firme y no le permitió rebatir su recomendación. Sus palabras casi parecían una amenaza.

—Como tú digas… No sé por qué te empeñas en buscar milagros donde no existe ni la solución más simple —objetó enigmática mientras se marchaba.

Tessa la vio alejarse reacia por el sendero, aventando el vestido de muselina con brío. Se notaba a leguas el malestar que le producía abandonar a su anfitrión, a quien parecía apreciar en exceso. Antes de marcharse, la baronesa le había dirigido una mirada turbia, a medio camino entre el desprecio y los celos.

Oliver, visiblemente contrariado, esperó a que la dama se alejara y

reprendió a Tessa.

—Su constitución debilitada se agravará con la humedad y este maldito frío. No debió salir. Le pido que me acompañe al interior y se olvide de esta suciedad.

—Yo también debo regresar a mi casa —dijo Tessa con determinación, sorteando su reconvención—. He de terminar de empacar mis enseres. Aprecio enormemente su ayuda, doctor Chambers.

«¡Esta debilucha se larga a la velocidad de un podenco con siete patas!».

—¡Cómo! ¿Se va? ¿Me deja sin aceptar mi propuesta? —la aferró enojado por el brazo.

—¡Cómo voy a quedarme aquí! —profirió ella librándose de la sujeción.

—¿Por qué no ha de hacerlo? Es un buen arreglo. ¡Tal vez quiera más dinero! Ha visto la oportunidad y…

—¡Quédese con su maldito dinero! —le cortó ofendida—. Me voy porque me ha humillado riéndose de mí y despreciando aquello que más amo en el mundo… —vaciló, buscando en su mente los argumentos exactos— y ocultando a qué se dedica y… ¡no permaneceré pasmada viendo cómo arden más libros en esta casa! —estalló con la verdad, tratando de contener el temperamento.

—He mentido por omisión y, créame, no la desprecio —la asió de nuevo y tiró de ella para mascullar muy cerca de su rostro—: No quise avergonzarla revelándole que fui yo quien la despojó de sus harapos para acostarla en mi cama… que examiné con temor por su vida a la muerta de hambre que yacía famélica en mi lecho. No se alarme, la he tratado como el profesional que soy ante la inmaculada joven que usted es, pese a su mal genio.

—¡Por Dios, qué descaro tiene al hablarme así! —se apartó de la mano que insistía en retenerla.

—Soy médico, no disfrazo mis palabras.

—Ni las suaviza, por lo que oigo.

—No tengo costumbre.

—Trágueselas, no quiero escuchar ni una más. Allá usted con su conciencia.

Caminó unos metros para alejarse de él.

—¡Quédese a mi lado, Tessa! —pidió vehemente.

—Hay muchas personas en la comarca que saben leer y que estarían agradecidas de aceptar el trabajo que me brinda. ¡Por mil libras harán cola en la entrada de Lockhill! ¿Por qué tanto empeño en que me quede?

—Porque necesito su candidez... —susurró de modo inaudible para ella. Sin embargo, su respuesta fue más concisa—. Se lo dije, es usted

a quien mi abuelo solicita. En unos días organizaré su traslado a Lockhill y, por alguna razón que desconozco, la quiere a su lado.

Tessa apreció cierto tono de súplica y distinguió en su gesto una inquietud desconocida. En ese momento, la hija del maestro recobró la fuerza que durante toda su vida la había empujado a luchar para salir adelante. Regresó con paso firme hasta él y le asestó golpecitos comedidos en el pecho con el lomo de uno de los libros arruinados, ensuciando su camisa al tiempo que sus ojos chispeaban de furia.

—¡Me quedaré si deja que recupere esto! Prometa que dispondré de un espacio donde restaurar tantos libros como me sea posible y que no se inmiscuirá en esta empresa que el destino ha interpuesto en mi camino —manifestó con la firmeza que la contención del llanto le permitía—. Me servirá cualquier cuarto vacío en el ala de los criados. Deme su palabra y me quedaré.

Oliver no se defendió del embate, simplemente extrajo un pañuelo de su bolsillo y, cuando Tessa cesó de arremeter contra él, la atrajo con suavidad y procedió a limpiarle una pizca de barro en uno de sus pómulos. Observó con detalle sus facciones lívidas y asintió, acariciando el contorno de su cara con las yemas de los dedos índice y corazón.

—Se lo juro... —replicó con la voz estrangulada en tono misterioso —. Quédese y rescate lo que pueda ser salvado.

Al notar la delicadeza con la que él la adecentaba, Tessa no pudo más y dejó que las emociones contenidas hasta ese instante la desbordaran. El llanto surgió quedo, desesperado; la soledad repentina la devastaba. Echaba tanto de menos al señor Dixon… Trató de ocultar cualquier atisbo de la debilidad que hacía mella en su espíritu, pero Oliver la atrajo hacia sí y la abrazó sin moderación.

—Llora, muchacha, llora cuanto necesites —musitó absorto en las madejas oscuras de su cabello.

Ella, vencida por la adversidad, descansó la cabeza contra su pecho y dejó que la pena rebasara el límite de lo personal. Nadie la había consolado ni dirigido una palabra de aliento, y el nudo que mantenía apretado en el alma se aflojó a medida que aumentaron sus sollozos. Oliver acarició su perfil con la sutileza de quien descubre las alas de una mariposa por primera vez, se inclinó hacia ella y buscó silenciar su llanto. La besó con ternura, lentamente, saboreándola. Se deslizó en su boca y se produjo un encuentro que la estremeció. Ese contacto íntimo, atrevido, cruzaba todas las barreras moralmente aceptables. Tras unos segundos abandonada a sus emociones se separó de Chambers lacrimosa y sumamente turbada e iracunda.

—Aceptaré el puesto, pero… le ruego que *esto* no se repita —atinó a balbucir.

—Discúlpeme, no volveré a robar sus besos —aceptó él sin gran

convicción—… a menos que me lo pida.

—¡Entonces, medirá su presunción con mi voluntad, señor!

Reaccionaba a lo sucedido con pudor, escandalizada. Era la primera vez que un hombre la besaba, y ni en sus fantasías más íntimas había imaginado que sucediera de ese modo.

—Retírese a descansar, mañana concretaremos cuanto necesite Sospecho que alguna ropa de abrigo le vendrá bien, está helada —Tessa le vio despojarse de la levita para pasársela a ella por los hombros. Sin soltar los cuellos de la prenda, la atrajo hacia él. Apenas un roce de sus labios bastó para que la joven apresada cerrara los ojos. Cuando los abrió, Oliver la contemplaba con una sonrisa plácida.

—Bienvenida a Lockhill, señorita Dixon.

—No me estableceré en su habitación —Tessa recordó que los aposentos donde se había recuperado eran los que él ocupaba, *su lecho*. «No vaya a pensar que estoy tan desesperada como para servirle de entretenimiento *ahí*. Prefiero morir de hambre o mendigar a la puerta de la iglesia».

—He ordenado que te preparen una estancia. Los criados ya han trasladado tus pertenencias y puedes instalarte de inmediato, Tessa —la tuteó sin más.

—Estaba muy seguro de que me quedaría. ¿Y si cambio de opinión?

—Encenderé esa hoguera que tratas de evitar —fanfarroneó con una sonrisa provocadora—. Las circunstancias de la muerte de tu padre convierten a los Chambers en responsables de que estés sola, y no deseo añadir una carga más a mi maltrecha conciencia. Sensata como intuyo que eres, aceptarás que es la opción más conveniente —añadió enigmático.

Tessa le miró con desconfianza. Cayó en la cuenta de que aún sujetaba el libro que momentos antes le había hundido en el esternón y, tras identificar el título, se lo entregó con brusquedad y un gesto beligerante.

—¡Ponga este tomo a secar y no se atreva a romper su promesa! —exigió contundente antes de encaminarse hacia la casa, arropada por el abrigo que emanaba una sutil mezcla de aroma a jabón, pólvora y tabaco. Olía a él.

Oliver permaneció en el jardín con la camisa sucia, un deseo irreprimible de volver a besarla y… ¡un tratado de medicina del doctor Thomas Addison entre las manos! Esbozó un mohín abstraído de conformidad, intuyendo que aquella mujer, tan pálida como delgada, tenía alma de estratega: a él nunca se le pasaría por la mente destruir un libro de esa naturaleza. Con el libro en una mano y el echarpe de Tessa —que recogió de entre los cascotes— en la otra, siguió pensativo los pasos de la joven hacia la casa, con la intención

de ordenar su mente. La irrupción de la señorita Dixon en su vida la estaba desbaratando…

# V

# UN INCIDENTE ATREVIDO

Roston, un mayordomo muy ceremonioso, la condujo a una pieza amplia y luminosa, donde halló que sus enseres habían sido trasladados. Libros, prendas y objetos personales estaban ordenados en varias hileras al pie de una cama con dosel. Disponía de una chimenea encendida, una cesta repleta de troncos y una butaca con reposapiés cerca del fuego, además de unos cortinajes livianos que pendían sobre la cristalera, un baúl para ropa, el aguamanil, un escritorio y una librería que ocupaba una de las paredes de arriba abajo. Desde su punto de vista, acostumbrada a vivir en un espacio reducido con pocas comodidades, el suelo tapizado con alfombras descoloridas por el paso de los años le otorgaba el grado de calidez necesario a un espacio tan anchuroso. Se quedó pensativa mirando sus pertenencias, y un ramalazo de rebeldía la traspasó al evidenciar que habían tomado por asalto el que fuera su hogar sin su aprobación y sin aguardar respuesta.

Rechazó tajante la ayuda del sirviente para ordenar el batiburrillo que mostraba a las claras un periplo de penurias, hambre y letras. No se avergonzaba; solo quería mantener en privado lo poco —esencial para ella— que conservaba de una vida que desaparecía veloz.

Los días transcurrieron deprisa. Oliver solicitó su participación en los arreglos con vistas al inminente regreso de lord Chambers y, ante algunas expresiones de incredulidad, reclamó al par de criados y a la doncella disponibilidad absoluta para la señorita Dixon. Tessa les instó a limpiar bien a fondo y airear la estancia destinada al enfermo. Ella misma se encargó de ordenar con sumo cuidado el instrumental médico que Oliver le confió con solemnidad. Tijeras, pinzas, bisturíes, gasas, jabones, aceites, plantas de diversa procedencia… incluso se aseguró de que hubiese en la despensa una buena provisión de mantequilla y agua de rosas para las quemaduras. El láudano y el opio en abundancia, listos y almacenados, aguardaban en un botiquín bien abastecido. Cada vez que él le depositaba un utensilio en la palma de la mano lo mencionaba con algún comentario mordaz, dilatando el contacto y observando la turbación de la joven con una expresión indescifrable.

—El bisturí es cortante y afilado como la lengua de algunas muchachas —su tono dócil, casi dulce, no engañaba a Tessa.

—Se refiere a las francesas, claro… —replicó ella con aire inocente,

provocándole una carcajada espontánea.

«¡Conozco a Caperucita Roja, señor, no me embaucará con el cuento del lobo disfrazado!».

—El aceite de caléndula tiene propiedades calmantes similares a la caricia de una mano fría y pequeña en una frente febril. ¡Déjame medir tu mano! —trató de tocarla y ella se retiró deprisa.

—Para la fiebre alta solo conozco los baños helados… sí, una bañera repleta de trozos de hielo que cubran al paciente hasta el cuello.

Se llevó el dedo índice a su garganta e hizo un gesto similar al tajo de un cuchillo rebanando la yugular.

—¡Vamos, Tessa! ¿No tienes sentido del humor?

—No me hace gracia que se enmascare el significado de las palabras.

—De acuerdo, seré un aburrido instructor y no mencionaré los efectos agradables de un suave masaje en la espalda de un enfermo con un jabón balsámico —respondió divertido por su azoramiento.

—¡Su palabrería no me engatusará! —afirmó la joven con serias dudas.

Pese a las bromas, Tessa no asimilaba que él ejerciese la profesión y sentía curiosidad. ¿Sería cierto lo que el barón de Clegg había afirmado sobre sus cualidades como médico? Desde luego, no era el modelo de persona que imaginaba cuidando de los demás, sino todo lo contrario. Altivo, intimidante, mordaz… Le atribuía una larga lista de defectos que contrastaba con los atributos que, a su modo de ver, necesitaría ostentar para ser un buen doctor. Sin embargo, su semblante preocupado y la meticulosidad con la que redactaba una serie de procedimientos con una mano apoyada en la frente ligeramente contraída, abstraído en su tarea hasta que izaba la vista del papel y le dedicaba una intensa mirada cuando ella pasaba a su lado, convencía a Tessa de que, llegado el caso, le confiaría la vida.

Trabajaron durante días hombro con hombro, de igual a igual. Un latigazo extraño la recorría de pies a cabeza cuando sus manos volvían a rozarse al tratar de alcanzar este u otro objeto, pero Oliver no mostraba ninguna *reacción* y Tessa se figuró que el episodio del jardín había sido puntual y las insinuaciones pasajeras… un simple divertimento. «No significó nada para él. ¿Qué esperaba que sucediera? Debería recordar que los hombres adolecen de una gran capacidad para hacer *borrón y cuenta nueva*. ¡Cuántos melodramas habré leído sobre heroínas burladas por hombres caprichosos, cuyo único afán es conseguir lo que desean sin importarles más que su propia complacencia!».

—¿Te encuentras bien, Tessa? —preguntó en una ocasión Oliver, al reparar en su rictus irritado—. Te estoy exigiendo demasiado. Lo

siento, no quiero que te fatigues.

—Estoy perfectamente, doctor Chambers, no soy una libélula frágil en un páramo invernal. Soy más fuerte de lo que usted piensa, prosiga con sus disquisiciones —replicó retirando con rapidez un mechón de cabello que le crispaba el humor.

«Aquí estoy, devanándome los sesos, ansiosa por conocer las razones que le impulsaron a besarme. Si cree que soy una *cualquiera* a la que usar cuando le venga en gana y actuar como si nada hubiese sucedido, está muy equivocado. ¡He de exigirle que se disculpe! ¡Oh, sí, esta libélula se convertirá en una avispa de aguijón afilado!».

Oliver la escudriñó con atención al recibir su respuesta irónica y ocultó una media sonrisa perspicaz tras unos papeles que simuló acercar a la luz de la lámpara.

Pero Tessa se veía incapaz de sacar a colación el tema, y las conversaciones entre ellos derivaban hacia cuestiones prácticas. Oliver le explicó un sinfín de tratamientos elementales —por si fuera necesario actuar con el anciano y él no estuviera presente— y para qué servía cada remedio o instrumento. Tessa le prestaba la máxima atención sin comprender ni la mitad de sus palabras. «¿Por qué ridícula razón siento esta impaciencia al pensar en lo fácil que ha olvidado el estúpido beso? Tendré que olvidar ese tonto episodio. Si lo analizo con objetividad, no me recuerda al héroe de ninguna novela ni su apariencia me resulta *agradable* o *tierna*. Por el contrario, es taciturno y silencioso. El pelo removido por el viento cuando regresa de montar y esa barba descuidada le otorgan el aspecto de un pirata villano que oculta a sus esposas emparedadas tras los muros de Lockhill. Su actitud no refleja ningún interés romántico hacia mí, el cual, por supuesto, no deseo, pero… ¡Por qué diablos me besó en el jardín!».

Miró el reloj de sobremesa y se apresuró. Dejaría de especular sobre él y los muchos defectos que le hallaba y se cambiaría para bajar al comedor. Desde su llegada a la casa de la colina, compartía mesa con los señores por expreso deseo de Oliver, quien se cercioraba de que la joven *comía*. «¡Ni que yo fuese una niña para controlarme de este modo!», rezongaba para sus adentros. «Si considera que no he tomado suficiente sopa, frunce el ceño como un coadjutor malhumorado y me veo obligada a ingerir dos o tres cucharadas más para contentarle».

Cada vez que la joven se reunía con ellos, la baronesa esbozaba un mohín de fastidio; no obstante, se abstenía de expresar su desagrado, pues los caballeros trataban a la intrusa con deferencia, pero sin agasajo. Tras un par de días, Lothia desterró la posibilidad de que la *indigente* consiguiese la suficiente relevancia como para robarle protagonismo.

—Cuatro es el número idóneo de comensales para dar buena cuenta de una pierna de cordero —comentó Elliot una noche, regando una porción de carne con abundante salsa. Desde la cosecha de los libros desperdigados, el barón de Clegg parecía que mirase a través de ella y Tessa no comprendía su actitud.

—Adelante, pruebe el asado, señorita Dixon, o Elliot dará buena cuenta de la bandeja como un náufrago famélico —Oliver se abstenía de tutearla delante de la pareja, pero elevaba una ceja como advertencia si la joven rehusaba seguir su recomendación.

—¡Oh, sí, joven, no se avergüence de catar estos manjares! Tal vez más adelante, cuando regrese a su vida cotidiana, no tenga oportunidad de hacerlo —Lothia engullía trozos de comida con ansia, como si temiera que se la arrebatasen del plato.

Tessa conocía el significado del gesto de admonición de Oliver e, intimidada por la atenta mirada de su guardián y denigrada por las palabras de la dama, picoteaba como un gorrión mientras recordaba azorada la noche que declinó acudir al comedor alegando inapetencia, una sensación —hasta entonces— desconocida para ella.

Oliver se personó en su cuarto. Entró sin llamar, portando muy circunspecto un refrigerio y manteniéndose impávido ante su falta de apetito.

—Si quieres que abandone la habitación, te tomarás la leche y el bizcocho. De lo contrario permaneceré aquí toda la noche si es necesario.

Tessa dejó escapar una risilla divertida.

—¿Acaso te ríes de mi preocupación por tu salud, señorita Dixon?

—No, señor Chambers. Le agradezco el interés que manifiesta por mi bienestar, pero, sinceramente, no tengo hambre —su tono se apagó —. Nunca había visto ni saboreado tanta variedad de alimentos hasta que llegué a Lockhill, y presiento que mi organismo no está preparado. Concédale la libertad a mi estómago esta noche. Ni mi pobre padre me obligaba a comer tanto… cierto es que jamás pudimos permitirnos el lujo de rechazar ni un mendrugo.

—Pues no discutas más conmigo y bébete la leche hasta la última gota, muchacha.

Tessa se llevó las manos a la boca para ocultar lo graciosa que le resultaba su expresión de mandamás. Oliver la miró con un mohín de disgusto simulado. Sus cejas se elevaron, descendieron, frunció la boca, torció la cabeza y finalmente alcanzó a expresar:

—Es imperdonable que una señorita educada como tú se mofe de

mí.

—¡Oh, no, señor!, es que… me ha recordado a Roston.

—¿De veras soy tan feo? —inquirió con tristeza inexistente. Depositó los alimentos en el escritorio y se cruzó de brazos a la espera de su respuesta.

—No diría que es guapo. Lleva el cabello demasiado largo, su frente se arruga muy a menudo y nunca acepta opiniones contrarias a la suya. No, señor, eso no es muy atractivo en un caballero —replicó examinándole con cierta burla.

—Por Dios santo, ¡qué decepcionada debes sentirte conmigo! —exclamó fingiendo malhumor—. Siento que me comparas con algún mozo de tu agrado que, con toda probabilidad, te espera en Stirling. ¿Tiene los cabellos dorados y los ojos verdeazulados como un lago en agosto? —interrogó con gravedad burlona—. ¡Tendré que batirme en duelo con él cuando venga a reclamarte y moriré a manos de un gallardo príncipe! Pobre de mí… estoy convencido de que ha de ser valiente, temerario… ¡hercúleo! para merecer tu admiración. No podré vencerle, pero antes de que mi alma abandone mi cuerpo, me consolaré con el recuerdo de que un día… te besé.

Su rostro adoptó angelicalmente un gesto de subyugación y a Tessa le recordó a Satanás disfrazado de ángel de luz. Con todo, espantada por el esbozo burlesco que hizo de su muerte, exclamó:

—¡No, señor Chambers, no existe ningún muchacho! Los cabellos rubios no me complacen…

«El pelo dorado me recuerda a los tirabuzones perfectísimos de Prue Kippen», estuvo a punto de agregar.

—¡Ajá! Entonces estoy en lo cierto cuando afirmo que me comparas con algún otro —la pinchó de nuevo.

—¡De ningún modo! —el rostro de Tessa había ido adquiriendo un tono bermellón que no pasaba desapercibido ni con la tenue luz de las velas. Por fin había mencionado *el beso* sin atisbo de que le hubiese importado, excepto para bromear—. Deme ese vaso de leche y déjeme, estoy cansada de tanta palabrería sin sentido. Este interrogatorio es ridículo y entrometido.

La risa desapareció, la gracia del momento se esfumó y el silencio se impuso entre los dos. Oliver se acercó a ella y le retiró el mechón rebelde detrás de la oreja, prolongando el roce de sus dedos con una caricia tenue.

—De acuerdo, muchacha —cedió compasivo—. Pero recuerda esto: no volverás a desmayarte de hambre en mi presencia, señorita Dixon.

Abandonó la habitación dejándole la leche, el bizcocho y un vestigio de culpabilidad por la agitación que sentía cuando la tocaba. Oliver no alcanzó a escuchar un susurro muy quedo:

—Nunca confesaré que los cabellos que me atraen son rebeldes,

castaños… con infinitos mechones blancos.

***

Lo cierto es que su aspecto mejoraba con el transcurrir de los días. Sus mejillas habían tomado cierto color, las ojeras oscuras alrededor de sus ojos iban desapareciendo y tomó conciencia de que había ganado algo de peso cuando sus pechos marcaron con sutileza la tela del vestido negro. Se recogió el pelo en un estricto moño, pero al minuto siguiente algunos mechones ya se habían aflojado y flotaban libres alrededor del óvalo de su rostro. Hizo un gesto de resignación y salió de la alcoba para acudir a la cena. En cuanto puso un pie en el corredor, Oliver surgió de las sombras y la empujó de nuevo hacia el interior de la recámara.

—¡Qué rayos…! —se asustó al verse embestida.

—Shhh, necesito hablar contigo a solas, primor —indicó él en un susurro—. Estaba aguardando a que salieses de tu madriguera. Desde que finalizamos las disposiciones para el abuelo pareces un conejo asustado que me evita a toda costa.

—Si me compara con un conejo, comprenderá que eluda caer en las fauces de un lobo al acecho.

—Tessa, no te voy a comer… a menos que me lo pidas —rio él con suavidad.

—¡Oh, no sé a qué se refiere! —exclamó sonrojada—. ¿De qué se trata eso que necesita decirme con tanto secretismo? —cambió el curso de la conversación; le alteraba cualquier alusión de carácter íntimo.

—Escúchame con atención… Bajo ningún concepto debes permitir que Elliot o Lothia entren en la recámara de lord Chambers —resolvió Oliver con gravedad.

Sacó del bolsillo del chaleco una llave y se la entregó, manteniendo las palmas de ambos adheridas más tiempo del necesario. Tessa asintió intrigada. Él, sorpresivamente, trasladó las manos aún unidas a su boca y besó el envés de la muñeca de la joven. «¡Maldición, siento que la serenidad me abandona cuando hace eso!». Recuperó la mano y le miró interrogante.

—¿Existe alguna razón que deba conocer para impedirles el paso? ¿Qué autoridad tengo para oponerme?

—Sí, llevas razón —vaciló un instante—. No te alarmes, estoy convencido de que no sucederá. Advertiré a los criados de que nadie tiene permitida la entrada a la alcoba, excepto tú, que estarás en posesión de la llave. Solo te prevengo porque esta noche parto en busca del abuelo y no puedo predecir el tiempo que estaré ausente. Debo considerar la situación con la máxima prudencia, asegurarme de

su estabilidad y obtener los medios adecuados para que un traslado de este calibre no le mate por el camino: alquilaré los servicios de un cochero que permita la modificación de su carruaje y los de un carpintero para construir una plataforma donde recostarlo… —explicó pensativo, dudando del éxito de sus resoluciones.

Tessa pensó que la mansión quedaría huérfana sin su presencia, y un atisbo de contrariedad —que no pasó desapercibido para Oliver— se pintó en su expresión.

—Espero que me eches de menos —apuntó con una sonrisa apesadumbrada.

—Ni una pizca, señor. Estoy tan atareada que apenas notaré su ausencia —replicó la muchacha con firmeza.

«Me desconcierta su mirada de cordero degollado. Sé que todo en él es fachada y, si no fuera porque le conviene tenerme aquí, no le interesaría cruzar una palabra conmigo».

—¡Qué perversa y cruel suena esta despedida! —se lamentó Oliver fingiendo abatimiento. Se pasó la mano por los cabellos y miró directamente a la joven, quien continuaba inquieta por la noticia de su marcha.

—Es decir… —Tessa trató de enmendar su afilada respuesta—, puesto que la alcoba del caballero está lista para recibirle, me dedicaré a organizar el despacho donde restaurar los libros rescatados de la torre. Estoy segura de que el barón y la baronesa de Clegg se sentirán felices cuando regrese.

Oliver se acercó a ella y delineó su mentón con la yema de los dedos.

—Muchacha terca… Quiero que tú seas quien me añore. Permíteme decirte adiós con un beso casto en la frente… como amigo… —sus palabras pidiendo autorización no sonaban como las de una amistad que se dispone a viajar. Más bien contenían un cariz sensual nacido en la profundidad de su garganta.

«¡Adiós a la caballerosidad de los últimos días!».

Tessa dio un paso atrás y continuó hablando del estudio que le había cedido y de cómo pensaba solucionar algunos problemas, pero Chambers tomó su cara con aquellas manos grandes y cálidas e hizo caso omiso a su parloteo. Se inclinó hacia ella. «Un beso en la frente no es indecoroso...», se dijo Tessa con las terminaciones nerviosas alertadas por el simple contacto de su piel. Tragó saliva a la espera del ósculo de despedida y acercó el rostro para percibir el suave roce en la frente de unos labios que no se contentaron con tan poco. Se deslizaron por la mejilla hasta alcanzar el cuello, donde dejó un círculo húmedo con la punta de la lengua inquieta que fue en busca de una de sus pequeñas orejas para acariciar con fuego el lóbulo diminuto. Tessa notó cómo él la *respiraba* agitado con los ojos

entornados. La señorita Dixon, paralizada, se estremeció, y Oliver suspendió el recorrido para dirigirse directamente a su boca. Se deleitó pugnando, moviéndose alrededor de las comisuras y, finalmente, abrió los labios carnosos con su lengua exigente para introducirse en ella y saborear la inexperiencia de la mujer como el más suculento de los manjares. Con lentitud deslizó una mano más abajo de su espalda, la elevó unos centímetros del suelo y la apretó contra su cuerpo.

La dejó al borde del abismo. Ese beso carnal, explosivo, hizo que perdiera el aplomo y la joven tuvo que apoyarse contra su pecho. Oliver la estrechó con fuerza antes de depositarla en el piso y le susurró al oído:

—Estoy deseando regresar y aún no me he marchado.

Tessa se apartó enfurecida cuando él se lo permitió; con el dedo índice enarbolado frente a su cara, le amonestó.

—Le pedí que no volviera a suceder algo así, ¿cómo puedo fiarme de su palabra?

—Tendrás que hacerlo… perdóname, no pido permiso para actuar cuando el corazón me guía.

—¡De qué corazón me habla! Usted carece de él y de vergüenza.

Oliver se había encendido tanto que su pantalón no conseguía ocultarlo. Podría tumbarla en el suelo de la habitación y poseerla allí mismo con la seguridad de que ella se entregaría sin oponer resistencia, pero la vio palidecer. No quería asustarla más de lo que estaba, debía proceder con calma si no quería que saliese huyendo como un cervatillo; sin embargo, la tentación y el deseo que se cernían sobre él eran abrumadores. Se acercó a ella, le apartó de nuevo otro mechón de cabello que nublaba sus ojos y lo enroscó en sus dedos.

—Perdóname —reiteró en un murmullo—. Tienes que saber… el efecto que causas en mí —aferró la mano de Tessa, la oprimió contra su ingle y ella percibió una dureza inusitada.

—Es usted sucio… inmoral. ¡Váyase de mi habitación! —le temblaba la voz. El simple gesto de tocarle despertó en ella una desazón extraña.

—Algún día me pedirás que te bese y anhelarás lo que hoy te escandaliza —amenazó con sonrisa de diablo.

—¡Fuera de aquí, sátiro! —clamó Tessa a punto de perder los estribos.

Oliver asintió sin atisbo de arrepentimiento. A punto de abandonar la alcoba, le previno sobre el estado del anciano como si no hubiese sucedido nada segundos antes y… ¡por todos los santos!, le había tocado sus partes íntimas.

—No será agradable, está desfigurado, apenas puede hablar debido a su estado y a las altas dosis de láudano que se le administran para

soportar el dolor. Emite algunos sonidos incongruentes… ¿Podrás hacer frente a una situación tan penosa cuando ni tan siquiera conoces la anatomía de un hombre sano?

—No es lo mismo... —farfulló sofocada.

—No estoy seguro de que puedas soportarlo. Recuerda lo que sucedió cuando abriste el féretro.

—Su abuelo está vivo, eso cambiará la perspectiva —afirmó sin mucha convicción, con deseos de sacudirle un sonoro bofetón. ¿Por qué no se lo había propinado? Tenía que ser más rápida, activar sus reflejos defensivos cuando él se acercara demasiado.

—No deseo que sufras, Tessa. Contrataré a una persona que se haga cargo de sus cuidados y solo tendrás que leer; no será necesario que le mires ni le toques.

—No tema por mí, me guardaré de mostrar mis impresiones. ¿Acaso nota la hostilidad que me provoca usted? No, ¿verdad? Pues así de diestra soy en el arte del disimulo.

—¡Que Dios me ampare por haber metido a una teatrera insolente bajo mi techo! —su carcajada tenue no acompañaba al semblante preocupado que exhibía—. Tessa… ¿tanto te disgusto?

—Mucho, señor, sobre todo porque se toma libertades conmigo que no le corresponden.

—Trataré de comportarme y evitar que tu influjo me pierda.

—¡Como si yo fuera la culpable de su conducta!

—Vaya si lo eres… —musitó antes de marcharse tan veloz como el movimiento que realizó para *robarle* un beso etéreo que apenas rozó sus labios.

A través de la ventana, Tessa le vio alejarse en su montura envuelto en la oscuridad de la noche, y sintió una extraña sensación de abandono.

# VI

# EL TALLER

¿En qué momento ese hombre se había introducido en su vida apoderándose de sus decisiones y pensamientos? Había sucedido deprisa, sin tiempo para gestionar el vértigo que le suscitaban la soledad, la incertidumbre, el miedo y la tristeza.

Instalada en la alcoba con vistas al bosque colindante, apenas tenía tiempo para recapacitar. Si se detenía, la evocación de los besos que Oliver le había dado regresaba acompañada por las plumas de cien gansos cosquilleando su cuerpo.

«Me los robó y bien puede quedárselos, ¡solo faltaría que quisiera devolvérmelos!», especulaba malhumorada, llevándose la punta de los dedos a los labios rosados y sensibles a ese recuerdo. Después se aplicaba atolondrada en ordenar bártulos para apaciguar las palpitaciones que la conducían a un bucle hipnótico: el jardín, la torre, los libros, su boca, su cuerpo… desde el atrevido *incidente* deambulaba por ese orbe sin llegar a ningún lado.

—¡Maldita sea mi calavera hueca si deseo besos! —profirió colocando varios libros en una estantería. No reconocía que había despertado en ella un deseo que iba más allá del de cualquier personaje literario.

Hacía más de una semana que Oliver se había marchado, y Tessa se refugió en el *taller* donde pretendía reparar los libros maltrechos. El habitáculo no era más que una de las habitaciones de Lockhill, cuya ubicación esquinada en la planta alta le proporcionaba un generoso ventanal emplazado en ángulo recto, con batientes que se abrían de modo independiente. Tessa no poseía conocimientos certeros para realizar la tarea que se había propuesto, pero estaba segura de que una corriente de aire era necesaria en el proceso de restauración. Antes de iniciar el trabajo se tragó el orgullo y pidió ayuda a Roston para clavar un enjambre de cuerdas que surcara la estancia de una pared a otra. Acostumbrado a peticiones singulares, el estoico sirviente trazó una telaraña de cordones a la altura de su cabeza y, sin que la joven se lo solicitara, dispuso un pequeño escabel y un cestillo de pinzas al lado del escritorio donde Tessa se afanaba en clasificar los daños.

—¡Oh!, gracias, Roston, es muy amable por su parte —esbozó una sonrisa con la esperanza de recibir otra a cambio.

—Si la señorita desea algo, estoy a su servicio.

—Necesitaría paños blancos en abundancia, un par de barreños de agua, varias esponjas —caviló con rapidez, un poco frustrada por la ausencia de la esperada sonrisa—, dos tablas lisas y consígame todo el papel que pueda… ¡ah!, y algunos ladrillos.

«¡Ajá, ahora te he pillado por sorpresa!», pensó divertida al ver la cara de pasmo que puso el criado. A continuación, le explicó lo que planeaba hacer con ellos y Roston la escuchó con notable interés.

—Creo que la señorita tiene ideas bastante atinadas y, si lo permite, me gustaría ofrecerle mis servicios para llevarlas a término —su semblante se modificó y rayaba la accesibilidad.

—Sería estupendo contar con un poco de ayuda —replicó ella con timidez.

Así, con el refuerzo del estirado mayordomo, comenzó a trabajar en un silencio que solo ella se atrevía a romper de vez en cuando.

—El tiempo transcurrido ha propiciado que el barro seco se haya adherido a muchas páginas. Debemos pasar con suavidad la esponja humedecida sobre ellas las veces que sea necesario para retirarlo.

El criado no esperó ni un instante y se puso manos a la obra. Tessa se sintió agradecida al reparar en que empleaba la misma seriedad para todo.

—A continuación, las secaremos una a una ejerciendo presión con los paños y colgaremos los libros de las cuerdas abriéndolos por la mitad, de modo que el punto de sujeción recaiga sobre el lomo.

La teoría sonaba de perlas, pero pronto constataron que el truco no siempre funcionaba como Tessa esperaba. Si humedecían demasiado los libros la tinta se diluía, el papel se deshacía y era peor el remedio que la enfermedad; algunos tenían las costuras tan maltrechas que, al colgarlos en el secadero, los legajos oscurecidos se desplomaban esparciéndose por el taller como una bandada de gorriones revoltosos.

—¡Ay, cielos! —exclamó Roston tratando de cazar al vuelo algunos versos de *La reina hada,* la extensísima obra de Edmund Spenser.

Tessa se echó a reír cuando le vio manotear sin ton ni son. El hombre, que ya tenía sus años y jamás había sido el centro de atención de nadie —menos aún motivo de divertimento—, se paró en seco, abrió mucho los ojos e inesperadamente se unió a la muchacha con una carcajada. De este modo, pese a lo tediosa que resultaba la labor, la relación entre ambos tomó un cariz menos tirante y Tessa se sintió cómoda en su compañía. Cuando conseguían limpiar y secar un tomo, lo situaban entre dos tablas con los ladrillos haciendo presión para aplanarlo cuanto fuera posible y, finalmente, se sentían vencedores de una ardua batalla al contemplarlo recuperado de sus heridas.

Con la puerta y las ventanas abiertas de par en par creando una corriente constante del gélido aire del invierno, Roston no tardó en constiparse y tuvo que guardar cama, provocando que Tessa se sintiera culpable por el pobre criado. La soledad se volvió abrumadora y el minucioso trabajo, latoso e interminable. Inquieta, vigilaba por el rabillo del ojo el camino de acceso a Lockhill, mintiéndose a sí misma. «¡En absoluto le echas de menos!, solo quieres que vuelva para restregarle que estaba equivocado… que aún se pueden recuperar muchos de estos ejemplares y que debería retractarse de sus palabras de desaprobación».

Habían transcurrido más de quince días desde su partida y Oliver no regresaba ni enviaba noticias. Tessa asumió que la demora se debía al mal estado del paciente para ser desplazado por una ruta intransitable, en la que solamente los carros de ruedas altas podían circular en invierno sin hundirse en el barro. «Tal vez no ha conseguido el medio de transporte adecuado…». Por un ínfimo instante barajó la posibilidad de que su ausencia se alargase indefinidamente, y se agitó ante esa perspectiva.

Las murmuraciones entre los criados y la indignación de Lothia crecían en proporción a la ausencia del señor. Instigado por su madre, Elliot se dejó caer por el cuartucho de Tessa, ya que, según la dama, la muchacha se mostraba *insociable* y carente de educación hacia sus superiores.

—No entiendo que a la baronesa le moleste que cene en mi habitación. Creía que mi presencia le desagradaba.

—Señorita Dixon, con la partida de Oliver nos sentimos desatendidos. Un comensal más provee variedad de conversación en cualquier reunión —replicó De Clegg con amabilidad siguiendo con la mirada sus evoluciones por el taller.

—Creo que mi parloteo sobre libros les resultará tediosa. Como puede observar estoy bastante ocupada, y por esa razón prefiero tomar un bocado ligero aquí mismo a la hora del almuerzo. Por las noches me siento cansada y deseo acostarme pronto; no dispongo de tiempo para entretenerles a ustedes —objetó tensa. No olvidaba que Elliot le había dado la espalda en su cruzada. «¡Qué cínico es presentándose aquí, como si no hubiese rechazado mi solicitud de ayuda!».

—Le aseguro que nos interesa mucho lo que hace aquí encerrada. Tal vez pueda convencer a madre de restaurar la torre como biblioteca en vez de convertirla en una pomposa sala de baile —argumentó él con dudosa inocencia, pues sabía que usaba un buen cebo para pescar aquel pez.

Tal como auguraba, sus palabras la detuvieron en seco.

—¿Cabría la posibilidad? —preguntó alentada.

El caballero esbozó una sonrisa jovial y profirió triunfante:

—¡Baje esta noche al comedor y lo intentaremos!

Antes de retirarse evaluó el delantal embadurnado con el que la joven protegía su vestido.

—Le recomiendo que se cambie. A la baronesa le dará una apoplejía si aparece con esas trazas.

Sin darle tiempo para aceptar la invitación, Elliot se escabulló y Tessa pudo escuchar el eco de su risa alborozada por los pasillos. Un escalofrío la recorrió sin razón aparente. Quizás la corriente de aire en el taller la estaba afectando como al pobre Roston; se abrigó con un viejo chal de lana, pero no consiguió ahuyentar el intenso frío que sentía. «¡Me presentaría ante ellos con este delantal si consiguiese que me ignorasen… sin embargo, no les daré la oportunidad de que me rebajen y se mofen de mi baja estofa!».

A las cinco dio por finalizada la jornada en el estudio. Antes de dirigirse a su estancia para asearse, revisó jubilosa los éxitos alcanzados.

—El señor Darcy y la señorita Bennet están a salvo en Pemberley —musitó con los ojos chispeantes de satisfacción.

*Orgullo y prejuicio*, en tres volúmenes, era una de sus obras favoritas, y estaba tan contenta de que no hubiese sido devorada por las llamas que restó importancia a la pérdida unas horas antes de una Biblia bastante antigua. «No puedo comprender que se descuide la biblioteca de una familia en tiempos como estos», había sido la réplica contundente del señor Darcy a la señorita Bingley cuando esta aduló la magnífica colección que albergaba la morada del protagonista de la novela.

—La opinión de Oliver Chambers al respecto sería distinta… —mascculló Tessa de nuevo, realizando una comparación de la que el joven salía muy mal parado por razones indiscutibles.

Pensó en su hogar y en lo orgulloso que el señor Dixon estaba de su modesta compilación. La casa ya debía estar ocupada por un nuevo maestro. ¡Un desconocido invadiría lo que un día fue *suyo*! Se enfundó en un abrigo ajado para guarecerse del viento helado que soplaba desde el norte y decidió dar un paseo hasta el pueblo para saciar la curiosidad sobre el sustituto y desterrar otros pensamientos que la remordían. Por el camino se cruzó con varias personas que —para su sorpresa— la saludaron con interés. Entre ellas Clarence, quien acudió a abrazarla cariñosamente cargando en brazos a uno de sus hermanos más pequeños.

—Aún no se tienen noticias —le informó la jovencita—, se rumorea que pasará el invierno sin que un nuevo maestro venga a Stirling. También se dice que usted ha encontrado un puesto en Lockhill

Manor, pero nadie sabe en calidad de qué… —se ruborizó antes de continuar—. Muchos pensaron que se había marchado del pueblo porque no acude a la iglesia y se llevaron la sorpresa de su vida al enterarse de que estaba en la casa de la colina.

—¿Quieres saber en qué trabajo, Clarence? —preguntó Tessa pensativa al imaginar los chismorreos surgidos al saber que permanecía en Stirling sin acudir a los oficios dominicales—. Te lo diré, pero prométeme que guardarás el secreto para mantener en vilo a todos los metomentodos.

«No debería expresarme con tanta franqueza, pero Clarence es muy avispada y sabe a qué me refiero… se lamentó mucho cuando cancelaron mis clases».

—¡Sí, señorita Dixon, sabe que yo siempre guardé bien nuestros secretos!

—Pues mi trabajo consiste en restaurar los libros que se salvaron del incendio y, para ello, he de emplear mucho cuidado porque algunos están tan débiles como una bola de semillas de diente de león. Si los soplara con fuerza saldrían volando —le explicó mientras caminaban por la calle principal.

La niña se paró y la miró con admiración.

—Entonces, ¿es una *rescatadora*? Me alegro por usted y por los libros. Y me alegro de haberla visto, pero tengo que darme prisa en regresar a casa antes de que madre se enfade conmigo. Aún he de recoger los huevos del corral —se excusó acomodando a su hermano en la cadera.

—Clarence… ¿continúas leyendo? —preguntó Tessa con un deje de tristeza, pues intuía que la pequeña no gozaba de muchas oportunidades para practicar lo que había aprendido.

—Lo intento por las noches, cuando todos duermen. Tengo un librito que marca las estaciones y las cosechas… y está la Biblia, claro, pero es tan confusa que me quedo dormida. Guárdeme también el secreto, porque madre dice que no necesito perder el tiempo en esas cosas.

Tessa sintió pena por aquella criatura que había demostrado verdadero interés por las letras. Antes de separarse, le hizo un ofrecimiento que iluminó el rostro aceitunado de la niña.

—Ven a verme a Lockhill y te prestaré algunos de mis libros. ¿Lo harás?

—¡Gracias, señorita! Si algún día me puedo zafar de los quehaceres, iré a visitarla con mucho gusto —dijo antes de alejarse contenta e impaciente por la perspectiva de leer algo que no fuese un calendario.

Tessa continuó su camino y agilizó el paso a la altura del almacén con la esperanza de evitar un encuentro embarazoso. Su deseo se vio

truncado, pues la señora Kippen hacía rato que la observaba conversando con la niña a través del escaparate y, por supuesto, no se demoró en salir a su encuentro.

—¡Señorita Dixon!, ¿a dónde se dirige con tanta prisa? —exclamó con una cordialidad inusitada.

Tessa percibió el escrutinio de la comerciante de pies a cabeza, frenó su marcha y le devolvió el saludo. No olvidaba la deuda que tenía con ella. «Vendrá a exigirme que la salde. En cuanto *él* regrese, le pediré que me abone los servicios de padre a lord Chambers o un adelanto de mis honorarios y zanjaré este asunto de una vez por todas».

—Hola, señora Kippen, voy de camino a mi casa.

—Querrá decir a *su* antigua casa, aunque nunca fue de su propiedad —la corrigió—. Tengo entendido que ahora disfruta de un entorno más refinado del que está acostumbrada, ¿me equivoco? Debe sentirse muy satisfecha con el giro que, milagrosamente, ha dado su vida.

—No sé qué entiende usted por refinamiento, pero le aseguro que siempre he tratado de que mi entorno fuese lo más acogedor posible —esquivó con astucia.

—Sabe perfectamente a qué me refiero. No necesita mostrarse tan reservada, joven.

—Sí, lo sé. Y como ambas lo sabemos, me permitirá omitir mis sentimientos, que difieren mucho de la satisfacción tras la pérdida de mi padre y de mi hogar.

—Su indiscutible pena será más llevadera establecida en Lockhill.

—Veo que las noticias vuelan…

—No se dé tanta importancia como para creerse tema de conversación, joven. La cuestión es que yo misma vi cómo los criados del señor Chambers realizaban la mudanza de sus enseres.

—El pueblo es afortunado de tenerla como vigía. Si hubiesen sido ladrones saqueando el lugar, usted sería la primera en dar la voz de alarma —su gravedad propició que el sarcasmo pasase desapercibido para la señora Kippen.

—¡Oh, señorita Dixon! ¿Cómo iban a entrar ladrones en su casa antes que en la mía?

—Tiene razón, primero desvalijarían su almacén y se llevarían hasta las escobas más calvas.

La señora Kippen pareció satisfecha con que Tessa admitiera la hipotética prioridad del comercio sobre cualquier otro hogar de Stirling e hizo un gesto de aprobación.

—No alcanzo a comprender cómo encajan sus pertenencias en la mansión —insistió la tendera, que se moría por saber qué pintaba la joven en la casa de la colina.

—Todo se ajusta a la perfección —la cortó Tessa disfrutando.

—Reconocerá que no está habituada a tratar con personas distinguidas como son el barón y su madre; es indiscutible que distan mucho de su círculo. No se preocupe demasiado si se siente intimidada en su presencia, pues manifiestan gran tolerancia al pasear por Stirling de vez en cuando —señaló hiriente, pues aún no había tenido la oportunidad de conocerlos en persona.

—En absoluto, no se preocupe por mí. Esta noche, cuando me siente a la mesa con ellos, les trasladaré la agradable opinión que a usted le merecen. Buenas tardes, señora Kippen.

Resultaba evidente que la mujer le apretaría las tuercas al límite, así que Tessa se marchó antes de incurrir en una falta de educación, dejando a la dama exasperada y con dos palmos de narices. Al comprobar que se había entretenido más de lo que esperaba, se apresuró a regresar a Lockhill. La conversación con la vendedora la había irritado sobremanera y, dado que aún permanecía desierta, pospuso la visita a la casa del maestro para otra ocasión.

Se esmeró en arreglarse y acudió puntual al encuentro con los De Clegg. Lucía un sencillo vestido de diario. Poseía tres y estaban en igualdad de condiciones: gastados pero pulcros, sin adornos que jamás pudo permitirse ni deseaba. El más desgastado lo había destinado al trabajo y, cuando se cambiaba, regresaba al taller para colgarlo de las cuerdas. Pese al delantal de marras y al cuidado que ponía en cada movimiento, las salpicaduras y algunas manchas eran inevitables.

Los anfitriones temporales la recibieron con una amplia sonrisa y se sentaron a la mesa. Tessa se sorprendió al ver a Roston recuperado en apariencia —su nariz presentaba una llamativa rojez y la frente perlada de gotitas de sudor evidenciaba que aún padecía algo de fiebre—. «No debería estar en pie. A pesar de que no tengo autoridad en esta casa porque soy una *obra benéfica,* después le ofreceré un tazón de consomé y le pediré que continúe guardando reposo. Tal vez me haga caso».

—Señorita Dixon, es gratificante que se digne a acompañarnos dejando a un lado su pasatiempo —comentó Lothia con retintín. De inmediato, hizo un gesto a los criados y estos abandonaron el salón tras disponer un bufé para que los señores se sirvieran a su antojo sin guardar el protocolo de las cenas formales.

—Gracias, es un placer —musitó Tessa, cohibida por la petulancia con que la dama se desenvolvía.

«Como si ya fuese la dueña de Lockhill».

Elliot, al igual que su madre, llenó su plato en abundancia de diversos alimentos y le dedicó un reproche amable al observar que ella

solo se servía una pequeña porción de jamón asado.

—¡Si no tiene apetito, beba, por favor! —la animó De Clegg, llenando hasta el borde la copa de vino con una mano mientras daba ligeros golpes con la palma de la otra sobre la mesa.

—No estoy habituada, gracias.

—Sostengo que ha de calentarse por dentro, muchacha; de lo contrario, nuestro querido Oliver nos regañará si la encuentra tan pálida de piel y doblada de ánimo como luce en este instante —la alentó la dama con una mirada flamígera mientras repiqueteaba sus dedos sobre el cristal de la copa. De inmediato, Elliot se unió a ella en un concierto de redobles desordenados que parecían dominar con maestría.

Tessa tomó un pequeño sorbo y disimuló el desagrado que le produjo el sabor ácido del vino.

—¡Oh, los niños que pululan por la taberna se burlarían de usted! Beba un trago largo, mire… así, como yo hago —Elliot apuró su copa y Lothia le imitó. Ambos miraron a Tessa expectantes.

—No creo que deba.

—Insiste, Elliot. No permitiré que nos censure en silencio desde el otro extremo de la mesa, con esa expresión retraída que no engaña a nadie —la baronesa usó su tono más agudo preñado de animosidad.

—No… señora, yo nunca…

—¡Oh, vamos, señorita Dixon, no sea aguafiestas! —intervino Elliot suplicante, yendo de un lado a otro del salón con el decantador —. No seremos los únicos culpables de asaltar la bodega de Lockhill. Saboree el néctar de los dioses en nuestra compañía y no se hable más.

«Prefiero cuando *él* me obliga a comer a este par de arrogantes que me fuerzan a beber, aunque parece que se sentirán ofendidos si me niego… ¡Bien empezamos la noche!». Llevó el caldo a sus labios y tomó un trago largo.

—¡Bien hecho, así me gusta! —felicitó el joven llenándole de nuevo la copa.

Apenas oía la conversación que tenía lugar entre madre e hijo, pues hablaban en un tono muy bajo y ella estaba situada al otro extremo de la mesa. Bebían, la miraban con fijeza y Tessa se sentía obligada a ingerir el vino bajo la presión proyectada por los De Clegg. En menos de media hora el alcohol hizo su efecto. La joven sentía que la habitación giraba a su alrededor e hizo amago de levantarse de su silla.

—Necesito retirarme.

—¿Se encuentra bien, señorita Dixon? —la pregunta de Lothia sonó distorsionada en sus oídos. Aun así, Tessa distinguió la burla que encerraba acompañada por el martilleo impaciente de sus anillos

sobre el mantel.

—No, creo que el licor ha sido demasiado para mí —atinó a coordinar las palabras sin que le tropezara la lengua—. Dispensen… me.

—No, usted no se va a ninguna parte, ¿verdad, madre? La velada acaba de comenzar y la noche es larga y aburrida. La necesitamos, señorita Dixon. ¡Hace demasiado calor aquí! —profirió Elliot aflojando el lazo de su cuello y desabotonando la parte superior de su camisa.

—Estoy de acuerdo, querido, el ambiente está caldeado y soporífero… ¡No se duerma, piojosa! —gritó la mujer de improviso.

El chillido insultante retumbó en los oídos de Tessa e, inesperadamente, fue presa de una oleada de arcadas incontenible. Se levantó dando traspiés y, con la mirada extraviada, se acercó a un jarrón, arrojó las flores que contenía al suelo y vació el contenido de su estómago enfermo en el interior.

—¡Oh, Dios mío!… lo sient… —sin finalizar la disculpa, inclinó de nuevo la cabeza hacia el búcaro.

No podía creer que hubiese sido tan estúpida. Elevó el rostro con los ojos enrojecidos, llorosos y miró hacia los manipuladores que la habían obligado a beber. Las imágenes bailaban desenfocadas; sin embargo, no era música lo que escuchaba, sino risas estruendosas y tamborileo de dedos sobre la mesa. Tambaleante, dio varios pasos hacia la puerta y notó que unas manos la aferraban sin delicadeza y la hacían girar.

—No… no… por favor —gimió desorientada.

—¿No? ¡Yo digo que sí! Veamos… ¿dónde guarda las llaves del paraíso? ¿Bajo este vestido horrible? Han transcurrido muchos días desde que Oliver se marchó y se nos han agotado ciertas delicias —Lothia palpó sus bolsillos y buscó entre los pliegues de su vestimenta. Tessa trataba de apartar sus manos invasoras y, en un acto fortuito, le asestó una bofetada a la baronesa que resonó en la habitación como un vaso de cristal estrellado contra el suelo.

—¡Ah, maldita! —gritó la dama enfurecida—. ¡Vas a saber quién es Lothia de Sebastopol!

—¡Las llaves, madre! —Elliot, exaltado, presenciaba la escena animando a su madre a hallar lo que buscaba.

Las palabras de Oliver se abrieron paso en la confusa neblina de su mente y recordó su advertencia. A punto de decirles que no las tenía, que estaban a buen recaudo, escuchó un chasquido de tela rasgada. Lothia, en su afán por registrarla, le destrozó el vestido. No podía defenderse, se notaba desfallecer de debilidad, era incapaz de mantener los ojos abiertos… aquello no podía ser efecto del vino. Una idea espantosa se instauró en su cerebro: «¡Me han envenenado!».

La señorita Dixon no comprendió que el láudano le estaba

haciendo un efecto extremo, como suele sucederle a las personas que lo ingieren por primera vez. Semidesnuda y desmañada como una muñeca de trapo, advirtió que Lothia la inspeccionaba de arriba abajo, palpando sus muslos, arrancándole las medias, metiendo las manos en sus enaguas…

Abrió la boca para gritar, pero solo emitió un quejido inaudible. Le ardía la cabeza, el aire le quemaba los pulmones y el suelo se desvanecía bajo sus pies. Tenía que ponerse a salvo antes de caer en el agujero oscuro que la aguardaba.

—Por favor… —jadeó sudorosa. No advertía que luchaba contra su atacante. Notó una mata de pelo entre los dedos y se aferró a ella con todas sus fuerzas. Lothia emitió un alarido de dolor y Elliot, finalmente, se decidió a intervenir en favor de su madre. Arrolló a Tessa y la arrinconó contra una esquina de la estancia, con el antebrazo oprimiendo el cuello de la joven para inmovilizar sus gesticulaciones defensivas.

—Quieta, señorita Dixon, o lo lamentará de veras —arrastró la amenaza sonriente, con el rostro congestionado de hipocresía. Su aliento amargo inundó las fosas nasales de Tessa. Estaba prisionera entre la pared y el cuerpo del joven. Boqueó en busca de aire, empujando el torso descubierto de Elliot, cuyo rozamiento contra sus pechos le provocó una nueva oleada de náuseas. El forcejeo frenético despertó al animal que anidaba en él y la arrastró hacia el suelo, tocando, vejando, hiriendo partes de su anatomía que nadie había osado ultrajar jamás. Notó la boca del hombre sobre su carne y emitió un lamento. Lothia presenciaba excitada el ataque, alentando a Elliot a proseguir y estimulando al joven desquiciado con sus risas estentóreas. Tessa notó que le separaba las piernas. El barón se bajó los pantalones con la intención de penetrarla; no obstante, prorrumpió en una sarta de injurias al comprobar que le resultaba imposible debido a la flacidez de su miembro. La cólera se apoderó de él de manera brutal y buscó la boca de la muchacha para introducirse en el hueco cálido y húmedo que precisaba. A punto de conseguirlo, aguijoneada por el instinto de conservación que subyacía en su interior, Tessa hincó los dientes alrededor del trozo inerte de carne viscosa que se movía por la comisura de su boca. Aquel acto primigenio de supervivencia la salvó de una violación cruenta, incalificable…

Los aullidos de Elliot se propagaron por la estancia traspasando las paredes. Lothia acudió en su auxilio y se llevó un guantazo terrible cuando trató de examinar la gravedad de la situación.

—No te ha mutilado, ¡al menos has sentido algo ahí abajo! —rio desatada.

—¡Cállate, no puedes imaginar el dolor que padezco! —se acercó a

la mesa para comprobar a la luz mortecina de las velas que sus genitales estaban indemnes.

—Para lo que te sirve… —le pinchó la dama con saña—. Permíteme solventar tu problema. Seré cuidadosa, cielo mío. Lo más lamentable es haber desperdiciado la última dosis de *medicina* para nada.

A través de las sombras que enturbiaban sus ojos, Tessa vislumbró cómo Lothia apaciguaba a De Clegg con suaves caricias allí donde había sufrido el daño. Aturdida por la inconcebible situación que padecía, se arrastró por el suelo hasta la salida. Sujetó sus prendas hechas jirones y atinó a escapar del infierno donde el energúmeno que se decía caballero gemía de placer incentivado por la mano de una madre demasiado amorosa.

Al otro lado de la puerta, un Roston demudado la recogió del suelo y la cubrió con su librea.

—Santo cielo, ¿qué le han hecho?

—Ayúd… eme… Al ta… ller —suplicó.

Sin aguardar un instante, el sirviente la trasladó a la dependencia ante la mirada atónita de una doncella, que había escuchado el estridente griterío. Roston la depositó en un viejo diván y la arropó con una manta. Tessa murmuró:

—Cie… rre al salir… por favor.

—Señorita Dixon, dígame qué puedo hacer por usted —el mayordomo estaba tan confuso que no sabía cómo reaccionar ante aquella situación.

—Cie… rre, que nadie me mo… leste —exigió temblando.

—Como usted ordene. Lo siento mucho, señorita —dijo apesadumbrado antes de retirarse.

Pese a que la voz de Roston sonó lejana debido al profundo sueño en el que estaba a punto de sumirse, Tessa distinguió el ruido de los goznes y el chirrido de la puerta y se arrastró como pudo hasta ella. En cuanto consiguió voltear la llave encajada en la cerradura y recluirse a cal y canto, se adormeció en el suelo del taller, el único lugar del mundo donde podía cobijarse. En el estante más alto de la estancia, un libro hueco escondía la llave causante de su desdicha.

# VII

# PRISIONERA DEL MIEDO

Se despertó helada, con un terrible dolor que le martilleaba las sienes y la impresión de haber comido un puñado de guijarros. Con paso inestable fue a cerrar las ventanas y una ráfaga de viento la zarandeó provocándole un intenso estremecimiento. Buscó el echarpe, el vestido de trabajo y los paños de secado y se encogió en el sillón, donde dormitó durante horas envuelta en la maraña de trapos. Perdida la noción del tiempo, cuando su organismo se recuperó de la dosis de droga que le habían suministrado con alevosía se enjuagó la cara con el agua gélida destinada a la limpieza de los libros. El recuerdo de lo sucedido con los De Clegg la hostigó desde el instante en que recobró la lucidez y lloró con amargura. La vejación, la rabia y el odio que sentía se aunaban a la idea de que si se hubiese negado a cenar con ellos nada habría sucedido. Esa sensación absurda e irracional de culpabilidad le impedía discernir con lógica.

Roston llamó a la puerta infinidad de veces, pero Tessa se negó en rotundo a abrirle.

—Señorita, le dejo aquí una bandeja con té bien caliente. La reconfortará…

La joven escuchó el suspiro resignado que el criado emitió tras aguardar unos instantes. Sus pasos alejándose por el corredor le devolvieron la minúscula seguridad que la abandonaba en cuanto advertía que alguien se aproximaba al taller. La sola idea de encontrarse con sus atacantes la aterrorizaba. Esperó a que anocheciera y, cuando Lockhill se sumergió en el silencio más absoluto, solo entonces, abrió rauda la puerta de su fortaleza e introdujo la bandeja para volver a encerrarse. Hizo un esfuerzo y desplazó hasta la entrada la mesita ovalada sobre la que descansaban las tinas, de modo que si alguien intentaba entrar forzando la cerradura se topara con una dificultad añadida; sentía pánico a quedarse dormida. Se arrebujó en aquella madriguera que desprendía olor a humedad terrosa, cogió un libro y se aplicó en leer *Los viajes de Gulliver* para huir de los pensamientos tétricos que la dominaban. Su propósito resultó infructuoso; no se concentraba en absoluto, se sentía como si la hubiese pisoteado un caballo y, contra su voluntad, se hundió rendida en un sueño agitado.

Al amanecer del siguiente día, su mayor temor se hizo realidad. La rotundidad de los golpes que asestaban contra la puerta la

sobresaltaron y los latidos de su corazón se convirtieron en un repique de campanas.

—¡Tessa, abre la puerta, por favor! —pidió el *intruso* que pretendía acceder al interior.

La señorita Dixon solo escuchaba el clamoreo de su cerebro: «¡Dios, dame fuerzas para defenderme! ¡No permitiré que me hagan daño! ¡Si me tocan, los mato!». Buscó frenética un objeto con el que protegerse y, tras desparramar por el suelo cuanto hallaba, se fijó en uno de los ladrillos que utilizaba como prensador; lo aferró con fuerza y se preparó para enfrentarse al asalto. Los susurros al otro lado eran ininteligibles. Ahogó un grito de horror cuando una llave maestra liberó la cerradura, y cerró los ojos al reparar en que la mesilla auxiliar no pesaba tanto como ella imaginaba, dado que el asaltante dio un empellón y la deslizó con facilidad liberando el paso.

—Tess…

Asestó el ladrillazo con todas sus fuerzas y los párpados apretados, y un cuerpo se desplomó cuan largo era a sus pies. Al abrir los ojos vio horrorizada a Oliver tendido en el suelo, con una brecha en un lateral de la cabeza de la que fluía un reguero de sangre.

—¡Ay, menudo mamporro le ha asestado al amo, señorita! —Roston no se atrevía a cruzar el umbral para auxiliar al señor por miedo a recibir una ración de lo mismo.

Tessa soltó el *arma letal* y se abalanzó sobre Oliver con el temor de haberle desnucado.

—¡Señor Chambers, por Dios, no se muera! —imploró al tiempo que intentaba girarle para comprobar si aún respiraba—. ¡No se quede ahí parado, Roston, ayúdeme!

El sirviente reaccionó y entre ambos consiguieron arrastrar al descalabrado hasta el diván.

—Pesa como un muerto… —farfulló Roston, colorado por el esfuerzo.

Tessa resopló y le dirigió una mirada de reproche.

—Eso no me ayuda mucho, hombre.

Se apresuró a restañar la sangre y comprobó que la herida no parecía grave. Oliver tenía los ojos vueltos hacia arriba y, pegando el oído a su pecho, la joven verificó que su corazón latía. Con golpecitos en las mejillas y un paño húmedo aplicado en la frente trató de que volviera en sí. Se sorprendió al ver el aspecto indómito que le otorgaba la barba crecida y salpicada de abundantes vellos blancos.

—Tenemos que hacer algo —determinó con firmeza—. Quédese con él, Roston, y mantenga el paño presionado sobre la herida. Iré en busca de lo necesario para curarle.

Sin detenerse a pensar en el peligro que hasta hacía unos minutos la mantenía atemorizada, se subió al escabel, tomó las llaves

escondidas y, antes de salir a toda prisa hacia la habitación de lord Chambers, exclamó petrificada:

—¡Qué sé yo de curar heridas! No sé qué necesito del botiquín… —se retorció nerviosa las manos e hizo memoria de las *lecciones* que él le había impartido—. ¡Vendas! Sí… un apósito.

—Pienso que las sales serían un buen recurso —aventuró Roston abanicando a Oliver con la mano.

—Solo necesito lavar la herida y aplicar un ungüento. No tienes tanta fuerza como para partirme el cráneo… la carne pronto se cerrará por su cuenta.

Oliver, recuperada la consciencia, se palpaba la zona comprobando que sufría un simple rasguño.

—El dolor de cabeza perdurará unos días y lo soportaré con la minúscula dignidad que me queda después de ser derribado por una fierecilla escuálida como tú.

—¡Oliver, qué alivio! —profirió Tessa arrodillándose a su lado—. Lo siento, lo siento mucho… no era mi intención hacerle daño —titubeó con los ojos empañados—. Ha sucedido algo terrible que me ha obligado a…

No se atrevía a referirle el ataque de los De Clegg. Lo lógico sería que no la creyera cuando los barones negasen los hechos. Se llevó las manos al rostro enmarcado por la mata de pelo enmarañado.

—No te aflijas por mí, muchacha. Roston me ha puesto al corriente de lo sucedido —hizo amago de ponerse en pie y un ligero vahído lo detuvo—. Nunca debí dejarte a solas con ellos. ¡Me engañaron haciéndome creer que su recuperación iba por buen camino! La culpa de lo que te ha ocurrido es mía y no podré perdonarme si te han…

—¡No! —le interrumpió con el rostro enrojecido—. Pude escapar a tiempo.

Roston emitió una tosecilla y se disculpó. Él iría a por las vendas, dijo.

—Gracias, Roston, estoy en deuda con usted —añadió Oliver antes de que el sirviente se retirara.

—No hay de qué, señor —hizo una cortesía y les dejó a solas. Con sus años de experiencia, sabía cuándo debía desaparecer.

—Entiendo por sus palabras que usted sabía a lo que me exponía dejándome a merced de esos salvajes —especuló Tessa con semblante airado.

—Sí… ¡no! —titubeó él, tomándola de una mano que ella retiró arisca—. Ambos están enfermos de algo oscuro que se apodera de sus voluntades. El opio es irresistible y no saben cuándo detenerse. Debí intuir que las dosis cada vez más reducidas que les administro les provocarían una ansiedad irrefrenable por conseguir más —explicó pensativo.

—Por esa razón me encomendó que nadie entrase en la cámara repleta de medicinas… ¡Sabía que esto podía suceder y, aun así, no le importó exponerme al peligro! —recogió el ladrillo del suelo y le amenazó colérica—. Estoy a punto de darle otra pedrada, señor, ¡con gusto le rompería la crisma!

A Oliver se le escapó un amago de sonrisa al verla tan decidida a rematarlo.

—Sin duda me la merezco. Lo siento, Tessa. Dime que estás bien. ¿Estás segura de que no te han hecho nada? Si hubiese sospechado que fingían, ni por un instante te habría dejado a solas con ellos.

—Pues lo hizo. Les aborrezco a todos por igual. Mañana mismo me marcharé de aquí e intentaré olvidar este horror.

Oliver se incorporó sin dificultad, se acercó a ella y trató de apaciguarla.

—Ya no correrás peligro, estoy aquí y no pienso irme a ningún lado.

—¿Y ellos también estarán a mi lado? —preguntó irónica—. ¡No sabe lo que estuve a punto de sufrir! ¡Lo que he soportado!

—Mi ausencia se alargó más de lo que esperaba debido al recelo de los cocheros. Ninguno deseaba desmantelar su vehículo para guarecer a un moribundo…

—¡No me sirven sus excusas, señor! —le cortó con rabia.

—Los he encerrado bajo llave, no pueden salir de sus alcobas. Te juro que estás a salvo conmigo —le tocó el hombro con calidez para respaldar sus palabras.

—Tal vez usted padezca lo mismo que ellos y también lo oculte. ¿No entiende que no puedo fiarme de su palabra? No debo permanecer en Lockhill, con usted besándome cuando se le antoja y abandonándome en las fauces de las alimañas.

—No cometeré el mismo error, te protegeré con mi vida… tendrán que pisar mi cadáver para hacerte daño.

—Pero no les expulsará porque truncaría la venta de la mansión, ¿verdad? —acusó triunfal.

—Aunque quisiera, no puedo, Tessa.

—Señor, tiene usted el empaque de un hombre rico, ¿tanto le urge el dinero? La fortuna de su abuelo es considerable y la heredará en cuanto fallezca —insistió—. No importa lo acaudalados que ellos sean. Malvados como son, volverán a lastimar a quien se interponga en su camino. Expúlselos de aquí. Encontrará a otro comprador que no le denigre a usted ni a su casa.

—Elliot… es mi hermano —confesó abatido. Fijó la atención en un libro colgado del tendedero para evadir el contacto visual. Se veía a leguas su desagrado al abordar el tema.

Tessa recibió el testimonio entre conmocionada y escandalizada. El

silencio se instaló entre ambos hasta que ella reaccionó.

—En tal caso, no entiendo que su madre permita… que ella…

—¡No!, Lothia no es nuestra madre. Es… una mujer perdida, una prostituta en su declive. Conoció a Elliot en un antro de Sebastopol donde estaba a punto de morir, y le auxilió. A cambio, lo empujó a una vida repleta de opio, alcohol y sexo —hizo una pausa al pronunciar la última palabra para verificar que Tessa no se azoraba—. No te negaré que esos factores le ayudaron a ocultar el trasfondo que le incita a quitarse la vida.

—Sin embargo, él aseveró que fue usted quien le salvó de la muerte, como a muchos otros soldados… —recordó Tessa confusa.

Oliver se pasó absorto la mano por el pelo y la instó a sentarse a su lado. La muchacha entrevió un mundo de mentiras y engaños a su alrededor, así como el gesto derrotado del hombre, a quien un hilo de sangre aún enturbiaba la sien.

—Te escucho, Oliver —le tuteó con decisión. A esas alturas, los acontecimientos rompían las barreras sociales y la devastación que les afectaba se convirtió en la misma vara de medir para ambos.

—Muchacha, un ser tan ingenuo como tú no debería conocer la ruindad de historias tan viejas como el propio tiempo. La preciosa candidez que te envuelve se desmoronaría en pedazos, como este terrón que se deshace con tanta facilidad —pisoteó una porción de barro seco que ella, en su desesperación, había arrojado al suelo mientras buscaba el ladrillo.

—No soy una niña ingenua, mi vida no ha sido fácil y nada de lo que me cuentes me asustará más de lo que estoy.

—No podía dejarlo morir…

Oliver inhaló una profunda bocanada de aire y se dispuso a relatar cuanto procuraba mantener relegado en su memoria.

Tessa sintió una punzada de misericordia. Observó sus cejas de animal lanceado contraídas por el sufrimiento, y su voluntad se rasgó hasta el punto de obligarse a retener los dedos que ansiaban alisarle la frente y convertirla en un manantial donde beber sus pensamientos y besar su piel dorada en un intento por mitigar su dolor…

# VIII

# HERMANOS

Para un caballero como lord Chambers, el fallecimiento de su esposa durante el alumbramiento de una hija que, por *desgracia*, se convertiría en su única descendencia, fue un golpe tan duro de digerir que, simplemente, desterró de sus afectos al fruto del matrimonio. La niña creció sin acusar la falta del apego paterno gracias a los criados, quienes la atendieron y mimaron como si de uno de ellos se tratase. Deambulaba con libertad por caballerizas, graneros y cocinas, ayudaba en las labores domésticas, se comportaba con dulzura y amabilidad… pero no como la dama que su padre exigía que fuese. Le encantaba infiltrarse por las noches en la biblioteca y sumergirse en la lectura hasta que las velas se consumían. Después corría a su alcoba, antes de que su progenitor la descubriese. Tenía vedada la entrada a la torre, donde el aristócrata permanecía los días inmerso en estudios y lecturas que, a su entender, no eran apropiados para una joven de bien.

Los años se deslizaron y se convirtió en una mujer que despertó a la vida en brazos de un hombre cualquiera, un apuesto mozo de cuadras, con quien se fugó. Su porvenir, distinto a todo lo que conocía, se trocó por completo y, salvo por la carencia de los lujos que la gente humilde no puede permitirse —incluyendo los libros que tanto amaba y el tiempo libre para disfrutarlos—, fue dichosa hasta el fin de sus días. Engendró dos hijos con su esposo de baja condición, muchachos que quedaron huérfanos a edad muy temprana debido a una epidemia de fiebres que consumió a la pareja, debilitada de por sí debido a las jornadas de duro trabajo y a la deficiente dieta —hubiese poca o menos, los niños siempre fueron destinatarios de la comida que entraba en la casa por encima del hambre de sus padres—. A través del rector de la villa en la que se habían establecido, lord Chambers tuvo conocimiento de la muerte de la hija que le había deshonrado. Aceptó altanero hacerse cargo de los chiquillos con la condición inapelable de que el mayor, Oliver, ingresase en el ejército, y el joven Elliot se consagrase a la Iglesia. Antes de enviarles lejos, exigió que, si deseaban su herencia, jamás desvelaran sus orígenes. De ese modo, en Stirling nadie tuvo conocimiento de su existencia…

***

Oliver miró desalentado a Tessa, cuya expresión de incredulidad crecía por momentos.

—Sí, señorita Dixon, yo mismo podría casarte o darte la extremaunción, situaciones que me desconsolarían por igual —apuntó con un frágil mohín de sarcasmo—. Francamente, preferiría besarte y olvidar cuanto escuchas de estos labios que se desgarran con los recuerdos.

—Pero tú eres el mayor, eres doctor y Elliot luchó en la guerra —recordó confusa, ignorando su insinuación.

—Sí, tienes razón… los planes del viejo lord no fluyeron como él pretendía.

***

Los muchachos se formaron con el somero capital que el abuelo destinó para ese fin. Tenían motivos sobrados para no regresar a Lockhill Manor y nunca lo hicieron. Desde luego, el señor de la colina, quien se creía su dueño, no les habría acogido. El menor, Elliot, llegó a odiar la institución sagrada, y Oliver no sentía inclinación por arrebatar la vida a otros seres humanos en nombre de la patria. Buscaron su propio camino. Fue sencillo desobedecer los dictados de su *benefactor* e intercambiaron sus papeles. Oliver se consagró a Dios e, inmerso en sermones, mientras las personas padecían penurias, enfermedades y morían de hambre —como sus propios padres—, descubrió que su vocación no residía en proclamar verdades y amenazas celestiales. Ingresó en la universidad y estudió para curar los cuerpos, considerando que no tenía potestad sobre las almas. Por el contrario, el más joven, decidido y valiente, se aferró a las armas y partió a la lucha para descubrir que el primer derrotado por la guerra es aquel que aprieta el percutor. Unos meses en Crimea fueron suficientes para destruirlo.

***

—Hallé malherido a Elliot en un hospital, donde una mujer llamada Florence me puso al corriente de la necesidad de retornarlo a Inglaterra. Así lo hice. Ella me dio razones contundentes para regresar al frente y realizar la labor para la que estoy cualificado. *La dama de la lámpara* —los soldados así la llamaban—, además de eficiente y compasiva, es muy persuasiva, y la seguí ciegamente. A mi regreso de la última campaña tardé semanas en reencontrar a Elliot. Cuando di con su paradero algo estaba roto en su interior. Padece una forma de locura similar a la melancolía… no he hallado un tratamiento eficaz, pero he conseguido mantenerlo con vida pese a su brutal dependencia del opio.

Oliver finalizó sin aliento, derrotado por sus propias palabras.

Tessa descansó la palma de la mano sobre uno de sus hombros encogidos y percibió la tensión de sus músculos. La muchacha pensó en Atlas sujetando el peso del mundo, pero, lejos de ser un titán, él era un hombre de carne y hueso.

—Si intentaste ayudarle por todos los medios, en nada te beneficia añadir tanta culpa a la pena —lo dijo con sinceridad, estimando que su propia encrucijada interior se desenmarañaba: el odio era un sentimiento poderoso que solo podía ser amansado por una emoción más intensa aún y, tras escuchar el periplo de los dos hermanos, su aversión hacia Elliot quedaba relegada a un segundo plano ante la idea de poner tierra de por medio y alejarse de Oliver Chambers.

Él asió su mano y tiró de ella hasta tenerla frente a frente. Tessa pudo verse reflejada en sus ojos como en dos lagos turbulentos que la arrastraban al fondo.

—Oliver, no sigas —suplicó—. No te tortures.

—Creí que proporcionándole cuanto pedía: joyas, atuendos, dinero… abandonaría a Lothia y volvería a ser él mismo. Fui un iluso. Su mente era un lienzo blanco en el que ella pintó imágenes inexistentes: la compra de Lockhill, la condición de barón, el apellido De Clegg…

—Su realidad es una gran ficción —concluyó Tessa con un nudo en la garganta.

—Sí, sus recuerdos desaparecieron junto con su personalidad. Vive inmerso en una fantasía espantosa en la que Lothia es su madre y yo su amigo, el doctor que le asiste, aquel que le *salvó* la vida procurándole el sustento. El incendio de Lockhill fue providencial, excepto por la desgraciada muerte de tu padre —especificó muy serio —. Los trasladé aquí para apartarlos del mundo con el único fin de ampararlo a él —tomó aire y le dedicó una mirada insondable—. Y te encontré a ti, mujer… sencilla, inteligente e ingenua, dispuesta a salvar lo insalvable, y quise mantenerte cerca. Necesitaba a alguien *limpio* en mi vida, ¿comprendes? Un retal de cielo libre de brumas que me permitiera respirar sin temor a ahogarme —enfatizó, tomando el rostro de Tessa entre las manos.

Ella inhaló una bocanada de aire con lentitud. Sus labios casi se rozaban.

—Aquel día en que me besaste… y llevaste mi mano a tu... cuerpo —musitó retraída—, perseguías otro fin y no mi pureza de espíritu precisamente.

—Necesitaba cerciorarme de que no eras una impostora más, que no me cegaba el deseo de que fueras real.

—Si hubiera caído en tu artimaña… —contuvo el aliento—, ¿qué habría sido de mí?

—Te hubiese tomado. Despacio, lentamente, para sentirte

plenamente mía.

Oliver susurraba sus anhelos sin soltar el rostro de Tessa, acariciando el contorno de sus labios con los pulgares de aquellas manos candentes que la quemaban.

—De habértelo permitido no me considerarías limpia, cabal, cielo puro ni pamplinas. Me habrías expulsado de Lockhill sin vacilar; sin embargo, no cedí ni lo haré… te morderé como una perra rabiosa, te arañaré hasta quedarme sin uñas antes de caminar por esa vereda de perversidad que me espanta —pensaba en el ataque de Elliot—. No quiero que me hagas el amor ni despacio ni deprisa, porque me faltarán pies para correr en cuanto lo intentes.

En ese preciso instante, según articulaba las palabras de rechazo, Tessa tuvo la mayor certidumbre de su vida: amaba a aquel hombre. Todo el desasosiego, las preguntas y los temores se disolvieron.

El semblante de Oliver se endureció y la tomó entre sus brazos con determinación.

—No, no —repitió con desasosiego—. Lo que has visto es la cara salvaje de un pobre desgraciado consumido por el mal. Lo presencié en el frente. Existen hombres de todas clases: honorables, cobardes, borrachos, ladrones… todos distintos, cada uno con su lacra o su talento, pero yo jamás te haría daño… yo… —no hallaba las palabras para describir los sentimientos que ella le despertaba y optó por proclamar lo más obvio—. Yo no soy así. No soy perfecto, pero no soy un animal, Tessa.

Inclinó la cabeza y buscó su boca con delicadeza por temor a que huyera. Ella no se alejó. Recibió sus labios cálidos y sus caricias sutiles evocando la espuma de las olas chiquitas del mar muriendo a sus pies. El roce de la barba le cosquilleaba el mentón y deseó ser un pájaro para anidar en ella con los ojos cerrados. No tuvo reparos en izar los brazos y rodear el cuello de Oliver, pero temblaba de forma notoria. De súbito, el hombre emitió un gemido gutural y se detuvo; la separó de su cuerpo contra su voluntad para distinguir su gesto sobrecogido.

—¿Tienes miedo de mí? —preguntó velado.

—Mucho… haces que me crezcan espigas por el cuerpo.

—Así es el deseo verdadero, Tessa.

—¿Y el amor?

—Pequeña inquisidora… Necesitas oírmelo decir, ¿verdad?

—Sí, de esa boca tuya que no cesa de robarme besos.

—Te amo, muchacha. Esta es la declaración más veraz de mi vida y, si me aceptas como esposo, no lucharé más contra este suplicio que me contiene —hizo una pausa para coger aliento y añadió con solemnidad—: ¡Cásate conmigo y sé mi mujer!

La señorita Dixon recibió la inesperada petición con los ojos muy abiertos y el pulso acelerado; temía haber entendido mal. Le tomó el

rostro entre las palmas y tuvo la certitud de que aquel hombre la amaba. Entornó los ojos para ocultar el brillo de las lágrimas y apoyó su frente contra la de él.

—Oliver… desearía ser tu esposa, pero no puedo convivir con tu hermano y esa mujer. Espero que me comprendas. Lo ocurrido la otra noche fue obsceno, una pesadilla que jamás olvidaré.

—Intentaré desvanecerla de tu cabeza, yo seré el único que invada tu sueño.

—Es tu hermano… —aún no daba crédito.

—Hallaré un lugar donde internarlo lejos de aquí. Después de lo que te ha hecho me doy por vencido. ¡Estoy tan furioso que no me arrepiento de haberle golpeado! —pronunció con precipitación, revelando lo que había ocurrido cuando Roston le comunicó la agresión a Tessa—. En cuanto a ella, espero que con un buen puñado de dinero desaparezca de nuestras vidas.

—Oliver —repetía su nombre para cerciorarse de que era real—, necesito pensar. Todo discurre demasiado deprisa, tengo miedo… aunque si de algo estoy segura es de este amor que me nace en el fondo del pecho y altera mi razón. Creo que es una locura.

—¡Me haces el hombre más feliz de la Tierra, muchacha! —su exaltación borró la expresión asustada de Tessa.

—Un hombre al que apenas conozco…

—Seré un libro abierto para ti, me aprenderás de memoria.

Tessa sonrió levemente con su metáfora; el concepto de *leerle* la cautivaba.

—Descansa tranquila, vida mía, nadie volverá a hacerte daño mientras yo viva —repitió con vehemencia—. Mañana hablaremos de los preparativos de la boda —sin darle lugar a réplica, la tomó en volandas y cruzó los corredores de la casa hasta llegar a su alcoba; allí la depositó sobre la cama y sus semblantes se desdibujaron con un beso tierno que rubricaba todas las palabras acerca del deseo y el amor.

Antes de abandonar la estancia —muy a su pesar—, Oliver le informó de que lord Chambers ya estaba instalado en la dependencia que con tanto esmero habían organizado.

—¿Te sientes con fuerzas para visitarlo uno de estos días? —inquirió dubitativo—. Sigue en su empeño inicial de que seas tú quien lea para él, pero no debes sentirte obligada.

—No temas por mí, mañana le veré. Ve a descansar, Oliver; debemos reflexionar. Quizás al amanecer este amor solo sea un sueño.

—Si fuese así, te prohíbo que me despiertes —porfió desde la puerta, y se marchó antes de que flaquease su resolución de respetarla.

En el lecho, Tessa se arrebujó dichosa —y asustada— bajo las

mantas. En su cabeza martilleó un nombre: *Jane Eyre*… Jane Eyre y la proposición de matrimonio del señor Rochester. Al rememorar la novela por la que sentía fascinación sintió un estremecimiento, y se dijo que era una boba sugestionada por toda una vida de lecturas. «Nosotros no somos personajes literarios, ¡no habrá impedimentos que nos separen!».

# IX

# FUEGO EN LA PIEL

El anciano yacía adormecido debido al láudano. Aun así, sus lamentos surgían enronquecidos de una garganta lacerada por la inhalación de humo, su respiración dificultosa indicaba que los pulmones estaban gravemente dañados y sus ojos, entreabiertos y opacados, sin pestañas ni cejas, reflejaban una mirada suspendida en el espanto. La crudeza de sus quemaduras la conmocionó. Oliver, a su lado, mantenía una mano en la espalda de Tessa por temor a que se marease de la impresión. La había acompañado a la habitación de lord Chambers cuando ella confirmó su intención de verle.

—Algunas zonas de su cuerpo están más afectadas que otras —explicó sombrío—, pero el dolor es insoportable por igual.

—Pobre hombre —replicó Tessa, angustiada al imaginar la agónica muerte del señor Dixon.

—Cuando la medicina le alivia durante unos minutos, un atisbo de lucidez regresa a su mente y requiere tu presencia.

—No entiendo el motivo, nunca llegamos a conocernos. Sin duda, padre le hablaba de mi amor por los libros y, tal vez, en su cerebro asocie mi imagen a la de tu madre, a quien también apasionaba la lectura.

—Sí —titubeó Oliver—, quizás en su delirio desee tu compañía como enmienda o, simplemente, te convoca porque ya le había pagado a tu padre y quiere su compensación.

—Sé compasivo —reprobó Tessa contrita—. Es posible que esté arrepentido de su conducta del pasado… y no, aún no le había retribuido las últimas semanas —añadió con timidez.

—Sea lo que fuere, estás aquí y eso es lo que importa.

Ambos se acercaron al lecho, y la muchacha se sentó en un taburete a su lado mientras Oliver ordenaba el instrumental necesario para realizar una cura.

—¿Estás segura de que quieres presenciarlo? —inquirió escrutándola con aprensión.

Ella asintió con un leve movimiento. En cuanto abrió el librito que llevaba consigo advirtió que las manos le temblaban como las ramas frágiles de un árbol. Con voz suave comenzó a leer. Se interrumpió y volvió a intentar concentrarse en las palabras que se tornaban movedizas, desviando su atención hacia el cuerpo inerte que exhibía compresas y vendajes impregnados de pomadas en distintas partes de su anatomía. Pese a que Oliver los sustituía con sumo cuidado, la piel se despegaba a jirones y la carne palpitaba desnuda, purulenta. El olor

fétido golpeó sus fosas nasales. Tessa trató de contener la ansiedad, reposó la miniatura sobre el regazo y, con un hilo de voz, recitó de memoria las líneas de un poema de Emily Brontë: «… cuando mis días veloces se acercan a su meta, eso es todo lo que imploro: en la vida y en la muerte, un alma sin cadenas, con valor para resistir».

La modulación apenas perceptible de su voz aplacó la agitación del enfermo y silenció sus lamentos durante unos instantes, intervalo más que oportuno de quietud para que el médico finalizara el procedimiento a la velocidad de un relámpago.

Rígida, notó cómo Oliver la izaba para retirarla de allí, y Tessa ocultó su horror en el cuello cálido del hombre, quien se apresuró a alejarse de la estancia. Los alaridos del enfermo habían regresado más estentóreos en cuanto ella cesó de recitar el poema y retumbarían en sus tímpanos mucho tiempo después de abandonar la alcoba.

Lejos de rectificar, insistió en acompañar a Oliver cada día y, en breve, ambos advirtieron el efecto balsámico que la lectura trémula de la joven ejercía sobre el caballero, por lo que sus visitas comenzaron a prolongarse favoreciendo unos momentos de consuelo y sosiego al anciano que tanto padecía.

—En el frente, donde la única opción es matar o morir, he visto a muchos hombres aferrarse a la vida con desesperación, pero esta resistencia me sorprende en una persona de su edad —musitó Oliver uno de esos días a media voz mientras procedía.

Tessa le observó arremangarse la camisa y manipular al enfermo con total seguridad. Sabía lo que hacía con sus manos ágiles, grandes, eficaces, como todo él.

Entre el trabajo en el taller y la asistencia a lord Chambers estaba realmente ocupada, pero Oliver la arrastraba siempre que tenía oportunidad a un rincón solitario, ajeno a las miradas de los criados, para besarla y exteriorizar una pasión que crecía como las mareas en invierno. Ella, haciendo a un lado sus prevenciones, le devolvía cada beso con la felicidad dibujada en los labios y sentía aquellas manos recorrer su espalda, sus hombros, su cuello e incluso sus pechos. La primera vez que la tocó de forma tan íntima se envaró, pero la delicadeza y seguridad del amante impidieron que lo rechazara. Era una mujer enamorada, colmada de ansia pasional y ciertamente libre, pues a nadie debía explicaciones de sus actos excepto al hombre al que amaba sin comedimiento.

El deseo se tornó poderoso, como el amor insólito que se

profesaban. Se buscaban sin reparos, bebiéndose a sorbos audaces de placer. Tessa, a punto de claudicar; Oliver reprimiendo sus impulsos, sufriendo ambos por tenerse más allá de besos y caricias… hasta que una noche de tormenta sucedió lo inevitable.

Roston se personó en la salita donde la pareja había tomado por costumbre cenar, alejados del comedor oscuro, de la larga mesa que lo presidía y de los recuerdos más tenebrosos de la señorita Dixon.

—Ejem… —el criado anunció su presencia—. Señorita, el viento sopla con furia y los ventanales del taller corren el riesgo de hacerse añicos por la fuerza con que se baten. Además, la lluvia amenaza con inundarlo. Si usted lo aprueba, los cerraré para preservar los libros que penden del tendedero.

El mayordomo conocía lo que había surgido entre ellos y, lejos de dar pábulo a los chismorreos, había acallado muchas insinuaciones maliciosas de la doncella, quien farfullaba a media voz sobre la *mosquita muerta* que había engatusado al heredero de Lockhill.

—Oh, gracias por prevenirme, Roston. Yo me encargo —agradeció Tessa, abandonando la intimidad del momento. Se levantó de su asiento al lado del fuego y se encaminó hacia el taller para proteger su contenido. La tormenta arreciaba y los chispazos veloces de luz que proyectaban los relámpagos precedían a los ensordecedores truenos, que la sobresaltaron hasta el punto de encogerse sobre sí misma.

—Te acompaño —dijo Oliver, tomándola de la mano con firmeza a la vez que despedía al sirviente.

Ella se aferró con fuerza a sus dedos hasta llegar a la estancia. Una vez en el interior, cerraron puerta y ventanas porque el viento ya había hecho de las suyas. Se afanaron en recoger del suelo algunos libros y páginas sueltas, pliegos y algún que otro útil de trabajo.

—No parece que hayan sufrido daños —aventuró Chambers, ojeando los ejemplares recuperados—. Me rindo a tu obstinación, has mostrado una gran habilidad para llevar a cabo este empeño.

—Hombre de poca fe… recuerdo tu mirada sarcástica y tus intenciones destructoras cuando te planteé la idea —subrayó la joven con un mohín de fastidio—. De no haber insistido, Byron, Colerigde, Shelley, Wordsworth y muchos otros autores habrían terminado en la pira.

—¿Aún me guardas rencor? —preguntó tomándola por la cintura —. Soy un auténtico borrico carente de sensibilidad. Debes instruirme, dado que, más allá de los mamotretos médicos, apenas conozco a los genios que siempre mencionas, señorita Dixon.

Hablaba en un susurro, deslizando los labios por su oreja y cuello. Tessa se estremeció pese al humorismo que albergaban sus palabras. Bien sabía ella que gustaba de la lectura, pues le había descubierto devolviendo a los estantes varios volúmenes tras pasar las noches

enfrascado en distintos argumentos.

—No me provoques, infame *Frankenstein.*

—«Yo era bueno y cariñoso; el sufrimiento me ha envilecido. Concededme la felicidad, y volveré a ser virtuoso» —replicó Oliver, evidenciando que, en efecto, conocía la novela hasta el punto de evocar de memoria un fragmento del parlamento del monstruo. Su aspecto indolente, con la barba crecida, las greñas indomables libres de potingues, en mangas de camisa, sin pañuelo anudado al cuello y la mirada oscurecida fijada en ella citando a Mary Shelley, la sedujo sin remisión.

—Gracias al cielo no soy culpable de tu creación… —bromeó ella, deslizando la palma de la mano por su mejilla angulosa—. ¡Apostaría cuanto Midas convirtiese en oro a que no has sido virtuoso en tu vida!

—Llevas razón… a ningún clérigo de bien se le pasaría por la mente el pensamiento que me tortura desde que te conozco —su tono gutural condensaba el deseo abrumador que le atenazaba.

—Me complace que no pertenezcas a la Iglesia —susurró Tessa, convencida de que no había nacido para ser la esposa de un religioso, pues por su mente transitaba una serie de imágenes que no distaban de las de él—. Es decir, no fui educada en el temor a Dios; mi padre me inculcó principios basados en la libertad de pensamiento —explicó azorada por miedo a lo que pudiera pensar de ella.

—Solo te pertenezco a ti… y tú, dime, criatura incrédula, ¿eres mía? —inquirió jocoso al percibir su inquietud.

—En cuerpo y alma.

No fueron las ingenuas palabras el detonante de lo que sucedió, sino sus ojos límpidos, sinceros, desnudos de intención y exigencias que transmitían más de lo que se podía expresar con el verbo. Ella era su cielo despejado y deseaba alcanzarlo.

Oliver tomó el rostro de la muchacha con las manos y se deleitó besándola, desatando una tormenta más intensa en el habitáculo de los libros desahuciados que la que rugía en el exterior. Recorrió su cuello con las palmas, le acarició los hombros y le rodeó la espalda para pegarla a su cuerpo. Tessa percibió el vello de su pecho en la mejilla cuando se reclinó contra él al sentir que descendía por sus caderas. El revoltijo de sus dedos plegando la tela del vestido hacia arriba le produjo quemazón en el corazón y en otras zonas de su cuerpo que nunca habían ardido tanto. Aún más cuando aprisionó su trasero pequeño, redondo, y lo atrajo con fuerza contra su persona. Un rubor opuesto al de la vergüenza tiñó sus mejillas. «Siento fuego en la piel… que ese Dios al que recurro sin fe me ayude».

Chambers forcejeó con las prendas femeninas hasta vencerlas. Despojó a Tessa de la ropa interior y las medias, y quedó desnuda bajo

el faldón de su vestido. Él se arrodilló a sus pies, apretó sus glúteos y acercó su rostro para venerarla, cual pirata que conquista una isla en la que descubre el anhelado tesoro. Aspiró su esencia y trasladó los dedos al nido venusino, delicado y oscuro, acarició sus rizos sedosos y la exploró con su boca. Su avidez contribuyó a despertar pulsiones placenteras allí donde se ubicaba el centro de su sexo. Muy lentamente, Oliver la rozó con sus labios e introdujo la punta de la lengua, saboreando la sal, la esencia íntima de la mujer que se entregaba a él por completo. Tessa sujetó sus gemidos y la cabeza del explorador, quien ahondaba diligente en su interior hasta determinar que estaba receptiva, lista para recibirle. Tiró de ella hacia el suelo y quedaron a la misma altura. Tessa observó que él se desprendía de la camisa y admiró su cuerpo musculado, chispeante debido a la contención. Se despojó de toda ropa y quedó desnudo ante ella, erecto, tranquilo, dándole tiempo para que ella lo mirase, le conociese… Sin pudor, la joven recorrió su anatomía con la mirada y con las palmas de las manos, al igual que había hecho él. Perfiló sus hombros robustos, sus clavículas marcadas, el pecho de pezones rodeados por corolas de vello, el abdomen donde una línea de hilvanes oscuros descendía hasta sus genitales.

—Tócame sin reparos, Tessa… —pidió Oliver, extasiado por el tacto blanco, gentil, de la señorita Dixon.

No necesitó rogarle para que ella acariciase su órgano, desde la base hasta el extremo palpitante, aferrándolo con un puño que resultaba pequeño para su envergadura. El instinto y la sabiduría la guiaron, además del propio Oliver, quien le mostró el movimiento que debía realizar para que su miembro alcanzara una generosa magnitud. La sentó a horcajadas sobre él, buscando, palpando. Ella, asida a sus hombros, esperaba expectante. De repente, Oliver se introdujo unos centímetros en ella y se detuvo. La calidez, el amor y los fluidos de ambos habían lubricado el tránsito hacia el interior de una hoguera candente que los consumía.

—¿Estás segura de que quieres continuar? —preguntó él en tono ronco.

—Sí… quiero —replicó alguien que ya no era la señorita huérfana, sino Tessa Dixon, la mujer deseosa de hacer el amor sin trabas, sin pensar, sin remordimientos.

Oliver la aferró por la cintura, la elevó unos centímetros sobre él y la descendió sobre su falo con rudeza. La penetró de golpe, pues sabía que su virginidad le impediría hacerlo con suavidad sin hacerle daño. Percibió cómo ella clavaba los dedos en su espalda, pero no emitió ninguna queja. Aguardó, paralizado unos segundos, y cuando notó que había superado la frontera de la sorpresa y de la molestia, procedió a izarla. Salió de su interior para volver a introducirse sin impedimentos

varias veces, en un vaivén acompasado y muy lento que la llevó a cotas de excitación elevadas al punto de jadear entrecortadamente, cerrar los ojos, oprimirse contra su cuerpo y agarrarse a sus mechones indomables. Oliver sonrió complacido. Antes de que fuera demasiado tarde, la tumbó y le quitó el vestido, desanudó el simple corsé que ocultaba los pechos menudos que ansiaba contemplar y se situó entre sus piernas. Desnudos, en igualdad de condiciones, se dedicó a besar y mordisquear los pequeños pezones rosados, endurecidos por el roce de su lengua y dientes. No cesaban de mirarse a los ojos mientras realizaban el acto más primigenio y genuino del ser humano. Tanteó con suavidad el edén encendido, la acarició con pericia, introdujo sus dedos para asegurarse de que podía proseguir. Ella era puro rocío, humedad y refugio. No esperó más. La penetró con mucha lentitud, deslizándose a fondo en su interior, y una oleada de placer les recorrió. Le hizo el amor despacio, sereno, percibiendo el fuego en cada centímetro de piel que les unía. Ella iba a su encuentro, arqueada, abrazándose a su espalda y a su cuello, tirando de él, queriéndole en su interior. Las incursiones sutiles y lentas cedieron el paso a un ritmo marcado por la avidez y Oliver comenzó a embestirla con vigor, mientras la notaba retorcerse, elevarse y salir a su encuentro. El ritmo acompasado marcado por un engranaje perfecto exigía más rapidez y una profundidad a la que no se resistieron. Oliver se apoyó en sus brazos y apremió los movimientos, ahondando las penetraciones hasta que ella cesó de gemir para cimbrarse y alcanzar la cúspide del orgasmo emitiendo un lamento estentóreo, señal que él aguardaba para deshacerse en su interior, fluyendo cálido, profuso, colmándola con su esencia. Permanecieron unidos unos instantes, hablándose con las miradas porque sobraban las palabras. Se amaban y habían hecho el amor convirtiéndose en una sola carne, en un único corazón que latía satisfecho, henchido de vida…

La frialdad del embaldosado traspasó la liviana tela del vestido sobre el que yacía y ahora, que el fuego en la piel se había mitigado un tanto, comenzó a temblar. Oliver la ayudó a recomponerse, se vistieron con dificultad porque sus manos y labios solo buscaban rubricar lo sucedido, la verificación de que no había sido una quimera, tocándose, besándose. Pasaron la noche acomodados en el diván del taller. Tessa se adormiló sobre su regazo y él dejó que las horas transcurrieran contemplando en su rostro plácido los destellos de la tormenta que proseguía azotando con fiereza la casa de la colina.

Tessa se despertó al amanecer, cubierta por una manta y una

marejada de recuerdos. El cuerpo, el tacto, el olor y la esencia de Oliver perduraban en ella… pero él no estaba allí. Se incorporó y trató de arreglarse antes de abandonar el taller para ir en su busca. No le dio tiempo, porque Chambers reapareció portando una bandeja repleta de alimentos. La depositó en la mesita y fue directamente a besarla.

—Buenos días, amor mío —dijo eufórico—. ¿Te sientes bien? ¿Arrepentida? ¡Dime que me amas, espejo de mi alma! ¡Vamos a la iglesia ahora mismo! ¡Trasládate a mi habitación de inmediato, te lo ordeno! No soporto estar alejado de ti…

Su retahíla le daba la apariencia de jovencito impaciente, y Tessa rompió a reír feliz al ver al hombre experimentado, maduro, amarla con intensidad tan sincera.

—Desayunemos primero, ¡estoy hambrienta! —exclamó radiante como una novia de mayo—. Después de visitar al abuelo, hablaremos de nuestra boda —añadió con timidez.

Y pensó que la felicidad tenía rostro, nombre, cuerpo… y le pertenecía por completo a ella. Oliver.

# X

Elliot y Lothia, encerrados bajo llave en sus respectivos cuartos y silenciados a golpe de sedativos que Chambers les administraba en cada comida, representaban el miedo y la preocupación que ensombrecía sus vidas.

—Lo enviaré lejos en breve —reiteró Oliver, refiriéndose a Elliot—. Estoy a la espera de recibir noticias de un colega de profesión, el doctor Anderson, a quien remití una carta rogándole que buscara un sanatorio donde traten su enfermedad. Otra opción sería ingresar a mi hermano en un manicomio… pero son lugares horribles.

—Entiendo —replicó Tessa desalentada. Anhelaba el día en que las dos personas más mezquinas que había conocido en su vida desaparecieran de su entorno—. ¿También vas a hacerte cargo de ella? Oigo sus palabras soeces cuando entras en su alcoba y la piel se me eriza de aprensión.

Oliver la rodeó con sus brazos y percibió su estremecimiento.

—Lothia es provocadora y ofensiva por naturaleza. Sabe que su situación depende de mis decisiones y, desde nuestro primer encuentro, trata de incitarme con sugerencias ordinarias creyendo que soy tan débil como Elliot.

Tessa recordó la insinuante caricia que la mujer había deslizado por el brazo de Oliver el día que la conoció.

—En mi opinión —prosiguió él—, es una excelente intérprete que ha sabido manipularle para apoderarse de su voluntad. Desde hace algún tiempo sospecho que conocía su identidad cuando lo encontró en aquel antro, y que le embaucó con una pátina de amor ilusorio para enriquecerse a su costa. No hay más que ver cómo proyectaba establecerse aquí, a su antojo, y remodelar Lockhill. Supongo que él, en su delirio, contaría que descendía de una *gran casa*, evitando describir el abandono en que estaba sumida. Creo que lord Chambers dejó morir Lockhill cuando se enteró del fallecimiento de mi madre…

—Me espeluzna su frialdad para mantenerse en el papel. ¡Échala, Oliver!

Tessa deslizó las palabras sin respirar. Su miedo era real y palideció al recordar la agresión y el comportamiento inmundo de la mujer con su *hijo,* detalle que no le desveló por pudor. Había sido denigrante referir a Oliver el modo en que se defendió, y jamás olvidaría su expresión de estupor ante su arrojado comportamiento. «Bien hecho, mi muchacha valiente, ¡se merecía eso y más!», había exclamado iracundo.

Oliver la abrazó con ímpetu y murmuró tranquilizador:

—Sí, azul de mi cielo, en unos días. Los dos se marcharán de aquí en cuanto reciba el mensaje que espero.

Chambers omitió que, el día de su regreso, Elliot había amenazado con quitarse la vida si le separaba de Lothia.

***

A su retorno, la primera intención de Oliver había sido ir en busca de Tessa, pero apenas había amanecido y no quiso despertarla. Exhausto del viaje, se tumbó a descansar en su alcoba sin siquiera desvestirse, pero cuando Roston llamó a su puerta y le refirió lo sucedido en el comedor, hubo de dominar el deseo de matar a su hermano.

—Dígale a Elliot que le espero aquí… —ordenó con los dientes apretados. Sabía que, si iba a por él en ese instante, no podría contenerse.

En cuanto el perpetrador de la atrocidad traspasó el umbral de la estancia, Oliver le sacudió un puñetazo que lo aventó hacia la cómoda, y avanzó tras él con el deseo irreprimible de continuar golpeándole hasta partirle la crisma.

—¿Por qué me tratas así? —se lamentó Elliot sorprendido.

—¡Por lo que has hecho, repugnante lunático! —replicó con los ojos llameantes de furia.

—No… no he hecho nada… —gimoteó Elliot aferrándose a su hermano, tratando de abrazarlo con temeridad.

—¡Eres un ser despreciable! —profirió Oliver, quitándoselo de encima—. Te quiero lejos de mi vida… lejos de Tessa. Acabarás tus días colgado de una soga o en un manicomio si antes no te mato yo, te lo advierto —fustigado por el horror que había sufrido la maestra, apenas hilaba las palabras con coherencia.

Doblado y dolorido, actuando con supuesto arrepentimiento, Elliot le dio la espalda y se apoyó en el secreter.

—¡Lo siento! No sé qué me pasa… hay algo aquí, ¡aquí! —se dio varios golpes en la cabeza con violencia—, que no funciona como es debido, *doctor*.

—Yo te diré qué falla ahí —siseó Oliver yendo y viniendo por la estancia como un animal enjaulado—. Esa mujer a la que llamas madre te ha pervertido de tal modo que te has convertido en su perro sin criterio ni voluntad. ¡El opio y esa mujer, a quien esta noche arrojaré a la calle, han acabado contigo!

—Si me separas de ella, me mataré, te juro que lo haré… —lloriqueó sin encarar a su hermano, inclinado sobre el mueble, acopiando el aliento que le había arrebatado el golpe recibido.

—¡Haz lo que debas! ¡Mátate y libérame de una vez por todas! —bramó Oliver fuera de sí, arrastrándolo por el cuello de la camisa fuera de su vista.

A partir de ese momento, los *barones de Clegg* fueron recluidos bajo llave en sus habitaciones adyacentes, pero Oliver ignoraba que su complicidad traspasaba cualquier tabique que se interpusiese entre ellos.

—«Toc, toc, toc, toc» —canturreó Elliot con cinismo, repiqueteando los dedos contra la pared—. Aunque estemos separados por los muros del averno, solo ella me responderá con el número concreto y correcto de toques. Si no lo hace, te juro que no veré salir el sol, *amigo mío* —aseveró con la mirada desquiciada.

—Elliot… no soy tu amigo, soy tu hermano, maldita sea, y estoy cansado de luchar por ti, me doy por vencido… —respondió al oír el redoble de contestación al otro lado de la pared.

Oliver se desesperó por milésima vez, y ordenó a los criados retirar de la alcoba cuanto pudiese infligir algún daño al delirante joven. Dado que lo había intentado en otras ocasiones, tenía la convicción de que llevaría a término su ultimátum.

—Tú no eres mi hermano, eres mi carcelero… —replicó Elliot, arrastrando las palabras mientras se abalanzaba sobre él con intención de agredirle; sin embargo, la rabia que le embargaba estaba reñida con el enflaquecimiento de su fuerza, por lo que Oliver le redujo con facilidad y procedió a administrarle un calmante para aplacar su furor. Al dejar a su hermano para correr hacia el taller, hubo de contener la tristeza, repeler la alargada sombra de la locura y afrontar el miedo que sentía por Tessa.

Ella sobrellevó las circunstancias con incertidumbre. Cada día le preguntaba a Oliver si había recibido noticias del doctor Anderson, e invariablemente obtenía la misma réplica: «Aún no, Tessa, no puede retrasarse mucho más; le he enviado media docena de cartas apremiándole. Sé que no me fallará, nunca lo ha hecho…».

***

—Me inquieta que no me requieras una fecha para la boda. Hace semanas que te propuse matrimonio —susurró Chambers una noche tras hacerle el amor con fogosidad—. ¿Acaso dudas de mí, muchacha?

—No, Oliver, no albergo dudas, pero el estado del abuelo y de tu hermano no son los más indicados para celebrarla. Presiento que un mar de sombras amenazaría nuestra unión si la fecháramos ahora y no quiero añadir un nuevo quebradero de cabeza a los que ya te inquietan —replicó ella arrebujándose entre sus brazos—. A mis ojos, estamos más que unidos, no deseo que algo empañe nuestra felicidad.

Formalizaremos nuestra relación cuando soluciones el traslado de Elliot —aventuró con valor.

Oliver la pegó a su costado y la besó, agradecido por su comprensión. Pasaron la noche juntos, como muchas otras, pues el hecho de separarse les parecía inadmisible… sobre todo a Chambers, quien había logrado conciliar el sueño por primera vez en mucho tiempo entre los brazos de la señorita Dixon.

«Te quiero, Oliver, pero no sé si podré esperar mucho más», pensó Tessa cuando el rostro relajado y los suaves ronquidos le indicaron que él se había dormido plácidamente. Si sus sospechas eran ciertas, estaba… encinta.

Abandonó el lecho con cautela, se enfundó en la gruesa bata de Oliver y se escabulló hacia el taller, donde se aplicó en ordenar sus sentimientos y algunas obras que aguardaban reparación. Mientras ojeaba el deterioro que presentaba *El conde de Montecristo*, sus cavilaciones convergían en el retraso de su menstruación y la fecha en la que habían hecho el amor por primera vez. Se llevó la mano al abdomen y no apreció ninguna alteración en su fisonomía a excepción de los pechos, que lucían un poco henchidos. «La obstinación de Oliver por nutrirme terminará por convertirme en una mujer oronda como una res». Sin embargo, algo en su interior le sugería que su leve cambio no se debía a los cuidados que el doctor Chambers le prodigaba, sino a sus ardorosos encuentros en el lecho. Sonrió cautivada al rememorar sus cuerpos unidos y sudorosos, la pericia de él para enseñarle a amar sin cohibición, el placer que compartían por igual y la complicidad entre ambos.

A medianoche, enfrascada en el tomo que iba recuperando relativamente su estado original, sus tribulaciones la mantenían en vela. «Todo mal tiene dos remedios: el tiempo y el silencio», concretaba Alexandre Dumas en su novela.

—Pues no puedo permitirme ni lo uno ni lo otro… —susurró con inquietud.

Pese a que no dudaba de él, de su amor impetuoso ni de sus intenciones de matrimonio, la llegada de un hijo engendrado fuera del sacramento significaba rebasar los preceptos morales de una sociedad donde ese hecho —en teoría— solo ocurría en los estratos más bajos.

«Dirán que nada peor se podía esperar de una muerta de hambre, de la hija de un pobre maestro, de una embustera, de una deudora… ¡qué me importa lo que piensen si el destino me depara la felicidad a su lado!». Intentaba convencerse de que el amor podía permitirse ignorar las reglas pautadas por siglos de convencionalismos, de que no le importaba ser juzgada durante el resto de su vida.

A punto de regresar a la cama de Oliver —tenía frío y echaba de menos la calidez de su cuerpo—, dos detonaciones retumbaron en el

silencio de la casa dormida. Tessa, asustada, se acercó con cautela a la puerta, aguzó el oído y distinguió los pasos apresurados de quien merodeaba por los pasillos.

—¡Vamos, no te entretengas! —mascullό quedamente Elliot—. Los disparos habrán despertado a todo el mundo… ¡Vámonos ya!

—Tengo que llevarme las joyas, estúpido, aguarda un instante… —replicó autoritaria Lothia.

—No puedes acceder al gabinete donde las guarda, ¡ya nos las compondremos!

Tessa contuvo la respiración, apagó el candelero antes de que la luz delatara su presencia en el taller y escuchó cómo huían escalinata abajo. Transcurridos unos instantes de confusión, la voz de Roston se impuso sobre los cuchicheos alarmados de los criados para pedir calma con impecable criterio. Oliver también se había despertado con el ruido inconfundible de su propia arma y acudió raudo al corredor con el torso desnudo.

—Se han escapado, señor —sentenció el criado al comprobar que las cerraduras de las alcobas habían sido descerrajadas. Roston sujetaba la pistola con dos dedos y Oliver pensó que era una suerte que no se la hubiesen llevado por falta de munición.

—¡Cómo han podido hacerse con el arma! La guardaba a buen recaudo —el tono de Oliver denotaba su conmoción—. ¡Tessa! ¿Dónde está la señorita Dixon, Roston?

Ella entreabrió la puerta del taller y se asomó encogida.

—Estoy aquí…

—¡Cielos! Por un momento temí que te hubiese sucedido algo, muchacha —ni su expresión de alivio ni el gesto protector al rodearla con sus brazos pasaron desapercibidos para el servicio.

—He de vestirme para ir tras ellos. ¡Ensilladme el caballo sin demora! —pidió colérico.

—De inmediato… Señor, han entrado en la recámara de lord Chambers y faltan suministros de láudano —replicó el mayordomo pesaroso después de despachar a la servidumbre con un gesto.

—Ven conmigo —Oliver tiró de ella hasta la habitación—. Prométeme que no te moverás de Lockhill mientras voy en su busca —pidió con vehemencia—. ¡No salgas de aquí, por favor!

—Puedes estar tranquilo, no he salido de Lockhill en… —titubeó perturbada por el apremio de él. «¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? El suficiente para que haya sucedido lo inimaginable, y no sé si deseo aventurarme a poner un pie en el exterior. A estas alturas, las habladurías correrán como ríos de lava por Stirling».

—Me refiero a los jardines, Tessa, a los alrededores que tanto te gusta explorar en busca de restos de libros, aunque ya no quede nada por rescatar —Oliver se mostraba contundente mientras iba de un

lado a otro vistiéndose.

—No creo que permanezcan por los alrededores, Oliver… ¿No sería más sensato dejarles ir?

Chambers no respondió de inmediato. Tras recordar el amago de abrazo de Elliot durante su discusión, se había acercado a examinar el cajón donde guardaba el arma para verificar una sospecha. No se había percatado de la sustracción de la pequeña llave de su chaleco ni de la pistola mientras su hermano permanecía doblado, doliéndose del puñetazo, sobre el cajón donde la guardaba. Se enfureció al constatar que todas sus precauciones no habían servido de nada.

—¡Por el amor de Dios, Tessa, no puedo permitir que deambule por ahí en compañía de esa mujer! ¡Son un peligro para todos! —profirió frustrado—. Y la culpa es mía…

—No creo que tú seas responsable de lo que le ocurre —objetó la joven con energía.

—Si yo hubiese ido a la guerra como me correspondía… pero no, dejé que un niño empuñara las armas en mi lugar. Él es mi creación, mi propio monstruo. ¡No puedo vivir con esa carga! —desvariaba sin tener en cuenta las discrepancias de Tessa—. Te prometo que nunca más tendrás que preocuparte por ellos —se tranquilizó—. Volveré tan pronto como me sea posible, solucionaré este asunto y nos casaremos, mujer mía —la besaba cuando Roston les interrumpió con un carraspeo.

—Haz lo que debas, pero ten cuidado —determinó finalmente la joven. El destino se había tornado benévolo, generoso en extremo con ella, y sintió un miedo irracional a perderle.

—Señor, han ahuyentado a su caballo y no hay modo de recuperarlo antes de que amanezca. Galopa hacia el sur como un vendaval.

—Maldita sea, han pensado en todo —Oliver se sentía derrotado—. No importa, acudiré a las caballerizas del pueblo. No han podido ir muy lejos.

—Ten cuidado, Oliver —reiteró antes de verle partir presuroso, colina abajo, enfundado en una levita oscura como las sombras que se cernían sobre su silueta en la lejanía.

Hacía tiempo que Lockhill Manor y lo que allí sucedía se había convertido en el centro de atención de los habitantes de Stirling. Gracias a la doncella habían tenido conocimiento del pavoroso aspecto del anciano lord que había sobrevivido al incendio, del comportamiento extravagante de los barones de Clegg y de lo más escandaloso: el *trato de favor* de que gozaba Tessa. Se podían absolver ciertos pecados siempre y cuando se disfrazaran u ocultaran —no sería

el primer escándalo ni el último que llegaba a sus oídos de esa naturaleza—, pero el descaro de la hija del maestro, convertida en *huésped* del heredero, resultaba a todas luces imperdonable… muchos consideraban que ella misma se las había compuesto para orquestar semejante golpe de suerte con sus artimañas engañosas justo cuando estaba abocada a la indigencia.

A Dios gracias, no había trascendido la agresión a Tessa por parte de los De Clegg. Máxime cuando Roston había prohibido drásticamente a la sirvienta cotilla hablar sobre el tema bajo pena de perder su puesto de trabajo.

Si Chambers hubiese forjado algún vínculo social con las personas *sobresalientes* de Stirling, estas no se habrían sentido desairadas y los acontecimientos posteriores tal vez hubiesen discurrido por distintos cauces. Huelga decir que los alegatos en contra de su conducta estaban abanderados por la señora Kippen y su hija, quienes habían visto frustradas sus expectativas de codearse con el caballero: tras el primer encuentro, jamás regresó al almacén y enviaba a los criados en su lugar, dando al traste con las ensoñaciones de las dos mujeres.

Entre la sordidez proveniente de la casa de la colina y el reciente fallecimiento de la señora Carpenter, Stirling bullía de rumores, que aumentaron cuando Oliver se personó esa noche en los establos para alquilar una montura y realizar preguntas acerca del paradero del barón de Clegg y su *madre*. Nadie los había visto por los alrededores. El doctor Chambers, que en el pasado había sido aspirante a ministro del Señor y conservaba un leve vestigio de fe, no se dio por vencido e inició una búsqueda errática por los caminos que duró más de lo previsto. No aceptaba que había perdido a su hermano mucho tiempo atrás.

El sargento Carpenter estaba de luto. Su Meg había fallecido hacía una semana y el hombre del bigote rotundo se sentía desconsolado por su pérdida. No obstante, la pena que acarreaba no le impidió sospechar que algo sucedía en casa de las Kippen. El almacén permanecía cerrado desde hacía varios días, acontecimiento inaudito desde que abriera sus puertas. Un letrero anunciaba la indisposición de la señora Kippen, lo que nunca había impedido a Prue ponerse al frente de la tienda. Stirling se vivificaba por momentos con desafíos de este calibre.

Carpenter se personó en el establecimiento para ofrecer a las damas su servicio. Por servicio, el buen policía se refería a avisar al médico del pueblo o enviar a algún muchacho a la botica en busca de remedios para paliar la dolencia de la señora tendera. Antes de llamar a la puerta, escuchó música proveniente del viejo pianoforte —jamás

había sonado tan depurado— y risas provenientes del interior que cesaron de inmediato en cuanto la aldaba anunció su visita.

Prue entreabrió la puerta unos centímetros y el sargento distinguió su rostro más arrebolado que de costumbre. Las mejillas empolvadas con harina de remolacha resaltaban su tez blanca, casi transparente, de la que tanto se jactaba. Carpenter observó con extrañeza sus manos, enfundadas en delicados guantes blancos de red de lo más inapropiados para un día de diario. Cuando la joven reparó en su mirada, trató de ocultarlas.

—¿Qué desea, sargento? —interpeló cortante—. Está cerrado.

—Me preguntaba si todo va bien, señorita Kippen.

—Sí, todo va perfectamente. Madre está en cama con un tremendo resfriado y necesita toda mi atención.

—Si lo desea, iré en busca del doctor…

—No, sargento, en el almacén disponemos de los remedios necesarios para curar un simple catarro. Quizás mañana ya esté en pie —la muchacha miró con disgusto hacia el interior al escuchar una carcajada ahogada y se sonrojó más si cabe.

—Me alegra que su madre conserve el buen humor pese al *tremendo* resfriado —insistió Carpenter con seriedad.

La contradicción de Prue, su evidente reserva, el atuendo y la urgencia por despacharle con viento fresco escamaron al sargento. Las Kippen eran las primeras en abordarle con preguntas capciosas acerca de cuanto sucedía en Stirling. Que la muchacha no intentara sonsacarle noticias sobre los últimos cuchicheos resultaba insólito. Se despidió extrañado y retomó el camino hacia casa dándole vueltas a la frialdad con que Prue había recibido su visita. No podía imaginar que la joven y su madre ejercían de anfitrionas para unos invitados inesperados…

# XI

Cuando los barones de Clegg llegaron por primera vez a Stirling, lo hicieron a bordo de un cupé para mayor comodidad de la dama —quien se negó a viajar en el faetón ocupado por la servidumbre que les seguía—, mientras que Oliver optó por escoltar a los viajeros desde su propia montura. El martirio de compartir el habitáculo con la pareja durante horas no le seducía en absoluto y celebró haber alquilado el carruaje de dos plazas para ellos. El cochero que los condujo hasta allí hizo noche en el pueblo y regresó por donde había venido con la paciencia resquebrajada y algunos chelines de propina por acatar los requerimientos de los irritantes pasajeros.

Así pues, la carencia de transporte fue el primer obstáculo con que se toparon los fugitivos la noche de la huida. Elliot barajó la posibilidad de escapar a lomos del caballo de su hermano, pero la ineptitud de Lothia para montar fue un impedimento infranqueable. Envueltos en las sombras de la noche invernal, arribaron al pueblo con la rapidez de dos zorros perseguidos por todos los cazadores de Inglaterra, con la buena fortuna de que la señora Kippen trabajaba hasta tarde en el balance semanal y vio a la pareja de aristócratas a través del cristal del escaparate.

—Sonríe y saluda —ordenó Lothia entre dientes, aminorando el paso y tomando aliento.

La Kippen, más emocionada que asombrada por su presencia a horas tan intempestivas, enderezó la cofia y se precipitó a abrir la puerta del almacén.

—¡Buenas noches, *sus señorías*! —saludó eufórica—. ¡Espero que disfruten de su paseo al relente de la noche!

—Gracias —replicó Lothia con una sonrisa enfática —. En Londres, las damas acostumbramos a aventurarnos en busca del rocío nocturno para tonificar el cutis —improvisó ágil—. Siempre y cuando vayamos bien escoltadas, por supuesto. Ante todo, es preciso preservar el decoro, usted ya me comprende...

—¡Oh, claro, el honor de una dama ante todo! Sí, sí, indudablemente. Desearía que prácticas tan correctas y saludables se extendieran por estos lugares —aduló almibarada y algo nerviosa. Por fin las personas distinguidas de Lockhill tenían la deferencia de dirigirse a ella. Impostó la voz con un tono más agudo del habitual para recalcar sus prejuicios y agregó circunspecta—: En mi opinión, temo que los vecinos de Stirling, cuya piel luce curtida y reseca todo el año, jamás adquirirán usos tan exquisitamente sofisticados como los

suyos.

—Dele tiempo al tiempo —farfulló Elliot, subiéndose las solapas del abrigo—. Estoy helado, pero el deber de un hijo hacia su madre es prioritario. No veo a los palurdos sacrificándose por sus esposas como yo lo hago por la mujer que me dio la vida.

—Sin embargo —terció la baronesa—, yo no percibo atisbo de rusticidad en su persona. No se incluya en el mismo saco que sus conciudadanos, señora…

—Kippen, soy la señora Kippen, propietaria del establecimiento más próspero de la villa —se apresuró a realizar una artificiosa reverencia.

—Señora Kippen, creo que, a pesar de su actividad comercial, tengo ante mis ojos a la excepción refinada que rompe la regla —Lothia enfatizó su elogio envenenado y Elliot la respaldó con un gesto de cortesía. El señuelo estaba servido y los fugados impacientes. No cesaban de otear las calles colindantes a la par que conversaban con la ridícula mujer.

—Madre, alguien debe hacerse cargo de las necesidades materiales del pueblo, y estoy seguro de que la señora Kippen sobrelleva su profesión con la mayor dignidad. No hay más que admirar su porte gentil.

—Oh, ¡qué amables son ustedes! —exclamó atolondrada—, pero… ¿dónde he dejado mis modales? ¿Les gustaría descansar durante un rato? Pasen, pasen, por favor, les serviré una taza de té, ¡siempre y cuando hayan concluido el paseo embellecedor! En absoluto quisiera interferir en su hábito.

—Será un placer —atajó Elliot hastiado de su perorata y de darle coba. Le propinó un empellón disimulado a Lothia y ambos se adentraron en las posesiones de la tendera, quien apenas había concluido de pronunciar las últimas palabras.

La señora Kippen les guio hasta la trastienda que hacía las veces de morada, elevando la voz durante el trayecto.

—¡Prue, querida, saluda a nuestros huéspedes, los barones de Clegg!

El tono chillón de la señora Kippen puso sobre aviso a la joven, quien yacía apoltronada sobre una *chaise longue* y ofrecía una imagen un tanto ordinaria, alejada de su apariencia diurna, con la cabeza repleta de bigudíes para ensortijar sus cabellos, una bata deslucida de raso amarillento y un platillo sobre el pecho del que iba pellizcando porciones de pastel con los dedos. Su madre la obligaba a trasnochar mientras realizaba el análisis del negocio y estaba harta y cansada; no obstante, saltó como un resorte al oír las pisadas rotundas que pertenecían al caballero y la risilla característica de su madre cuando agasajaba a una persona de importancia. Prue se escabulló como una

ardilla y corrió a su habitación antes de que la pareja irrumpiera en la estancia; se arrancó los rulos a puñados y se enfundó en una muselina brillante, dando gracias por no haberse despojado aún del corsé. La almacenista recriminaba su costumbre de hacerlo en cuanto se retiraban a la intimidad del hogar, sosteniendo que no importaba que sus veladas fueran solitarias noche tras noche. El pundonor de una dama siempre se anteponía a la comodidad.

En Lockhill, Tessa abrigaba la esperanza de que Oliver retornase cuanto antes. La inquietud no le daba tregua y apenas dormía. Se refugió en la restauración de *Don Quijote de la Mancha,* una traducción valiosa por su antigüedad; sin embargo, la desazón, como un hormiguero recorriendo su cuerpo, afectaba a su destreza, lo que provocó rasgones en algunas aventuras del hidalgo español. Frustrada, hizo a un lado el trabajo y, como cada jornada, acudió a la cámara de lord Chambers, quien yacía atendido por un Roston de lo más solícito… y desencajado. El servicio se turnaba para que el paciente nunca estuviese solo. A Oliver le fue imposible hallar a una persona cualificada para cuidarle; así pues, mientras él estaba ausente, los tratamientos corrían a cargo de Tessa y de Roston.

—Buenas noches, milord —saludó con afecto.

Se había habituado al aspecto del anciano y ya no le espantaban tanto sus deformaciones o los sonidos ininteligibles que emitía, sino el sufrimiento que soportaba. La impotencia laceraba el corazón de Tessa, consciente de que no podía disminuir tanto padecimiento.

—Hoy parece que el dolor es más tenue, señorita Dixon. Antes de partir, el amo me indicó que elevara la dosis de la medicina y parece que surte efecto por momentos —manifestó Roston, aliviado al verla, mientras intentaba sustituir varios apósitos con manos temblorosas.

—Yo continuaré con eso, puede retirarse. Después me quedaré a su lado para leerle un rato.

—Le traeré té, señorita Dixon —el hombre no puso objeciones al relevo en la función que le aterraba y esbozó una sonrisa agradecida al marcharse.

Tessa terminó de curar al enfermo con delicadeza y se sentó a su lado. Sabía que el hombre estaba prácticamente ciego antes del incendio, y Oliver le había explicado que el fuego y el humo habrían determinado que la luz se apagase definitivamente en sus ojos.

«Unos ojos que parecen clavar sus pupilas en las mías cuando me acerco, como si quisieran expresar cuanto la ausencia de voz le impide… Sin duda estoy cansada y mi propia visión me traiciona detectando milagros donde no existen».

Se dirigió a la mesilla donde había trasladado distintos libros de su propiedad, aquellos que procedían de su antigua vida y a los que apenas prestaba atención a causa de los ejemplares malogrados en la catástrofe. «Leyendo nuestras historias a este hombre, siento que no las traiciono dejándolas de lado, como hago de un tiempo a esta parte. Sé que padre comprendería mi empeño, me apoyaría en esta lid… aunque el pobre *Don Quijote* necesite un poco más de atención por mi parte».

—Bien, veamos qué tenemos aquí, señor —dijo examinando los volúmenes apilados—. Creo que hoy no leeremos a Dryden ni a Platón. Desistiremos de la filosofía, la religión o la sátira, y mucho menos nos adentraremos en política… ¿Está de acuerdo conmigo, milord? —realizó la pregunta de forma inconsciente, sin esperar respuesta. Su estado de ánimo no era el más idóneo para ahondar en espesuras literarias y pensó que, si lo hacía, el caballero percibiría su decaimiento. «No, no, bastante tiene con lo que tiene como para escuchar una letanía desganada».

Contra todo pronóstico, lord Chambers produjo un sonido gutural que se aproximaba a un asentimiento: estaba de acuerdo con ella. Tessa le miró sorprendida. Cualquier género que ella seleccionase serenaba un poco al paciente en su agonía, y había llegado a la conclusión de que era el timbre de una voz suave, la entonación femenina o, sencillamente, la compañía, lo que le calmaba antes de recibir la visita solitaria de la muerte.

—De acuerdo, nada de lectura densa esta noche —sopesó otro libro y leyó el título sonriendo con tristeza—. *El directorio de las damas*, por la señora Hannah Woolley. Recuerdo que no fui demasiado amable con padre cuando me lo regaló. Su contenido es una magnífica guía sobre las labores hogareñas: cocina, etiqueta, limpieza… pero este obsequio no despertó mi curiosidad. No era el volumen de poesía que yo esperaba.

Lord Chambers emitió de nuevo un sonido ronco. En esta ocasión se asemejaba a una especie de risa subterránea. Tessa observó sus ojos nebulosos fijos en ella, como si en verdad la vieran. Se sentó en el borde del lecho preguntándose si era una respuesta o se trataba de un estertor reflejo del dolor.

—Milord, siempre fui un desastre con los asuntos domésticos —confesó con culpabilidad—; sin embargo, padre nunca se quejó. Con este libro trataba de ayudarme. Era un buen hombre, usted lo sabe. Ojalá pudiera decirme qué sucedió aquella noche…

El enfermo se agitó y dejó escapar un lamento. Desplazó unos centímetros una de sus manos cubierta de vendas hacia la de Tessa y ella tuvo la certeza de que intentaba comunicarse. Era improbable que en su estado pudiera hacerlo y no quiso alterarle más; le acarició la

mano herida y notó cómo se apaciguaba. Abrió sin más preámbulos un libro al azar y comenzó a leer:

¡Padre, padre! ¿Adónde vas?
¡Oh, no camines con tanta prisa!
Habla, padre, háblale a tu hijito,
porque si no voy a perderme.

La noche era oscura, allí no había padre alguno.
El niño estaba empapado de rocío;
el lodazal era profundo, y el pequeño lloraba.
Y la neblina se alejó volando.

«Vaya, esta también ha sido una mala elección», pensó, a punto de echarse a llorar. Cerró el poemario de William Blake y se excusó.

—Lo siento, señor, no puedo continuar. Muchos recuerdos regresan a mi mente con estas palabras. Mañana le prometo una lectura más alegre.

El hombre hizo un esfuerzo desdichado y balbuceó dos palabras que Tessa no alcanzó a comprender de inmediato. Lo miró desolada mientras le arropaba con una sábana liviana, besó las vendas que cubrían su frente y tocó la campanilla para que acudiera la doncella o el lacayo que debía velarle. Antes de separarse de él vislumbró en sus ojos lo que parecían dos lágrimas contenidas.

Abatida, se dirigió a su habitación. Sin Oliver en Lockhill prefería dormir en su propio lecho rodeada de cuanto le recordaba quién era y quién había sido: una aspirante a maestra, común y corriente, hija de un hombre bueno que la trataba como a una mismísima hada en lo concerniente al ámbito literario en el que había crecido, aquel que le permitía extender las alas y volar…

Tessa se quedó petrificada. Los gruñidos inconexos similares a respuestas, el intento sobrehumano por articularlas, los ojos que la *miraban* y la desesperación del enfermo por comunicarse cobraron entonces sentido como un rayo rasgando la noche más oscura. El anciano lord había mascullado dos palabras que solo tenían significado para ella: *hada mía*…

Regresó a toda prisa y abrió de un empellón la puerta de la recámara. Roston se levantó raudo de la butaca y se alarmó al verla avanzar hacia el lecho hecha un mar de lágrimas.

—¡Padre, padre! —profirió desconsolada.

—Señorita Dixon, ¿qué le sucede? Tranquilícese o le alterará aún más —pidió Roston aturdido por su comportamiento—. Desde que usted se fue, sus lamentos son incesantes. No sé qué hacer…

Ella le miró como si el sirviente fuese el ser más estúpido de la Tierra.

—¿Cómo no va a clamar? ¡He estado todo este tiempo a su lado sin

reconocerle!

Roston miró a la muchacha con el gesto demudado, pensando que la joven había perdido el juicio.

—Padre… estoy aquí… perdóname… —lloraba sobre el cuerpo del hombre abrasado.

Este pronunció algunos sonidos semejantes a arrullos lánguidos, desplazó la mano con coraje sobrehumano hasta la cabeza inclinada de Tessa y la acarició, dejando en su cabello un rastro de la parafina con que impregnaban las vendas.

Al criado estaba a punto de darle un síncope. No entendía nada.

—Sí, soy tu hada, padre —balbució Tessa limpiándose el rostro con la manga del vestido. Se dirigió a Roston y añadió con rotundidad—: Este hombre no es lord Chambers, es el señor Dixon, mi padre… —hizo una pausa para asimilar sus propias palabras—. Puede retirarse Roston, no necesitaremos a nadie. Nunca lo hemos necesitado… —finalizó, rota en llanto.

Pero el criado no se marchó. Presenció impotente cómo Tessa retiraba con sumo cuidado algunas vendas que cubrían el rostro deformado y exhalaba un lamento: no tenía ninguna duda de que aquella frente y el pronunciado caballete de la nariz pertenecían al señor Dixon.

La hija del maestro no se separó del padre, a quien la vida se le escapaba por cada grieta de la carne. Tras los arduos intentos por ser identificado, la serenidad inundó al yaciente y cesaron sus lamentos agónicos. El hombre halló el consuelo de saber que no moriría en soledad, sino al lado de su querida hija. Desde ese momento, Tessa dedicó las veinticuatro horas del día a acompañarle, a cuidarle, leerle, hablarle... Le refirió al detalle su periplo a partir del incendio, su amor por Oliver, los planes de matrimonio, la enfermedad que aquejaba a Elliot, el proyecto de restauración de los libros dañados… Le contó *casi todo* lo referente a su nueva vida.

Por descontado, lejos de mejorar, el señor Dixon halló la puerta abierta para partir en paz y, lentamente, se sumergió en un sueño profundo que aparentemente le privó del dolor. Nunca recobró la consciencia.

# XII

# EL HONOR DE UNA DAMA

Oliver regresó agotado, sin haber dado con el paradero de Elliot. Apenas había puesto un pie en Stirling cuando fue interceptado por el sargento Carpenter a la entrada del pueblo. El aguacero no le había dado tregua; un profundo sentimiento de fracaso le horadaba el alma, estaba empapado y hambriento además de enfurecido, sobre todo consigo mismo.

—Señor Chambers, es necesario que me acompañe a la dependencia policial. Tenemos que hablar.

Oliver ansiaba llegar a Lockhill y abrazar a Tessa, enfrascarse en su compañía, sumergirse en sus besos y en su cuerpo más que un náufrago poner un pie en tierra firme. Estuvo a punto de mandar a paseo al sargento, pero algo en su expresión le dijo que el hombre no era de los que molestaban sin motivos.

—Le sigo —replicó de mala gana.

Desmontó, se sacudió la lluvia del sombrero y ajustó el paso al de Carpenter. Ató las riendas del caballo a la entrada de un simplísimo inmueble que hacía las veces de calabozo para las ocasiones en que algún borrachín se desmandaba o algún ladronzuelo era pillado in fraganti.

«No, este hombre no verá su salud mermada investigando crímenes o persiguiendo a asesinos», se dijo mientras tomaba el asiento ofrecido por el sargento. En contra de lo que Oliver creía, Carpenter había visto de todo durante su juventud en las calles de Londres. Cuando conoció a Meg, la muchacha de provincias que le robó el corazón, abandonó Whitechapel y se trasladó a la parroquia de Stirling, de donde ella procedía. Siempre tuvo presente que había sido la mejor decisión de su vida.

—Señor Chambers, ha sucedido algo terrible que le concierne —expuso sin ambages el policía.

—¡Tessa! —Oliver se puso en pie derribando el taburete. La idea que cruzó por su mente fue la de una desgracia. Una más. No soportaba imaginarla sufriendo; ella ya había pagado su cuota de penurias para dos vidas.

—No, señor, que yo sepa a la señorita Dixon no le ha sucedido nada —carraspeó incómodo el policía. Estaba al corriente de las murmuraciones que se habían extendido acerca de la relación *especial* que mantenía el caballero con la hija del maestro.

—¡Pues desembuche, sargento! ¡Estoy deseando llegar a Lockhill! —exigió exasperado por la recriminación silenciosa que percibió en su

mirada. ¡Qué sabría ese hombre de sus sentimientos por Tessa!

—No tenga tanta prisa, caballero —la señora Kippen surgió de la esquina más umbría del departamento, con el mentón muy elevado y la cabeza cubierta por una cofia oscura que cubría buena parte de su cara y le daba una apariencia enlutada.

Oliver se asombró al verla allí. Apenas la conocía y la mujer se dirigía a él con una arrogancia descarada. La saludó por cortesía y desvió la atención hacia Carpenter.

—Se trata del barón de Clegg —prosiguió el sargento—, quien ha incurrido en un delito atroz contra el honor y la integridad de la joven Prue Kippen.

—¡Mi pobre Prue! —interrumpió la señora con alboroto.

—Es un asunto delicado y necesito su colaboración. El caballero en cuestión es algo más que una amistad de usted, según me ha referido la madre de la afectada, aquí presente.

—¡Malditos sean mis huesos! Llevo tras su paradero más de una semana y… ¿me está diciendo que ha permanecido en este maldito lugar todo el tiempo? —rugió enfadado, sin sopesar que nadie conocía los acontecimientos sucedidos en Lockhill. Un mal presagio le acometió de lleno; iracundo, dio un golpe sobre la pared y se encaró con el sargento.

—¿Qué ha ocurrido? Dígame, ¿qué barbaridad ha perpetrado el malnacido de mi hermano? —a esas alturas resultaba absurdo negar el parentesco para encubrir las alucinaciones de Elliot.

Carpenter se mantenía serio e inalterable a la espera de que se calmase.

—Prue Kippen ha sido ultrajada violentamente por el joven —resumió con un rictus fúnebre.

—¡Dios asista a mi pobre pequeña! —incidió la Kippen con un llanto seco.

Oliver se dejó caer sobre la silla, se llevó las manos a la cabeza y entremetió los dedos en los cabellos apretándose el cráneo con fuerza. No cesaba de pensar en que la víctima podía haber sido Tessa. ¡Lo había sido! Se había librado de lo más atroz por los pelos, pero esa pobre muchacha… Se sintió invadido por una oleada de aversión inmensa y estuvo a punto de salir en busca del aire que le faltaba. Carpenter le sirvió un vaso de agua y procedió a relatarle lo acaecido con el parabién de la comerciante, quien matizaba la información con diversas lamentaciones. Por supuesto, silenció mucho más de lo que allí se expuso.

***

Tras adentrarse en casa de las comerciantes, los barones de Clegg

argumentaron que Oliver se había marchado y que sería un placer para ellos disfrutar de nueva compañía. La noche era fría y la señora Kippen insistió en servirles té. Prue, con el pelo a medio recoger, un tufo excesivo a perfume y abundante colorete en las mejillas, hizo su aparición en el pequeño salón con un mohín rebuscado. Se relajó ante los halagos que recibió tanto por parte de la dama como del caballero hacia su finura, y se sintió encantada de compartir con ellos las horas posteriores. La noche se alargó. Pronto Elliot sugirió a la señora Kippen que a todos les convendría tomar algo más fuerte para continuar gozando de tan grata y mutua compañía.

—¡Oh!, debo tener un poco de vino de grosellas para uso medicinal en la alacena. ¡Prue, saca las copas buenas! —apremió la señora Kippen, quien no cesaba de dar gracias al cielo por la deliciosa visita.

—No es necesario que se moleste, querida —intervino Lothia—; el cristal de calidad no merece enturbiarse con un simple tónico casero. Sería más adecuado si dispusiese de jerez u oporto.

La señora Kippen se sintió ofendida; sin embargo, esbozó una amplia sonrisa.

—Tal vez quede alguna botella del madeira que mi difunto esposo acostumbraba a tomar antes de la cena.

Elliot dio una palmada y exclamó con graciosa acusación:

—¡Pues no prorrogue más la espera, señora, y vaya en busca de ese tesoro!

Ni dos ni tres botellas, sino una remesa completa de vino ocultada en el hueco de las escaleras recompuso el orgullo de la tendera.

Las copas a rebosar desfilaron una tras otra entre preguntas inicialmente educadas que terminaron en una charla confidencial acerca del vergonzoso acercamiento entre la hija del maestro y Oliver Chambers. La señora Kippen no cabía en sí de gozo por la información recibida de primera mano.

—No deberíamos regresar a un lugar tan escabroso como Lockhill —se lamentó Lothia con un aspaviento—. Le digo en confianza, señora Kippen, que, si en este mismo instante pasase por delante de su puerta la diligencia hacia Londres, la tomaría sin mirar atrás. No tenemos más remedio que aguantar…

—Oh, baronesa, ¡admiro su serenidad! —replicó la tendera con síntomas evidentes de ebriedad—. Sin duda, *mis señorías*, no deben permanecer cerca de una mujer tan arrogante como Tessa Dixon.

—¿Qué salvación nos sugiere, señora? Dependemos de las disposiciones de un libertino que, por tacañería, carece de carruaje —intervino Elliot, tumbado en la *chaise longue* sin perder de vista los tobillos de Prue, situada en una silla frente a él. La joven sabía que la miraba y extendía los pies unos centímetros para recogerlos bajo los faldones una y otra vez. Ella fue quien sugirió una posible solución sin

mucho entusiasmo.

—En unos días recibiremos el suministro anual de azúcar. El carretero es un malandrín avaricioso que adultera la mercancía con cristal molido, pero por unos chelines les hará un hueco en el carricoche cubierto —expuso, convencida de que no aceptarían viajar sentados sobre los sacos polvorientos. Además, disfrutaba de la atención del noble y se arrepintió de su ocurrencia al momento.

—¡Qué idea tan ingeniosa y dulce como usted misma, querida señorita Prue! —ninguna de las Kippen advirtió la ironía en el tono de Elliot.

—Si me garantizan unas mantas para protegerme del frío, no me importará utilizar ese medio de transporte. Temo convertirme en el hazmerreír de nuestro círculo —alegó Lothia con la nariz arrugada—, pero será menos desagradable que permanecer en Lockhill a pesar del parentesco que, desgraciadamente, nos une con Oliver. No comprendo cómo dos hijos engendrados por el mismo padre son tan dispares entre sí.

—Es comprensible, su madre era una mujerzuela, mientras que tú… —Elliot, entre trago y trago, se divertía—. Todo se debe a los celos por el título que yo ostento pese a ser el menor. Señora Kippen, nuestro padre prefirió otorgármelo antes de morir dada la catadura moral de mi hermano —mintió con regocijo—. Desde entonces, el rencor que alberga ha transformado nuestras vidas en un infierno.

La señora Kippen se quedó obnubilada por el testimonio revelador. En el pasado había escuchado vagamente algún rumor sobre la hija descarriada de lord Chambers, pero nada se sabía con certeza y nadie osaba especular al respecto.

—Sí, comprendo su asombro ante un hecho tan insólito. No me importa que Oliver se jacte de la fortuna que hizo en la guerra, pero como sustituta de su difunta madre, ¡tengo derecho a renegar de su pésimo comportamiento! —intervino Lothia con rapidez, ensartando una retahíla disparatada de embustes contra Chambers—. La situación en Lockhill, con la descarada señorita Dixon de por medio, es inaceptable. Me temo que ha llegado la hora de partir.

—No te fustigues, madre, hemos cumplido con nuestro deber acompañándole en las trágicas circunstancias de su abuelo.

A esas alturas, la señora Kippen hubiese creído cualquier patraña, incluso que a Oliver le crecieran los colmillos al caer la noche. No obstante, anotó en su mente que este *había hecho gran fortuna en la guerra*, mientras que los atribulados aristócratas estaban faltos de transporte y le daban poca importancia a marcharse sin equipaje, hecho que denotaba el poco valor que le atribuían. Dos palabras martillearon su embotado cerebro: estaban empobrecidos.

—Aún faltan un par de días para que llegue el distribuidor —

intervino la tendera fulminando a su hija con la mirada por la sugerencia planteada—. Pueden hospedarse con nosotras hasta entonces.

—¡Qué dirá la gente! Los barones de Clegg alojados en un vulgar colmado… —la baronesa hizo ademán de llevarse un pañuelo a sus lagrimales secos.

—Descuide, nadie tendrá conocimiento de su estancia en el establecimiento más importante de Stirling —defendió la tendera—. Probablemente se llenaría de curiosos y solo provocarían molestias. Por otro lado, sigo estupefacta al pensar en que unos caballeros tan dispares en conducta sean hermanos —apostilló.

—¡Pues no se hable más! Nos quedamos con ustedes confiando en su buen criterio y en su silencio al respecto.

Ante el asombro de la vecindad, el letrero que informaba del cierre del almacén permaneció colgado varios días. La señora Kippen no enfermaba nunca y, si por desgracia lo hacía, Prue tomaba las riendas como auténtica hija de su madre. Cuando Carpenter se personó para interesarse por ellas, estaba por suceder lo peor.

El madeira empezó a agotarse y Elliot lo combinó a hurtadillas con la droga que había sustraído de Lockhill. La señora Kippen cayó redonda sobre el diván con la tercera ronda de vino aderezado. Prue se sentía flotar, desinhibida sin el control constante de su madre. Cuando Elliot la acorraló y comenzó a manosearla y a besarla con obscenidad, rompió a reír fuera de sí, pero no esperaba la agresividad que recibió al levantarle los faldones y hurgar en partes de su cuerpo que nadie había tocado jamás. Trató de cerrar las piernas y apartarlo y, en ese punto, en el momento en que advirtió a través de la neblina que anegaba su mente que se iban a sobrepasar límites más allá de lo esperado, no pudo defenderse. Lothia presenció la escena impasible, orgullosa de que el miembro de Elliot se irguiera por una vez… sin su ayuda. La violación fue rápida, apenas unos segundos le bastaron para penetrar y saciar su lujuria con la joven al tiempo que le prometía matrimonio para apaciguar sus impedimentos. ¡Matrimonio! Sus palabras propiciaron un exiguo consuelo a Prue, quien se sometió contra su voluntad en aras de un futuro aristocrático en los salones de Londres.

A la mañana siguiente, los barones de Clegg huyeron a bordo de un carromato cubierto, dejando atrás a una joven ultrajada y herida. Al despertarse de la tajada, la señora Kippen montó en cólera al reconocer la trampa en la que habían caído, más aún cuando Prue, entre sollozos, la acusó de ser la artífice de su desgracia.

—¡No se habrían marchado si tú no hubieras dejado los honorarios

del carretero bajo la maceta! —gritó.

—La baronesa me lo aconsejó —titubeó atando cabos—. Madrugar por un asunto tan comercial le pareció desdeñable y yo me sentía muy cansada para oponerme a su criterio.

—¡Pues ve pensando en una solución, porque yo no sé qué hacer! —le mostró sus prendas interiores ensangrentadas—. ¡Ha de cumplir su promesa de matrimonio!

—Cielo santo… Nadie querrá casarse contigo.

—¡No tengo la intención de casarme con ningún labriego de Stirling, madre! ¿Acaso eres tan estúpida como para no darte cuenta de la antipatía que nos tienen en el pueblo? Solo provocamos envidias entre este hatajo de pueblerinos, y ahora... —no pudo concluir, asfixiada por el aciago escarnio que le esperaba si su desdicha salía a la luz.

Tras un buen rato de reflexión, en tanto que bañaba a su hija y adecentaba la casa de los estragos de la fiesta, la señora Kippen concluyó rotunda:

—Ni una palabra a nadie, niña boba. Yo solucionaré esto.

Le dio un beso en la frente y la dejó acostada para ir en busca del sargento Carpenter. Con la buena fortuna que suelen tener las personas maquiavélicas, la doncella más chismosa de Lockhill Manor se cruzó en su camino y tirarle de la lengua fue más fácil que aplastar a una mosca sin alas con el abanico. La sometió con su habitual destreza a un interrogatorio sutil y, por pura cohibición o por la inusual amabilidad que prodigó con la criada, esta le refirió que los habitantes de la casa de la colina eran de todo menos personas honorables… entre otros detalles.

En la dependencia policial, la tendera describió lo sucedido evitando manifestar que, en principio, se había sentido dichosa de tener como huéspedes a los barones de Clegg. Aludió a la pobre Prue como a un alma cándida sufriendo lo inimaginable y exigió la reparación de su honor; de lo contrario acudiría a los tribunales, al vicariato o a la mismísima reina de Inglaterra en busca de justicia. Momentos después, mientras Oliver trataba de digerir cuanto había escuchado, la señora Kippen, con ademanes quejumbrosos, le notificó su retorcida idea. La satisfacción al pensar que la desgracia de su hija les proveería más bienestar y holgura de lo que jamás lo haría la venta de té o tocino, equilibró el peso de su disgusto. Tanto el sargento como Oliver se quedaron sin palabras al escuchar las suyas.

# XIII

—Ha regresado, padre. El hombre a quien amo ha vuelto —susurró enternecida al escuchar sus pasos inconfundibles por el corredor. El enfermo ya no respondía a ningún estímulo, ni siquiera al de su voz, pero Tessa seguía leyéndole, hablándole como siempre había hecho, con ternura y sinceridad. Le prodigó una suave caricia y abandonó la estancia para salir al encuentro de Oliver y arrojarse a sus brazos. Tenía tanto que contarle… ¿Cómo se tomaría las impactantes noticias?

—Amor mío —musitó él, reposando el mentón sobre su cabeza.

Tessa percibió la solidez de su abrazo con más intensidad que nunca, elevó el rostro para recibir sus besos y Oliver no la defraudó. Le acarició las mejillas, entretejió los dedos en su cabello y la ciñó por la cintura para perderse en sus labios con urgencia. Necesitaba tocarla, comprobar que ella era real, que seguía amándole, porque el resto de su existencia se había transformado en un delirio absurdo. Tras el vehemente reencuentro, Tessa reparó en su aspecto fatigado, pero no se contuvo. ¡No podía esperar!

—Oliver… es mi padre. No sé cómo se originó tan terrible equívoco, pero ese pobre anciano que yace ahí no es tu abuelo, ¡es mi padre! —reiteró con los ojos desbordados de lágrimas.

Esperaba que la revelación le dejase atónito, que la bombardease a preguntas, que acudiese raudo a verificarla; en cambio, lejos de mostrarse sorprendido, exhaló un largo suspiro, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, vencido. Cuando se enfrentó a la mirada de Tessa, la culpabilidad que reflejaba su rostro le desenmascaró y ella descifró la verdad. Retrocedió sin poder creerlo. En su mente redoblaba una palabra: «¡No!».

—¡Oh, Dios mío! Tú lo sabías… —atinó a murmurar, llevándose una mano a la boca para reprimir un grito—. ¡Lo sabías desde el principio! ¿Cómo es posible? ¡Cómo pudiste ocultármelo!

—Tessa…

Se aproximó a la joven, pero ella frenó su avance extendiendo la mano. Su expresión delataba una total incredulidad.

—¡No te acerques a mí! —gritó con el rostro velado por el estupor.

—Tessa, déjame explicarte, por favor —suplicó Oliver, tratando de abrazarla.

—¡Le exijo que no me toque, señor Chambers! —la gelidez de su petición le hundió por completo y mantuvo la distancia que ella demandó, sintiendo que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—Sí… tienes razón, lo averigüé el mismo día que entré en tu casa a cerrar el ataúd… Vi el cadáver y reconocí de inmediato a mi abuelo gracias al anillo de oro que conservaba en su dedo meñique. Aún se podía vislumbrar el emblema en el metal oscurecido por las llamas… —confesó aturdido—. Me dejé llevar por el impulso del momento, te percibí tan indefensa, vulnerable, tan alterada… que consideré innecesario decírtelo. Nadie se había percatado de la confusión. Me quedé perplejo, ni yo mismo reconocía a quien yacía en el hospital debido a su desfiguración y pensé que la verdad resultaba siniestra. Uno estaba muerto y el otro a punto de morir. Con mi silencio solo quise evitarte más sufrimiento.

—Engañándome de la forma más cruel e inhumana. ¡No tenía derecho! Usted, el todopoderoso señor de la colina, decidió lo que le convenía a la ignorante pueblerina con la trivialidad de quien decide el color de un chaleco. ¡Qué se podía esperar de un hombre cuya vida es un total fraude! ¿Me juzgó demasiado imbécil? ¿Demasiado débil? —increpó con rencor.

—Llámame por ni nombre, no me trates como a un desconocido —rogó Oliver aterrado, comprendiendo que la perdía.

—No, señor, no le reconozco…

—Tessa, solo vi a una muchacha enfrentándose a demasiado horror... No lo premedité, créeme, me sentí muy aturdido con el descubrimiento y conmovido por tu desgracia. Al descubrir el anillo, callé por lástima. ¡Soy médico, por el amor de Dios! Trato de evitar el sufrimiento a las personas.

Ella no le escuchaba. Una vorágine de pensamientos, pena, rencor y el deseo de gritar se agolpaban en su cerebro.

—Urdió la patraña de que su abuelo me reclamaba como lectora… que suplicaba por mí. Me siento como una autentica estúpida; él nunca se lo pidió, no podía siquiera hablar, nunca más lo hará —le acusó, deshecha—. Lo intentó hasta la extenuación y, cuando finalmente le identifiqué, descansó. Ahora solo me resta esperar. Enterraré por segunda vez a mi padre. Gracias a usted…

—Es cierto, nunca me lo pidió; yo decidí trasladarlo a Lockhill el mismo día en que te conocí. Aunque no me creas, me sentí culpable. Solo pretendí que él te tuviera cerca… ¡Jamás pensé que viviría tanto! Y… cuando escuchó tu voz y presencié su alivio consideré que había obrado bien —aseveró Oliver con dureza—. No deseaba que sufrieras por partida doble, que iniciaras de nuevo el duelo. Condéname por ello, pero no me odies… Tessa, no me odies.

Oliver advirtió en cada poro de su piel la impresión de que mil alfileres se clavaban tan adentro que rozaban sus huesos, castigando sus sentidos con un dolor lacerante.

—Por favor, dime cómo lo averiguaste —requirió abatido.

—¡Por palabras de amor verdadero, señor, un concepto que le es y será siempre extraño! Usted no tiene ni idea de lo que significa eso —replicó antes de huir y encerrarse en su habitación a cal y canto.

Oliver trató por todos los medios de que le permitiese entrar, de que le escuchara. Rogó que le perdonase una y mil veces y otras mil juró que su engaño había sido por humanidad. Las súplicas no sirvieron de nada. La señorita Dixon no le escuchaba, inmersa en un desconsuelo que le rasgaba el alma. Transcurrieron veinticuatro horas hasta que Oliver se dio por vencido. El silencio al otro lado le desesperaba y estuvo a punto de derribar la puerta, pero se contuvo. No podía obligarla a perdonarle. Se retiró desgarrado, pensando que, dadas las noticias con que había regresado, era lo mejor para ella… No podía causarle más dolor. ¡Oh, esa mujer! ¡Cuánto la amaba! Había caminado hasta Lockhill con la firme idea de tomarla y largarse de allí cuanto antes; sin embargo, ahora que ella le aborrecía, sus planes se desmoronaban como un castillo de naipes y tendría que enfrentarse a los designios del destino trazado por la locura de su hermano… y sus propias y funestas decisiones.

Tessa había agotado el cupo de lágrimas. Tumbada en la cama miraba la evolución de una pequeña araña que caminaba por el techo, sintiéndose igual de insignificante y oscura. «¿Qué esperaba de una vida que siempre fue cruenta? Los finales felices solo suceden en algunos libros…». Se incorporó para empacar sus pertenencias; sabía que el final estaba cerca y no aguardaría ni un minuto para marcharse de allí.

Roston haciendo gala de su discreción y absteniéndose de mencionar a su padre como tal, llamó a la puerta con delicadeza.

—Señorita Dixon, debería acudir a la habitación de lord Chambers. Creo que ha llegado el momento —le comunicó con suavidad—. El señor no se ha separado de él y me envía a avisarla.

Al instante Tessa abrió y se enfrentó a la mirada compasiva del criado. Asintió con la cabeza y le siguió por el corredor. Antes de entrar se retiró el pelo que le caía libre por las mejillas, inspiró profundamente y se secó los ojos con un pañuelo. Al lado del lecho estaba Oliver, auscultando el pecho del moribundo que apenas respiraba. Ella se situó al otro lado y tomó la mano del ser cuyas facciones derretidas parecían modeladas en melaza oscura. El último estertor concluyó rápido. La muchacha se sintió aliviada en contra de su voluntad.

—Descansa, padre —musitó con serenidad. Izó la mirada para

encontrar la de Oliver clavada en su persona. Se la sostuvo. Observó que presentaba una arruga marcada en la frente, la mandíbula apretada y los ojos empañados de sombras como los de un leviatán atormentado.

—Lo siento, Tessa…

—Le rogaría que no ponga en conocimiento de nadie lo sucedido. A todos los efectos, el maestro de Stirling fue enterrado hace tiempo. Estoy segura de que Roston mantendrá silencio al respecto.

—Si estás de acuerdo, le daremos sepultura en el panteón de Lockhill —su voz sonaba rasgada, profunda. Presentaba el aspecto de quien no ha dormido en días; la barba crecida, el pañuelo desanudado y las mangas de la camisa arremangadas le daban una apariencia descuidada.

—Será lo mejor —replicó ella—. Preservaré su nombre de más habladurías; ya le he deshonrado bastante como para añadir más degradación a su memoria. Lo dejo en sus manos, usted se lo debe… —con las últimas palabras, se giró y salió de la estancia en dirección al jardín.

El ambiente de la casa le impedía respirar, no se percataba de que contenía el aliento. Llegó desorientada al pie de la biblioteca destruida y, sin pensarlo, se adentró por uno de los huecos del muro, descartando el peligro de derrumbe. Deambuló por el interior, manchándose de hollines y sorteando objetos irreconocibles, calcinados. Extendió la mano para tocar un libro devorado por las llamas que persistía en su lugar y pudo leer el título grabado en la tapa antes de que se deshiciera entre sus dedos convertido en ceniza: *El discurso sobre la felicidad…*

La señorita Dixon se derrumbó sobre sus rodillas apretando contra el pecho el puñado de polvo negro y dio rienda suelta a su pena. Perdió la noción del tiempo que estuvo allí postrada, hasta que unos brazos poderosos la izaron sin ambages y la trasladaron en volandas a su alcoba. Oliver le susurraba palabras de consuelo, le pedía perdón; sin embargo, ella carecía de fuerzas para replicar. La acostó y permaneció a su lado hasta que ella se sumió, agotada de llorar, en un sueño profundo. Después se retiró para realizar cuanto antes los arreglos del segundo entierro del maestro.

Al día siguiente, Tessa se despertó con la sensación de que lo sucedido había sido una pesadilla. Estaba equivocada. Lo constató en cuanto una doncella quiso entrar en la alcoba con el desayuno; ella la rechazó como un autómata solicitando a Roston en su lugar, quien, con la misma delicadeza empleada en el manejo de los libros desahuciados, la ayudó a vestirse para acudir a la cripta de Lockhill, donde aguardaba el reverendo de Stirling para iniciar las exequias de *lord Chambers*.

En cuanto los servicios del clérigo fueron requeridos desde la casa de la colina, la noticia se propagó como un reguero de pólvora por el pueblo y, por supuesto, algunas personas acudieron a presentar sus condolencias.

La presencia circunspecta del sargento Carpenter contrastaba con la mirada indagadora de la señora Kippen; asida a su brazo se hallaba una lánguida Prue, dejándose llevar por su madre, como siempre había hecho. Algunas figuras más presentaron sus respetos a Oliver mientras ella permanecía en un discreto plano bajo la atenta mirada de este. Tessa no sabía si llorar o reír. Excepto el cura, todos se habían autoinvitado al entierro y, al final, aquellos que le maltrataron en vida rendían honores al maestro sin tener conciencia de ello. Finalizado el sepelio, Oliver se mostró como el perfecto anfitrión, agradeciéndoles la asistencia a sabiendas de que lord Chambers no había gozado en vida de grandes simpatías. La impaciencia porque todo terminase se percibía en su gesto contenido.

—Me alegra verla pese a las circunstancias, señorita Dixon. Nos ha privado de su presencia más de lo que esperábamos —le espetó con altanería la señora Kippen—; espero que no desaparezca de nuevo, lo sentiríamos mucho, ¿no es así, Prue?

La joven Kippen se encogió de hombros, hizo un gesto de fastidio y asintió con un leve mohín. Tessa, observando que Prue no le quitaba el ojo de encima a Chambers, replicó con descortesía:

—No entra dentro de mis cálculos suscitarles sentimiento alguno. Discúlpenme, señoras, tengo tareas pendientes.

—Espero que la gratitud florezca en su pecho cuando sepa que, en un acto de caridad, le he perdonado la deuda que acumulaba en mi almacén. Ya ve que, pese a todo, me suscita bastante lástima.

—No necesito su favor, quédese con su lástima y su caridad —le susurró Tessa al oído en un arrebato de cólera nacido de la tensión acumulada.

La señora Kippen disimuló su exasperación con una sonrisa hierática. Los asistentes ya se dirigían al salón y Tessa se escabulló como una lagartija sin prestar oídos a su réplica.

No se sometería a más escrutinio tomando té y emparedados de pepino en el circo de los monstruos. Sabía en lo que se había convertido sin necesidad de que nadie se lo recordase. «Una deudora, convertida en la amante de un mentiroso que ha fingido frente al ataúd de su padre… yo soy el monstruo».

Tomó su chal, una pequeña valija con algunas pertenencias indispensables y apresuró el paso colina abajo. No miró hacia atrás. Sabía que, si se detenía un segundo, perdería la exigua fuerza que conservaba. Allí quedaba Lockhill, los libros desahuciados, el taller, el padre que había muerto dos veces y el hombre que la había engañado

en todos los sentidos.

«Si me amase de veras, jamás me habría ocultado la realidad por horrible que fuese».

Decidió alojarse en la posada hasta que la diligencia hiciese su parada semanal en Stirling y después… «¡Sí, señora Kippen, desapareceré para siempre, porque así lo deseo y me importa un bledo su opinión!».

Como aún faltaban varios días para dejar la villa, se encerró en la habitación de la hospedería, cuya dueña la miró de arriba abajo y le pidió por adelantado el pago del alojamiento. Conservaba las diez libras y debía economizar cuanto fuese posible. Abonó la estancia, los desayunos y se abstuvo de comer o cenar. «Aquí regresa el viejo fantasma del hambre para acecharme… en cuanto llegue a la ciudad tengo que espabilarme», se repetía llevándose la mano al vientre, donde germinaba una semilla de vida inesperada. Se sentía aterrada al pensar en eso y tenía la esperanza de hallar una solución antes de que fuese demasiado tarde. Recordó que era frecuente *reparar* enredos de la misma naturaleza acudiendo a parteras que, amparadas en su oficio, realizaban abortos, pero la idea la sobrecogió. Muchas mujeres perdían la vida y ella no quería morir. Tampoco deseaba perder a la criatura: «Será lo único real, a él… a ese hombre, le olvidaré», pensó hecha un ovillo en la cama, sin percibir que lloraba a moco tendido.

# XIV

# BROMAS DEL DESTINO

En un par de horas la diligencia se detendría frente a la posada. Lista para partir, recogió sus cosas y se sentó en el borde de la cama; la espera se le antojaba eterna. Sumida en pensamientos que la conducían a la misma encrucijada, se inquietó cuando llamaron a la puerta. Como ya había pagado, no quiso que la dueña metiera las narices en sus cosas e ignoró los golpecitos insistentes; el comportamiento de la mujer había sido realmente ofensivo, sometiéndola a preguntas que se había negado a responder. Como consecuencia del agravio, Tessa fue *castigada* con té aguado a la hora del desayuno.

—¡Señorita Dixon, soy el sargento Carpenter! Abra, por favor, sé que está ahí.

«¡Maldito sea el pellejo blanco de Moby Dick! Estoy segura de que le envía la señora Kippen para reclamarme el pago de la deuda», pensó alterada, dado que no confiaba en el perdón de la comerciante. Su hostilidad iba dirigida hacia Stirling y sus habitantes; aborrecía a *uno* en especial, pero el sargento siempre se había mostrado amable con ella e hizo de tripas corazón para recibirle.

—Buenos días, sargento. Me pilla en mal momento —hizo un ademán significativo hacia el equipaje dispuesto en la entrada.

—Señorita Dixon, necesito que me escuche con atención. No puede marcharse, no debe.

—Lo siento, sargento, pero no tengo el dinero de la señora Kippen.

«Arrésteme, pero no le daré ni un chelín».

—No se trata de ese asunto… ¿me permite pasar? —preguntó azorado mientras extraía varios pliegos de papel del bolsillo interior de la chaquetilla y se adentraba en la habitación sin aguardar su consentimiento.

—¿Puede ser breve? El carruaje llegará en cualquier momento y ya sabe que no se demora en partir. No quisiera perderlo.

—No debe irse, señorita. Aquí tiene la grata razón que, sin duda, le sorprenderá tanto como a mí —le entregó los papeles desplegados—. Le ruego que, por su bien, considere esta convocatoria.

Intrigada, cogió los documentos y, finalizada su lectura, miró atónita a Carpenter, que aguardaba atento su reacción.

—Imposible, no puedo aceptar, sargento.

—¡Es la oportunidad que usted se merece, señorita Dixon! Ambos sabemos que su futuro pende de un hilo —dijo en tono paternal—. Podría acallar muchas voces, poner en práctica sus conocimientos y

llevar una vida digna sin deberle nada a nadie.

—Pero… ¡en este documento se me habilita como maestra de Stirling! ¿Cómo es posible? —revisó con rapidez algunos párrafos sin dar crédito a su contenido—. ¿Quiénes respaldarán mis enseñanzas cuando la gente del pueblo me repudia? ¿Acaso no recuerda lo que sucedió la última vez? No me enviaron a la hoguera porque no les merezco ni un hato de leña para quemarme… —estaba a punto de perder los nervios—. ¡Si se trata de una broma, es de muy mal gusto!

—Fíjese bien en las rúbricas: el reverendo, el alcalde y numerosos vecinos, entre los que se incluye la señora Kippen, favorecen su permanencia en Stirling. El pueblo sigue sin maestro… ¿Quién conoce a estas gentes mejor que usted? Ambos sabemos que la campaña para desprestigiarla nació injustamente de lenguas mal intencionadas e influyentes —hablaba de la señora y la señorita Kippen, por supuesto.

—Por esa misma razón lo rechazo. ¡Doy por hecho que es Oliver Chambers quien encabeza estas firmas! —exclamó alterada buscando su nombre en el papel—. Apostaría la biblioteca de Alejandría a que él ha tramado esta pantomima; posee gran habilidad para elaborar ofertas ilusorias. ¡Oh, no, de ninguna manera me quedaré porque él así lo desee!

Leía y leía, pero no hallaba lo que buscaba. El sargento disipó su empecinamiento.

—Se equivoca. Le sorprenderá saber que su restitución parte de las personas que primero la echaron por tierra.

—¡No le creo! Él tiene que haber sido muy persuasivo para convencerlas de que hablen a mi favor.

—Mire, hija, comprendo que los graves sucesos que involucran al señor Chambers la hayan decepcionado, albergue cierto rencor y el escepticismo le haga dudar. En temas del corazón no soy muy ducho; tuve la suerte de ser bendecido con el amor de Meg, la única mujer a la que he querido… pero usted no pierda la esperanza de hallar a un hombre que la aprecie de verdad. Estoy convencido de que olvidará cualquier promesa que el señor Chambers le haya hecho sin tener conciencia de lo que se avecinaba sobre su persona.

—No me marcho presa de un berrinche como una niña desengañada, sargento, y no sé de qué sucesos me habla —tanteó para indagar si conocía el intercambio de identidad de los ancianos, la *hazaña* de Oliver que, sin lugar a duda, constituía un delito.

El hombre carraspeó y se acicaló el bigotón con visible contrariedad.

—Creía que estaba al corriente y que por esa razón dejaba Lockhill.

—Repito, no sé a qué se refiere.

—El señor Chambers contraerá matrimonio con la señorita Prue Kippen en cuanto las amonestaciones se hagan públicas. Di por sentado que él la había informado a su regreso.

Tessa le dedicó una mirada incrédula, empalideció y se sentó en una silla desvencijada. El sargento se arrepintió de soltarle la noticia a bocajarro, pero consideró que la señorita Dixon tenía derecho a saber una mínima parte de lo que se había decidido en la funesta reunión con la señora Kippen. Lamentó que el caballero no hubiese tenido la valentía de decírselo y compadeció a la joven, quien, claramente, albergaba profundos sentimientos hacia él.

—No… no comprendo…

—Se ve en la obligación de desposar a esa muchacha —le aclaró el sargento con todo el tacto que pudo reunir—. Su hermano, Elliot *de Clegg*, que tiene de barón tanto como yo de funambulista —tengo constancia de que usted conoce el engaño—, ultrajó de forma violenta e imperdonable a la señorita Prue y se dio a la fuga… no sé si me comprende ahora.

—¡La violó! —exclamó Tessa horrorizada, visualizándolo con nitidez, estremecida de pies a cabeza.

—He enviado aviso a los condados aledaños para ordenar la búsqueda y captura de ese infame, con la esperanza de que no haya huido a Londres.

—Pobre Prue… —atinó a lamentar Tessa.

La joven recordó el aspecto de derrota de Oliver, la amargura que reflejaba su semblante al regresar, la ausencia de espíritu en su mirada. Dio por hecho que el cometido de hallar a los prófugos había sido infructuoso, pero tras descubrir el engaño, no quiso saber nada más. Solo pensó en abandonar Lockhill cuanto antes, en alejarse de él. Tampoco le entregó la carta que había llegado desde Londres remitida por el doctor Anderson, aquella que habían esperado con tanta impaciencia. Dejó de darle importancia, todo carecía de ella. Se sentía demasiado traicionada. Su expresión confusa dio pie al policía para continuar.

—En mi posición no puedo divulgar los detalles; nadie conoce los hechos a excepción de la señora Kippen, por supuesto, y le ruego que guarde silencio por el bien de la señorita Kippen. Participé de la reunión en la que el señor Chambers fue informado de lo sucedido y he de admitir que nunca vi a un hombre tan desalentado.

—¿Por qué va a casarse *él* con Prue? —inquirió titubeante. No entendía nada y, de inmediato, una ráfaga de luz se abrió paso en su cerebro.

«¡Con Prue Kippen! Ahora comprendo tanta benevolencia y altanería por parte de su madre, quien husmeaba en Lockhill como un sabueso… ¡La señora Kippen quiere que me quede para presenciarlo!».

El sargento recogió del suelo los pliegos que Tessa había soltado como si le quemasen los dedos y los depositó sobre una mesilla.

—Debería hablar con el señor Chambers; él le esclarecerá los pormenores que yo no puedo ofrecerle. Escúchele, señorita, a su manera no es mala persona —aconsejó Carpenter—. He de irme, la dejo para que pueda recapacitar a solas. Sea fuerte, muchacha, regrese sin vacilar a la casa del maestro. A su casa.

—Gracias… —cuando moduló la palabra hacía más de cinco minutos que el sargento se había marchado de la pensión.

Escuchó al coche de postas llegar y partir, el sonido de sus cascabeles se desvaneció por el camino y ella continuaba conmocionada… hasta que la posadera irrumpió en la estancia apremiándola a abandonarla, pues varios viajeros recién llegados precisaban alojamiento. Reaccionó con laxitud; cogió los papeles, el bolsón y descendió sin saber a dónde dirigirse. Se sentía como una ardilla atrapada en un cepo, sin capacidad para escapar y a punto de convertirse en un trofeo disecado. ¿A dónde diablos podía ir? A Lockhill no, desde luego. ¿Por qué pesaba tanto la pequeña valija semivacía?, se preguntó, sin identificar que el peso provenía de la tristeza y la decepción. No podía apartar de su mente la monstruosa imagen de Elliot agrediendo a Prue, la joven pusilánime y artificial que, en ningún caso, se merecía sufrir tal bestialidad. Se compadeció de ella, sintiendo la vejación en sus propias carnes estremecidas.

Roston la esperaba en la planta baja. Al verla descender, se apresuró a hacerse cargo del equipaje. Ella no se sorprendió de su presencia y apenas atendió a las palabras amables del sirviente. Le siguió con lentitud por la calle más fangosa de Stirling hasta la casa que había sido su hogar. No tenía elección y deseaba desenredar sus pensamientos en paz. Tal vez lo consiguiera. No soslayó algunas miradas curiosas ni agachó la cabeza. «Seré un bufón con dignidad». El pensamiento la obligó a esbozar una sonrisa sarcástica.

Se detuvo frente a la vivienda para reunir fuerzas y, de súbito, la puerta se abrió de par en par. Roston depositó la maleta en la entrada y se despidió raudo. Oliver estaba plantado en el umbral de la casucha, con un brazo apoyado en el marco y la mirada fiera. Cogió las cosas de Tessa y las lanzó al interior sin miramientos.

—¿Te marchabas sin despedirte? —preguntó con voz gutural mientras tiraba de ella hacia dentro.

El carbón ardía con fuerza en la cocina y Tessa no reconoció el ambiente cálido del lugar.

—No le debo explicaciones —replicó tensa mientras el corazón le latía a un ritmo desmesurado—. ¿Qué tal una felicitación? Sí, le

ofrezco mi enhorabuena.

—Prefiero que me concedas unos momentos para justificar *eso*… ¿Lo harás o prefieres insultarme de nuevo? Adelante, lo merezco, aguardaré —la tomó por los hombros y la zarandeó levemente—. Grita a los cuatro vientos lo embustero que soy, el daño que te he causado… que todos sepan de mi maldad.

—Lo sé yo y con eso me basta —replicó trémula, zafándose de sus brazos. Extrajo la misiva remitida desde Londres del bolsillo de su falda y se la entregó con resolución.

—Espero que le sea útil en su nueva vida.

—¿Mi nueva vida? ¡De qué vida hablas si te pierdo! —miró la carta como si fuese un pedazo de estiércol. Se aproximó al fuego del hogar y la arrojó a las llamas.

—De la que va a iniciar junto a Prue Kippen —le espetó con rudeza.

—¡De *eso* quiero hablarte! Pero no me escucharás, nunca me perdonarás… ya me has juzgado y condenado —la acusó rugiendo su frustración—. ¡Sí, te mentí, maldita sea! ¿Necesitabas más dolor? ¡No lo premedité! Juzgué que ya habías sufrido suficiente.

—¡Me privó de confortar a mi padre como se merecía! —gritó ella dándole la espalda.

—¡Oh, por el amor de Dios!, el hombre estaba tan medicado que no sabía ni quién eras hasta poco antes de morir. Me cercioré de revelarle dónde estaba, qué le había sucedido, que tú estabas a su lado… lo hice cada día que permaneció en Lockhill y no obtuve respuesta. ¡No soy una bestia sin corazón! Objetarás que te reconoció… ¡Por supuesto! Muchos pacientes recobran un atisbo de lucidez antes de cruzar el umbral de la muerte —le tomó el rostro con ambas manos e insistió—. Siento no haber estado a tu lado en esos momentos para justificar mi decisión como merecías. Tessa… Tessa… no me des la espalda.

La atrajo hacia él y la besó exasperado, buscando su reacción, la pasión que anidaba en ella; sin embargo, la joven no se inmutó. Oliver evidenció su distanciamiento en la frialdad de su mirada, en la rigidez de su cuerpo que parecía tallado en mármol.

—¡Ya no me amas! —profirió con ironía defensiva, deambulando por el reducido espacio como un animal acorralado—. ¡Tu venganza es mucho más cruel de lo que imaginas! Eres más malvada que yo…

—¿Por qué, señor Chambers? —Tessa estaba rota, pero se mantenía firme luchando por controlar la congoja que la asfixiaba.

—Me diste unas migajas de ti, una irrisoria limosna de amor que estimuló mi apetito y ahora vagaré hambriento el resto de mis días.

—Tendrá que olvidarme, buscar consuelo en su esposa y consolarla a su vez para que relegue el desgraciado momento vivido a manos de su hermano. Ya ve que estoy al corriente de lo sucedido. Pobre

señorita Kippen…

—Sí, pobre —ratificó él con rabia—. ¡Pobre hija, cuya madre es una arpía calculadora! ¿Crees que soy un santo para purgar con los ojos cerrados el pecado monstruoso de otro hombre por muy hermano mío que sea?

Se hizo un silencio abrumador. Oliver se sentó un instante y se llevó las manos a las sienes. Tessa seguía parada en el centro del recinto y, de súbito, él encadenó las palabras con resignación, exponiendo las consecuencias que recaían sobre sus hombros.

—Debo ser realista… Soy responsable de que un enfermo mental haya delinquido con total impunidad. Se me acusa de negligente, de encubrir la peligrosidad de Elliot y, por tanto, de ser culpable de los crímenes cometidos por mi hermano. La señora Kippen tiene razón, mi deber era encerrarlo y no lo hice.

Su expresión reflejaba un asco infinito, agotado de bregar con los acontecimientos que le superaban. La señorita Dixon palideció a medida que Chambers detallaba los hechos.

—Las comerciantes de Stirling exigen un desagravio cardinal —añadió—. ¡Si tan solo reclamaran dinero o Lockhill Manor…! Se lo cedería todo con gusto, ¡pero esa mujer me condena al matrimonio para encubrir la deshonra de su hija! —bramó fuera de sí.

Tessa se asustó del resentimiento que encerraba su discurso.

—La muchacha no es culpable de nada —alcanzó a balbucir, compadecida de su desesperación.

—¡Y yo sí! Tú también lo piensas, ¿verdad? —abandonó el asiento y se acercó a ella como un búfalo enfurecido, asiéndola por la cintura—. ¡Dime que me lo merezco! Estás en tu derecho después de lo que padeciste a manos de Elliot.

—No existe una ley que le obligue a aceptar esas reclamaciones. No le deseo ningún mal, señor, pero no puedo hacer nada por usted —dijo con voz trémula al rememorar el intento de violación.

—La señora Kippen me *insinuó* con aspereza que estaba dispuesta a la denuncia pública, lo que conlleva juicios, prisión… —se le quebró la voz e hizo una pausa para ocultar un detalle superlativo que prefirió no revelarle—. El alcance de las reclamaciones como compensación a la promesa de matrimonio quebrantada después del acto deleznable perpetrado por *el barón de Clegg* es inhumano… Sin embargo, Carpenter me informó de que existen penas de hasta doce años por connivencia si se llegara a los tribunales.

—No puede ir a la cárcel por un delito que no ha cometido —Tessa abrió mucho los ojos y sintió que le faltaba el aire.

—¡Huyamos juntos! —suplicó Oliver presa del paroxismo, escrutando con persistencia el rostro de Tessa, que permanecía petrificada por el giro imprevisto de los acontecimientos—. Sé que no

vendrás conmigo. Te conozco y tú también me castigarás —la acusó, oprimiéndola contra su cuerpo—. ¿Qué sentirás cuando me veas del brazo de esa mujer sabiendo que tú eres a quien amo con toda mi alma? ¡Mirarás hacia otro lado y seguirás tu vida enfrascada en esos malditos libros, como si nada hubiese sucedido entre nosotros!

—Sus falsedades me rompieron el corazón, señor Chambers. Lamento su terrible encrucijada, pero no iré tras usted porque yo no esquivo lo que el destino me depara y, créame, no ha sido benévolo —casi no podía contener el llanto—. Tengo la conciencia tranquila. El amor que sentí fue real. Me desbordó tanto que casi me arrastra y me ahoga en un mar de mentiras.

—Hablas de tus sentimientos en pasado —acusó Oliver, tomándola por el mentón, obligándola a sostenerle la mirada—. No te creo. ¡No lo acepto!

—Usted no sabe lo que alberga mi alma… ni es mi dueño.

—¡Oh, vaya si lo soy! Bajo tu aparente resignación se oculta una fiera que me ama tanto como me domina. Ambos nos pertenecemos el uno al otro. ¿Acaso ya has olvidado mis besos? —la besó con rudeza reteniendo su cabeza entre las manos para evitar que le rechazara—. ¿Has olvidado mis caricias? —insistió vehemente, recorriendo su cuello con los labios.

—No… ¡cómo podría! No soy una piedra sin corazón, sino una mujer con sus virtudes y defectos que comete errores colosales —gimió desarmada, percibiendo que él la empujaba hacia una esquina del recinto.

—Y mi cuerpo, que te anhela en pura agonía… ¿lo has relegado al olvido? —susurró rozándole la sien con cada palabra—. No somos un error, Tessa.

—Me será imposible olvidar, pero intentaré seguir adelante con el mero recuerdo…

—Dios… ¿Quién soy yo sin tu amor?

La tenía apresada contra la pared y su exaltación se tornó irrefrenable, sobre todo, al constatar que ella se rendía a su contacto con los ojos entornados y pugnando por reprimir las lágrimas. Oliver se desabotonó el pantalón, elevó los faldones de Tessa y la despojó de la ropa interior sin dilación. La izó en volandas; la deseaba con urgencia, con furia.

—Abre los ojos, mírame y dime que debemos renunciar. Dime que no crees que te amo… y me detendré —insistió sobre su boca.

—Sé que lo hace, pero las circunstancias han cambiado. Dejó de ser libre, si es que algún día lo fue —tuvo que engarzarse al cuello del hombre con los brazos para sostenerse—. Yo también dejé de serlo cuando me enamoré de usted.

—¡Al diablo el mundo! —tronó al tiempo que la poseía contra el

muro—. Tú eres mi única dueña —masculló con un destello brioso en los lagos oscuros de sus ojos—, la que me priva del sosiego y la libertad. Ya no tengo corazón, te lo entregué el día en que te conocí.

La embistió cegado por el deseo y Tessa lo acogió colgada de su cuerpo, sintiéndole muy adentro. Oliver la sostenía por los muslos y se hundió en ella, realizando una breve pausa tras cada enérgica penetración para prolongar la unión de sus cuerpos y atesorar la calidez, el placer, la posesión. Tessa enterró sus dedos en la nuca de Oliver, en sus hombros recios que la mantenían en vilo, sintiendo oleadas de un placer intenso despojado de sutileza, gimiendo y buscando su boca tan hambrienta como él.

—Hazme tuya —le susurró al oído con el aliento entrecortado—, todo tú en mí… tómame hasta morir de placer, no pares hasta colmarme por última vez…

Sus palabras enloquecieron de ardor a Oliver, que prescindió de su último vestigio de calma y acató su petición. La depositó en el suelo y la volteó de forma que ella quedó mirando a la pared. Sujetó la melena de Tessa con un puño y le arrancó los botones del vestido y el corsé. Estaba desnuda contra el tabique sin sentir ni un ápice de frío. Oliver tiró de su cabello ligeramente, obligándola a elevar la cabeza, de modo que pudo recorrer su cuello nacarado con una mano, descender y atrapar uno de los pezones rosados y duros entre las yemas de sus dedos. Deambuló sinuoso por su abdomen y buscó codicioso la dulce, inflamada y húmeda hendidura entre sus piernas. Introdujo sus dedos en ella acariciándola con rudeza, en un movimiento que la hizo jadear. La arrastró hasta el suelo y se situó encima de ella, quien sujetó su dureza henchida y cimbreante sin dilación para enterrarla en su cuerpo.

—¡Oh, mujer! —bramó él. Ella se ajustaba prieta a su tamaño, arqueaba la espalda y rodeaba su cuerpo con las piernas para permitirle llegar más al fondo de su ser. El mundo se desvaneció para ambos. Sus bocas entreabiertas susurraban y unían sus lenguas, embebidos en la mirada del otro, hasta que ella emitió un grito estentóreo alcanzando el orgasmo más intenso que había experimentado entre sus brazos. Oliver persistió en su objetivo, sudoroso, conteniéndose y elevándola a cotas de delirio desconocidas. Advirtió cómo ella hundía los dientes en su hombro al sentir que una nueva oleada de espasmos gozosos la recorría y, solo entonces, el hombre dio rienda suelta a su apremio. La poseyó sin piedad, con fuerza, sin lujuria, *respirando* cada pulgada de su piel, alentado por las manos de Tessa que presionaban sus duras posaderas contra su vientre. Se vertió por completo en su interior proyectando un bramido animal. Tessa se onduló bajo él como las aguas de un estanque al que se arroja una piedra. Permanecieron unidos sobre el frío suelo,

percibiendo el latido de sus corazones, explorando sus pieles satisfechas, besándose como se besan los amantes antes de separarse para siempre…

# XV

Tessa se instaló sin gran alboroto, y sus libros regresaron desde Lockhill a los rincones que nunca debieron abandonar. «Han viajado más que Marco Polo», pensó con ironía mientras deambulaba por la vivienda sin salir de su asombro. La casa del maestro no parecía la misma.

Durante los días que Tessa permaneció en la posada, Oliver ordenó realizar trabajos a destajo que no pasaban desapercibidos. La casa, limpia y aireada, acogió diversos muebles que se ajustaban a comodidades que ella jamás hubiese soñado. Al lado de la cama, vestida con mantas nuevas, se ubicaban un escritorio y un sillón; el armario, cuyas puertas se cerraban con dificultad, había sido reparado, y el suelo, cubierto por una alfombra multicolor. La despensa rebosaba de alimentos; la leñera, de troncos y carbón; y la provisión de velas podría iluminar una iglesia por Pascua. Había tenido la consideración de retirar el biombo hacia un rincón discreto para resguardar la bañera que ella utilizaba en Lockhill, y el catre donde su padre descansaba había desaparecido; en su lugar, se distribuyó una salita pequeña y lo suficientemente cómoda. Pero lo más asombroso fue la reforma llevada a cabo en el cobertizo de la casa, encalado y dividido en dos recintos por un tabique de madera. El primero se había convertido en una estancia con los antiguos pupitres; una pizarra presidía el cuarto donde halló tizas, tinta, plumillas, papel, un globo terráqueo que parecía bastante valioso y todos los útiles necesarios que un maestro pudiera desear. Al abrir la portilla instalada en el tabique para descubrir qué ocultaba, necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para no derrumbarse. Allí estaba su *taller*: los libros desahuciados, las tinas, el tendedero, los ladrillos… No gozaba de tantos ventanales como en la casa de la colina, pero en el muro habían abierto y añadido dos ventanucos al par ya existente y, en la pared del fondo, la más anchurosa, se anclaba una serie de estantes que alojaba los ejemplares restaurados.

«¡Manipulador! Se ha tomado muchas molestias… estaba seguro de que aceptaría establecerme sin dilación, al igual que un perro se postra a los pies de su amo en cuanto le muestra un hueso jugoso. ¡Estoy por coger el petate y darle con su caridad en las narices!». Se sentía tan humillada, tan utilizada… que con gusto habría desaparecido.

Después de hacer el amor, él le había mostrado los cambios que habían realizado a toda prisa algunos peones contratados para la labor. Temeroso por la expresión de estupor en el rostro arrebolado de Tessa, la besó reiterando sus sentimientos en cada rincón del modesto hogar y, al alba, se había marchado para evitar chismorreos. Le rogó que permaneciera en Stirling, asegurando que la cuidaría y protegería siempre.

—Le ruego que no me busque más —exhortó Tessa con firmeza—. En breve será un hombre casado y no me convertiré en su mantenida. Si decido quedarme, me ganaré la vida de forma honrada. Quizás algún día me convenza de que no ha sido usted quien me ha comprado esta vida… y tal vez llegue a recuperar mi dignidad y mi amor propio. El dinero no lo obtiene todo —extendió la mano señalando las mejoras y cambios de la morada—. No necesitaba indemnizarme.

—¡No te estoy comprando, por el amor de Dios! Solo pretendo cuidar de ti —replicó Oliver, dejando las palabras suspendidas en el aire. Tessa intuyó que había algo más que no terminaba de decirle. Le miró directamente a los ojos, pero él guardó silencio.

—Se lo prohíbo. ¡Deje de regir mi vida! Regrese a donde pertenece y siga su camino. Yo ya me he desviado bastante del mío.

—¿Me dirás adiós como a un extraño después de deshacerte entre mis brazos?

—Se lo digo convencida de mantener la distancia entre ambos. Nuestra *unión* ha llegado a su final irrevocable… ha sido la última vez —añadió sonrojada.

—Pretendes olvidarme con facilidad, velozmente, como si lo sucedido esta noche no nos diera la vida.

—No se confunda. Le amo, pero me convertirá en una prostituta si sigo la estela que me marca. Digámonos adiós sin mirar atrás, por favor.

—Nunca imaginé el daño que llegaría a causarte… —musitó hundido—. Lo siento, no me despediré de ti porque te llevo en las venas. Siempre lo haré, Tessa… bien lo sabes.

Oliver se marchó. Lo vio alejarse con pasos lentos, la cabeza inclinada hacia delante, los hombros deprimidos. Se detuvo hasta en tres ocasiones para mirar hacia la casa, donde ella le observaba desde la oscuridad entre sollozos desgarrados. Finalmente, su silueta se desvaneció en la distancia y se escuchó a sí misma musitar: «Yo te llevo en las venas… y en las entrañas».

***

Al amanecer, Clarence se presentó en su puerta con la bendición de su

familia. Tessa, extrañada, le hizo saber que no impartiría clases hasta establecerse por completo… en caso de que lo hiciera.

—¡No, señorita Dixon! Vengo para ayudarla con las tareas. El señor de la colina le ofreció un trato irresistible a madre, así que estoy dispuesta para lo que guste mandar.

—Oh, Clarence, no necesito sirvienta. Me las compondré bien, como siempre he hecho.

—¿Está segura? —preguntó la niña—. Él dijo que necesitaría un par de manos extra porque tiene que *rescatar* libros y todo eso, además de *enfilar* la escuela. Entre usted y yo, sabemos que no tiene buena mano para la cocina. ¡Aún recuerdo aquellos bollos duros como pedruscos que horneó para merendar!

La escuela. Una palabra generosa para denominar al gallinero con cuatro bancos donde el señor Dixon había luchado en vano por instruir a niños asilvestrados, habituados a vagar libres y trabajar duro, con escasa inclinación a pensar en un futuro distinto al preestablecido por su condición. Si el maestro pudiese presenciar la reforma de la escuela se sentiría dichoso, recuperaría la esperanza en su labor. Tessa le daba vueltas a este pensamiento, unido al del repentino cambio de opinión respecto a su *mala* influencia en el pasado sobre las alumnas.

La señora Kippen transigía con su presencia con tal de humillarla. Sin embargo, Tessa deducía que era un precio muy elevado el que la comerciante estaba dispuesta a pagar: retractarse, recular y convencer al vecindario de su *nueva* valoración respecto a ella le dolería más que extraer las muelas del juicio de un solo tirón. «Me jurarán que Oliver no ha tenido nada que ver, pero estoy segura de que es idea suya. Entiendo que la señora Kippen desee mortificarme, pero él… si me amara como dice, no lo permitiría, y aquí estoy, moliéndome los sesos sin llegar a ningún lado salvo a la conclusión de que soy una marioneta en manos de diestros titiriteros».

—Señorita, está muy pálida. ¿Quiere que le prepare una taza de té? —la solicitud de la pequeña la hizo reaccionar.

—No, Clarence, gracias. Regresa en un par de días y veremos en qué puedes echarme esa mano que, según dicen, necesito… pero con la condición de que también asistas a las lecciones.

—¡No sabe cuánto las añoro! Gracias, señorita —a punto de marcharse, se giró y le soltó con la inocencia propia de su edad—: Dice madre que el bodorrio será inolvidable, que el señor es muy generoso y que la señora Kippen ha invitado a casi todo el pueblo. Prue debe estar en las nubes con un novio tan apuesto y rico… ¡Solo faltan quince días para que se convierta en la señora de Lockhill! ¿Se lo puede creer? —alzó la mano para despedirse y se marchó pegando brincos como una cabritilla—. ¡La veré en la iglesia y cotillearemos

sobre el vestido de la novia!

Aquellas palabras, aireadas sin malicia, le dolieron como si un puño de piedra le traspasase el pecho y oprimiese su corazón para evitar que latiera. La noticia del compromiso había corrido como la pólvora. No le sorprendió en absoluto.

Los días se sucedieron deprisa; las noches, interminables. La señorita Dixon, tan resentida como deprimida, tomó la decisión más arriesgada. Se asentaría en Stirling e intentaría construir una vida ajena a Oliver Chambers y cuanto él significaba: embustes, cobardía, hipocresía... Se propuso honrar a su padre trabajando de la mejor forma posible. Si en algún momento dificultaban su empeño, se marcharía definitivamente del lugar. Con la firme determinación de aprovechar *su buena suerte* concilió el sueño esquivo por primera vez en muchas noches; no obstante, en el fondo sabía que solo forjaba una quimera y fortalecía una fantasía inalcanzable, dado que el obstáculo primordial radicaba en un *minúsculo* contratiempo. «¿Qué haré cuando empiece a notarse? Podría emprender un viaje… inventar algún pariente lejano a quien visitar y recoger a un bebé de los caminos… ¡Ah, imaginación, no me falles cuando más te necesito!».

Tessa Dixon no imploró a Dios, sino a la inspiración alimentada durante años a través de los libros.

La víspera de la boda arregló con esmero uno de sus vestidos ajados, pulió sus botines y tomó un baño caliente que dulcificó el esfuerzo de acarrear los cubos de agua desde la cocina hasta la bañera. Tras secarse el pelo al calor de la lumbre, se enroscó en una bata y se dirigió descalza al taller. El cambio de temperatura era manifiesto; se estremeció y buscó entre los libros recuperados un poema que le había llegado al corazón. *La última rosa del verano*, de Thomas Moore, que reflejaba con maestría la tristeza de la soledad cuando los seres queridos se han ido.

—No me presentaré con las manos vacías; será un regalo para ambos y que lo interpreten como quieran. A Prue le vendrá bien leer algo más que los folletos de belleza —murmuró con un chispazo de malicia a la vez que envolvía el librito con un pliego de papel.

Una vez adornado el presente con un lazo y varias ramas de lavanda, cualquier indicio de optimismo desapareció. Corrió a la cama y se acostó; estaba helada. No consiguió dormirse. Las imágenes de Oliver yaciendo en su noche de bodas con Prue la atormentaron. No concebía que él se vinculase con otra mujer. ¡No asistiría a ese enlace!

Pero la gente murmuraría… Tras horas dando vueltas y más vueltas en la cama, bajó a la cocina para beber un vaso de leche tibia que apaciguara el malestar continuo que no la dejaba descansar. Encima de la mesa reposaba el regalo; lo miró con fijeza y, de súbito, abrió el hornillo y lo arrojó al fuego con aversión. De inmediato, pretendió recuperarlo, pero era demasiado tarde y las páginas ya ardían, acusándola de traición. Quisiera o no, el fracaso y el despecho anidaban en su interior y se había dejado llevar por esos sentimientos. A punto de regresar a la cama, una punzada de dolor en la zona lumbar la sacudió: las idas y venidas le estaban pasando factura. Aguardó un instante y, al subir las escaleras para volver a la habitación, una serie de calambres más agudos la acometió; soltó un quejido y percibió cómo un fluido caliente se deslizaba por sus piernas. Se miró perpleja y comprobó que su camisón estaba manchado de sangre.

—¡Oh, no! —exclamó asustada. Se acostó temblorosa y consciente de lo que le sucedía. Al amanecer, los dolores cesaron y, agotada, sudorosa y empapada en sangre, se sumió en un duermevela. De nada sirvieron los paños y lienzos para contener lo inevitable. El aborto había concluido.

***

El sargento Carpenter realizaba su ronda temprana por Stirling y se encontró con Clarence, quien iba de camino a ayudar a Tessa en sus quehaceres.

—Aún no ha amanecido, niña, no es prudente que andes sola por las calles —la amonestó el policía con afabilidad.

—¡No se preocupe, estoy acostumbrada! Si no voy a la casa de la señorita Dixon, me ganaré algunos pescozones.

Al sargento no se le escapaba *casi nada* de lo que sucedía en Stirling, y estaba al corriente del acuerdo entre el caballero y la madre de Clarence. En su momento, temió que Oliver Chambers huyera al igual que había hecho su hermano, pero los hechos demostraron que era un hombre de palabra… y que albergaba fuertes sentimientos hacia la señorita Dixon; de lo contrario, no contraería matrimonio con Prue Kippen a las doce del mediodía. Oliver le había pedido encarecidamente que no desvelase la conversación con la señora Kippen en las dependencias policiales y, como el sargento también era un hombre de honor, había mantenido el silencio muy a su pesar.

—Será conveniente que te acompañe —le dijo a la niña—. De vez en cuando algún zorro merodea por esa zona del pueblo en busca de alimento y podrías llevarte un susto.

Clarence asintió con la cabeza y se adelantó unos pasos brincando

y sorteando los charcos formados por la lluvia torrencial de la noche. Al llegar a la casa llamó varias veces con los nudillos a la puerta sin obtener respuesta.

—¡Qué extraño! La señorita siempre madruga mucho para *rescatar* libros…

—Mmm, quizás hoy no quiera ver a nadie —replicó el sargento. El acontecimiento que mantenía al pueblo extasiado iba a ser un trago difícil de digerir para la joven.

—Me dijo que iríamos juntas a la iglesia y he venido para fijar un millón de horquillas en su pelo, porque si no parecerá una merodeadora del Támesis… se rio cuando le pregunté qué significaba eso.

—Yo creo que ha cambiado de opinión y no acudirá —dijo el sargento—. Será mejor que vuelvas a casa.

—¡Ay, no! Como regrese sin trabajar, madre se enfadará de lo lindo… ¡Espere! Hay una llave bajo una piedra del jardinillo —sin aguardar el parabién de la autoridad para invadir la morada, la cría se apresuró a levantar algunos cantos en lo que denominaba *jardinillo*. Carpenter observó que la parcela delantera de la casa estaba cubierta de maleza y sonrió por la consideración de Clarence. Se notaba que apreciaba con sinceridad a la maestra.

—¡La encontré! —exclamó alzando la llave como si fuese un trofeo.

—Muy bien —felicitó el sargento, convencido de que a Tessa no le agradaría la intrusión—. Ve y pregúntale si aún necesita ese *millón* de horquillas; yo aguardaré aquí.

Clarence entró con timidez. Se sorprendió al comprobar que el fuego del hogar estaba apagado. El vaso con posos de leche volcado sobre la mesa había arruinado el único mantel que Tessa conservaba de su madre. Clarence conocía el cariño que la señorita sentía por ese pedazo de tela y frunció el ceño.

—¡Señorita Dixon! —llamó a voz en grito. Como no obtuvo respuesta, la buscó en el aula y el taller—. No está aquí. ¡Subiré sin hacer ruido por si duerme, sargento!

—Si estuviese dormida sería demasiado tarde para no hacer ruido —replicó Carpenter con paciencia—. Quizás haya salido a pasear, niña, aunque con la lluvia y el frío que hace no sé a donde podría ir…

No había terminado de pronunciar las palabras cuando escuchó el grito de Clarence.

—¡Cielos! ¡Qué sucede!

El sargento se precipitó en el interior de la casa y voló escaleras arriba para toparse con el cuerpo empapado en sangre postrado en la cama. De inmediato reconoció la situación. Por desgracia, la había vivido con Meg. Se acercó al lecho y verificó que la joven estaba muy débil y apenas podía pronunciar palabra.

—Clarence, vete a casa… no le digas a nadie lo que has visto.

—¡No, señor, quiero ayudar a la señorita, parece muy enferma! Le prometo que no diré nada.

El hombre caviló con rapidez. Si llamaba al médico de Stirling, los rumores se propagarían arruinando la oportunidad de Tessa de rehacer su vida en el pueblo… pero la muchacha necesitaba asistencia sin dilación. Consultó su reloj de bolsillo y tomó una decisión.

—Ve a Lockhill y dile al señor Chambers que acuda lo antes posible —ordenó a Clarence—. Él es doctor y sabrá qué hacer.

«De paso, se enfrentará a la consecuencia de sus acciones», pensó irritado. Desde que aquella persona había llegado a Stirling las desgracias se sucedían una tras otra.

—No… —gimió Tessa—. Va a casarse… él no puede saberlo… —apenas tenía fuerzas y cerró los ojos para sumirse en un duermevela intranquilo.

El policía se acercó al lecho para tranquilizarla. Muchos recuerdos regresaron a su mente. Meg había perdido a varios bebés, y su salud se había resentido hasta tal punto que jamás se había recuperado del todo.

—Tranquila, aún faltan horas para la boda, llegará a tiempo a la iglesia. Además, si usted se muere… de nada servirá que se case con Prue —masculló en voz muy tenue.

Oliver se había instalado en la salita donde pasaba las veladas con Tessa. No había regresado a la alcoba; no soportaba la cama vacía, la viudedad de la casa desde que ella se había marchado. Su ausencia era una daga clavada cuya hoja no cesaba de perforarle el pecho a medida que transcurrían los días. La señora Kippen había vuelto del revés la mansión para celebrar el banquete de bodas al que medio Stirling acudiría. Sus visitas a la casa de la colina se sucedían casi a diario y se sentía libre de sugerir cualquier cambio que se le antojase. El poder que ejercía sobre Oliver tenía al servicio desconcertado. A él le importaba un bledo lo que hiciera… siempre y cuando cumpliese con su parte del pacto. Prue la acompañaba y deambulaba como un alma cándida por Lockhill sin prestar oídos a su madre, mirando sin ver, apagada, manipulada. Sus ansias del pasado por acceder a la casa de la colina, codearse con sus habitantes y suscitar las envidias desaparecieron la misma noche en que fue engañada y agredida brutalmente. Apenas cruzó media palabra con Oliver cuando este le preguntó si estaba de acuerdo con el plan trazado por la comerciante. La joven asintió como un maniquí, despojada de discernimiento. Chambers advirtió su apatía, el rechazo que le provocaba su cercanía y se compadeció de ella… y de sí mismo.

Había bebido durante la noche y se sentía un poco aturdido por la falta de hábito cuando escuchó el bullicio.

—¡Ven aquí, pillastre! ¡No puedes molestar al señor! —vociferaba Roston mientras corría detrás de Clarence por los pasillos.

La niña desoyó la prohibición del mayordomo y le esquivó por el laberinto que suponía para ella la mansión.

—¡Señor! ¡Señor de la casa! —gritó a la puerta de cada estancia.

—¡Qué diablos sucede! ¿A qué viene este alboroto? —bramó Oliver desde el umbral del saloncito.

Roston atrapó a Clarence y se excusó con Oliver a la vez que tiraba de la chiquilla aferrada al marco de la puerta.

—Lo siento mucho, señor, no he podido evitar que se colara. Supongo que quiere ser la primera en recibir las golosinas que reparte el novio.

—¡No quiero dulces, alcornoque! —exclamó iracunda.

A Oliver le hizo gracia la expresión del criado ante el insulto y esbozó media sonrisa cansada. Roston no se sintió ofendido, sino aliviado al comprobar que el señor no se enojaba por el altercado, pues hacía días que mostraba un talante hosco e intolerante. Oliver le hizo un gesto para que la dejase libre y aguardó una explicación por parte de la pequeña que había contratado para ayudar a Tessa.

—Dime, Clarence, ¿la señorita Dixon necesita algo? —inquirió afable—. Recuerda una de las condiciones que acordamos: tú debes vigilar para que no se agoten las provisiones porque ella no acudirá a pedirme nada.

Roston respiró aliviado. Pese a la decisión incomprensible de casarse con Prue Kippen, el señor se preocupaba por el bienestar de Tessa, hacia quien el sirviente sentía un genuino apego.

—Se lo diré al oído, señor —determinó la niña mirando con recelo al mayordomo.

Oliver se inclinó hacia ella y la escuchó con atención. Roston advirtió su gesto angustiado al incorporarse y fue tras él cuando se dirigió a la alcoba donde se conservaban las medicinas. Allí le vio recoger diversas fórmulas e instrumentos con precipitación.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! —tomó a Clarence de la mano y los tres descendieron la colina a toda prisa. En un punto del camino, Oliver los dejó atrás y se alejó veloz.

Sorteó las escaleras de tres en tres y se abalanzó hacia el lecho, donde Tessa tan pronto recuperaba un atisbo de consciencia como se sumía en un letargo angustioso. Carpenter estaba a su lado. No fueron necesarias las explicaciones; ambos hombres sabían qué le había sucedido.

—Tessa, amor mío… ¿por qué no me dijiste nada? —musitó aterrado, conocedor del peligro que corría su vida.

Sin esperar respuesta, retiró las sábanas que la cubrían y halló que el aborto espontáneo había concluido.

—Salga de aquí, sargento —decretó Oliver sin dilación—. Abajo está mi mayordomo. Dígale que necesito agua caliente y toallas limpias.

Esperó a que Carpenter abandonara la estancia para comprobar que Tessa no retenía restos del saco gestacional en su interior y respiró aliviado: la hemorragia se había detenido por sí misma. Confirmó que se trataba de un embrión de pocas semanas, lo envolvió con cuidado en un paño y lo hizo a un lado para concentrar la atención en ella. Roston acudió sin tardanza con cuanto había solicitado y, nuevamente, Oliver pidió quedarse a solas, tras rogarle que se *ocupara* del diminuto ser.

—Cielo mío… mi todo… te recuperarás… —musitaba mientras la enjuagaba con cuidado—. Si algo te sucediera… ¡Oh, Dios! ¡Qué otro daño puedo causarte! De saber que el destino me arrastraba hasta aquí para destruirte, jamás me hubiese permitido amarte.

Oliver no podía contener las lágrimas que rodaban por sus pómulos angulosos, empapando su barba descuidada desde la separación de Tessa. La izó un poco y cubrió de besos su rostro pálido; acarició el cabello negro como las alas de un cuervo, deseando que el dolor le diese una tregua.

—Oliver… cuando el amor nace no atiende a voluntad… —balbuceó Tessa con las mejillas encendidas como el fuego—. Siento la pérdida de este hijo que me colmaría de consuelo… ahora no me queda nada. No me arrepiento de habernos amado como lo hicimos. Hay personas que transitan por la vida con una pobreza extrema de sentimientos hasta que la muerte se las lleva. Yo conservaré el recuerdo de ese amor como un fugaz regalo del destino.

—Shhh… calla, no hables —la silenció, pues temía que, si se alteraba, volviese a sangrar—. Siempre seremos uno. No hay cabida para otra mujer en mi corazón.

—Vete, tienes que casarte… —sollozó, ceñida contra su pecho.

—He de hacerlo, sí, pero eso no significa que no te ame más que nunca —replicó en tono tétrico, con los dientes apretados.

—Estaré bien, la vida me está dando más lecciones que cualquier libro… ¡Vete, Oliver, vete ya y no vuelvas! —suplicó angustiada—. No podría soportarlo.

Chambers no quería alargar el suplicio, pero se veía incapaz de dar un paso hacia la salida. La besó con dulzura implorando:

—No me olvides, Tessa… no me olvides. Siempre serás mía y yo seré tuyo, aunque levantes una muralla de hielo tan alta entre nosotros que ni los pájaros puedan sobrevolarla.

—Vete… por favor…

Con la mirada centelleante, Chambers se retiró sumido en tinieblas. Ordenó a Roston permanecer en la casa para cuidar de ella con las instrucciones precisas de que le avisara si su estado empeoraba y, al fin, partió hacia un destino que muy pocos hombres aceptarían sin presentar objeciones. Oliver Chambers no podía…

# XVI

# LA BODA

La boda se celebró a mediodía. Los alrededores de la pequeña iglesia estaban abarrotados de curiosos deseosos de ver a los contrayentes. La unión inesperada había levantado todo tipo de comentarios, incluyendo la llamativa ausencia de los barones de Clegg. La señora Kippen resultó una fuente inagotable de evasivas cuando los invitados preguntaron el motivo, mostrándose contundente al respecto.

—Tenían compromisos ineludibles en Londres —contestó en cada ocasión, ladeando un atrevido turbante que se había calado en la testa.

El almuerzo de bodas se celebró en Lockhill, con Oliver y Prue a la cabecera de la mesa que presidía el salón maldito, y su madre al lado. La joven lucía un fastuoso vestido de crespón y puntillas de gran diámetro, confeccionado a toda prisa; sin embargo, su semblante no reflejaba la felicidad que era de esperar en el acontecimiento más crucial de su vida. Se mostraba indiferente a los elogios y buenos deseos de los concurrentes; el reverendo, el alcalde y varias familias de buen lustre alabaron el atinado enlace y expresaron la esperanza de que la casa de la colina recuperase el aspecto admirable del pasado.

Oliver respondía con el semblante ausente y las sienes palpitantes, inmerso en sus propias tribulaciones. Distinguió a Carpenter entre los asistentes, y le clavó la mirada hasta que el sargento asintió con un leve gesto de cabeza que venía a significar: «Ella está bien». El oficial, soliviantado por los últimos sucesos, a punto estuvo de no acudir a Lockhill a sabiendas de que su ausencia causaría extrañeza, pero finalmente se presentó en el festejo para esquivar las interrogaciones.

Prue, debido a los nervios o al paripé que su madre había organizado, bebió con ligereza. Hacia media tarde su rostro blanquecino se había teñido de grana y comenzó a parlotear con cierto delirio al oído de Oliver.

—Mi *querido* esposo, espero que no me recluya en este caserón de por vida.

—Mi intención es que goces de cuanta libertad necesites, Prue, no soy tu centinela; por el contrario, yo soy el cazado en un cepo para alimañas y mis vísceras desparramadas por el suelo pronto comenzarán a pudrirse —dijo con una frialdad que conmocionó a la novia por un instante.

Esta bebió otro trago y contestó a su hostilidad:

—Confieso que mi deseo más ferviente es viajar a Londres y disfrutar de la temporada. Nunca he tenido la oportunidad de hacerlo.

¿Cree que eso sería posible?

—Sin duda. Mi casa de Kensington está a tu disposición; instálate con tu madre cuando quieras, te daré una asignación acorde con tus necesidades.

—¡Oh, no! Madre se quedará en el almacén. No pienso llevarla conmigo ni decirle a nadie cómo se gana la vida. Con que usted me acompañe me doy por satisfecha.

—Lamento decirte que te equivocas respecto a la naturaleza de esta unión. No pretendo ejercer de marido —hizo una pausa y añadió sombrío—: De hecho, voy a anunciar mi partida inmediata. Espero que con una o dos doncellas te sientas bien atendida. Lo que hagas a partir de hoy me trae sin cuidado.

Prue caviló unos segundos y vio el cielo abierto ante ella. Esgrimió una tenue sonrisa y saboreó la libertad ansiada. La sola idea de entregarse a su esposo le revolvía el estómago; no podía pensar en el sexo sin sentir asco. Así pues, la declaración de Oliver fue bien recibida; apuró el vino y se relajó visiblemente.

Oliver se levantó de la silla y golpeó la copa con una cucharilla para llamar la atención de los invitados. Todos eran desconocidos para él, incluyendo a la mujer con la que se acababa de casar, y a punto estuvo de mandarlos al infierno.

—Estimados vecinos, siento interrumpir la velada, pero es mi deber comunicarles que la escalada de la rebelión en la India va en aumento de forma alarmante; los cipayos han declarado la guerra al gobierno de la Compañía Británica de las Indias Orientales y es imperativo proteger nuestros intereses. Les notifico que viajaré hasta allí para defender como inglés, soldado y doctor el nombre de nuestra reina. Les agradezco su asistencia, pero he de despedirme en estos instantes, pues parto esta misma noche. Prosigan la celebración hasta que gusten, están en su casa —finalizó con el mismo tono sarcástico que había empleado con su flamante esposa.

—¡Cómo se atreve! —exclamó la señora Kippen horrorizada.

—Señora, hay deberes que priman por encima de otros y nuestros soldados me necesitan más que su hija —pronunció con claridad y un deje sardónico, dejando constancia de que no pasaría la noche de bodas con Prue—. Ha conseguido lo que quería, déjeme en paz y ándese con pies de plomo —masculló en un tono que solo fue audible para la vendedora—. Estaré informado de sus pasos, señora. Si transgrede un milímetro el trato al que llegamos, se arrepentirá. *Querida* suegra… yo también sé amenazar y no tendré escrúpulos en dedicar el resto de mi vida a hacer la suya insoportable.

La frialdad acerada con que esgrimió las palabras estremeció a la señora Kippen, quien no halló una réplica coherente de inmediato.

Si se tratase de otro hombre, Stirling se hubiese burlado de él. Su

declaración, el tono, la expresión fiera en su mirada, la alusión al deber, a la reina, a la guerra… daban a entender que la alteración en el curso natural de aquel matrimonio era totalmente correcta y que una esposa podía esperar casta y pura el tiempo que fuese necesario. Se hizo el silencio en el salón. Le vieron levantarse, besar a Prue en la frente y, tras hacer una cortesía, cruzar el recinto en dirección a la salida. El sargento Carpenter le salió al paso y le extendió la mano, gesto que Oliver aceptó como una especie de *reconciliación* entre los dos.

—Cuídela, sargento, se lo ruego como un favor personal —fueron sus últimas palabras antes de dirigirse a su alcoba, donde le aguardaba el uniforme que tanto odiaba.

—Lo haré, señor —repuso el otro con firmeza. Ambos sabían a quién se referían.

Los asistentes se fueron despidiendo pasadas las siete de la tarde, hora más que avanzada para un convite tan poco ortodoxo, con el recién desposado retirado y la novia con indicios claros de ebriedad. La señora Kippen notaba que los nervios y la rabia le atenazaban. Rechinó los dientes con fuerza una vez más, como había hecho a lo largo de la jornada, al verificar que Tessa Dixon no había acudido a presenciar su *triunfo*.

Oliver había optado por la solución más devastadora y partió durante la noche. Antes de marcharse sin saber si algún día retornaría, oteó con discreción la casa de Tessa. Roston, en la planta baja, luchaba con un fogón al que no estaba habituado y la luz en el dormitorio revelaba que ella estaba despierta. Escudado en las sombras vislumbró su silueta y notó que el corazón se le encogía: no solo la había perdido a ella, también al hijo de ambos. Las lágrimas anegaron sus ojos al pensar en el calvario de la joven. Se maldijo una y otra vez por haber tomado las decisiones incorrectas respecto a Elliot, al abuelo, al maestro Dixon, pero, sobre todo, respecto a ella… Él, un hombre forjado a zarpazos de la vida, poseedor de una fortuna nada desdeñable y seguro de sí mismo, había errado en todo, incluso en conservar la felicidad.

La muchacha cogió un libro de la mesa y volvió a la cama con el ejemplar muy pegado a su pecho. Permaneció unos segundos mirando hacia la ventana, como si intuyese su presencia allí afuera, y Oliver necesitó reunir toda su fuerza de voluntad para no asaltar la casa y llevársela a la fuerza. No, no podía presentarse ante ella esgrimiendo mil argumentos sobre el amor que le profesaba sin desvelar el verdadero motivo por el cual se había casado con otra mujer. La señorita Dixon se merecía algo mejor… Tessa desapareció de su campo de visión y él se perdió en la noche a paso lento, cansado y

consternado.

Ella no se veía con ánimo de leer ninguno de los títulos trasladados a su habitación. No existía historia, cuento o poema con efecto curativo para su tristeza. Simplemente tomó un cuaderno en blanco y comenzó a escribir cuanto se le pasaba por la mente, que no era poco. Así, comenzó a registrar sus emociones y sentimientos, recuerdos y vivencias y, lentamente, recuperó las fuerzas para soportar la vida… sin *él*.

Seis semanas después de la boda, Tessa abrió las puertas de la escuela para todos aquellos niños que quisieran acudir. Durante ese tiempo tuvo conocimiento —a través de Clarence y de Roston— de la marcha de Oliver el mismo día de los esponsales y de cuanto se cocía en Stirling. Disimuló su reacción de espanto al escuchar la noticia y expresó su deseo de que el señor Chambers no sufriera ningún percance en el levantamiento y regresase a salvo de la India. «Me gustaría matarlo con mis propias manos, por necio e insensato… mira que irse a que le peguen un tiro… Pudo mudarse a Londres con su rutilante esposa, ¡a la China, si acaso!, pero no… ¡Prefirió regresar a la guerra, la maldita pesadilla donde todo comenzó!», caviló indignada, colérica, sin percibir que sus manos temblaban al colocar varios libros en el taller. La idea de que pudiese ocurrirle algo la aterrorizaba, y pensó que pagaría con gusto el precio de verle deambular por Stirling del brazo de Prue si regresaba de una pieza.

La niña y el mayordomo fueron sus únicos contactos con el exterior hasta que, el día de la inauguración de la escuela, la señora Kippen y Prue la visitaron de forma *casual* con el pretexto de su paseo matinal. Tessa las saludó con corrección, dispuesta a someterse al escrutinio de rigor. «Tendré que tolerar su presencia para que los niños gocen de una oportunidad; de lo contrario, esta cacatúa es capaz de clausurarme con alguna estupidez de las suyas».

—Buenos días, señorita Dixon. Es un placer comprobar que disfruta de buena salud. Hace tanto tiempo que no la vemos por el pueblo que temíamos que estuviese alicaída de nuevo —gesticuló la señora Kippen con insolencia.

—Me encuentro mejor que nunca, gracias.

—Ojalá no vuelva a enfermar. El día de la boda nos informaron de su repentino malestar y nos apenó mucho su ausencia —machacó—. Desgraciadamente, estamos tan atareadas en Lockhill que no hemos podido visitarla hasta hoy.

—No se inquiete por mí, sufrí una indisposición pasajera de la que estoy recuperada. «Acabará matándome la tirria que le tengo a usted».

—Madruga usted mucho… —apuntó Prue con apocamiento.

—Quiero tener el aula lista para recibir a los pequeños, señora Chambers —aguantó el tipo con entereza y un regusto amargo al pronunciar el nombre que ella debía portar. Prue se sonrojó hasta la raíz del cabello y desvió la mirada, incapaz de sostener la de Tessa.

—Espero que disfrute mucho con ellos —musitó la joven esposa—. Su imaginación e inquietud serán de gran ayuda para mantenerlos animados.

«¡Cielos! ¿Me está haciendo un cumplido?». El gesto de Tessa debió reflejar el pensamiento con tal claridad que Prue añadió con una nota de melancolía:

—Sí, señorita Dixon, recuerdo muy bien cómo Alistair McDougal se divertía con su agudeza e ingenio.

—La señorita Dixon habrá madurado, querida Prue, al igual que tú —intervino la madre—. Entenderá la importancia de limitarse a las materias estipuladas y la necesidad de hacer a un lado las fantasías infantiles; de lo contrario, los niños perderán el tiempo, al igual que lo hizo el pequeño McDougal.

«Conque es eso… ¡Alistair! ¿Cómo podría explicarles que yo nunca excluí a Prue de nuestro pequeño círculo, sino que era él quien eludía sus insistentes atenciones? ¡Por Dios, teníamos once años y Prue se comportaba como una debutante buscando esposo!».

—Espero que la madurez no me prive de la alegría que proporciona un rato de ocio entre números y salmos. Estoy segura de que habrá tiempo para todo —repuso Tessa con firmeza y una sonrisa forzada—. Visítenos cuando quiera, señora Chambers, será bien recibida…

«¡Rayos! ¿Por qué he invitado a Prue?».

La cara de la señora Kippen mostró una mueca desaprobatoria, justo la respuesta que Tessa buscaba.

—Tenga en cuenta que el verano está a la vuelta de la esquina. Los niños han de aprovechar el tiempo —insistió la señora Kippen con acidez.

—Descuide, consideraré con diligencia cada una de sus recomendaciones. ¡Oh, aquí llega Clarence! Si me disculpan, señoras, me debo a mis alumnos. Buenos días.

—Nosotras también tenemos responsabilidades —dijo la señora con altivez al verse despachada—. Iremos a supervisar el almacén y regresaremos a Lockhill para renovar las cortinas de la alcoba principal. Le deseo un buen día.

—Buenos días, Tessa —se despidió Prue Chambers.

Pese a que tenía la certeza de que el matrimonio no se había consumado —era *vox populi*—, la referencia a las cortinas de la alcoba le disgustaron sobremanera. «Para nosotros, la alcoba principal era

nuestro saloncito, el taller de los libros desahuciados, cualquier estancia de la casa donde hicimos el amor». ¡Oh, el amor de los cuerpos unidos por el placer!, de los besos a hurtadillas, de las caricias y los susurros íntimos e inconfesables, de los planes de boda…

Negó con la cabeza tratando de liberarse de los recuerdos y entró tras la niña. En cuestión de minutos, varios niños más se presentaron con sus pizarras en el recinto y la maestra, aunque un poco nerviosa, inició la jornada presentando de modo atrayente cuanto pensaba enseñarles. De vez en cuando, su mente se trasladaba durante un segundo a algún lugar de la India, pero se forzaba a concentrarse, olvidar y sonreír. El ajetreo del aula resultó ser la mejor medicina para los males de su maltrecho corazón y, antes de lo que calculaba, la dinámica diaria le aportó grandes satisfacciones. Había determinado que la puerta del taller permaneciese abierta, dejando una serie de libritos *apropiados* para los alumnos en el estante más accesible e invitándoles a elegir y llevarse prestado el que prefiriesen al final de las jornadas. Huelga aclarar que, ya fuesen adivinanzas, cuentos, refranes infantiles u oraciones, todos tenían carácter moralizante, inocente y exento de ideas *estrafalarias.* «No cometeré el mismo error que antaño», pensó con ingenuidad, pues Clarence pronto le recordó su promesa y le rogó que le permitiera leer algunas de las novelas que atesoraba. Reflexionó sobre si debía complacer los deseos de la niña —más espabilada por necesidad que por naturaleza—, y resolvió que no frenaría sus inquietudes.

—Te gustará *Los tres mosqueteros,* de Alejandro Dumas —dijo preocupada—, pero prométeme que no repartirás mandobles con una vara de avellano.

«Ojalá no tengamos problemas si tu madre lo descubre».

—Descuide, señorita Dixon, ya no soy tan pequeña… y nadie sabrá de este secreto nuestro, se lo prometo —replicó sensata Clarence.

# XVII

# CONFIDENCIAS

En la escuela, los niños —seis o siete a lo sumo— aprendían las cuatro reglas con paciencia. Algunos, como Clarence, hicieron uso de la biblioteca privada de la señorita Dixon sin que ningún padre pusiese el grito en el cielo, como había sucedido anteriormente. Este hecho la inducía a reafirmar que las objeciones del pasado nacieron y fueron alimentadas con maldad por las mismas personas que ahora toleraban su docencia. Los vecinos la saludaban sin reparos, y en algunas ocasiones la visitaban para interesarse por el desarrollo educativo de sus hijos o invitarla a tomar el té. La deducción era transparente: ningún progenitor deseaba que su hijo fuese un tarugo. No obstante, Tessa asumía que la influencia ejercida por las Kippen sobre Stirling resultaba espeluznante. Si en algún momento cambiaban de idea sobre su labor no se coartarían en airearlo a los cuatro vientos, con las consecuencias consabidas.

Las semanas se deslizaron templadas, sin cambios bruscos, hasta finales de primavera, momento en el que los alumnos se despidieron de Tessa para ayudar en los campos, donde todas las manos eran necesarias.

De súbito, la soledad regresó para instalarse; el silencio contrastaba con el alborozo de las clases y Tessa acordó consigo misma dedicarse a la restauración de los libros pendientes, a leer y a la recién descubierta pasión por escribir. Roston se alegró de que lo pilluelos no rondaran por allí, pues se había entregado a faenas que no le atañían, como la de hornear pequeños bollos en forma de letras que la maestra ofrecía como premios. El mayordomo iba y venía de Lockhill porque así se lo encomendó el amo antes de partir; bien sabía el cielo que agradecía más una mañana en casa de la señorita que cinco minutos en la mansión. Roston y Tessa mantenían una relación cordial, como viejos conocidos a los que unía un vínculo que nunca mencionaban. Un día, mientras tomaba una taza de té con la joven, comentó más hablador que de costumbre:

—La señora Kippen bien pudiera trasladarse a Lockhill, pues la visita cada día sin excepción. Tal parece que es la dueña, paseándose y ordenando cambiar de lugar esto o aquello porque no le complace la distribución actual.

Tessa le miró de reojo. Conocía la antipatía que el criado sentía por la señora Kippen y disimuló una sonrisa.

—Prue debería tomar las riendas de su casa —repuso ella con desgana. No quería hablar de la señora Kippen, de Lockhill o cualquier tema que aludiera a Oliver.

—En su estado de ánimo, creo que nunca lo hará…

—¿Está enferma? Hace tiempo que no se pasea por Stirling —señaló pensativa.

Tessa se había cruzado alguna vez con la agotadora madre, quien, habiendo contratado a un dependiente para el almacén, disponía de todo el tiempo necesario para mangonear a su hija, pero cayó en la cuenta de que no había visto a Prue desde la apertura del aula.

—No sabría decirle —titubeó Roston. Como buen mayordomo, no era una persona chismosa y le inquietaba expresar su opinión sobre los demás—. Se comporta como si lo estuviera; permanece muchas horas acostada en la oscuridad y pasa los días sin hacer nada. Su madre la reprende por su conducta y alguna vez han intercambiado palabras que no repetiré, señorita —su tez se puso colorada, un poco avergonzado por su indiscreción.

Tessa guardó silencio. En el fondo, compadecía a Prue. No debía ser fácil seguir adelante, como si nada hubiese sucedido tras la horrible agresión por parte de Elliot y el posterior matrimonio con un hombre al que no amaba, por muy ventajoso que fuese. Ella misma sentía pavor, asco infinito y una repulsión profunda e inexpresable al recordar a Elliot.

—Creo que hoy le acompañaré hasta la casa de la colina. Le debo una visita a Prue y, de paso, complaceré a la madre, que siempre estuvo deseosa de sobresalir por encima de cualquiera —resolvió cediendo a un impulso.

—Por encima de usted, querrá decir —la corrigió Roston con acierto—. ¿Está segura de que quiere darle esa satisfacción?

—No se inquiete, estoy bien. Finalmente ellas tendrán la oportunidad de alardear de su nueva posición y yo mediré el alcance de mi resistencia.

Tessa recogió un buen ramillete de prímulas por el camino. No tenía prisa por llegar y estuvo tentada a dar media vuelta y dejar que Roston siguiera solo su camino hacia la casa de la colina. Un sol tibio doraba el paisaje y la brisa suave mecía el nuevo vestido encargado a la costurera de Stirling. Pese a la sencillez del diseño, el tono que había elegido resaltaba su tez y su figura, y tuvo cuidado de no ensuciar el ruedo durante el trayecto. Al llegar, la visión de Lockhill la removió más de lo que esperaba. Allí había sido feliz y desgraciada, y había conocido el amor y la amargura por igual: con intensidad. Inspiró una bocanada de aire para serenarse y enfrentarse al

encuentro. «No les debo nada…».

Esperó en el vestíbulo unos minutos a que Roston la anunciara con la impresión de que iban a azuzarle al perro en cualquier momento; sin embargo, su visita fue aceptada.

Prue la esperaba en el salón y la invitó a sentarse cerca de la chimenea, donde crepitaba un fuego voraz que calentaba en exceso la estancia pese al buen tiempo que hacía en el exterior.

—Me alegro de verla, señorita Dixon, no la esperaba… realmente no esperaba a nadie. Mis amistades son reducidas, por no decir inexistentes —dijo Prue con un conato de sonrisa—. Supongo que advertirá algunos cambios innecesarios por aquí. Madre se ha empeñado en dotar a la casa de su sello personal y ya la conoce usted: lleva a cabo sus ideas por encima de cualquier opinión.

«Caiga quien caiga, con tal de salirse con la suya», pensó Tessa al tiempo que echaba una mirada alrededor. Odiaba aquella estancia. La señora Kippen podía recubrirla de pan de oro y seguiría odiándola sin remisión.

—Está bonito —aceptó por educación.

—No lo creo, pero prefiero que dedique sus atenciones a la casa en vez de a mí —reconoció la señora Chambers—. Dado que el *dueño* nos dio carta blanca para renovar cuanto quisiéramos, ella se lo ha tomado a pecho —no mencionó a su *esposo* como tal y Tessa lo agradeció interiormente—. Solo prohibió el acceso a un cuarto peculiar en el ala de los criados: el taller de los libros desahuciados. Como imaginará, no existió impedimento alguno cuando a madre se le antojó saber qué guardaba con tanto celo en ese departamento y no cejó hasta que el pobre criado le abrió la puerta. ¡Estaba vacío! —soltó una carcajada estruendosa y prosiguió—. Le juro que habría ordenado al mejor pintor de Inglaterra que plasmara su expresión de decepción; sin embargo, yo comprendí que para el señor Chambers ese habitáculo tenía un significado especial… usted trabajaba en él, ¿me equivoco?

—En ese taller reparaba los libros salvados de las llamas. Está vacío porque todo fue trasladado a mi vivienda para continuar con la restauración —dijo Tessa, apretando el ramillete sin percatarse y desparramando algunas flores por el suelo.

—Mmm, el taller de la señorita Dixon… sí, escuché esas palabras en más de una ocasión. ¡Cuánto debe apreciarla el caballero para cederle un pedazo de su casa! Es obvio que un pedazo de corazón también —espetó sin tapujos.

«Así me parta un rayo, no te revelaré ni un solo detalle de mi relación con Oliver. Tantéame cuanto gustes, ya buscaré agujero por el que escurrirme».

—No importa, Tessa, su corazón es noble, digno de cualquier

mujer. Habría hecho usted bien en aceptarlo —expresó compungida.

La señorita Dixon pensó que estaba burlándose de ella, pero su tono parecía sincero. La miró con disimulo y notó que la joven tenía mal aspecto. Su rostro, antes nacarado, presentaba algunas rojeces en las mejillas y la nariz; el cabello, de cuyos rizos dorados tanto se jactaba, parecía recogido de cualquier forma y encrespado; las arrugas de su vestido delataban que se había acostado con él puesto; y su voz afinada sonaba áspera, imprecisa. Se removía en la silla emitiendo suspiros casi imperceptibles.

Roston les sirvió té con pastas y demoró su salida del salón con el pretexto de abrir las cortinas.

—No, por favor, déjelas cerradas —pidió Prue.

—Como guste, señora —dirigió una mirada elocuente a Tessa e hizo una cortesía antes de abandonar el salón.

—No soporto la luz que entra a raudales, me lastima la vista —se excusó la dama.

—Tal vez debiera llamar al médico para que la examine —aventuró Tessa, advirtiendo que las pupilas de Prue brillaban dilatadas.

—¿A cuál? ¿Al de Stirling o al que deambula por la India? —soltó una risilla amarga—. En el primero no confío y al segundo no le importaría que me muriese.

—No digas eso, Prue —la tuteó como cuando eran niñas—. Oliver no desearía que te sucediera nada.

Su expresión reflejó el regusto acibarado de pronunciar su nombre por primera vez en mucho tiempo.

—¿Y qué hay de ti, Tessa? ¿No te encantaría que me muriese? —inquirió eufórica—. Sé que me odias, y no es para menos. Te arrebaté al hombre que amas, se percibe a leguas, y tienes derecho a estar resentida.

—No te odio, Prue, si lo hiciera no me presentaría aquí. Además, yo te *quité* a Alistair, estamos en paz —bromeó para disimular el lacerante dolor que le producía la conversación.

—Oh, Tessa… ¡en qué ignorante y absurda criatura me convertí! —enfatizó de súbito—. Alistair era un devoto servidor tuyo y, en lugar de aceptarlo, me enrabieté hasta el punto de azuzar a madre contra ti. Lo confieso, envidiaba tu magnetismo, tu bagaje, tu libertad… ¡Cómo te denosté por ello! —su euforia dio paso al bochorno.

Alargó un brazo y cogió un libro que reposaba en una mesita auxiliar. Se lo mostró a Tessa avergonzada y lo dejó caer al suelo. Tessa pudo leer el título: *El código secreto de las flores.*

—He intentado leerlo sin éxito. Mi cabeza está en otro sitio, no disfruto ni poseo la imaginación necesaria, ni encuentro placer entre sus páginas. Dime cómo se hace… o no, ¡me da igual! Mi necedad no

tiene cura —concluyó desaforada—. Además, nadie me regalará flores, es una pérdida de tiempo.

Señaló las prímulas desparramadas por el suelo y añadió lacónica:

—Esas significan «tuyo».

Tessa reconoció en Prue los síntomas del opio. La conducta errática, los altibajos en su humor, el aspecto deteriorado… todo aquello lo había presenciado antes en Elliot de Clegg. Se acercó a ella, colocó las flores en su regazo y tomó las manos temblorosas entre las suyas.

—Sé dónde está tu mente… lo sé, Prue. Ninguna mujer debería pasar por ese infierno. Debes ser fuerte y concienciarte de que vales mucho más de lo que crees; no debes permitir que lo que sucedió te impida ser tú misma. No le concedas ese poder —caviló con rapidez—. No importa que no te guste leer, que no encuentres placer en los libros; tienes otras cualidades. Busca tu lugar, pinta, toca el piano… recuerdo bien la agilidad de tus dedos arrancando notas y melodías maravillosas. ¡Yo envidiaba tu destreza y estas manos delicadas que alegrarían a los mismos ángeles! —finalizó, mintiendo por piedad. Le gustaba la música, sin más. Nunca había tenido oído… ni instrumento. La pobreza no admitía pianos en el ático.

Prue, lívida, la miró con los ojos encharcados en lágrimas. Sabía que Tessa Dixon no envidiaba a nadie. Se derrumbó por completo ante su indulgencia.

—Me violó… fue cruento, implacable… —las lágrimas brotaron sin control y los espasmos del llanto zarandearon su cuerpo—. No pude hacer nada, creí en sus mentiras, en las palabras huecas que yo quise escuchar y, un instante después, me estaba haciendo daño… Tanto daño, tanto dolor… me sentí tan ultrajada… intenté detenerlo, ¡no pude! —exclamó irrefrenable—. No consigo borrarlo de mi cabeza y creo que me volveré loca.

—¡Oh Prue, lo siento muchísimo! —la abrazó en un impulso solidario. Las imágenes que Prue describía y sus propios recuerdos le provocaban espanto.

—Siento haber deshilachado tu vida… —hipó aferrada a Tessa—. Mi madre supo de la tentativa de ese monstruo contra ti y la utilizó… amenazó al señor Chambers.

Tessa no entendió qué relación tenía su calvario a manos de Elliot en la trama de la señora Kippen. Prue estaba aturdida, llorosa, drogada y, sin duda, desvariaba.

—Sé que tu madre le dio un ultimátum. Oliver tuvo que casarse contigo para que no le acusaran de encubrir a su hermano. Comprendo por qué lo hizo, Prue. Un hombre como él no puede eludir su deber, se siente culpable por lo que te sucedió. Si hubiese sospechado de lo que Elliot era capaz, le hubiese encerrado de por

vida.

—¡No, Tessa! No lo hizo por mí. ¡Madre amenazó con acusarte a ti también! —Prue tomó el aire que le faltaba y prosiguió—. Una criada de Lockhill le contó lo que te había sucedido y ella no halló mejor evidencia para obligarle a contraer este matrimonio descabellado que utilizarte como chivo expiatorio. Arguyó que la peligrosidad de Elliot era conocida por ambos, que habías experimentado su maldad sin decir nada y, por tanto, que eras tan cómplice y culpable como Oliver de lo que su hermano me hizo.

—Prue, dime que no es cierto —atinó a balbucir rígida como una estatua.

—Lo es —reafirmó la joven—. Lo siento. Me arrepiento de haber consentido un acuerdo estipulado con mano de hierro, sin concesiones: o se casaba conmigo o los dos iríais a la cárcel por cómplices. Al principio me pareció bien. ¿Qué hombre me aceptaría si todo llegaba a saberse? El mismo día de la boda comprendí que él jamás me perdonaría. Te ama demasiado…

Tessa sintió que todo cobraba sentido. «Intenté convencerme de que era un cobarde incompetente y no quería defenderse... quise creer que prefería evitar un escándalo en los tribunales, que el miedo a la prisión era más poderoso que su amor».

—Me estaba protegiendo —murmuró absorta, mirando a Prue y a su alrededor como si lo viera todo por primera vez.

—Por supuesto. Aceptó la propuesta bajo una sola condición innegociable: si *alguien* —por descontado se refería a madre y a mí— mancillaba tu nombre, osaba insultarte, acusarte o reclamarte, si se difundía o levantaba falsedad alguna contra tu persona, el acuerdo quedaría invalidado, se divorciaría de mí y él mismo acudiría a las autoridades para relatar lo sucedido. El sargento Carpenter fue testigo de cuanto se dijo, puedes creerme.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Tessa fuera de sí, sin dar crédito al disparatado chantaje al que Oliver había sucumbido.

Dio unos pasos atrás, alejándose de Prue con la mirada desorbitada. Tenía que abandonar Lockhill cuanto antes, de lo contrario le daría un bofetón a la joven por ceder a los deseos irracionales de su madre.

—Tal vez algún día puedas perdonarme —dijo Prue sin convicción, sacando un pequeño frasco de la manga del vestido para beber un sorbo de *medicina*.

—¿Perdonarte? ¿Por destruir nuestra vida? Cielos, Prue, estás tan ciega… —hizo una pausa y dejó que las palabras fluyeran desde el fondo de su corazón—. ¡Si él muere en la India será culpa vuestra! ¿No ves el perjuicio que habéis ocasionado con vuestras patéticas conspiraciones?

—¿Qué puedo hacer yo? Es demasiado tarde para reparar el daño —lloriqueó, apurando el resto del láudano que la insensibilizaba y adormecía.

Tessa se enfureció más aún. Le arrebató el frasco y lo lanzó al fuego de la chimenea con rabia.

—¡Deja de tomar esta porquería y sé consecuente por una vez! —le gritó acongojada.

—Madre dice que me hace bien; es lo único que calma esta angustia que me corroe por dentro.

—Pues renuncia a los consejos de tu madre, no son buenos, y tú, mejor que nadie, deberías saberlo… es hora de que madures y tomes las riendas de tu vida. ¡No estás muerta, maldita sea! Eres joven, bella, inteligente, posees fortuna… y un buen hombre se ha casado contigo. ¡No desperdicies esos dones! —las lágrimas se deslizaban por su rostro a medida que afloraba su frustración—. Adiós, Prue, no te compadeceré más. Estoy harta de vuestros juegos mezquinos.

—Tienes tanta razón… lo siento. ¡No te vayas!

Tessa abandonó el salón, dejando a la medrosa joven asediada por un enjambre de remordimientos y la mirada fija en el crepitar de la chimenea, donde combustionaba el veneno que había desintegrado su mundo. Tessa pasó al lado de Roston como una exhalación y este le preguntó si se encontraba bien. No respondió. No tenía fuerzas. Descendió la colina a toda prisa, se encerró en casa y dio rienda suelta a la rabia que la dominaba.

«¡Odio a la señora Kippen!», escribió en su cuaderno con trazos vigorosos, y siguió emborronando las páginas durante horas, trasladando su desconsuelo e impotencia ante tanta sinrazón.

Unos días después, el mayordomo le comunicó que, tras mantener una acaloradísima discusión con su madre, la señora Chambers se había trasladado a Londres y había despedido a todo el servicio a excepción de la doncella, que la había acompañado en su viaje. Él se quedaría en Lockhill para cuidar de la casa por expreso deseo de la señora Kippen, que no aprobaba el cierre de la mansión tras sus peliagudos esfuerzos por mejorarla. La tendera desconocía que Roston seguía al servicio de Oliver Chambers, quien le pidió que se mantuviese en su puesto para velar por la casa y, sobre todo, por Tessa. El sirviente jamás la había sacado de su error.

—Por la consistencia del equipaje es improbable que la señora Chambers regrese a Stirling. Se llevó todas sus pertenencias en cuatro baúles y de nada sirvieron las quejas de la señora Kippen, quien insistía en viajar con ella. La negativa que recibió fue rotunda. La señora Chambers me encomendó que le trajera esto, alegando que

usted entendería el significado.

El sirviente le entregó un pequeño fardo envuelto con esmero en una tela blanca. Tessa deslió el paquete para descubrir con asombro que se trataba de *El código secreto de las flores,* el libro que Prue había intentado leer sin éxito, marcado en el párrafo de las prímulas con los mismos ejemplares que ella había recogido por el camino. El paquete contenía también un botellín colmado y precintado de láudano.

«Haces bien en volar liberada de cargas pesadas; ojalá la distancia destierre tus temores y te encuentres a ti misma», meditó satisfecha por el significado del opiáceo intacto. Al examinar el envoltorio con atención reconoció una camisa que pertenecía a Oliver.

—La señora Chambers me pidió con vehemencia que buscara en la alcoba del señor, y este fue el único atuendo que hallé en el fondo del armario. Siento que tenga esas manchas oscuras en la pechera —explicó avergonzado—; no sé cómo ha podido suceder ni por qué razón él no reprendió al personal del servicio por esta negligencia.

Tessa reconoció de inmediato el origen de los lamparones. Se trataba de la camisa que ella le había ensuciado con el lomo de un libro cubierto de barro, a los pies de una biblioteca destruida, el día en que la besó por primera vez.

Cuando Roston se marchó, Tessa se acurrucó en el lecho abrazada a la camisa que aún transmitía el eco de su presencia.

*Tuyo*… simbolizaba el gesto de Prue.

# XVIII

# NOTICIAS ENLUTADAS

El sargento Carpenter le confirmó cuanto Prue había declarado bajo los efectos del opio y subrayó que la búsqueda del criminal seguía vigente sin muchas expectativas de encontrarlo. Oliver le había pedido al agente que mantuviese silencio respecto a lo pactado con la señora Kippen, pues estaba convencido de que Tessa se lanzaría a la pira sin dudarlo. Intentar defenderse de acusaciones tan perversas ante un tribunal significaría para ella una destrucción a todos los niveles. Chambers prefirió expiar la culpa que les atribuían —a costa de la felicidad de ambos— a exponerla para siempre al escarnio público.

La conversación con el sargento la dejó perturbada durante días. No sabía si llorar o maldecir a Oliver.

—¡Lo cierto es que la señora Kippen se salió con la suya cubriendo dos cabezas con un sombrero y tú cediste sin consultarme! —regañó a la camisa que colgaba detrás de la puerta de su habitación. No daba crédito a la vuelta de tuerca que la señora había forzado al límite: solo una mente ociosa y retorcida podía idear un chantaje tan vil.

La señora Kippen, que la miraba de soslayo y la acusaba de cómplice en la aberración cometida por Elliot, también la culpó —por supuesto— de la partida repentina de su hija.

—No sé cómo la persuadiría usted, señorita Dixon, pero tomó la decisión de viajar después de su visita. ¡Dígame qué cuento le introdujo en la cabeza!

—Nada que no fuera cierto —la atajó Tessa.

—No sea cínica… seguro que la convenció de que podía prescindir de mi compañía, de mis cuidados y consejos. ¡Qué corazón tan pérfido tiene usted al separar así a una hija enferma de su madre!

—Señora, nunca le dije que se marchara. Simplemente le recordé que es mayorcita para tomar las decisiones adecuadas respecto a diferentes aspectos de la vida.

—No sé cómo tiene la desvergüenza de influir en nadie… ¡usted!, que se convirtió de la noche a la mañana en la consentida del señor Chambers echando por tierra su decencia. ¡Las paredes tienen oídos y lengua, señorita! —arrojó despreciativa.

—Dudo que sea tan larga y afilada como la suya… —espetó dispuesta a abandonar el patio de la iglesia, donde se estaba produciendo el incómodo encuentro.

—Agradezca que no soy proclive a mancillar la virtud de nadie —

amenazó la comerciante sin cortapisas.

Tessa se giró desafiante.

—Señora, recuerde la capitulación grotesca que atañe a mi honra y que, ciega y egoístamente, usted misma urdió. Si yo caigo en esta batalla, su hija también. No dudaré en hablar con claridad y todo lujo de detalles ante quien haga falta. No me acuse, señora… no me acuse porque soy víctima, no verdugo, como usted se empeña en calificarme —pronunció las palabras sin vacilar, con los dientes apretados. No se amilanaría ante la coacción de la persona más perniciosa que existía sobre la faz de la Tierra. Ya no.

Tessa esperaba que, debido al encono entre ambas, cualquier día apareciese por Stirling un nuevo maestro titulado para sustituirla y no tuviese más remedio que marcharse, pues ella carecía de diploma que la acreditase. Sorpresivamente, no fue destituida; nadie llegó a cubrir su puesto. Oliver había atado esos cabos con extrema severidad y la señora Kippen temía las consecuencias de quebrantar el acuerdo, pero eso no evitó que su rencor hacia Tessa fuese en aumento.

Al final del verano, el ambiente en Stirling tomó un matiz alegre gracias a la fiesta de la cosecha que se celebraba en los campos recién segados. En principio, Tessa no pensó en acudir. La insistencia de Clarence la convenció y se animó a organizar un pequeño pícnic con la ayuda de Roston, a quien *obligó* a acompañarla. El día soleado, los niños correteando, las señoras sentadas en mantas de cuadros y los hombres charlando animadamente sobre los pormenores de la estación, propiciaron que disfrutara de la festividad. La madre de Clarence se mostró un poco avergonzada por su conducta del pasado; sin embargo, al comprender que la maestra no le guardaba rencor, trató de agasajarla por todos los medios. Le ofrecieron pasteles, bollos, empanadas y todo tipo de golosinas, e incluso aceptó un vaso de sidra recién prensada, dulce y fresca. La danza comenzó al atardecer al compás de un par de violines maltrechos y un acordeón viejo, y duraría hasta bien entrada la madrugada.

—¡Vamos, señorita Dixon! —pidió Clarence tirando de ella.

—¡Oh, no, ni hablar!, tengo dos pies izquierdos y haré el ridículo —explicó sonriente.

Maldita la gana que tenía de bailar, pero la niña insistió con tanta vehemencia que Tessa cedió a sus deseos y las dos se unieron a la rueda de bailarines enlazados por las manos que giraban sin cesar. Tras un rato dando vueltas, Tessa se detuvo. No estaba habituada a tanto trajín, y se acomodó a la sombra de un árbol un poco alejado del epicentro festivo con la esperanza de pasar desapercibida. La melancolía la tomaba por asalto en el momento menos oportuno y su

mente se trasladaba a otro tiempo, en otra compañía. Le echaba tanto de menos que sus ojos se empañaban de lágrimas, su mente de preguntas, sus labios de anhelos y sus sueños de esperanza… En esos instantes se refugiaba en el taller para mantener la mente centrada en los libros que aguardaban su recuperación.

Se sonó la nariz con un pañuelo y rio al ver que Roston participaba con pasos torpes en el baile. El leal criado se merecía un poco de diversión. Había velado por ella en los momentos más difíciles y continuaba haciéndolo. Sabía que Oliver le había confiado un estipendio para que a ella no le faltase de nada; no obstante, el vínculo con el criado se había fortalecido más allá del deber y la joven apreciaba sus cuidados paternales.

Inmersa en sus cavilaciones, no distinguió a la figura que se acercó a ella de forma subrepticia hasta que escuchó un saludo que la dejó helada.

—Me congratula verla de nuevo, señorita Dixon —dijo la sombra parapetada tras el tronco del árbol, repicando sus dedos contra la corteza.

Tessa se levantó rauda del prado, con el corazón acelerado por la aparición de Elliot a su lado.

—¡No se acerque ni un paso más! ¡Avisaré al sargento Carpenter de inmediato!

—Se cuidará mucho de hacer tal idiotez; de lo contrario, una persona de su interés sufrirá las consecuencias —amenazó Elliot con una sonrisa trivial—. Debe escucharme con calma. Camine por esa vereda que rodea la loma y no intente ninguna artimaña para llamar la atención.

—No iré a ninguna parte con usted.

—Entonces será responsable de lo que le suceda a Prue Kippen… corrijo, Chambers.

—Prue está en Londres, lejos de su maldad —titubeó Tessa, con un presentimiento fatídico.

Elliot hizo una mueca de desgana y Tessa le miró con atención. Estaba muy demacrado, las marcadas ojeras daban a sus ojos un aspecto tenebroso y sus ropas distaban de la pulcritud de antaño. Percibió el temblor espasmódico de sus hombros extendiéndose por las extremidades cuando le siguió por el camino bordeado de matorrales que se adentraba en el bosque. Tessa estaba aterrorizada.

—¿Dónde está Prue y qué le ha hecho? No puede causarle más daño del que le infringió, déjela en paz...

Elliot la miró burlón y, tras caminar un buen trecho, se detuvo en un punto alejado de posibles miradas indiscretas.

—La esposa de mi hermano se halla en buen estado de salud, aunque un poco alicaída por las noticias recibidas desde la India.

Tessa sintió que el mundo giraba bajo sus pies. Contuvo el aliento y el impulso de abalanzarse sobre él para arrancarle la sonrisa y los ojos con las uñas.

—No fue complicado hallar a la chispeante desposada —prosiguió solazado, dilatando la tortura de Tessa—. Mi estimada cuñada se instaló en la casa que Oliver mantiene en Kensington. En un par de semanas se convirtió en una de las mujeres más admiradas y reclamadas en los salones de la ciudad. Su belleza, delicados modales, prudencia, conversación y el misterio que la envuelve la proclamaron como la revelación de la temporada.

«¡Qué noticias! Maldito seas… ¿Qué le ha sucedido a Oliver? Por favor… por favor…».

Elliot, que adivinaba sus pensamientos, sonrió con aparente tristeza para seguir su perorata, eternizando el momento.

—Nos alojamos con ella, por supuesto, ahora que somos parientes. No entendí su reticencia inicial, sus impedimentos, todas sus excusas… me sentí muy ofendido, señorita Dixon, y así se lo hice notar. Gracias a Dios, comprendió la importancia de mostrarse hospitalaria con nosotros y, finalmente, madre y un servidor pudimos descansar de nuestro viaje al continente. ¡Le aseguro que fue agotador! —su malicia e hipocresía no tenían límites.

—Es usted un…

—Ahórreme sus lindezas, ella me dedicó suficientes para dos vidas —soltó una carcajada desagradable—. La silencié en cuanto le dije que estaba dispuesto a arruinarla frente a sus nuevas amistades desmenuzando los pormenores de su matrimonio. No me creerá, pero resultó mano de santo. Si la oyera usted, señorita Dixon, su lengua siseaba procaz, transformada en una víbora de dos cabezas.

—¿Le sorprende? ¡Usted la forzó, malnacido! —Tessa temblaba de rabia, de miedo.

—Gracias al cielo, su actitud beligerante cambió en cuanto recibió la carta del Secretariado de Guerra comunicando la desgraciada pérdida de su esposo. Ella conservaba la esperanza de que Oliver la rescatara… ¿De qué? ¿Acaso soy una monstruosidad por tomar lo que se me ofrece?

Tessa retrocedió tambaleante… no podía respirar. Un latigazo desgarrador la atravesó de arriba abajo. Dio varios trompicones, miró a su alrededor. Los árboles se mecían con la brisa del atardecer en un lamento tenue, luctuoso, similar al llanto de un niño abandonado. Cruzó los brazos sobre el abdomen con fuerza en un intento de sostenerse a sí misma antes de doblarse hacia delante y dar rienda suelta a un vagido agónico. Elliot hablaba y hablaba, pero ella no oía más que el eco de sus palabras.

—La muy necia se negó en rotundo a *tranquilizarse* con algunas

dosis de mi medicina, incluso cuando le informé de que me estaba quedando sin suministros y que, de buena gana, compartiría con ella las últimas gotas. Ingenuamente pretendió deshacerse de nosotros con mil excusas increíbles.

«¡Cállate…!», suplicó Tessa en silencio. No quería escuchar sus mentiras. «¡No es cierto, no está muerto! Si lo estuviera… lo sabría, lo notaría en los huesos, en la carne, en los dientes, en el pulso… porque es mío y yo soy suya, y los dos somos uno. Si él muere, yo dejo de respirar y mi sangre se detiene en las venas».

—¡Es usted un malnacido! —profirió con la idea de echar a correr.

Tenía que regresar y dar la voz de alarma, avisar al sargento, pedir auxilio para detener a la bestia que sonreía ante ella, pero su visión estaba empañada y apenas distinguía el camino. Su mente embotada le impedía razonar y, en cuanto se giró para huir, tropezó aparatosamente con un tronco caído y se dio de bruces contra el suelo. Se apoyó en el árbol para levantarse mientras el *barón de Clegg* emitía una risilla burlesca.

—¡Oh, Dios mío! —gritó despavorida al descubrir que no se trataba de un tronco, sino del cuerpo del sargento Carpenter, que yacía cuan largo era. Presentaba un fuerte golpe en la cabeza. A su lado, un palo ensangrentado evidenciaba lo sucedido. Tessa lo zarandeó con la esperanza de que solo estuviese desmayado, pero comprendió que el hombre estaba muy herido... o muerto.

—Le garantizo que no se despertará —confirmó Elliot con frialdad —. Tuve que frenar sus intenciones. ¡Me obligó a hacerlo! No sé cómo diablos me descubrió, pues tomé buena precaución en pasar inadvertido.

—¡Asesino! Le ahorcarán —atinó a balbucir Tessa con la voz entrecortada.

—Sí, sí, iré a la horca, al infierno, arderé sobre la piedra más caliente del purgatorio… ¡A quién le importa! Antes acudiré a Lockhill a solventar un asunto de vital importancia. ¡Levántese y ayúdeme a moverlo! —berreó enfurecido, asiéndola por el pelo.

—¡No le ayudaré, maldito criminal!

Elliot recogió el palo ensangrentado, lo esgrimió frente a su rostro, lo acercó a su mentón y elevó la cara de Tessa con el extremo bañado por la sangre de Carpenter. La joven cerró los ojos pensando que iba a morir.

—¡Agárrelo por las piernas o le aplasto la cabeza en este instante! —ordenó Elliot, mientras sujetaba el cuerpo por las axilas para arrastrarlo a un lugar más apartado.

Tessa apenas tenía fuerza para sostener el robusto cuerpo de Carpenter. No pudo contener las lágrimas cuando Elliot lo cubrió con ramas y maleza para ocultarlo. A continuación, la obligó a caminar

delante suyo, instándola a mantener una apariencia de normalidad cuando regresara al festejo. ¡Le pedía naturalidad cuando estaba a punto de colapsar!

—Mantenga la boca cerrada. Si dice algo de lo sucedido, Prue correrá el mismo destino que él. Madre se encargará —farfulló—. Voy a permanecer unos días en Lockhill; procure que nadie sepa de mi llegada.

—Có… cómo pretende que haga eso… —sollozó—. Ya no vivo allí.

—¡No importa! Sé que tiene en alta estima a ese criado impertinente cuya mirada de desaprobación me perseguía a todas horas. Aconséjele que se abstenga de difundir mi presencia y que satisfaga mis necesidades como corresponde a un caballero de mi posición.

—Su perspectiva de la caballerosidad es repugnante…

—¡Cállate, ramera! —la cortó, perdiendo los estribos y empujándola hacia delante con el madero—. Si vuelvo a escuchar una sola palabra, no respondo.

Tessa se encogió. Silenció su llanto y lo que pensaba de él por puro afán de supervivencia… por el peligro que corrían Roston y Prue. Asintió con la cabeza y avanzó trastabillando por el camino de regreso mientras se limpiaba la sangre del oficial con un pañuelo.

Elliot seguía parloteando y ella apretaba los labios para contener los gemidos que pugnaban por emerger de su garganta.

—Vaya y dígale que está indispuesta, que desea retirarse, y él la acompañará —decretó con seguridad—. Explíquele la situación y no intente engañarme porque alguien pagará un precio muy elevado. Usted… el criado… mi cuñada… ¡Quién sabe hacia dónde dirigiré mi ira!

Elliot la empujó de nuevo hacia el claro donde la gente proseguía con los festejos y se escabulló entre las sombras del anochecer. La señorita Dixon contuvo el impulso de correr; caminó intentando recomponerse el pelo y el vestido, pero su rostro delataba el horror experimentado. Sus ojos estaban desorbitados y su rostro pálido como la luna que asomaba con timidez sobre las hogueras encendidas. Se aproximó a Roston y no necesitó pedirle que se marcharan. El sirviente intuyó que algo no iba bien, recogió la cesta y las mantas y se pusieron en camino con tanta premura que el hombre casi tuvo que correr para mantener su ritmo.

En cuanto llegaron a la vivienda, Tessa se derrumbó deshecha en lamentos, asustando a un Roston que no entendía lo que sucedía.

—¡Santo cielo, señorita! ¿Se encuentra enferma? El ajetreo de hoy ha sido demasiado para usted… Le prepararé té para reanimarla.

¡Cómo podía ella explicarle al sirviente que, de ahora en adelante, nada la reconfortaría! Oliver estaba muerto… y ella se sentía morir.

No se percató del tiempo que transcurrió suspendida en un limbo lóbrego hasta que el sirviente se dispuso a partir hacia Lockhill. Tessa no había proferido ni una palabra hasta ese momento, pero un resorte interior la obligó a reaccionar.

—Espere… —pidió con un hilo de voz.

# XIX

Roston se quedó perplejo al escuchar las explicaciones y advertencias de Tessa; no obstante, pese al desasosiego que le produjeron, extrajo el coraje para mantenerse firme y asegurarle que todo iría bien. Al día siguiente regresó a hurtadillas para informar de lo que sucedía en la mansión.

—Ha puesto la casa del revés en busca de las escrituras que le permitan vender Lockhill en nombre de la señora Chambers, ahora que… —no se atrevió a mencionar la defunción de Oliver.

—No sienta reparos, dígalo… ahora que es su viuda y heredera —Tessa concluyó la frase con la sensación de que las palabras eran gravilla en su garganta—. La mantienen como rehén en Kensington; Prue cederá sus derechos bajo coacción. Son personas violentas, capaces de cometer las peores aberraciones —el cuerpo de Carpenter oculto en el bosque no se le iba de la mente. Suplicaba en silencio que le echaran en falta cuanto antes—. Ruego porque desaparezcan en cuanto hayan alcanzado su objetivo…

—Actúa como un loco, se enfurece y grita atrocidades porque el botiquín está vacío. Además, está reuniendo pequeños objetos de valor con la intención de venderlos en Londres.

—Ella consumió todos los sedantes que había en la casa; Elliot no encontrará más por mucho que busque. En cuanto al saqueo, no se interponga en su camino —apuntó Tessa, renegando del frasco de opio que Prue le había enviado.

—Señorita, no sé si he actuado con corrección, usted sabe que no soy un ladrón, nunca he robado a mis amos… pero hay rincones que a un sirviente de mi edad no le pasan desapercibidos, por muy secretos que sean. Estaban a buen recaudo en el doble fondo del escritorio de lord Chambers. Gracias a Dios, no los guardaba en la biblioteca.

Con las mejillas coloradas depositó en las manos de Tessa un fajo de pliegos amarillentos y algo picados por las polillas: los viejos documentos de la propiedad.

—Ha hecho lo correcto, Roston, no le quepa duda. No podemos permitir que se salga con la suya. Vigilaremos estos documentos hasta que ese delincuente se haya marchado —aprobó la joven con resolución—. Daremos la voz de alarma en cuanto nos sea posible. De momento, mantendremos la calma por la seguridad de todos. Gracias… en nombre de Oliver —musitó con los ojos enturbiados.

—Debo regresar sin dilación y recomponer, en la medida de lo posible, los estragos que está causando en algunas estancias. La

visitaré mañana, señorita Dixon, pero antes debo pedirle que también guarde *esto,* por precaución. La he cargado…

Le ofreció la pistola que pertenecía a Oliver. Tessa la recordaba bien entre sus manos, puliéndola con esmero la primera vez que pernoctó en Lockhill. Sin duda, él se habría marchado a la contienda con armas más adecuadas que aquella pequeña y manejable. La imagen del artefacto la removió por dentro; sin embargo, lo aceptó sin titubear.

—Tenga cuidado, Roston.

—Usted también, señorita —respondió el sirviente antes de marcharse.

Tessa cogió las escrituras y la pistola y se adentró en el taller para ocultarlas. El recinto reducido no ofrecía muchas posibilidades así que, tras discurrir un buen rato, retiró una tabla suelta del piso y las introdujo en el hueco, con la esperanza de que los ratones no diesen con ellas.

Durante las horas posteriores, la tensión la mantuvo estrangulada, sin reaccionar. Salió de la casa para calmarse y, de súbito, se arrodilló a arrancar hierbajos en el jardín; su conmoción iba en aumento, no se sentía capacitada para manipular los libros que requerían toda su delicadeza o aplicarse en otra tarea que precisase concentración. Así pues, hincada en el verdín que cubría la parcela, volcó la rabia y el dolor por la muerte de Oliver en las malas hierbas que asfixiaban a un viejo y marchito rosal. En este arrebato sus manos tropezaron con una diminuta cruz de madera en la zona más frondosa del laberinto silvestre. Apartó la maleza que la cubría y supo al instante de qué se trataba. Allí yacían los restos del hijo que nunca llegó a nacer; lo habían enterrado bajo la hiedra salvaje y los helechos lustrosos. Contempló durante unos instantes la diminuta sepultura y volvió a cubrirla, como si tapándola pudiese aliviar el dolor de tanta pérdida. No existía taller, jardín o libros, que aliviaran su padecimiento; estaba cautiva en un mundo reducido, carente de amor, consuelo o paz.

***

Clarence, quien acudió a ella en busca de aventuras prestadas, percibió su decaimiento y le preguntó, con la inocencia propia de su edad, el motivo de su abatimiento.

—Nada que un poco de aire fresco no alivie —replicó Tessa—. Saldré a dar un paseo mientras eliges el título que prefieras del taller.

No deseaba perturbar a la niña, así que la dejó en su *lugar preferido del mundo* —como calificaba Clarence al pequeño recinto atestado de libros— y salió con una idea que no cesaba de aguijonearle. Se aferró a los picos del chal con fuerza y se encaminó al bosque, donde el cuerpo del sargento yacía. No soportaba la imagen del agente

abandonado como si fuese un despojo; tenía que hacer algo a riesgo de que Elliot llevase a cabo sus amenazas. «No permitiré que otra tumba oculta pese sobre mi conciencia».

Llegó al lugar sin aliento y se empleó en buscar entre los matorrales, pero no había rastro del sargento por ningún lado. Por un instante pensó que los nervios y el temor la habían traicionado equivocándose de ubicación. Se adentró un poco más en la espesura y descubrió vestigios de sangre reseca y un revoltijo de ramas y hojas quebradas además de un rastro de huellas.

—¡Sargento! —llamó en repetidas ocasiones, pero solo obtuvo el clamoreo de los pájaros molestos por su presencia. Inspeccionó durante un buen rato la zona y determinó que la estela de las pisadas que conducían a la salida del bosque debía pertenecer al hombre. La modesta dependencia policial estaba situada en las cercanías y se dirigió hacia allí, donde lo halló tumbado en el camastro del calabozo. Milagrosamente, se había desplazado desorientado y malherido. Tessa emitió un gemido de júbilo al verle con vida; no obstante, Carpenter no recordaba qué le había ocurrido ni quién le había atacado. Presentaba un enorme hematoma en la cabeza, tenía el rostro ensangrentado y apenas coordinaba las palabras.

—Le contaré lo sucedido después de curar esta herida —le tranquilizó la joven, preguntándose cómo desvelaría la presencia de Elliot sin causar las desgracias que el perverso joven había presagiado si le delataba.

Clarence se entretuvo en leer las primeras páginas de un volumen que recogía *Los cuentos de Canterbury*, escritos por Chaucer. Durante el verano, se había convertido en una jovencita espigada, vivaracha y ávida por aprender, y perdía la noción del tiempo entre los libros que Tessa le prestaba; pese a que su madre la apremiaba para que completase las tareas, no era tan estricta como antes y le permitía pasar las horas libres en compañía de la maestra cuando la niña perseveraba en sus quehaceres.

El atardecer daba paso a las primeras sombras de la noche y Clarence pensó que la señorita Dixon se estaba demorando mucho en su paseo. Cogió el ejemplar con un mohín de resignación y lo envolvió con cuidado en su delantal para continuar con la lectura en su casa. Se impacientaba cuando sus hermanos pequeños le causaban problemas o discutían entre sí hasta que se dormían rendidos haciéndole perder un tiempo precioso; después ayudaba a su madre a amasar el pan del día siguiente, fregaba escudillas, lavaba calzones y barría el suelo con la expectativa de acostarse temprano para seguir leyendo a la luz de una vela, que era su recompensa por su aplicación.

—¡Qué bien, ya ha regresado! —exclamó al escuchar el chirrido característico de la puerta al abrirse—. ¡Me marcho, señorita, se ha hecho un poco tarde y aún tengo que desgranar un cesto de guisantes!

Para su sorpresa, la figura plantada en la entrada no pertenecía a la maestra. La oscuridad le impidió ver el rostro del intruso, quien no contestó de inmediato. Su silencio, la actitud, la penumbra en la que estaba envuelto, asustaron a Clarence, quien retrocedió hacia el taller, donde se agazapó en un rincón estrechando las manos contra la boca para contener un grito. Recientemente —desoyendo el consejo de Tessa— había leído *Melmoth el errabundo*, una novela gótica que la había impresionado hasta el punto de jurarse a sí misma que nunca más desecharía las advertencias de la maestra. En esos instantes *vio* ante ella al personaje que, habiendo pactado con el diablo y vivido doscientos años, estaba cansado y deseaba traspasarle a ella la fatídica eternidad a cambio de su alma. La mente impresionable de Clarence no sospechaba hasta qué extremo la vileza del extraño superaba a la de *Melmoth*.

—¡Qué tenemos aquí! Una pequeña rata pestífera y temblorosa —señaló Elliot con una sonrisa virulenta.

Avanzó hacia ella y la izó con sadismo por las orejas, provocándole un daño atroz.

—Si intentas escapar o chillas, te las corto…

La niña avistó cómo el asaltante, frenético, inspeccionaba la casa. El estrépito de los objetos que arrojaba al suelo avivó su miedo hasta el punto de acurrucarse inmóvil, temerosa de que llevase a cabo su amenaza.

Roston, encerrado en la leñera de Lockhill, luchaba con todas sus fuerzas por desatrancar la puerta. Elliot le había interrogado acerca de las drogas, los documentos que no aparecían por ninguna parte y el dinero con el que la casa se mantenía.

—No tengo la información que me solicita, señor —titubeó el sirviente aturdido.

—Me dirás que continúas aquí por amor al arte. ¡No mientas! Los criados solo son leales a dos cosas: el dinero y el *brandy* de sus amos.

—El señor Chambers me pidió que permaneciese para cuidar de la mansión.

Elliot se acercó amenazante y, agarrándole por la pechera, insistió.

—¿Acaso te mantienes del aire rancio de esta casa? Algo tendrás escondido; entrégamelo y me marcharé con este mísero botín de candelabros —señaló el petate donde se acumulaban diversos objetos recolectados.

—Pu… puede que tenga unas libras en mi habitación —confesó

Roston, ansiando que el joven desquiciado se marchase cuanto antes si le ofrecía su salario.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —Elliot azuzó a trompicones al mayordomo hasta el ala de la servidumbre. Una vez dentro de su cuarto, Roston, temeroso de las consecuencias si no le satisfacía, abrió un cajón y se dispuso a darle sus ahorros, pero Elliot le apartó con brusquedad para hurgar entre las pertenencias del pobre hombre. Encontró siete libras y seis peniques que se guardó en el bolsillo y siguió rebuscando entre las prendas de los cajones mientras maldecía.

—Oliver no te dejaría a cargo de este lugar con esta miseria… ¡Sé que escondes algo más!

—No, señor… por favor, no hay más. Sin sus residentes, Lockhill necesita un mantenimiento básico. Para evitar que se arruinen los muebles mantengo a raya el polvo cubriéndolos con sábanas. Como puede comprobar las despensas están vacías y yo no soy persona de necesidades extraordinarias, solo cumplo con mi deber.

—¡Ajá! ¿Y esto? —gritó triunfante al descubrir un sobre blanco que exhibía una leyenda bien nítida: «Dinero para Tessa».

Roston palideció cuando Elliot lo abrió y descubrió que estaba vacío.

—¡Dónde está! ¿Te lo has gastado en vino?

—No, no señor… Fue destinado a la señorita Dixon para sufragar sus necesidades hasta que el pueblo comenzara a remunerar sus servicios como maestra.

—La esposa sin un chelín de más y la amante como depositaria… —soltó una carcajada—. ¡Ah, el buen samaritano e hipócrita de Oliver, que Dios lo acoja en Su gloria!

—No, señor, ella no tiene dinero. Le aseguro que se agotó rápido —repitió atropellado el sirviente.

—¡Ver, veremos, dijo el ciego! —gritó Elliot colérico empujándole al interior de una alacena, donde le encerró con llave.

Tessa restañó la herida del sargento, le acomodó una venda improvisada, le ofreció agua y le arropó en el camastro mientras le hacía compañía para asegurarse de que su estado no empeoraba. El sargento se quejaba de un dolor muy agudo en la cabeza; de otro modo, no parecía estar en peligro mortal y la joven se alegró tanto que le prodigó un abrazo. Cuando el policía se lamentó debido a su efusividad, ella se disculpó.

—Lo siento, sargento. Iré en busca de un remedio que le aliviará el dolor, le prometo regresar rauda —repuso, con la intención de ir en busca del láudano de Prue. Consideró acudir al doctor de Stirling, pero las amenazas proferidas por Elliot la contuvieron.

Se sorprendió al encontrar la puerta de la casa entreabierta. Clarence no era descuidada. Un ramalazo de aprensión la sacudió al escuchar ruidos extraños provenientes del taller y avanzó con cautela en la penumbra. Los haces de luz de luna que se colaban por las ventanas le permitieron vislumbrar el desorden que reinaba en la vivienda. El pequeño saloncito, las escaleras que subían a su dormitorio, la cocina… cada rincón aparecía sembrado de enseres desparramados por doquier, víctima de un registro caótico.

El pavor se instaló en sus terminaciones nerviosas y retrocedió sobre sus pasos, pero un gimoteo atemorizado la detuvo. ¡Clarence! La niña aún estaba en el taller, y Tessa no dudó en coger el atizador de hierro y abalanzarse a la dependencia de los libros. Por descontado, Elliot había encontrado el frasco de opio, que había vaciado con avidez antes de arrojarlo al suelo, donde permanecía hecho añicos. Las pisadas de la joven crujieron sobre el cristal roto, delatando su presencia.

Elliot, sudoroso, oscilaba por la excesiva ingesta de droga. Mantenía sus pupilas dilatadas fijas en la niña, pero Clarence no podía defenderse de un hombre de su tamaño por muy narcotizado que estuviese. La tenía acorralada contra una esquina, planeando hacer lo que su cerebro asquerosamente envenenado le dictaminaba. Se giró al oír los pasos de Tessa y esta no dudó en arrojarse sobre él con el hierro en la mano.

—¡Apártate de ella, cerdo! —gritó mientras izaba su arma para golpearle.

El temblor y la rabia le restaban fuerzas y Elliot recibió el impacto del atizador sobre un antebrazo, frenando su avance con un puñetazo en el abdomen que la derribó al instante. Tirada sobre un costado, sin resuello, fijó la mirada en Clarence, quien, encogida sobre sí misma, lucía la marca de una fuerte bofetada en la mejilla. Tessa boqueó como un pez fuera del agua en busca de aire sin apartar los ojos de la pequeña atemorizada.

—¡Qué has hecho…! Es una niña, no puedes… —jadeó la joven con el rostro demudado.

—¡Nada de lo que crees… de momento! —gritó el violador colérico—. Este cachorro de perra se enfrentó a mí y se ha ganado una buena paliza para aplacar sus valerosas intenciones de proteger tus pertenencias —dijo con desdén—. Al menor movimiento, recibirá otra ración de lo mismo y algo más… ya se ve crecidita.

—No poseo nada de valor —Tessa temió por Clarence e intentó desviar su atención—. Puedes escarbar cuanto quieras, *barón de Clegg*, ¡he pulido hasta el último penique!

—¡Embustera! —señaló los restos del frasco esparcidos por el suelo—. ¿Dónde escondes el resto de *eso* y el dinero de mi hermano?

—¡No tengo dinero! Si Oliver estuviera aquí, te mataría con sus propias manos.

—¡El hecho de que esté bajo tierra se lo impide! No vendrá a ayudarte, a mantenerte ni a… —soltó una risotada grosera—. ¡Ya sabes lo que no podrá hacerte nunca más! —le asestó una patada en la espalda que la obligó a rodar sobre sí misma debido al insoportable dolor.

Elliot gruñó. Disfrutaba con su sadismo; su mirada enloquecida tomó un matiz libidinoso que Tessa recordaba a la perfección.

—Descuida, yo compensaré su ausencia con mis atenciones. No me gusta dejar las cosas a medias.

La joven leyó sus propósitos en la expresión lujuriosa que se dibujó en su boca, que lucía arqueada por una sonrisa inmunda. Tessa pensó con rapidez.

—¡Solo eres hombre entre las manos de Lothia! —fingió una risa irónica—. *¡Oh, madre, tócame un poco más!* Pobrecillo, ¡ojalá te hubiese arrancado el pene con los dientes el día que lo intentaste conmigo! *Total, para lo que te sirve…* —repetía las palabras de la mujer.

Tessa reunió cuantas palabras ofensivas se le ocurrieron con la esperanza de que Clarence no las entendiese, y las proyectó una tras otra contra el agresor. Este mostró los dientes y arremetió una vez más contra ella. La patada que recibió la obligó a voltearse, quedando boca abajo. Notó la presión de la bota sobre su espalda varias veces más y se mordió los labios para no gritar. Cerró los ojos y fingió desvanecerse. Estaba tendida en el punto exacto que deseaba alcanzar. Advirtió que el hombre, emitiendo un sonido de excitación animal mientras se desabrochaba el pantalón, se colocaba a horcajadas sobre sus piernas para subirle los faldones, pero la impotencia causada por la ingesta continua de opio le exigía manosearse con impudicia para endurecer su miembro. Tessa escuchó sus quejidos impotentes y aprovechó el instante. Con un movimiento vertiginoso, retiró la tablilla suelta en el suelo, introdujo la mano y extrajo la pistola de Oliver, giró el torso cuanto pudo y, como una gata acorralada, le apuntó a la cara. Él, que no obtenía una erección eficaz, reaccionó colérico y, antes de que la joven percutiese el gatillo, descargó su frustración con un manotazo brutal sobre el arma que salió despedida a varios metros mientras se disparaba, causando un estruendo ensordecedor.

«Estamos perdidas…», pensó sobrecogida. Elliot iba a matarla. La idea de que Clarence corriera la misma suerte le infundió el ánimo de luchar hasta el final. Gritó, mordió y arañó con sus últimas fuerzas. Él

la aporreaba con brutalidad y Tessa intuyó que no aguantaría mucho más sus embates.

—¡Co… rre! —chilló a la niña paralizada por el miedo—. ¡Corre, Clarence!

Elliot elevó la cabeza para comprobar que la pequeña no movía ni un solo músculo; permanecía con los párpados apretados, encogida en la misma esquina donde la había apaleado. Tessa jamás olvidaría la expresión del psicópata, su sonrisa maligna… y entonces una bala atravesó la nuca de Elliot, provocándole una muerte instantánea. El cuerpo cayó sobre ella. La sangre y los sesos que brotaron de su cráneo reventado empañaron el rostro de la joven. En una fracción de segundo se dijo que morir era como ahogarse en una nube oscura con olor a metal y pólvora que impedía respirar, ver u oír. Sin embargo, sentía. Percibía el peso sobre el pecho, la calidez pegajosa de la sangre, el olor a orín que le sobrevino desde la entrepierna descubierta del hombre, el estertor de su último aliento sobre su propia boca…

# XX

# LA HEROÍNA DE STIRLING

Durante todo aquel día, la señora Kippen había prodigado sonrisas y palabras amables en el almacén, al que había retornado tras la partida de Prue. Ya no tenía sentido redecorar Lockhill ni ella potestad para hacerlo —como su hija le recordó con frialdad antes de abandonarla—, y la tendera, zaherido su orgullo, no regresó a la casa de la colina. Las acusaciones de Prue habían sido hirientes, crueles y rayanas en el odio. Su hija la culpaba de sus desdichas —desde la violación de que había sido objeto hasta el matrimonio contraído por interés con el heredero de lord Chambers—, olvidando que ella misma, desde muy temprana edad, había ambicionado acceder a esferas sociales alejadas de su entorno. Un picotazo de culpa atormentaba a la señora Kippen desde la discusión mantenida con su hija; sin embargo, esa mañana había recibido correo desde Londres. La carta de Prue le produjo una alegría inmensa; su contenido le trasladaba una noticia maravillosa que la colmó de satisfacción, y el ánimo que reflejaban las palabras reconciliadoras estuvo a un paso de arrancarle una lágrima que jamás llegó a emerger. Nada podía empañar el júbilo que sentía ni la imperiosa necesidad de compartirlo con la señorita Dixon. *Necesitaba* ver su expresión cuando le refiriese que, al fin, el destino había favorecido a Prue.

Tenía tanta urgencia por visitarla que, tras cerrar el establecimiento, se apresuró a arquear la caja, se recompuso el moño y salió a toda prisa. La señorita Dixon, quien probablemente ya habría cenado y estaría enfrascada en uno de aquellos mohosos libros suyos, disculparía la inusitada hora de la visita.

Fue necesario que transcurriese un intervalo considerable de tiempo para que la tendera comprendiera lo acontecido. Su alteración le impedía ordenar los pasos que la habían llevado a empuñar el arma y disparar sobre el hombre que intentaba violar a *Prue*… El odio y la ira la habían cegado al adentrarse en el taller y presenciar la escena de la maestra luchando con uñas y dientes contra el agresor. La pistola voló despedida y cayó descargando una bala cerca de sus pies. El sonido despertó en la mujer un solo deseo, retrotrayéndola a una noche más que sombría: «¡Tengo que proteger a mi hija!».

El resto de los acontecimientos se fraguó con la celeridad propia de una madre amparando a su retoño de cualquier peligro. Recogió el arma humeante, avanzó dos pasos, encañonó la cabeza de Elliot y

disparó. Entrevió cómo se desplomaba hacia adelante y, antes de desmayarse cuan larga era, escuchó los alaridos de Clarence.

—¡Señorita Dixon! —chilló la pequeña, reaccionando al estruendo.

Al borde de la oscuridad, la realidad se impuso. La señora Kippen discernió que no era a Prue a quien había salvado. Aun así, una extraña y desconocida serenidad la abrumó de tal modo que, en ese momento, las lágrimas sí asomaron a sus ojos secos y resentidos, aliviados por la paz de conciencia que le había sido tan esquiva.

***

Aunque la casa de la maestra estaba alejada del resto, algunos vecinos de Stirling escucharon los disparos y salieron a escudriñar de dónde procedían. La madre de Clarence, preocupada por su tardanza, corrió hacia allí arrastrando a algunos curiosos tras ella. En cuestión de minutos un tumulto confuso murmuraba que la señorita Dixon había sido asaltada y que la señora Kippen, arriesgando su propia vida, la había defendido de un malhechor. Todos se quedaron pasmados cuando el sargento Carpenter se personó en la escena del crimen renqueando, apoyado en una muleta, tocado con un vendaje estrafalario, un ojo cerrado por la hinchazón y manchas de sangre reseca en el uniforme. Los presentes guardaron silencio para escuchar sus esclarecimientos.

—El atacante era peligroso, buscado y extremadamente esquivo y astuto. Como pueden observar, yo mismo fui víctima de su infamia.

El oficial evitó detallar los delitos cometidos por el finado ni dar a conocer su identidad: el disparo le había atravesado la cabeza y desfigurado el rostro, y preveía que nadie lo reconocería.

—Enviaré mensaje a Londres para que cese su búsqueda y acudan a recoger los restos mortales, que serán enterrados en la fosa destinada para delincuentes de su calaña.

En cuanto se vio libre del peso del cuerpo, Tessa gateó hasta la niña para comprobar que estaba ilesa.

—Ya ha pasado… todo irá bien…

La abrazó, notando que el cuerpo apenas le respondía tras el apaleamiento recibido. La precoz mente de Clarence se decantó por guardar silencio respecto a aquel *Melmoth* cuyo nombre y brutalidad conocía de primera mano y la obligaba a aferrarse, muerta de miedo, al cuello de su querida maestra.

La señora Kippen, recobrado el sentido, permanecía en la salita de Tessa con una taza de té entre las manos que no conseguía arrancarle el frío que sentía. Alguien la había ayudado a volver en sí y a

acomodarse sin que el color acabara de retornar a sus mejillas macilentas.

La joven observó cómo los hombres del pueblo sacaban el cadáver del taller para trasladarlo al cuarto frío del cementerio, y agradeció que varias mujeres se ofrecieran a limpiar la sangre del suelo. A altas horas de la madrugada el barullo se dispersó; solo la señora Kippen y el sargento acompañaban ya a Tessa, quien rehusó la atención del médico alegando que se encontraba bien y pidió al sargento que enviase a alguien a Lockhill en busca de Roston, pues temía por su suerte. Este fue liberado y se apresuró a acudir a la casa, donde Tessa le recibió confortada al verificar que no había sufrido daño. El asustado mayordomo tomó de inmediato las riendas de la situación doméstica y, aun perturbado como estaba —o tal vez por esa razón—, no cesó de preparar té y emparedados, limpiar aquí y allá y recoger bártulos desperdigados, asegurándose de que no quedasen demasiados residuos visibles del drama. Su ahínco resultaba un tanto inútil, pues el cuarto de la joven estaba igual o más desordenado que la planta baja de la vivienda.

Tessa se precipitó a rescatar su cuaderno más preciado y se lo llevó al pecho sin prever que lo mancillaría su vestido arruinado por la sangre. La mancha carmesí impresa en la cubierta no le importó. En sus páginas desmenuzaba una historia de descubrimiento, esperanza y desengaño… en esencia, palabras y sentimientos punzantes e íntimos que reflejaban el amor y el duelo más intensos. La mácula de sangre se oscurecería con el tiempo, trasformando un borrón extraño en el símbolo distintivo de su periplo solitario por este mundo. No cabía pensar en mejor ilustración para su relato marcado por el dolor.

Lo depositó en la mesilla y procedió a lavarse en el aguamanil, se cambió de ropa como un autómata y se demoró recolocando algunas pertenencias desperdigadas por doquier. En realidad, necesitaba unos momentos a solas para asimilar lo sucedido. Al mirarse en el espejo advirtió que la piel comenzaba a amoratarse allí donde había recibido los golpetazos de Elliot, y se estremeció al tiempo que un llanto quedo y profundo emergía de su interior dando rienda suelta al desgarro que sentía.

Una vez se hubo serenado, ordenó sus pensamientos y bajó al encuentro de quienes la aguardaban en la noche más larga que recordaban.

—Señora Kippen, le debo la vida —dijo sentándose cerca del brasero que Roston había trasladado a la salita para reanimar a la señora, que seguía lívida.

—Supongo que sí… —musitó la tendera, sin creer aún que su

animada jornada concluyera de modo tan trágico.

—Su valentía es admirable —intervino Carpenter—. Quizás otra persona en su situación hubiese dudado, pero ese hombre se lo merecía.

—¡Vaya si se lo merecía! —exclamó la señora mirándole con fijeza —. Es una lástima que usted, sargento, no realizase su trabajo con eficacia.

Carpenter se envaró. Había tardado en recordar lo sucedido y, ante palabras tan injustas, consideró que no merecía la pena ofrecer explicaciones de cómo Elliot descubrió que le seguía. El joven, oculto en el bosque, le atacó por la espalda dejándole fuera de combate y dándole por muerto. Su aspecto machacado debía sugerirle cierta idea a la señora Kippen… si a esta le importara, claro está.

—No es momento para lanzar acusaciones —terció Tessa con seriedad—. Los hechos son los que son y ya no tienen remedio.

Tenía que exponer el riesgo que Prue corría en Londres y temió que la señora Kippen no la creyese o, peor aún, que la acusara también —como tenía por costumbre— de poner en peligro la vida de su hija.

—Prue está en manos de Lothia —dijo sin rodeos—. Sospecho que la retiene en Kensington, sometida bajo los efectos de sustancias nocivas. El plan de estos maleantes consistía en hacerse con las escrituras de Lockhill, sin las cuales la venta de la mansión es inviable. Prue es la principal beneficiaria y heredera de Oliver y creo que no la dejará libre hasta que se haga con su fortuna. En cuanto venda la propiedad, su hija será inmensamente rica, señora Kippen, lo que supone un grave peligro para ella. Teniendo en cuenta que Elliot no regresará al lado de Lothia… no quiero pensar en la reacción de esa mujer cuando conozca el final de su compinche.

Finalizó con un nudo en el estómago, preparada para escuchar una retahíla apabullante de la señora Kippen, pero su réplica la tomó por sorpresa. Carpenter, que no las tenía todas consigo y continuaba un poco confuso y muy dolorido, se extrañó cuando la comerciante bosquejó en sus labios acorchados un rictus parecido a una sonrisa.

—¡Oh, Prue no me preocupa, señorita Dixon! —hizo un gesto con la mano reprobando los temores de Tessa.

—¡Cómo es posible después de lo que ha ocurrido! —la joven estaba a punto de cruzar el límite de la prudencia y *cantarle* cuanto pensaba de su actitud.

—Verá usted, esto es un asunto muy serio, señora —añadió Carpenter con el mostacho erizado.

—Tengo razones de peso que avalan mi total tranquilidad respecto a la seguridad de mi hija. Por esa razón acudí esta noche hasta aquí; deseaba compartir con usted las noticias de Londres —hizo una pausa dramática y extrajo de su bolsito de mano la carta que había recibido

esa misma mañana.

La expresión de Tessa reflejaba los reproches que se callaba y la comerciante metió el dedo en la llaga.

—Usted está viva gracias a mi intervención providencial, señorita, y no me arrepiento de haber actuado como lo hice, aunque presiento que mi salud se resentirá mañana o pasado por participar en un trance de esta magnitud.

—Sí, señora, es usted una auténtica heroína —aceptó el oficial conteniendo su impaciencia—. Es perentorio que nos diga por qué motivo está tan segura de que Prue… es decir, la señora Chambers, no corre ningún riesgo.

—En su carta, Prue detalla la buena acogida que le han dispensado en Londres. Como esposa del señor Chambers no podía esperar menos, ya que la distinción, nobleza y generosidad respaldan la reputación del caballero… respaldaban —se corrigió indiferente—. Por desgracia, la noticia de su heroica muerte ha afectado a muchas personas que, haciendo gala de la sensibilidad propia de su rango, han brindado apoyo y ternura a mi triste hija viuda.

Tessa escuchaba su disertación sin parpadear porque, si lo hacía, sus ojos iban a desbordarse. Aquella cuyo chantaje obligó a Oliver a tomar decisiones fatídicas, se refería a su muerte sin un ápice de contrición. Su pavoneo y la expresión impávida de su semblante forzaron a la joven a levantarse y disfrazar su indignación.

—No se hable más —dijo con la voz quebrada—. Si la cree a salvo, no tenemos más que discutir. Es hora de que nos retiremos a descansar, sobre todo usted, sargento.

—¡Oh, aguarde! Aún no le he contado lo más extraordinario.

—Dispare, señora Kippen —replicó hastiada. El sargento dio un respingo y carraspeó, pero la señora no captó la ironía de la expresión.

—Mi Prue está bajo la protección de Alistair McDougal, ¿lo recuerda? —hizo una pausa teatral y aguardó la reacción de Tessa.

—Sí, por supuesto. Su familia se mudó a Escocia hace años. Era un buen muchacho…

—El joven regresó a Inglaterra tras años viajando a ultramar en busca de experiencias. Se ha establecido en Londres, la providencia les ha reunido y se han vuelto inseparables… con el recato ineludible que requiere la situación, ya que Prue debe guardar luto por su esposo. ¡Es una lástima que tenga que esperar para contraer matrimonio de nuevo!

—Pero Elliot aseguró que la *baronesa*… —intervino escéptica Tessa. Había creído en las amenazas del joven a pies juntillas, ni se planteó la posibilidad de que mintiera.

—¡Patrañas! —la cortó con altanería la tendera—. De hecho, ese criminal se presentó en Kensington solicitando ayuda pensando que,

tal vez, con la complicidad de su hermano, se salvaría del asilo para indigentes. Según relata Prue, no tenía conocimiento de su muerte hasta que ella se lo comunicó. Añade que la mujerzuela con aires de dama lo abandonó en cuanto dilapidaron el dinero que sustrajeron de *aquí y de allá* —encubrió que le habían robado una buena suma a ella misma antes de huir.

—¿Está segura de lo que dice, señora Kippen? —inquirió Carpenter, tan asombrado como la propia Tessa.

—Tan segura como de que esta noche le descerrajé un tiro a ese endemoniado. Cuando acudió a Prue no contaba con la presencia del señor McDougal en la casa, quien le echó sin contemplaciones y sin dejarle poner un pie en el interior.

—Prue le habrá puesto al corriente de su conducta —musitó Tessa con el vello erizado.

—Espero que no haya sido tan estúpida como para contarle *todo*. Hay cosas que una mujer debe callarse. En confianza, señorita Dixon, temo que la resolución del señor Chambers de no consumar el matrimonio perjudique a mi hija… espero que Alistair no haga preguntas incómodas. Ya sabemos que las atenciones del heredero de Lockhill apuntaban hacia otra dirección donde cubría de sobra sus necesidades, ¿verdad?

—¡Cielos, señora! —bufó el sargento ante su falta de delicadeza.

La señora Kippen ignoró su gesto escandalizado y prosiguió su disertación insultante.

—Aunque de todos es conocido el riesgo que corre la virtud de una dama si no modera ciertas actividades. Esta misma noche le escribiré para aconsejarle pasear con regularidad a caballo y tomar clases de *ballet*. Cualquier actividad física le será beneficiosa para encubrir que ya no es...

—Tiene razón, hay cien maneras de perder el *sacro sello* que el cielo nos brinda. Estoy segura de que Alistair lo comprenderá —apuntó Tessa al borde de la deflagración.

—No se rebaje a la grosería, muchacha —regañó la mujer, juzgando que Tessa estaba molesta por el feliz reencuentro de Prue. Ciertamente, la motivación que esa noche la había llevado hasta allí no era otra que restregarle la victoria de su hija, una vez más, en una competición que solo existía en su mente enturbiada por una envidia nacida muchos años atrás—. Solo quiero que sea feliz, sin nubarrones que empañen su unión —apostilló en tono melifluo.

«A buenas horas… ¡Me sorprende que no le cayesen las diez plagas de Egipto por la maldición de tenerla a usted como madre!».

La señora Kippen, más preocupada por el himen de su hija en un matrimonio blanco que de haber matado a un hombre, había minado la paciencia de la maestra y, en vista de que Prue no estaba en peligro,

dio por finalizada la angustiosa jornada.

—Les ruego que regresen a sus casas y descansen; usted, sargento, obedezca al doctor y guarde reposo. Buenas noches, les agradezco infinitamente su ayuda…

—No me vanaglorio, pero convendrá conmigo en que, sin mi intervención, estaría muerta, joven —aceptó la señora Kippen con falsa humildad.

Tessa gritaba por dentro. Asintió sumisa reiterando palabras de reconocimiento, cerró la puerta tras ellos, apoyó la espalda en la madera y se deslizó hasta el suelo, donde se aferró con ambos brazos a las rodillas, desplomando la cabeza hacia delante, colmada de desconsuelo.

Durante los días posteriores, todo aquel que podía derrochar un par de peniques desfiló por el almacén de la señora Kippen para escuchar los pormenores de su aguerrida proeza. La heroína de Stirling cosechó con orgullo un rosario de adulaciones tan largo como las sartas de longanizas que vendía a destajo. En esta ocasión, ninguno de los concurrentes cuestionó la veracidad de su cotorreo.

# XXI

# REMITENTE ANÓNIMO

En contra de los cánones de la época, el luto de Prue duró solo unos meses. Al círculo de amistades de Alistair McDougal, en su mayor parte de carácter liberal, le importó poco o nada el incumplimiento de la regla victoriana que exigía dos años de duelo como mínimo por el deceso de un esposo. Prue se había adentrado en un ámbito desconocido, donde pintores, escritores y artistas de toda índole vivían sin el encorsetamiento al que estaba sometida la sociedad y, por primera vez, saboreó la libertad y el amor junto a un hombre al que amaba.

Tessa, por el contrario, vivió ese año como una eternidad infinita. No aceptaba un mundo donde Oliver no existiera; deseaba detener el discurrir del tiempo, paralizar los estragos de la muerte e impedir que el olvido hiciese mella en su memoria para conservar hasta el último detalle del hombre al que, aun muerto, amaba. Guardaba un luto perpetuo, imperceptible a los ojos ajenos, y se permitía vivir porque la ley natural lo establecía, pero por dentro estaba muerta… o así se sentía.

El día en que la señora Kippen la visitó alborotada porque su hija no pensaba contraer matrimonio, Tessa tuvo que ofrecerle una tisana para calmarla. Habituada a sus visitas con falsos propósitos desde que llevara a cabo su heroicidad, la maestra toleraba su presencia sin olvidar ni perdonar a la mujer que le hacía partícipe de sus vicisitudes como si fuesen viejas amigas, como si a Tessa le importaran… pero tenía muy presente que a esa mujer, y solo a ella, debía su desdicha.

—¡No entiendo cómo se atreve a enredarse con un hombre en concubinato! Me trasladaría a Londres mañana mismo y la obligaría a comportarse con decencia si no me lo hubiese prohibido. En sus cartas asegura que no seré bien recibida si lo hago, ¿puede creerlo?

—No interfiera, señora. Lo hizo una vez y no salió bien —reprendió Tessa con un deje sarcástico.

—¡Bobadas! Si *ese hombre* de la colina no se hubiese marchado con tanta precipitación para dejarse matar en la India, todo sería diferente. Prue seguiría aquí, lejos de esa gentuza que no respeta las normas sociales, Lockhill resplandecería como nunca y, probablemente, yo sería abuela de un futuro lord.

—No se amaban, jamás habrían sido felices —dijo Tessa apretando la mandíbula para contenerse.

—¡Qué sabrá usted, joven! Un matrimonio se cimenta en el respeto mutuo desde una tierna amistad y una convivencia cordial. Por

desgracia, usted habla de la felicidad desde la ofuscación. Concédame, de una vez por todas, que sucumbió a un encaprichamiento llevada por las fantasías de esas novelas que lee. Lamento que *ese hombre* no la respetase, muchacha. Le llenó la cabeza de ideas absurdamente románticas, echándola a perder. ¡No quiero que Prue corra la misma suerte que usted!

Las mejillas de Tessa se tiñeron de un color purpúreo. «¡Jamás se cansará de tratarme como a una prostituta!».

—¡*Ese hombre* tiene un nombre que usted adquirió para su hija con una buena dosis de mezquindad! —alzó la voz sulfurada—. A Oliver Chambers le amé y seguiré amando hasta que mis huesos se conviertan en abono para la tierra. ¡Ambos nos quisimos en cuerpo y alma! Y, usted, señora, jamás conocerá la magnitud de una unión como la nuestra, que arrastra y calienta las carnes hasta deshacerlas de placer, la unión de dos bocas que se respiran a sorbos y a bocanadas el alma, la fusión de las miradas más profundas y amorosas, ni las manos enredadas en la oscuridad sin miedo a nada. Junto a él, cualquier abismo se transforma en dicha, y eso… solo sucede cuando el amor es una certidumbre —hablaba en presente sin percatarse de su error.

La mujer se quedó boquiabierta ante semejante arrebato. Apuró ruborizada la taza y se dispuso a marcharse, no sin antes apuntillar:

—No pensará así en los años de soledad venideros, cuando su amante solo sea un vago recuerdo de sus equivocaciones y usted una vieja solterona.

—Mi único error fue no seguir a Oliver hasta los confines del mundo. Usted se encargó a conciencia de entorpecer mi camino.

—Hice lo que debía hacer, señorita: subsanar una situación catastrófica. No soy la culpable de su desbocamiento.

—Tenga presente que ahora comparto con su hija el defecto que me atribuye —aguijoneó Tessa, al límite de su paciencia.

—¡Será mejor terminar esta conversación antes de que alguna de las dos diga algo irreparable!

«¿Más aún? ¡Solo nos resta luchar en la arena del circo!».

—Le deseo buen día, señora Kippen —despidió afilada la joven, impaciente por que la tendera se marchase.

—Por cierto, se me olvidaba entregarle esto. Lo enviaron al almacén, pero viene a su nombre —dijo malhumorada la mujer, al tiempo que extraía un paquete de su bolsa de paseo.

—Es extraño, no espero nada.

—Supongo que el remitente ha depositado su confianza en mí; sin embargo, no figura la identidad de la persona que lo envía —comentó con altivez, admitiendo sin pudor que lo había revisado a fondo.

—Por supuesto… —murmuró Tessa distraída, examinando el bulto

que, en efecto, carecía de los datos mencionados.

—¿De qué puede tratarse? —inquirió la chismosa.

—Lo abriré más tarde. Gracias de nuevo y adiós, señora —se apresuró a cerrar la puerta antes de que la mujer decidiera quedarse para meter las narices allí donde le cupieran.

El bulto no era de gran tamaño, estaba atado con varias vueltas de cordel para preservar el contenido y lo liberó deprisa de su envoltorio con unas tijeras. Emitió una exclamación de sorpresa al descubrir un reluciente ejemplar titulado *Cranford*, escrito por la autora Elizabeth Gaskell, de quien Tessa había leído algunos relatos en periódicos moderadamente antiguos. Abrió con cuidado el flamante volumen, que desprendía el peculiar aroma de los libros nuevos, y se quedó pasmada al leer en la página de cortesía una breve dedicatoria *a la señorita Dixon*, de puño y letra de la propia escritora. Necesitó releer varias veces la nota para creerlo. En cuanto a lo que decía la dedicatoria, detrás de una gentil congratulación a su labor como *restauradora de los libros desahuciados*, la autora expresaba el deseo de que su título recién publicado formase parte de su singular biblioteca.

«¡Cómo es posible que sepa de mi existencia ni de lo que me ocupa!», caviló con un cosquilleo de alegría al sentir el tacto del papel impoluto, el cosido perfecto de las costuras y visualizar la tinta nítida de cada vocablo del libro que sostenía con delicadeza.

Aquel precioso regalo enviado por un remitente anónimo fue el primero de muchos. *El profesor*, de Charlotte Brontë, la escritora fallecida varios años atrás, le llegó a través del sargento Carpenter, quien, una vez recuperado, decidió abandonar el servicio y disfrutar de su retiro sin sobresaltos. *Las torres de Barchester*, del escritor Anthony Trollope, que también rubricó una dedicatoria a la maestra, le fue entregado con mucha solemnidad por Roston, que se pasaba a visitarla todas las semanas. El mayordomo había hallado un puesto como ayuda de cámara de un noble aristócrata en otro pueblo, pues el tiempo transcurría y, en vista de que la señora Chambers no regresaba ni daba fe de vida, permanecer en Lockhill Manor le resultaba solitario y frustrante. El sirviente consultó con Tessa y ambos acordaron que la casa permaneciese cerrada, aunque una vez al mes se ocupaban de sacudir las sábanas que cubrían los muebles y orear las habitaciones.

Una semana tras otra, los preciosos volúmenes llegaban con puntualidad a través de diferentes fuentes. Incluso Clarence apareció un día con *Capitán de lobos,* de Alexandre Dumas, y se lo entregó a Tessa con prisa, pues, desde el terrible encuentro con el *monstruo*, seguía a pies juntillas sus recomendaciones y la palabra «lobo» en el título le causaba inquietud. La niña había espigado y se estaba

convirtiendo en una joven hermosa, educada y culta, cuyo sueño era estudiar para ser maestra, como su mentora.

El enigma de los libros que llegaban por sorpresa levantó gran revuelo entre los habitantes de Stirling. Muchos vecinos, entre los que se hallaban los próceres del pueblo que también fueron receptores de los paquetes destinados a la señorita Dixon, se habituaron a acudir a la casa de la maestra para averiguar qué nuevo título había recibido y conjeturar diferentes hipótesis sobre la persona anónima que los enviaba. Huelga añadir que todos deseaban ser receptores de uno de aquellos paquetes misteriosos y vivir su minuto de protagonismo. La sugestión aumentó de forma prodigiosa. A la joven no le importó esta intromisión; por el contrario, animó a aquellos que mostraron interés a que se los llevaran prestados y así, sin proyectarlo, su biblioteca particular se convirtió en la biblioteca pública de Stirling. Tessa tenía la firme teoría de que Prue era la remitente de los tesoros literarios, pero guardó silencio para no malograr la emoción de la incógnita que los rodeaba.

«Conviviendo con un lector compulsivo —como era Alistair de niño —, rodeada de autores y artistas, tiene la oportunidad y los medios a su alcance… me pregunto si lo hace para alardear de su entorno o con sincera generosidad. Sea como fuere, no me importa, dado que yo jamás tendría acceso de primera mano a estas joyas literarias».

Cuando el ajetreo de la escuela cesaba, se refugiaba en el taller, donde ya no quedaban libros por rescatar. Había terminado de restaurar el último hacía semanas y se sentía extraña, vacía, como si el vínculo que la unía a Lockhill fuese a quebrarse. En el pequeño cuarto ahuyentaba esa impresión revisando, puliendo y repuliendo pequeños estragos sin importancia que el manoseo de los vecinos causaba en algunos ejemplares. Llegó a imponer varias normas, al uso de las auténticas bibliotecas, como la devolución obligatoria y el manejo cuidadoso de los tomos; no obstante, a veces deseaba que regresaran con deterioros solucionables para sumergirse en su interior, donde siempre hallaba consuelo y distracción.

En diciembre, invitó al sargento Carpenter y a Roston a compartir con ella la velada de Nochebuena. Se esmeró con tenacidad en cocinar, aunque el pavo resultante de sus esfuerzos tenía la apariencia más seca que un asado pudiese adquirir. Para contrarrestar el estropicio, engalanó la casa con ramas de acebo y algunas coronas de abeto que Clarence había confeccionado mientras charlaban al calor de la

lumbre.

—¿Va a cenar a solas con ellos, señorita? —preguntó intranquila la niña.

—Sí, Clarence, son mis amigos y les debo mucho. No te he invitado porque es lógico que pases estas fechas con tu familia —expuso Tessa, intuyendo que su alumna más aventajada se sentía excluida de la celebración—. Ven mañana a tomar el almuerzo de Navidad; prepararé galletas siguiendo al dedillo tu receta, prometido.

—No creo que pueda zafarme… —dudó con semblante triste, pero la lealtad nacida entre ambas animó a la niña a plantear aquello que la inquietaba—. Señorita, la cuestión es que madre dice que no está bien que esté a solas con dos varones… sobre todo, después de lo que sucedió aquella noche. No es una crítica, pero dice que nunca se sabe lo que un hombre pretende hasta que lo tienes encima.

—¡Oh, Clarence, estaré totalmente a salvo con el sargento y con Roston! —manifestó irritada. La sola idea de que alguien pusiera en duda la honestidad de su familia, pues así los consideraba, le molestó sobremanera. «La *esencia* de Stirling subyacerá bajo su fachada por siempre jamás».

—Si por lo menos tuviera una compañía femenina… una amiga…

—La tengo, te considero mi amiga más fiel, pero la vida da muchos bandazos, Clarence. Un día te enamorarás, formarás tu propia familia y te olvidarás comprensiblemente de esta solterona que vive en la casa del maestro. ¿Debo renunciar a mi reducido círculo de amistades por aprensiones absurdas de una ignorante como tu madre? ¿Qué será de mí cuando te hayas ido? ¿Permaneceré en la más absoluta soledad para evitar murmuraciones? —se encolerizó al comprender el cariz que tomaba la conversación.

—¡Nadie me separará de usted, señorita! —aseguró Clarence a punto de llorar—. Se dicen *cosas*, pero la gente la aprecia de veras… se los ha ganado a pulso. ¡No haga caso de las tonterías de mi madre!

El silencio se impuso entre ellas durante un buen rato. Clarence tejió mortificada las ramas verdes y Tessa se calmó… al fin y al cabo, la niña solo era la mensajera, y pensó atolondrada que no le quedaba más remedio que convidar a la señora Kippen.

—Creo que hay otra persona en Stirling que pasará la noche en soledad, ¿qué te parece si le haces llegar una nota de mi parte? —preguntó enternecida por sus temores.

—¡Correré a entregársela! —exclamó la jovencita con evidente alivio.

«Será una noche inolvidable…», se dijo Tessa con la vana esperanza de que la vendedora no aceptase la invitación.

Pero la aceptó, por supuesto, y a regañadientes fingidos asistió a la cena. Tessa evitó la vergüenza que sentía por el aspecto del asado

gracias a la salsa de arándanos que Clarence elaboró en un santiamén para cubrir el color sombrío del pavo, y recibió a sus invitados con una magnífica sonrisa ensayada. Tanto Roston como Carpenter la temían al frente de los fogones, y ambos se presentaron con distintos suministros con el pretexto de mostrarle su agradecimiento y, de paso, salir ilesos de la cena. La señora Kippen arrugó el entrecejo varias veces a lo largo de la velada, pero no criticó a la señorita Dixon, pues el ambiente, en principio un tanto tirante por su presencia, se fue distendiendo para finalizar con la petición del sargento de que la joven leyese para ellos un capítulo o dos de *Cuento de Navidad*.

Alrededor de la medianoche comenzó a nevar con brío y los invitados convinieron en retirarse. Roston y Carpenter acompañarían a la comerciante hasta su domicilio, y ya se despedían de Tessa cuando llamaron a la puerta. Los cuatro se sorprendieron y un ramalazo de extrañeza se dibujó en el rostro de la joven. Los niños del pueblo ya habían cantado villancicos a cambio de un puñado de las galletas que Roston había horneado para la ocasión, y la maestra no esperaba a nadie más. Los golpes recios resonaron de nuevo contra la madera y Carpenter, en guardia, se adelantó a abrir. A la entrada, una pareja aterida aguardaba con paciencia bajo un enorme paraguas oscuro. La dama se adelantó sin preámbulos.

—Usted debe ser la señorita Dixon —aventuró decidida.

—Sí, así es. ¿Me permite preguntarle quién es usted? —inquirió Tessa, parapetada por sus compañeros, quienes pospusieron la partida hasta conocer el propósito de los extraños.

—Soy la señorita Nightingale, pero puede llamarme Florence. El caballero que me acompaña es el doctor Anderson. Ambos viajamos hasta aquí con el único propósito de reunirnos con usted. Debemos hablar sin dilación.

Tessa palideció al escuchar sus nombres. En su memoria atesoraba las conversaciones mantenidas con Oliver, y Florence y el doctor Anderson habían sido el eje de varias de ellas. De inmediato, su capacidad de reacción desapareció. Roston y Carpenter, a la defensiva, aguardaban expectantes, y la señora Kippen, ante la embarazosa falta de réplica y educación por parte de la joven, tomó las riendas y les invitó a pasar para guarecerse de la gélida noche, pues le parecieron personas serias y de fiar. A un gesto suyo, Roston dispuso la tetera y Carpenter alimentó el fuego para que los visitantes se calentaran. Tessa seguía anonadada, sin deducir el motivo de la insólita visita.

—Señorita Dixon, hemos venido por una razón de peso haciendo a un lado nuestros múltiples deberes —su tono apacible mostró matices autoritarios que no pasaban desapercibidos—. El doctor Anderson ha tenido la amabilidad de acompañarme porque a los dos nos une un interés que incumbe directamente a su persona.

—Rogamos nos disculpe la intromisión, señorita. Esto es para usted —dijo el caballero, sacando un paquete de sobra reconocible de su gabán—. De parte de nuestro amigo en común, Oliver Chambers. Tenemos constancia de que los anteriores presentes le fueron entregados con puntualidad. Este es el último…

# XXII

«Oliver Chambers…».

El eco de su nombre se repitió en la mente de Tessa como una letanía. Se sentó en el borde de una silla y, con manos temblorosas, recogió el libro empaquetado que el doctor Anderson le ofrecía. Con toda su fuerza de voluntad dominó el deseo de gritarles a aquellas personas que Oliver estaba muerto, circunstancia que ellos, sin duda, conocían. ¿No comprendían que ofrecerle libros en su nombre demolía por completo su existencia, amarga de por sí?

—No me andaré con rodeos —expuso Florence, dando un sorbito a la taza humeante de té—. Nuestro querido Oliver se halla en un estado inaceptable, tanto física como espiritualmente. Nuestros desvelos y ruegos para que se pusiera en contacto con usted no han servido de nada. Día a día, vemos cómo se consume y sufre más allá de lo que cualquier ser humano merece y, por esta razón, decidimos tomar cartas en este asunto.

La señora Kippen, estupefacta, emitió un gritito. Carpenter abrió mucho los ojos ante la declaración, y Roston, desvaído, se colocó detrás de Tessa por miedo a que se derrumbara. Ninguno daba crédito a lo que escuchaba.

Tessa Dixon percibió cómo se le aceleraba el pulso. Sin articular palabra, gesticular o demostrar emoción alguna, se levantó de la silla, más que erguida, rígida, con una entereza férrea y un solo deseo.

—Si no está muerto… llévenme hasta él —musitó en un tono apenas audible.

—¡Señorita Dixon! No puede pretender que… —objetó la tendera confusa.

—¡Cállese, maldita sea! —exclamó Carpenter, silenciando de inmediato a la señora.

El doctor Anderson se levantó raudo para recoger el libro que Tessa había dejado caer al suelo. Frente a frente, le expuso la situación con franqueza, conminándola a sentarse de nuevo.

—Sé que es una noticia difícil de asimilar. Le explicaré con calma cuanto necesite saber, pues debe estar preparada... Tenemos tiempo hasta mañana, el carruaje de la señorita Nightingale nos aguarda en los establos y, si la nieve lo permite, partiremos de nuevo hacia Londres.

La señorita Dixon miró al caballero como si fuese el ser más estúpido de la Tierra. «¿Preparada para qué? Cada amanecer trato de mentalizarme para afrontar su pérdida y jamás lo consigo… ¡Está

vivo! Es lo único que me importa…».

La visita se prolongó hasta altas horas de la noche. Tanto la dama de la lámpara como el doctor Anderson desgranaron lo sucedido con Oliver, ofreciéndole diversos gestos de empatía y comprensión.

—Durante la campaña en la India se vio envuelto en una escaramuza mientras atendía a los soldados abatidos por los cipayos y resultó herido de gravedad. Tras semanas en un campamento donde no existían medios ni posibilidades para su recuperación, le dieron por muerto… Estas confusiones suceden más de lo que se imaginan. Con todo, un golpe de buena suerte provocó que le embarcaran junto a otros heridos rumbo a casa, donde los cuidados de Florence le permitieron recobrarse con relatividad. Más adelante, fue él mismo quien declinó desmentir la falsedad sobre su fallecimiento…

El doctor hizo un inciso para sopesar si confería a sus palabras la claridad necesaria. Tanto el mayordomo como el sargento mostraban expresiones de incredulidad, la señora Kippen se llevaba un pañuelo impregnado de perfume a la nariz para evitar que le diera un soponcio y Tessa escuchaba cada palabra con la mirada centelleante.

—Oliver nos pidió que respaldásemos el equívoco —intervino Florence—. Prefiero que él desvele sus motivos; yo no poseo la potestad para hacerlo.

—Han de saber que la señorita Nightingale está al frente del sanatorio donde Chambers permanece. En primera instancia lo hizo como paciente; en la actualidad, ejerciendo su profesión —indicó el doctor Anderson con una nota de admiración.

El peso de la mirada de Tessa se posó sobre cada uno de ellos, inquiriendo en asombrado silencio: «¿No apreciáis la dimensión de este instante? ¡Mi todo regresa de la tumba y me habláis como si no fuese un milagro! ¡Solo escucho parloteo que no me interesa! Amor mío… ¡ya voy!». Desde las primeras palabras indicadoras de que seguía con vida, su impulso fue correr hacia él, surcar los caminos como una ráfaga de viento y aniquilar cada minuto que le había evocado muerto.

—Señorita Dixon… él no es la misma persona que usted conoció —apuntó la enfermera con seriedad ante el silencio de la joven—. Mi buen amigo lleva impresas en el rostro las marcas de la batalla. Su cuerpo, desde la mejilla izquierda hasta el lateral del cuello, parte del hombro y el costado, fue pasto del fuego. Como vaticinará, su anatomía quedó parcialmente desfigurada por las cicatrices que, por otro lado, se han ido atenuando con nuevos tratamientos.

—¡Cielo santo, pobre hombre! —exclamó Carpenter.

—No se compadezca nunca ante él —aconsejó el doctor Anderson

—. Acepta con la mayor entereza sus heridas, pero su talante está inmerso en un decaimiento intratable y fiero. En cierto momento de extenuación, nos confesó enloquecido de cólera la razón de su enclaustramiento y los ardides que, en un momento de debilidad, había tramado para hacerle llegar los libros más novedosos a la maestra de Stirling —prosiguió el doctor, exento de la prudencia que mostraba la dama respecto a las intimidades de Oliver—. Por desgracia, para las tribulaciones amorosas, la medicina aún no tiene remedio y, de un tiempo a esta parte, observamos con impotencia cómo se consume en la miseria de la soledad y la desesperanza.

—Dedica todo su tiempo a los pacientes, en su mayoría, mujeres de la calle; sin embargo, paradójicamente, él ha perdido la voluntad de vivir —corroboró la enfermera—. Reparte sus horas entre la clínica y el pequeño hotel donde reside. Hemos intentado por todos los medios sacarle de la depresión que le consume con nefastos resultados. Por eso estamos aquí, confieso que fue idea mía venir en su busca… —dudó un instante—. No sabemos cuál será su reacción si usted accede a acompañarnos, pues desconoce nuestras intenciones.

—Entenderíamos su negativa, pero nos sentimos en la obligación de intentarlo… por nuestro querido amigo —respaldó el doctor Anderson, un poco azorado por el persistente mutismo de la joven, quien en contra de lo que parecía, acopiaba cada detalle de la conversación en su cerebro.

Bien avanzada la madrugada no quedaba más que añadir. Los viajeros dieron por finalizada la visita y se despidieron para descansar en la posada, donde habían alquilado un par de habitaciones.

—Envíenos un mensaje con su decisión, señorita Dixon —pidió Florence, tomando sus manos en un gesto que pretendía infundirle valor.

Tessa asintió con la cabeza. «Aunque quisieran no podrían detenerme…».

Los invitados a la cena, conmocionados, se fueron a su vez. Roston, consciente de que nada frenaría a la joven, expresó su deseo de ayudarla a preparar el equipaje, pero ella le rechazó con una tenue sonrisa. Carpenter le hizo varias recomendaciones de seguridad, puesto que Tessa nunca había estado en Londres, y la señora Kippen le recordó lo que todos pensaban sin atreverse a verbalizarlo.

—Recuerde que sigue siendo un hombre casado… —dijo antes de apresurar sus pasos hacia el almacén con la idea de que la noticia sería tan impactante que iba a estar *atareada* durante muchos días.

Una vez a solas, Tessa subió al dormitorio, se derrumbó sobre el lecho y dio rienda suelta a sus sentimientos. Su llanto incontrolado, espasmódico, emergió persistente hasta el amanecer, liberándola de la tensión acumulada y el dolor ocultado durante demasiado tiempo.

¡Oliver estaba vivo! Se repetía que estaba inmersa en un sueño, que en cualquier momento despertaría y no lograría soportar el impacto de la realidad… Tras recomponerse con torpeza, metió deprisa lo imprescindible en su bolsa de viaje, se sentó en el borde de la cama y esperó a Clarence para enviarla a la posada con el recado de que acompañaría a los forasteros.

Durante los tres días posteriores, la nieve se convirtió en su peor pesadilla e hizo intransitables los caminos. El aplazamiento de la partida puso a prueba su cordura y deambuló por el taller haciéndose reproches absurdos. «Me odiará… me culpará de la muerte de Elliot… ¿Qué podía hacer yo? ¿Por qué no regresó a buscarme? ¡Oh, sí, estaba malherido, pero bien pudo escribirme! Si me odiara… ¿qué fin perseguía con los libros enviados de forma anónima? Por mi culpa tuvo que casarse con Prue, marcharse de Lockhill, enfrentarse al horror de la guerra que tanto desprecia. ¿Ya no me ama? ¡Cómo se atreve! ¡Maldita sea mi calavera hueca, no aguanto esta maldita espera!».

El suplicio de las incógnitas y los porqués la atormentó hasta el día en que se subió al coche cubierto de la señorita Nightingale con destino a Londres. El trayecto fue amenizado por el soliloquio constante del doctor Anderson, quien aplacaba sus inquietudes hablando de mil temas diferentes que no interesaban a sus compañeras de viaje. Tessa sentía un nudo en la boca del estómago y declinó los emparedados de la cesta que Florence adquirió en la hospedería y, solo cuando divisaron la periferia de la ciudad, el caballero cesó de parlotear. Tessa se sintió agradecida por el silencio que le permitía ordenar con escasa precisión sus pensamientos. El carruaje se detuvo ante las puertas de un edificio modesto, de tejado algo cochambroso, con la fachada encalada y las ventanas enrejadas. De inmediato, un asistente acudió en su ayuda para descender del vehículo.

—Por favor, dígale al cochero que aguarde para trasladar a la señorita Dixon al hotel Victoria —pidió el doctor Anderson.

—No puedo alojarme en un establecimiento costoso —objetó la maestra con firmeza, mirando hacia la edificación con la esperanza desatinada de entrever a Oliver tras los ventanales.

—No se preocupe por eso, reservamos su estancia con optimismo y antelación. Todos los gastos están cubiertos por nuestros benefactores —la tranquilizó Florence—. Entremos, probablemente el doctor Chambers aún permanezca en el dispensario.

Tessa alisó los faldones de su vestido y asintió categórica. Henchida de fervor, estaba lista para reencontrarse con el hombre que lo había sacrificado todo por ella…

# XXIII

Ascendieron por una escalinata hasta el piso superior, donde dos corredores convergían en una sala de espera. A ambos lados, tras las puertas cerradas, se escuchaban voces indistintas y algunos gritos lastimeros. La enfermedad y la miseria se hacían palpables en el angosto sanatorio subvencionado con las donaciones de personas más afortunadas que las pobres almas que allí se refugiaban.

Florence la invitó a sentarse mientras ella verificaba la presencia de Oliver en una de las salas. La dama coincidió en el pasillo con una pareja muy distinguida que se disponía a abandonar el lugar; se detuvo a saludarles con familiaridad e intercambiaron unas frases de cortesía antes de continuar su camino. Tessa se quedó pasmada al reconocer a Prue Kippen.

—¡Señorita Dixon! —exclamó esta con evidente alborozo al llegar a su altura—. Me alegro mucho de verla.

—Señora Chambers… —farfulló la maestra, desorientada por el inesperado encuentro en ese preciso lugar. Prue no parecía la misma persona engolada que conociera en Stirling: vestía con elegancia y sin artificios, iba peinada a la última moda, hablaba sin afectación y su rostro se iluminó al replicar.

—¡Oh, no, Tessa, no es necesaria *esa* cortesía! —miró a su acompañante con gesto de complicidad y una sonrisa franca—. ¿Recuerdas al señor McDougal, Tessa?

—Tessa Dixon, mi inquieta amiga de la infancia… es un placer reencontrarla después de tantos años —el caballero tomó la mano de la joven para besarla con recato.

—Alistair McDougal, me complace verle —atinó a responder, sobrepasada por la situación.

—Es una lástima que nos tengamos que ir de inmediato. Nos aguardan en el Covent… pero ahora que estás en Londres, espero que vengas a tomar el té. La señorita Nightingale te facilitará mi dirección —invitó Prue con gentileza—. De veras, visítanos pronto, estoy ansiosa por que conozcas a nuestros amigos. Algunos son escritores y estoy segura de que te encandilarán con sus epopeyas y extravagancias.

Sorpresivamente, se acercó a la joven y le estampó un beso afectuoso en la mejilla.

—Gra… gracias… —replicó Tessa confusa.

—Hasta pronto, señorita Dixon. No dejaremos que transcurran otros diez o doce años para reunirnos como en los viejos tiempos… o

nosotros seremos los ancianos —se despidió McDougal a su vez.

—¡Oh, claro que no lo consentiremos, Al! *Tenemos* que conservarla —refrendó Prue, enlazando el brazo de su acompañante con absoluta confianza. Miró a Tessa durante unos segundos antes de marcharse, y esta creyó leer en sus labios la palabra «suerte».

«Tal vez fuese una monería de las suyas, pero está tan cambiada que no descarto la posibilidad de que albergue buenos deseos hacia mí. De hecho, no se ha mostrado asombrada o alarmada por mi presencia; por el contrario, se ve segura de sí misma, estable, feliz... Me pregunto si visita a su esposo en compañía de su amante…». De súbito, la sospecha de que Prue estaba al tanto de su llegada se instaló en su cabeza, aunque todas las elucubraciones que entretejió tenían como finalidad templar sus nervios. Florence tardaba en regresar, la impaciencia la consumía, el continuo ir y venir de enfermeras atareadas la mareaba e hizo acopio de valor para recorrer el mismo trecho que la señorita Nightingale, quien se había detenido a conversar con otra dama de un asunto que, por la gravedad de sus rostros, requería una solución inmediata. Tessa nunca supo que la dama de la lámpara la vio pasar a su lado por el rabillo del ojo, mientras pensaba que la suerte de aquella joven estaba a punto de mostrar sus cartas.

Tessa rebasó a las señoras y avanzó hacia el fondo del inmueble, donde una puerta entreabierta le permitió distinguir la silueta de un hombre. Le reconocería entre las tinieblas más sombrías. Se hallaba a unos metros de ella, de espaldas, inclinado sobre una mesa repleta de instrumental médico, embebido en un historial clínico a la luz de una lámpara que proyectaba las sombras danzantes de sus movimientos, con el cabello más entrecano y largo, y la levita ajustada a la anchura de sus hombros estilizando la cintura estrecha.

La voz de Oliver al escuchar el chirrido que produjo la puerta cuando Tessa la empujó, le produjo una oleada de emociones.

—¿Está lista la paciente, señorita Davis? —preguntó sin apartar la mirada del documento.

Su voz sonó gruesa, rasgada, con un matiz de cansancio. Hizo a un lado el papel que sostenía y Tessa vislumbró su mano. Sus ojos se enturbiaron al distinguir una cicatriz correosa que le atravesaba el dorso, confiriéndole a la piel un tono más claro en contraste con la morenez de los dedos.

—Oliver… —el nombre fluyó armonioso, limpio, de sus labios.

Chambers izó la cabeza con lentitud, pensando que su oído le había traicionado. La voz de la enfermera Davis no se asemejaba a la que había reverberado en el silencio de la estancia.

—Oliver… —repitió Tessa con suavidad antes de dar un paso al frente.

La joven advirtió cómo Chambers separaba un poco las piernas para reforzar su equilibrio.

—¿Qué diablos hace usted aquí, señorita Dixon? —inquirió en tono vibrante, sin virarse para encararla.

—He venido para llevarte a casa —replicó con dulzura, pero sin titubear—. Florence me lo ha contado todo…

—No sé qué le hace pensar que estoy a su disposición. Le ruego se marche, debo ocuparme de mis pacientes y no dispongo de tiempo que perder.

Tessa cruzó la sala y se detuvo tras el médico, izó una mano y la reposó sobre su espalda. Percibió cómo él se estremecía antes de deshacer el contacto dando un paso hacia delante.

—¿No vas a mirarme? Soy yo, la misma mujer a la que dejaste atrás contra tu voluntad, a la que salvaste del escándalo en los tribunales… la misma que ha llorado tu muerte durante dos largos años en la más aciaga soledad.

—Lamento haberle causado tantas molestias —repuso Oliver con frialdad—. Como puede comprobar, no estoy muerto. Regrese a su vida sin llantos de por medio.

—No me marcharé sin una explicación. Si me rechazas por la muerte de Elliot…

—¡Estoy al corriente, señorita Dixon! —bramó Oliver—. No es necesario que desgrane lo sucedido.

—¡Pues yo también sé lo que te ha ocurrido! —no se amedrentó ante su sequedad—. ¡No me conoces si crees que voy a conformarme con un encuentro descortés! Después de vivir en la mentira creo que merezco un trato más amable, una explicación.

—Solo puedo ofrecerle mis mejores deseos para su viaje de vuelta. Agoté mi reserva de embustes hace tiempo.

—¡Sigues mintiendo! —Tessa alzó la voz nerviosa, al advertir que él no se giraba—. Permaneces ahí, ocultando tu rostro como si fuese lo único que me importa de ti, engañándote a ti mismo, simulando que te resulta indiferente mi presencia.

Oliver se giró hacia ella con rapidez y la aferró por los hombros para que le avistara bien. Sus facciones presentaban una cicatriz en la mejilla izquierda que se extendía hasta la mandíbula, descendía por el cuello y desaparecía bajo los cuellos elevados de la camisa. Las quemaduras no afectaban a sus expresiones y Tessa reconoció en sus ojos el refulgir oscuro, peligroso, el sobrecejo fruncido sobre ellos, la media sonrisa cáustica que dibujó en su boca cuando la acercó unos centímetros más a él. No lucía su habitual barba —en la dermis lesionada no crecía el vello— y, pese a la cicatriz rosácea, parecía más

joven sin ella.

—¡Míreme bien! ¿Está satisfecha? Usted, que ha leído infinidad de cuentos con moraleja, estará de acuerdo en que recibí una justa condena por engañarla como lo hice respecto a su padre y demás despropósitos.

Su modulación sarcástica, la fuerza con que la oprimía y la fiereza de su mirada no intimidaron a la joven.

—Me duele que pienses así —elevó su mano hasta el rostro lastimado y lo acarició con delicadeza, notando en las yemas de los dedos las aristas de la cicatriz que el fuego había cincelado.

—No le permito que me toque como si fuese un fenómeno de feria —advirtió Oliver amenazante.

—¿Acaso notas burla o desagrado en mi tacto? —Tessa se izó sobre las puntas de sus zapatos y le depositó un beso ligero en los labios. Él la apartó con brusquedad, prendido en su mirada llameante.

—Me pregunto cómo ha reunido tanta audacia, señorita Dixon… usted, que poseía el espíritu de un cervato asustado —apuntó desabrido, con intención de ofenderla.

—*Alguien* muy arrogante me enseñó a robar besos, señor Chambers —replicó Tessa en una sutil pulla.

—No me agrada su actitud ni es bien recibida. Váyase o lo lamentará…

—¿Qué harás si no obedezco tus órdenes? —porfió Tessa con seriedad—. Habiéndome protegido tanto, no tendrás la osadía de ignorarme…

Oliver la engarzó por la nuca, la aproximó a su rostro lastimado y el tiempo se detuvo a unos milímetros de sus bocas. En lugar de besarla como ella deseaba, la liberó de súbito, con ímpetu.

—No tengo por qué darle explicaciones, señorita Dixon —echó un vistazo a su reloj de bolsillo, descolgó una bufanda del perchero, se la enroscó alrededor del cuello y se dirigió a la salida.

—¿Desapareces de nuevo sin decirme adiós? —musitó Tessa con los ojos anegados.

Solo obtuvo un gruñido como respuesta.

—Oliver… gracias por los libros —dijo antes de que huyera.

El doctor Chambers no se detuvo. Si lo hacía, la enjaularía entre sus brazos para siempre, y no estaba dispuesto a cometer más errores con esa mujer que copaba sus pensamientos día y noche.

Tessa no le siguió. Se sentía conmocionada, rota por el rechazo. Se reunió con Florence, quien determinó que la joven, desolada por lo sucedido, necesitaba descansar. Su semblante abatido y los pasos enérgicos de Oliver al pasar junto a ella le dieron las claves para descifrar que el reencuentro había sido frustrante. La imprecación del doctor disipó cualquier duda.

—¡Maldita sea, Florence! ¿Por qué la has traído? —no aguardó réplica y continuó la marcha.

—El cochero la aguarda para llevarla a su hotel… no se desanime, por favor. Tenemos que concederle un margen de tiempo para que recapacite —aconsejó el doctor Anderson, quien había visto a su colega salir del hospital como si Satanás le pisase los talones.

«¡No le concederé ni un segundo más! Me debe dos años y pienso recuperarlos», se dijo Tessa con obstinación. Se despidió de la dama y del doctor Anderson y subió al carruaje. En cuanto los caballos iniciaron el trote, dio unos golpes en el techo y el cochero se detuvo. La maestra se asomó por la ventanilla.

—¿Sabe dónde se aloja el doctor Chambers?

—En el Road End, señorita.

—Lléveme hasta allí. Me alojaré en ese lugar.

—No es tan cómodo como el Victoria…

—¡No importa! —exclamó apremiante.

Tessa alquiló una habitación en el modesto hospedaje, donde fue informada por un sorprendido gerente de que las cenas se servían, invariablemente, a las siete en punto. El hotel disponía de una sala para fumadores y una salita con chimenea para las escasas damas que allí decidían alojarse. El encargado le hizo saber que, en esos momentos, tenían pocos huéspedes, y que podría sentirse incómoda siendo la única fémina en el establecimiento. Tessa ignoró los inconvenientes y se instaló en una estancia austera; desembaló el equipaje, se aseó, cambió el vestido oscuro por uno azulado y reorganizó varias veces los enseres sobre la cómoda, impaciente por que el reloj marcase las siete. Con puntualidad marcial, acudió al comedor, donde tres caballeros ya se habían emplazado. Al verla, se pusieron en pie y la saludaron con cortesía. La criada se acercó a su oído y le insinuó que bien podía hacer una excepción con ella y servirle la cena en el gabinete de las damas, proposición que la maestra rechazó. Oliver compareció taciturno, con unos minutos de retraso, se excusó con los comensales que aguardaban, se ubicó en su sitio habitual y dio un respingo al izar la mirada y verla al otro lado de la mesa. La reacción de Chambers no pasó desapercibida para los huéspedes, un tanto cohibidos y silenciosos por la presencia de la joven.

—Caballeros, les pido disculpas por interferir en su rutina —dijo ella con resolución—. He viajado hasta Londres por un asunto de vital importancia y no me marcharé hasta solventarlo; así pues, espero que

me consideren como a una más en su grupo.

Oliver la fulminó con una mirada interrogante y Tessa advirtió cómo el rubor teñía su rostro, pero hizo caso omiso y centró su atención en el plato que tenía delante. El ruido de los cubiertos y la conversación a media voz entre los asistentes diluyeron un poco la tensión que la atenazaba. Tras ingerir tres cucharadas de sopa aguada, se excusó con el pretexto de que apenas tenía apetito y deseaba descansar.

—Se perderá el cordero… —comentó uno de los hospedados.

—Lo siento, el viaje me ha privado del hambre. Tal vez mañana… Buenas noches.

Se levantó y salió en dirección a la salita, se acercó a la chimenea y trató de ahuyentar el frío extendiendo las manos hacia el fuego. El color sanguino de las llamas, el crepitar de los troncos flacos y el escozor por el cambio brusco de temperatura la obligaron a retirarse unos metros. Sobre la repisa reposaban varios libros; ojeó los títulos con curiosidad y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Tomó uno y se acomodó en un confortable pero ajado sillón. No habían transcurrido ni quince minutos cuando él se personó en la estancia con cara de pocos amigos.

—¿Qué pretende con este comportamiento pueril, señorita Dixon? —masculló contenido.

—Recuperar cuanto es *mío* —respondió con serenidad, haciendo a un lado el ejemplar de *Frankenstein* que hojeaba.

—Creo recordar que carecía de todo… Según tengo entendido, ahora le va bien en Stirling como maestra y bibliotecaria. Aquí no hay nada para una provinciana medianamente instruida —imprimió a sus palabras un matiz de crueldad deliberada.

Tessa se levantó rauda y, en un arrebato, le abofeteó la mejilla sana.

—Te lo mereces por canalla —temblaba de impotencia—. No eres un bárbaro sin sentimientos, sé que aún me amas y no cejaré hasta que lo reconozcas y regreses conmigo. ¿No comprendes lo desgraciada y sola que me siento?

Oliver soltó una carcajada gutural y la miró de arriba abajo con los ojos entornados, como solía hacer en el pasado.

—No te rías de mí o… —elevó la mano nuevamente, pero él se la aferró con fuerza y la mantuvo en el aire.

—Si necesita compañía masculina, cualquiera de esos mindundis se la proporcionará con gusto —se refería a los huéspedes del hotel—. Ha sembrado usted una buena dosis de admiración y misterio en torno a su presencia. Puedo presentarle formalmente a quien elija.

—¡No puedes tratarme así! Si no deseabas que supiera de ti, ¿por qué me enviaste los libros dedicados por sus autores?

—Eso fue una estupidez por mi parte. Llegaron a mis manos por casualidad, a través de otra persona —dijo sin otorgarle importancia— y, dado que las dedicatorias iban a su nombre y a mí no me interesa la literatura, me deshice de ellos.

—¿Al igual que pretendes hacer conmigo? —Tessa no creyó ni una palabra referente a los envíos. Se había tomado muchas molestias en hacérselos llegar uno a uno—. ¡Maldita sea mi calavera hueca, Oliver! Dame alguna respuesta congruente… ¿Puedes imaginar cómo me sentí al saber que estabas vivo?

—¿Temerosa de que irrumpiera en su pequeño mundo para destrozarlo de nuevo?

—¡Oh, cuánto cinismo percibo en tus palabras! —hizo una pausa para serenarse—. No me importan tus cicatrices. Lamento que tu rostro luzca distinto, pero no me enamoré de tu imagen, sino del hombre que reside en tu interior.

Se acercó a él y tomó su cara entre las manos para depositar con sensualidad y arrojo un beso en la lesión que surcaba su mejilla. Oliver la rechazó una vez más.

—No sabe lo que dice, señorita Dixon. Si yo regreso a Stirling, siempre seré el hermano del violador que atentó contra Prue Kippen… contra usted… el encubridor de múltiples falacias.

—Casi nadie conoce lo sucedido…

—¿De veras? ¿Cuánto tiempo tardarán en propagarse los comentarios maliciosos?

—Las cosas han cambiado.

—¿Ha olvidado usted cómo falseé la identidad de su padre y cómo me odió por ello?

—No… pero con el tiempo llegué a comprender por qué lo hiciste.

—El pasado nunca desaparece. Cuando uno menos lo espera, regresa para hundir sus colmillos en la carne fresca del presente —farfulló Chambers insidioso.

—Tengo muy en cuenta que aceptaste el chantaje de la señora Kippen como expiación, porque te sentías culpable. Si me hubieses consultado antes de tomar esa decisión descabellada… no vagaríamos como dos almas solitarias sin esperanza.

—Estaría usted en prisión —espetó Oliver con mezquindad—. Deje de perseguirme, no haga el ridículo, señorita Dixon. Cualquier vínculo que nos uniera se disolvió hace tiempo. Buenas noches.

Y con las mismas, abandonó la estancia sin darle opción a réplica. Se encerró colérico en su cuarto, hundido, reprimiendo sus impulsos, a sabiendas de que la tenaz razón de su supervivencia se hallaba a pocos metros de él, airada, furibunda. Rememoró el instante en que las llamaradas le alcanzaron y cómo el deseo de regresar a su lado le mantuvo con vida. La causa del incendio provocado por los

insurgentes se debió a la idea de que los cartuchos de los fusiles que usaban los soldados hindúes estaban recubiertos con grasa de vaca y de cerdo —algo injurioso para su religión—. El fuego consumió el campamento donde Oliver trataba de ayudar a los heridos. Envuelto en llamas, consiguió protegerse parte del rostro con el brazo; de lo contrario, se habría quedado ciego y la idea de no volver a verla le resultó más insoportable que el dolor. Las consecuencias habían sido atroces. El padecimiento lacerante durante meses le retornó, una y otra vez a la memoria, la imagen del maestro Dixon y el terrible error que había cometido ocultando su identidad.

Para bien o para mal, sus decisiones los habían abocado a la separación…

# XXIV

# PROVINCIANA

Después de pasar la noche en vela, Oliver acudió al comedor para comprobar si Tessa había abandonado su actitud vehemente. Ocultó la alteración que sentía tras la máscara de gravedad que impedía a los demás huéspedes un acercamiento afable. No necesitaba amigos que se compadecieran de él o simularan que no veían sus cicatrices. Para sorpresa de todos, el circunspecto doctor preguntó por la recién llegada a la criada encargada de servirles el desayuno.

—No ha bajado, señor. Seguirá fatigada del viaje…

Chambers apuró su taza de café y partió hacia el hospital con la convicción de que ella se había rendido ante su comportamiento hostil. Durante toda la mañana asistió a un desfile interminable de pacientes, pero, en cuanto disponía de una pausa, rememoraba su tacto, sus besos, su forma de instigarle… y una sonrisa amarga asomaba a sus labios.

Florence y el doctor Anderson le pidieron disculpas que él aceptó, porque habían obrado de buena fe sin prever el suplicio que suponía la presencia de Tessa para él. Además, ellos fueron, en su momento, las únicas personas que comprendieron su disyuntiva entre permanecer *muerto* o sacar al mundo de su error.

Al mediodía se acercó al hotel; hecho insólito, pues siempre tomaba un bocado rápido en el sanatorio. Tessa tampoco hizo acto de presencia y Oliver entrecerró ceñudo los ojos al escuchar la confidencia de la camarera.

—De momento, la señorita no desea que le sirva nada. Se ha encerrado en su cuarto y no quiere que la molesten.

De igual modo, al anochecer, su ausencia durante la cena fue mencionada por uno de los caballeros. Sin embargo, en esta ocasión, la criada se adelantó a explicar que la joven había salido de buena tarde a pasear por la ciudad.

—Regresó cargada con varios paquetes y se ha excusado alegando inapetencia —la charlatana sirvienta prosiguió expresando su opinión—. Por su aspecto agotado, yo diría que se extravió portando los bultos durante un buen trecho.

Oliver apretó la mandíbula y cenó ensimismado, sin participar en las conversaciones triviales de sus compañeros. En cuanto estos se retiraron a fumar, subió los escalones de tres en tres con un plato de galletas y un vaso de leche, y llamó a la puerta de Tessa. Ella la entreabrió y asomó la naricilla.

—¿Se puede saber qué pretende, señorita Dixon? —preguntó,

adentrándose en la alcoba sin pedir permiso.

—No sé a qué te refieres, Oliver —respondió Tessa con aire inocente cerrando la puerta tras él.

—¿No? ¡Cómo se le ocurre deambular por la ciudad sin acompañante! —se notaba a leguas su enojo—. Pudo sufrir cualquier atropello… ¡Hay cientos de maleantes al acecho por las esquinas! —depositó el tentempié en la mesilla y se retiró crispado el pelo hacia atrás—. ¿Cuántas horas hace que no come?

—Tu repentina preocupación por mí me conmueve —dijo con retintín—. Si te quedas más tranquilo, tan solo salí a pasear por las calles colindantes, donde descubrí varias tiendas bonitas y decidí permitirme algún capricho —señaló los paquetes que yacían sobre la cama—. Después perdí la noción del tiempo en una librería, eligiendo algunos títulos que no me resistí a comprar.

—¡Y ha cargado con todo hasta aquí! ¿No sabe que hay mozos que se ocupan de eso?

—No me regañes… recuerda que soy una *pueblerina ligeramente culta* ajena a las costumbres de la capital —le aguijoneó reiterando sus palabras del día anterior con una sonrisa cándida—. Lo cierto es que me dejé sugestionar por el ambiente navideño.

—No pretendí ofenderla con esas palabras desafortunadas —replicó a modo de excusa, suavizando el tono—. Dígame, ¿en qué ha gastado su fortuna?

—¡Oh, en varias prendas preciosas y en libros que pienso añadir a los que me enviaste! Te lo mostraré todo para saber si mis elecciones te agradan.

Se dirigió a los paquetes y desató el lazo rojo que envolvía una caja muy bonita. Extrajo con gracia un exquisito camisón de seda, adornado con encajes y lazos de raso, cuyo delicado diseño era el culmen de la sensualidad. A continuación, extendió sobre la colcha de la cama unas enaguas y un cubrecorsé adornados con puntillas. Se giró hacia él y le miró expectante.

—¿Qué opinas? —inquirió notando fuego en las mejillas.

Oliver carraspeó turbado por el despliegue de lencería femenina y desvió la atención hacia su figura. La *veía* con aquellas prendas; sin embargo, la treta no iba a funcionarle.

—Creo que ha malgastado el dinero —replicó tajante, aferrando con fuerza un pico de tela hasta arrugarlo en su mano quemada. El contraste entre algo tan bello y su piel deteriorada era evidente, y mantuvo el puño en el aire unos instantes para que ella lo mirase.

—¡No estoy de acuerdo! —protestó Tessa, arrebatándole la prenda—. Pienso estrenarlo esta misma noche… será como acostarme en una nube esponjosa. La dependienta me aseguró que suelen comprarlo para su noche de bodas las novias cuyas familias no pueden permitirse

encajes de Bruselas —mintió atolondrada—. Aunque no tengo perspectivas de matrimonio porque el hombre al que amo está casado *y muerto*, no veo motivos para privarme de este pequeño lujo —dijo retadora, con la mirada candente, dilatando al límite la incitación.

—Su descaro no tiene límites, señorita Dixon. Puede provocarme cuanto le plazca, no conseguirá lo que se propone —replicó Oliver arrastrando las palabras, con el pulso tan acelerado que temió claudicar. La pantomima de la joven tenía una finalidad muy clara que él había detectado desde el inicio.

—No es descaro, sino decisión. Te necesito, Oliver —suplicó con los lagos azules de sus ojos a punto de desbordarse—. Te quiero en mi lecho, en mi cuerpo, en mi vida. Regresa a mí, por favor…

Se abrazó con ímpetu al hombre, percibiendo la agitación del pecho donde antaño recostara su cabeza en las noches de pasión vividas en Lockhill. Él la sujetó por los hombros menudos y se inclinó a escasa distancia de su rostro. Tessa anhelaba sus labios; en cambio, Oliver selló sobre ellos las palabras más dolorosas que una mujer enamorada pudiera escuchar.

—Es imposible. Búsquese a otro hombre, a uno que no sea el centro de miradas y habladurías, que mantenga su dignidad incólume, la conciencia ilesa y el cuerpo sin tacha. No entiendo su insistencia… Tal vez me deje en paz si le digo sencillamente que no me concierne su afecto. ¿Me comprende? ¡No la amo, señorita Dixon! —exclamó zarandeándola con levedad.

La soltó y abandonó la alcoba antes de ceder a su deseo y poseerla allí mismo. A punto de cerrar la puerta la escuchó musitar con audacia:

—Embustero…

—¡Cómase las pastas para no caer *derrengada como una damisela lánguida y delicada*!

Por supuesto, Tessa no usó las prendas aquella noche, ni la siguiente. Dio buena cuenta del refrigerio que le había servido y, así, mordisqueando los dulces, tomó conciencia de que, contradiciendo su propia y cruel declaración, Oliver se preocupaba por ella más que nadie en el mundo.

La tarde de compras había surgido de manera imprevista. Había salido a pasear para ordenar sus pensamientos, pero el aire enrarecido por el hedor proveniente del Támesis le desagradó sobremanera. Un lustroso ejemplar de *Cumbres borrascosas* en el escaparate de una librería la incitó a entrar y halló tanta paz entre los estantes repletos de títulos que perdió la noción del tiempo. Finalmente, además del volumen mencionado, adquirió *Los infortunios del reverendo Barton* —de un tal

George Eliot— para regalárselo a Clarence, y un ejemplar del poema de Alfred Tennyson titulado *La dama de Shallot*. El plan de despilfarrar una irreflexiva suma en las prendas íntimas surgió a toda prisa, durante el trayecto de vuelta, dejándose guiar por el criterio de la señora que estaba al frente del comercio. Oliver no advirtió que ella estaba tan estupefacta como él al contemplarlas con detalle en la intimidad del hotel.

A raíz del desencuentro, la maestra se recluyó rechazando las atenciones de la criada y solo aceptó que le sirviera el té a media tarde. Inmersa en su cuaderno, escribía con tesón, enfurecida por momentos, deprimida la mayor parte del tiempo. Se recostaba y no podía reprimir las lágrimas con la lectura de Tennyson, llegando a humedecer tanto una de sus páginas que temió estropearla. La firme manifestación de Oliver le horadaba el alma. «¡No la amo…!». Tessa sabía que mentía. Le había suplicado, pero no estaba dispuesta a hacerlo más. «De un modo u otro, cederá a la verdad. Si no es así, me marcharé, le enterraré de nuevo, pero esta vez… para siempre», meditó angustiada, mientras lágrimas de impotencia se deslizaban por sus mejillas hasta el libro que sostenía en el regazo, calando a la dama de Shallot.

Oliver mantuvo su rutina habitual en el hospital, donde Florence y el doctor Anderson estaban al corriente —a través del cochero— de que Tessa se alojaba en el Road End, pero él no la mencionó ni se excusó por sus cambios bruscos de humor. En opinión de sus amigos, Chambers había pasado de languidecer, sin propósito de vida, a gruñir como un ogro por cualquier nimiedad. La sustitución del vacío por la irritabilidad demostraba que aún había esperanza para él… que mantenía la capacidad de sentir.

La ciudad bullía de gente y la noche de fin de año reunía a las familias alrededor de la mesa para compartir una cena especial, durante la cual se escribían infinitas listas de deseos y propósitos que los asistentes prometían cumplir entre confeti, serpentinas de papel y raudales de felicidad. Los huéspedes del hotel retornaron temporalmente con sus parientes y el edificio quedó deshabitado. Tessa acusaba más que nunca la incomunicación, echaba de menos el taller e, irónicamente, la apatía monótona de Stirling, pero había ido a Londres con la intención de recuperar lo que era *suyo* y no regresaría sin él…

Dispuesta a pasar el fin de año a solas, esa tarde recibió una atenta invitación de la señorita Nightingale para acudir a la reunión que se celebraría en una de las salas acondicionadas para el evento, donde se serviría una cena fría y se realizaría el brindis de rigor. En principio,

la señorita Dixon dudó en asistir; no obstante, cuando la criada le informó de que el doctor Chambers había salido hacía media hora escasa, ataviado con su levita más elegante y evidente prisa, su dilema se esfumó.

«Huyes de mí como si portara la peste negra porque temes quedarte a solas conmigo… ¡Pues esta noche no podrás ignorarme! ¡Tendrás que comportarte como una persona civilizada o quedarás en evidencia!».

Se arregló con esmero todo lo deprisa que pudo, se cubrió con su eterno abrigo de paño, solicitó una calesa y partió hacia la reunión implorando que los nervios no la traicionasen. Al llegar, observó que varias personas conversaban a la entrada del edificio y le identificó al instante: su altura y prestancia le hacían destacar sobre los demás. Tessa estaba a punto de descender del carruaje cuando le vio ofrecer el brazo a una dama muy engalanada que aceptó gustosa su gesto; ambos se sonrieron enfrascados en una conversación que debía ser muy personal, a tenor del acercamiento de sus cabezas. La señorita Dixon se quedó petrificada. La mujer que engarzaba el brazo de Oliver no era otra que Prue, su esposa, y en esta ocasión no había rastro del señor McDougal por ningún lado.

—Señorita, hemos llegado —avisó el cochero al reparar en que la joven no se apeaba.

Tessa, con la mirada fija en la pareja, distinguió cómo él le hablaba al oído y el consiguiente regocijo de Prue acompañado por unas palmaditas afectivas en el antebrazo del que iba asida. El resto de los invitados que les aguardaban escucharon lo que ella manifestó con evidente satisfacción y asintieron sonrientes y encantados con sus palabras. El doctor Anderson tendió la mano a Oliver en un gesto de congratulación y Florence abrazó a Prue con entusiasmo. A todas luces, Tessa sobraba en esa reunión. Algo había cambiado en la actitud de Chambers, quien se mostraba relajado y visiblemente dichoso.

—¡Lléveme de vuelta al hotel! —pidió anonadada, preguntándose por qué Florence la había convidado—. ¡Deprisa, por favor!

El hombre, incomodado porque quería marcharse a casa, arreó al caballo con energía para virar el vehículo frente a la puerta del hospital, provocando el relincho del animal por la repentina flagelación. Pese a su pretensión de pasar desapercibida, algunos rostros se volvieron, entre ellos el de Oliver, que la vislumbró a la perfección pese a que Tessa se había encogido en el asiento con la mirada clavada en las punteras de sus botines.

—¡Señorita Dixon! —la llamada de Prue llegó nítida a sus oídos, y Tessa apremió al cochero para marcharse de allí cuanto antes.

La criada somnolienta se sorprendió al verla de vuelta y le

preguntó si había olvidado algo.

—¡Mi dignidad! —profirió dirigiéndose a las escaleras para encerrarse en aquella habitación que la asfixiaba.

«¡Soy una estúpida! ¿Cómo pude pensar que Prue me deseaba suerte? ¡Cómo diantres olvidé su inquina hacia mí…! ¿Por qué me dio a entender con *El código secreto de las flores* que él era *mío*?». Su mente hervía de rabia porque estaba segura de que la señora Chambers le había transmitido esperanza con la mala intención de arrebatársela con un golpe de gracia maestro. En Stirling consideraban viuda a Prue; solamente Tessa y la señora Kippen sabían que convivía con Alistair McDougal y, ahora, festejaba el fin de año con su esposo resucitado. La joven no entendía nada… Furiosa, arrojó su bolsa de viaje sobre el lecho y comenzó a guardar sus enseres, con el impedimento de que las prendas nuevas ocupaban más espacio de lo que esperaba. Llamó a la sirvienta y le regaló el cubrecorsé y las enaguas con el consiguiente pasmo de la mujer.

—Considérelo un regalo extravagante de Navidad —dijo con apuro antes de despedirla.

A continuación, asumió que faltaban horas para tomar la diligencia. Se acostaría y procuraría no pensar. Divisó el delicioso camisón desparramado por el suelo, se desnudó y se lo puso, retiró el cubrecama y se acostó hecha un ovillo triste y humillado de seda y lazos brillantes en contraste con la sedosa oscuridad de su melena suelta.

El carillón del comedor aún no había marcado las doce cuando golpearon a la puerta. Tessa permanecía desvelada, dándole vueltas a los acontecimientos recientes, recordando los sucesos aciagos que destruyeron sus sueños, añorando a su padre y deseando regresar a su escuela, a su refugio, con la ingenua aspiración de retomar su vida, su lacónica y solitaria existencia, con una nueva perspectiva y algo de valentía.

—¡Sé que estás despierta, puedo ver la luz a través de la ranura! —invocó Oliver con la voz cascada. La había tuteado, derrocando uno de los muros que él mismo había interpuesto hasta ese momento y, aunque su entonación denotaba que había bebido una copa de más, no estaba ebrio.

Tessa se incorporó y apagó la vela de un soplido. Le escuchó reír al otro lado. ¡Cómo había echado de menos su risa socarrona! Pero ahora… no quería escucharla. Se burlaba de ella, de su amor, de su simplicidad. Se levantó y caminó hasta llegar a la puerta con cautela para que la madera del suelo no crujiera.

—Ábreme o la echaré abajo… —susurró Oliver con la boca pegada a la rendija.

—No, vete de aquí. Vuelve con tu esposa —musitó ella de modo

casi inaudible.

—¡Me estás volviendo loco, Tessa! —protestó Oliver quejumbroso.

—Te lo mereces.

—¡Maldita sea! —forzó el tirador al tiempo que empujaba levemente la puerta con el hombro y la puerta cedió con facilidad. Ella retrocedió hasta la mesilla y encendió la vela del candelabro. Allí estaba Oliver, con el lazo de la camisa desanudada, el pelo alborotado y la mirada oscurecida por un velo indescifrable.

—¿Qué pretendes? No es muy cortés por tu parte abandonar a Prue en la fiesta solo para molestarme.

Oliver esgrimió una sonrisa sardónica y avanzó hacia ella elevando los brazos como un Cristo crucificado.

—¡Ah, mi esposa! —soltó una carcajada estentórea—. Te sorprendería conocer el buen entendimiento que mantengo con ella.

—Me alegro por ti, pero no necesito detalles.

—¿De veras? No parecías muy contenta antes, no pareces complacida ahora… —la miró de arriba abajo, como un perro hambriento al que le muestran una liebre ensartada en lo alto de una pica: deseoso, pero incapaz de alcanzarla—. Te sienta muy bien, reluces tentadora… muy bella —apuntó refiriéndose a la prenda de cama.

—¿Qué quieres, Oliver? —atajó Tessa, notando la tensión *in crescendo*—. Esta noche he abierto los ojos a una realidad inimaginable para mí, así que te ruego olvides cuanto te dije. Me marcharé a primera hora de la mañana.

—Mmm… ¿te rendirás sin exigirme de nuevo una explicación? —preguntó sorteando de una zancada el espacio que les separaba.

—No deseo que me reveles nada y menos el motivo de que compartas a tu esposa *viuda* con su amante. ¿Pretendes explicarme que preferiste que creyera que estabas muerto, que olvidaste cómo nos amábamos, a nuestro hijo muerto, a tu monstruoso hermano y a mi pobre padre? —su tono iba en aumento y terminó gritándole—. ¡Explícamelo, Oliver! ¡Explícame cómo se puede olvidar, porque yo no tengo esa capacidad!

# XXV

Tessa, al borde del paroxismo, finalizó la andanada con la voz enervada por el llanto contenido y, dándole la espalda, sin mirarle a la cara, se fue al otro extremo del cuarto con el pecho desbordado de angustia.

—Si lo pienso bien, señor Chambers —dijo más calmada—, a tu lado he experimentado más dolor que amor. Vine a buscarte con el fin de recobrar lo que ambos perdimos y encontré a otro hombre, a un total desconocido. Me ignoras como si nunca nos hubiésemos entregado el uno al otro… me pregunto si alguna vez fuiste honesto conmigo. De pronto te encuentro en compañía de quien destrozó nuestra felicidad… Ya está, esto se termina aquí, no puedo seguir así. Has dejado claro que no me amas, es suficiente… —concluyó fría como un témpano en apariencia, pero hecha trizas por dentro.

Oliver escuchó su sarta de reproches sin interrumpirla, palidecido, mordiéndose la lengua, hasta que la culpabilidad le impelió a exigir.

—Mírame, Tessa —pidió categórico.

Ella se giró y posó sobre él el paño azul de su mirada tensa y fría como una mortaja.

Oliver se sentó en el borde de la cama y se desabotonó la camisa con lentitud. La arrojó al suelo sin apartar la mirada de su rostro. La cicatriz que nacía en su mejilla se ensanchaba y descendía a lo largo de su cuello, por el hombro y el brazo hasta culminar en el dorso de la mano, creando un mosaico de piel rosa y escarlata. La quemadura le había afectado el costado y rodeaba parte de su cintura como el fósil de una serpiente cuyo abrazo mortal había soportado sin sucumbir. El dolor que padeció había quedado impreso para siempre en su cuerpo como un mapa en relieve de la agonía.

Tessa parpadeó varias veces conmovida, sintiendo el fuego en su propia carne. Se acercó a su lado y musitó con dureza:

—Tienes que entender que no me asusta tu aspecto… lamento que sufrieras tanto, pero no me sirve como excusa. Me aterrorizó más la noticia de que estuvieras vivo y lejos de mí, me horroriza que me trates como a una desconocida, pero esto… esto no me asusta en absoluto —acercó su mano allí donde el pecho daba paso a los surcos retorcidos y delineó el contorno con la yema de los dedos—. No me enamoré de tu apariencia ni de tu fortuna. Tampoco eres tan apuesto ni tan rico… —objetó con un mohín sarcástico.

—La razón primordial por la que no regresé no es *esto* —gimió él exhausto—. Es cierto que temo repugnarte… pero me da más miedo y

asco el alivio que me causa la muerte de Elliot. Un hombre decente no alberga este tipo de sentimientos. Lo hace quien se cree invulnerable y calla, miente, se escabulle en la noche y abandona a la mujer que ama al peor de los destinos tras perder un hijo… —las lágrimas se deslizaban amargas por sus pómulos angulosos—. ¿Cómo iba a mirarte sin sentir la culpa punzándome cada vena hasta desangrarme? Soy un cobarde, Tessa… No podía regresar a Stirling después de todo lo que sucedió y me convencí de que estabas mejor sin mí, que seguirías con tu vida, quizás al lado de un hombre que te mereciera.

—Oliver, ahora mírame tú a mí y escúchame bien —exigió ella con los ojos brillantes, a la vez que acomodaba en su regazo para enredar los dedos en su cabello y buscaba su mejilla quemada para besarla—. Te erigiste en guardián de tu hermano porque era débil y estaba enfermo, pero no eres responsable de sus actos… y yo amo tu rostro de cualquier modo —descendió por su cuello, humedeciendo con los labios la nervuda cicatriz que lo cubría—. Quiero rodear tu cuerpo con mis brazos, pero no puedo tolerar…

Oliver se dejaba hacer aliviado y escuchaba absorto, aturdido, percibiendo cómo el lobo que hibernaba en su interior despertaba famélico de Tessa.

—Hay algo que no soportas, ¿verdad? Tal vez que te toque con esta mano deforme —elevó la extremidad marchita y acarició comedido su perfil.

Ella atrapó esa mano entre las suyas, se la llevó a los labios primero y la trasladó a su pecho.

—Me enfurece haber visto a Prue colgada de este brazo que me pertenece —confesó al tiempo que mordía suavemente el lienzo de su bíceps cruzado por líneas rojas y elevadas. Tras el *castigo* pasó los dedos con suavidad, trazando un patrón retorcido—. ¿Te duele? —preguntó temerosa.

Oliver negó con un gesto… el fuego que sentía provenía del deseo que ella había desatado con su tacto. Aun así, alcanzó a insinuar una sonrisa que oscilaba entre irónica y escéptica. Reunió para ella los datos que necesitaba y los expuso con la mayor naturalidad a la espera de contemplar su reacción.

—Prue vive con McDougal en Kensington.

—Lo sé —confirmó Tessa—. Sin embargo, esta noche os vi juntos.

—Le ama mucho, pero no desea contraer matrimonio con él.

—Se la veía feliz y sonriente a tu lado —protestó confusa.

—Más bien maravillada por quitarse a un muerto de encima —dijo con sorna—. Se ha transformado en una mujer exenta de prejuicios. No le importa el qué dirán y vive su vida como le viene en gana. Es benefactora del sanatorio y acude a menudo a visitarlo. De todos modos, agradeció que yo me declarase culpable de adulterio para

zanjar el asunto del divorcio.

—¡Oh! Así que… ya no estáis…

—No. Estaba tan preocupado por el dictamen del tribunal que los dioses me llevarán derecho al infierno por tratarte como lo he hecho, pero temía darte esperanzas en vano. Preferí que te marcharas antes de causarte una nueva decepción…

—¡Debiste decírmelo!

—No quise creerlo hasta que no lo rubricara el juez. Lo he sabido hace unas horas. Ese es el motivo por el cual Prue vino a verme. Es un hecho, soy un hombre libre, Tessa.

—¡De ninguna manera, amigo! Eres mío —la joven percibió que la decepción y la angustia acumuladas desaparecían, dando paso a un sentimiento que le cosquilleaba el alma.

—Siempre lo he sido… —asintió Oliver con la voz estrangulada por la emoción.

La señorita Dixon sintió que la oscuridad se difuminaba en cuanto Oliver la ciñó con fuerza contra su pecho. Sus bocas se buscaron desatando una tormenta de emociones que los dejó sin aliento. Él, que se había hecho a la idea de que nunca la recuperaría, le sujetaba el rostro, le acariciaba el cabello, sin creer aún en la benevolencia del destino. Lentamente, el beso se hizo más profundo y pasional, el tiempo de separación les había privado de ese tipo de fuego que consume los cuerpos sin quemarlos y en el aire flotaba la anticipación de una necesidad desesperada. Oliver le desató los lazos del ridículo camisón y Tessa quedó desnuda ante él, sin barreras que le impidiesen recorrerla con la mirada, las manos, la boca. La tumbó en el lecho y se deleitó besando su cuerpo de arriba abajo. Partiendo del cuello descendió con lentitud, marcando cada retal de piel nacarada con la huella caliente de su lengua. Tessa, plena de júbilo y ansia, se agarraba a sus hombros para no caer al vacío. Sintió que él se detenía en sus pechos e instintivamente cerró los ojos. Oliver colmó de ternura sus pezones, recreándose y girando la lengua alrededor de sus aureolas, trazando un camino húmedo hasta su ombligo para alcanzar y besar el abdomen con una reverencia que contradecía su feroz deseo. Ella se estremecía con el aliento cálido sobre su piel y exigió, presionándose contra él, que no se detuviese. Sus cuerpos reaccionaban, se reconocían y anhelaban. El amante ávido no se contentó y continuó ejerciendo movimientos lentos y deliberados con su boca sobre los suaves y aterciopelados pétalos que albergaban el centro del placer, que demandaba, como una rosa brillante rociada por su excitación, ser tratada con el máximo cuidado, y Oliver se sumergió en ella, notando la presión de sus manos sobre la cabeza. Tessa se arqueó gimiendo y él se detuvo un instante para despojarse de los pantalones.

—Ven a mí —jadeó ella abriendo los brazos en un gesto de total entrega.

Maravillado por el poder que ejercía sobre él, Oliver tomó conciencia de que esa mujer no veía sus cicatrices. Solo había amor en su mirada. Se tendió sobre ella y buscó su boca al tiempo que entraba en su interior, poderoso, con el vigor del hombre que, a su lado, renacía. Los movimientos acompasados de sus cuerpos se fundieron con los gemidos que brotaron estentóreos de sus alientos entremezclados. Tessa se rebeló audaz al girarse para posicionarse sobre él, enterrando con sus manos el sexo endurecido y palpitante en el vergel húmedo que florecía entre sus piernas. Su largo cabello le rodaba por los pechos y rozaba el rostro de Oliver, quien sentía oleadas febriles al contemplar a su amazona indómita cimbrearse sobre él, tan unida a su cuerpo que era imposible discernir dónde empezaba uno y comenzaba otro. Tessa alcanzó la cúspide del clímax experimentando un orgasmo violento, profundo, que la obligó a arquear el cuerpo hacia atrás entre gemidos de placer. En ese instante, él la agarró con fuerza por las caderas y, poderoso, liberó su contención, derramándose en su interior cálido, profuso, desbordado de éxtasis. Ella se tumbó sobre él y permanecieron unidos, estremecidos, percibiendo el sonido de sus corazones acelerados, respirándose, mirándose… sin creer que se habían recobrado el uno al otro. La noche se alargó en una trabazón de piernas, brazos, bocas y palabras susurradas al oído, de caricias tiernas y movimientos mucho menos celestiales, preludios que recreaban el deseo para aplacarlo y recobrar el tiempo perdido. El amanecer los halló desnudos bajo las sábanas y Oliver la hizo suya una vez más, con movimientos lentos, poseyéndola con resolución, manteniéndose unos segundos en su interior para ahogarse en su mirada antes de retroceder y volver a sumergirse en su cuerpo en busca de un goce prolongado, tan íntimo y perfecto que ella, entre jadeos, murmuró en su oído:

—Tú y yo, Oliver… escribimos un maravilloso poema… cada beso es un verso para mi alma… creamos una sinfonía de palabras que no necesitan ser escritas…

Oliver la miró extasiado. Sonrió y la elevó a cotas de placer que, en verdad, no necesitan ser narradas, al tiempo que musitaba sobre su boca:

—Me enloquecéis, tú y tu pasión por los libros, señorita Dixon… nunca renunciaré a crear contigo nuestra propia historia… ¿Me sientes dentro de ti?

—Sí, amor mío.

—Pues este es el primero de muchos capítulos… —aseveró fogoso.

Tessa despertó bien entrada la mañana impregnada de Oliver, de su aroma, de sus huellas amorosas, satisfecha como una gata que acabara de beberse a hurtadillas un tazón de nata. Sobre la almohada reposaba una nota apresurada, informándole de que se ausentaba un rato para ir al sanatorio y resolver unos asuntos importantes antes de regresar a su lado. Firmó con un *Te quiero*. Tessa se llevó a los labios el minúsculo pedazo de papel y lo besó. Amó ese insignificante y breve manuscrito más que a cualquiera de sus libros más queridos. Se sentía eufórica. Saltó del lecho con prisa y llamó a la criada para que le preparase un baño caliente que disfrutó rememorando cada caricia, cada instante vivido durante la noche. Una vez aseada, la impaciencia le corroía y fue en pos de él. «No puedo olvidar a la señorita Nightingale y al doctor Anderson; debo agradecerles su intervención porque sin ellos nunca le hubiese recuperado…», pensó avanzando por los corredores del hospital hasta llegar a la puerta tras la cual sabía que Oliver desempeñaba su labor. Le pediría que la acompañase a saludarlos. A punto de llamar con los nudillos, escuchó una voz conocida que le produjo un estremecimiento. Se quedó paralizada y, en contra de sus principios, aguzó el oído para captar la conversación que se desarrollaba entre el doctor Chambers y una paciente.

—¡Oh, esta mañana te veo formidable! Tal parece que has estado refocilándote como un puerco en la mierda, querido mío… —la voz inconfundible y repulsiva de Lothia contenía un matiz lascivo al pronunciar el comentario insultante.

Tras un silencio, la réplica de Oliver dejó a Tessa anonadada.

—No hay un cerdo más feliz que yo en la faz de la Tierra.

—¡Por tus palabras deduzco que has usado la polla con eficacia! —la risa descontrolada resonó con sorprendente fuerza en la sala—. Espero que se la hayas clavado bien a fondo, bien tiesa y dura, como te enseñé que debes meterla.

—Por supuesto, baronesa, no recibí ninguna queja de mi mástil. Escúcheme bien, le confiaré un par de detalles…

Tessa notó cómo la acometía una oleada de indignación. Se llevó las manos a la boca para reprimir un grito y retrocedió sobre sus pasos. Tenía que salir de allí. Se cruzó con Florence, quien trató de detenerla, pero Tessa no la escuchó. Corrió hacia la calle y huyó del lugar antes de que su estómago la traicionase en plena vía pública. En menos de una hora había ido y regresado al hotel y, con la misma prontitud, preparó el equipaje y abandonó Londres. En la habitación, hecho pedazos, dejó el cuaderno en el que se refugiaba escribiendo, volcando en él sus más sinceros sentimientos a lo largo de un periplo amargo que duraba demasiado. Lo arrojó con rabia sobre la cama, sin importarle dejarlo desahuciado…

# XXVI

# EL TALLER DE LOS LIBROS DESAHUCIADOS DE LASEÑORITA DIXON

Retomó su vida en Stirling sin rendir cuentas a nadie, percibiendo las miradas inquisitivas de Roston, Clarence y Carpenter cuando, uno tras otro, acudieron a visitarla, pero ninguno se atrevió a preguntar qué había sucedido en Londres. No hacía falta ser muy observador para advertir el decaimiento de Tessa, su aire ausente, sus ojos enrojecidos. La noticia de que el heredero de Lockhill Manor no había muerto en la India se había propagado por el pueblo el mismo día de su partida, y la señora Kippen, quien se veía afectada por los rumores maledicentes sobre Prue, salió al paso para dejar bien claro que el comportamiento del caballero no había sido decente al ocultar que estaba vivo. Desde el mostrador del almacén hizo saber a todo quisque que, debido a este y otros motivos que afectaban al honor de su hija, Prue no había tenido más remedio que solicitar un divorcio muy merecido. Muchos de sus interlocutores se mostraron escépticos ante sus palabras airadas, otros apoyaron su causa con cierta mofa y varios clientes habituales, hastiados de sus comentarios enquistados, prefirieron hacer sus compras en otra población. Ella no tenía un pelo de tonta y fue consciente de su pérdida paulatina de credibilidad, sobre todo porque la caja de Pandora que ella misma había abierto le había estallado en la cara. Todos, en mayor o menor medida, tuvieron conocimiento de la conspiración que había tejido en torno a Oliver Chambers y los motivos por los que él se dejó manipular. A ciencia cierta, nunca se averiguó quién había desvelado la verdad al desnudo: tal vez un sargento harto de hipocresía, un mayordomo seguro de la honradez de su señor o una muchachita avispada preocupada por su mentora…

Los días posteriores a su llegada, las simpatías hacia Tessa Dixon se hicieron patentes con el incremento de las visitas a su biblioteca particular. La veían como a la heroína superviviente de una de aquellas historias de damiselas en apuros que reflotaban su destino con la mayor dignidad, solidarizándose interiormente con la joven fuerte que había enfrentado un sinfín de calamidades sin desfallecer; por otro lado, su historia de amor truncada suscitaba suspiros afligidos en las muchachas más jóvenes.

Tessa no prestó oídos a los comentarios. Aún no se había recuperado de la última traición de Oliver y deambulaba distraída en sus pensamientos, organizando el aula para iniciar las clases tras las festividades navideñas. En apariencia se mantenía firme, ostentando una serenidad que estaba lejos de conseguir; por dentro, sin embargo, bullía colérica, preguntándose una y otra vez los porqués. «¡No entiendo su comportamiento! Su obscenidad me salpica y me siento tan sucia… tan enfurecida… que le abofetearía hasta abrirle en canal la maldita cicatriz de la cara. ¿Cómo osó abandonar mi cama para correr hacia esa mujer espantosa y mantener una conversación sobre mí en esos términos? ¡Maldita sea mi calavera hueca! ¿Cuándo dejaré de tropezar con la misma piedra?».

Tres días después de su regreso, la señora Kippen se presentó en su puerta con un rictus acre y la cofia torcida de tanto como meneó la cabeza por el camino.

—Señorita Dixon, debe poner fin a esto de inmediato —le espetó resentida.

—No tengo el remedio para su crispación, señora —replicó afilada la maestra.

—¿Cómo dice? —preguntó irritada la tendera, mostrándole un paquete reconocible de lejos—. ¡Le ruego que indague quién es su proveedor anónimo y le ordene que no me utilice como recadera! No dispongo de tiempo para sus tonterías.

Tessa, que esperaba otro tipo de recriminación, se obligó a contener la respuesta malsonante que pugnaba por salir de su garganta, cogió el libro —porque no cabía duda de que se trataba de otro libro— y le cerró la puerta en las narices.

La señora Kippen se marchó indignada, mascullando algo sobre la falta de educación que campaba por Stirling de un tiempo a esta parte y que, de no poner remedio a tanta barbarie, el mundo se iría al traste.

La maestra se acercó al fuego del hogar, dispuesta a arrojar el libro sin desembalarlo. No quería, no necesitaba más libros enviados por un canalla como él. El juego no tenía gracia, resultaba desalmado y dañino. A punto de tirarlo, se rindió a la evidencia: ella jamás podría quemar un libro.

—Se lo regalaré a Clarence, pero… —farfulló entre arisca y dubitativa— antes me aseguraré de que es apto para ella.

Con esa débil excusa desgarró el papel que envolvía un reluciente volumen de piel marrón, con las cubiertas ornamentadas por delicadas filigranas doradas que le otorgaban un carácter exclusivo y bellísimo. Lo volteó para saber a qué autor había embaucado en esta ocasión y se quedó de piedra. Necesitó comprobarlo varias veces para cerciorarse de que sus ojos no la engañaban y, en efecto, las palabras prístinas y recién impresas reflejaban sin atisbo de duda que el tomo

se titulaba *El taller de los libros desahuciados de la señorita Dixon.* Desconcertada, se acomodó en una silla para indagar en su contenido y, con manos trémulas, lo abrió sin pestañear para descubrir que Oliver había escrito con trazo firme unas breves palabras en la guarda interior: *Olvidaste tu cuaderno en Londres. Me he tomado la libertad de recomponerlo y añadir un párrafo a tu historia. Sé buena, amor mío, y léelo. Te espero en Lockhill. Te quiero. Oliver.*

Según avanzaba por las páginas, Tessa reconoció cada palabra, cada frase, cada capítulo de su vida desde que se produjo el terrible incendio que le costó la vida a lord Chambers y al señor Dixon. Se sonrojó intensamente. ¡No omitía ni un punto ni una coma! Inspeccionó los párrafos donde describía con detalle sus primeras impresiones sobre él, sus encuentros posteriores, la pugna que mantuvo por salvar los residuos de la torre, el paulatino acercamiento, el profundo amor que nació entre ambos, su bebé nonato, la perversa naturaleza de Elliot y Lothia, la desdicha de Prue, la bondad de sus reducidas amistades, el chantaje de la señora Kippen, el dolor de creerle muerto, su última decepción… ¡Todo estaba impreso en aquel libro! La señorita Dixon, *escritora* por la necesidad de aliviar su corazón, incluso había plasmado con prodigalidad la plenitud de sus momentos más íntimos.

Sin embargo, el texto que *a priori* rasgueó como un diario personal, hacía tiempo que le permitía liberar su creatividad siguiendo los dictados de una imaginación fértil para argumentar y reconstruir lo que pudo suceder en aquellos momentos en los que no estuvo presente. La joven, estupefacta, tomó conciencia de que había escrito una novela con una buena dosis de veracidad y otra de franca inventiva.

Tessa cerró el libro con el peso de su contenido asfixiándola de pudor. Tras un breve intervalo para asimilarlo, pasó con rapidez las páginas con la yema del pulgar, creando un susurro suave y rítmico que resonó en la salita, hasta llegar al final, donde encontró cuanto Oliver había añadido. Lo leyó con atención, percibiendo cómo la inundaba una profunda paz y un pellizco de culpabilidad…

> *Oliver se sentía renacido a su lado. La observó mientras dormía sin creer que la había recuperado, amándolo sin prejuicios o rencor, y supo que había llegado el momento de salir del agujero donde se había encerrado, de olvidar el pasado, los remordimientos y comenzar a vivir. Tras dejarle una escueta nota sobre la almohada se escabulló unos instantes para*

*presentar su renuncia y despedirse de la señorita Nightingale y de su buen amigo, el doctor Anderson.*

*—Tengo que pedirte un favor antes de que te vayas —le dijo su colega—. La pasada noche trajeron a una prostituta en un estado pésimo. No creo que podamos hacer nada por ella, pero necesito tu opinión al respecto.*

*Incapaz de negarse, se dirigieron a la sala donde examinaban a los enfermos y Oliver se quedó perplejo al ver a Lothia enfundada en una camisa de fuerza que solo se utilizaba en casos extremos.*

*—Es por su propia seguridad —indicó el doctor Anderson—. Aunque carece de toda energía, intentó cortarse con unas tijeras quirúrgicas en un descuido de las enfermeras. Presenta un cuadro delirante, agresivo y no puede caminar, además de los accesos epilépticos que la acometen.*

*Lothia entreabrió los ojos al distinguir las voces masculinas en la sala y una mueca semejante a una sonrisa se esbozó en su rostro deteriorado.*

*—¡Qué ven mis ojos! —exclamó zarandeando el cuerpo de un lado a otro para liberarse de sus amarres—. ¿Dónde has estado, príncipe de mis entrañas? ¡Sácame de aquí y volvamos a Sebastopol, hijo mío!*

*Oliver supo al instante que la mente enferma de la mujer asociaba su imagen a la de su hermano hasta el punto de tomarle por Elliot.*

*—Sin duda, su enfermedad se asienta en el cerebro. Padece el gran mal asociado al consumo de opio —diagnosticó Chambers acercándose a ella para examinarla.*

*De súbito, recibió una andanada de palabras soeces que no le afectaron en absoluto. Verla en aquel estado de ruina no le satisfizo, aunque tampoco sintió un ápice de empatía. Esa mujer era la causante tanto de la destrucción moral y física de su hermano como de su propia desgracia e infelicidad, y se sintió despojado definitivamente de la gran carga de culpa que portaba a las espaldas.*

*—Síguele la corriente, presiento que está a punto de sufrir otro ataque —murmuró el doctor Anderson en voz tenue.*

*Oliver replicó del modo burdo en que lo hizo y, acercándose a su oído, musitó algunas palabras más que su colega no alcanzó a escuchar.*

*—Escúcheme bien, le confiaré un par de detalles… —bajó la voz para añadir—: el barón de Clegg, Elliot, mi hermano, está muerto, Lothia. Ya no puedes manipularle, no haréis daño a nadie más y el mundo será un poco mejor sin*

*vuestra presencia, porque estás acabada, al igual que él. Tu viaje está a punto de terminar y no diré que lo siento; tú misma forjaste el camino hacia la destrucción arrasando todo a vuestro paso —dijo rotundo, con la certeza de que en otra época le hubiese afectado pronunciar esas sentencias sobre la muerte de su hermano. Sin embargo, una vez expresadas, le dio la espalda para intercambiar con su colega los posibles tratamientos que podían aplicarse a su caso y despedirse de él.*

*Lothia, pese a su pérdida de lucidez, reconoció su voz y comprendió por un ínfimo instante la realidad. La enferma acusó el golpe con la pérdida del uso de la palabra. Parecía ahogarse, la boca se le llenó de espuma, sus dientes rechinaron, sus manos se agarrotaron y, mientras evacuaba excrementos, perdió el conocimiento entre fuertes convulsiones con los ojos extraviados. Ambos médicos hicieron cuanto estuvo en sus manos para salvarla sin éxito. Lothia falleció contorsionada, biliosa, como una última manifestación de lo miserable que había sido su vida.*

*La señorita Nightingale irrumpió alarmada en la pieza. Constatando que nada se podía hacer, impartió las instrucciones pertinentes para que se retirase el cuerpo sin vida de la mujer. Tras recobrar la calma, preguntó a Oliver qué rayos había sucedido con Tessa.*

*—¿Tessa? —preguntó él con asombro—. Está en su alojamiento.*

*«Esta mañana dormía plácidamente entre mis brazos».*

*—No, la he visto salir despavorida. Apenas pude intercambiar dos palabras con ella. ¿Qué sucede, Chambers? Espero que no haya presenciado nada. Para una persona poco habituada, estos episodios entrañan una dureza extrema —añadió la enfermera.*

*Oliver, con un presentimiento escalofriante, recapacitó unos segundos y la incógnita se despejó por sí misma: la joven había escuchado los comentarios de Lothia y su contestación… o parte de ella.*

*El malentendido provocó la estampida de la maestra y la consiguiente alteración de Oliver, quien se disponía a seguirla de inmediato cuando descubrió el cuaderno despedazado en el cuarto del hotel. Lo recompuso y leyó consternado, con un nudo en el pecho que apenas le permitía respirar, y tomó una decisión de la que, en parte, se arrepentía por la demora que supuso en su partida. Acudió a Prue para que, a través de sus amistades, le indicase dónde hallar la mejor imprenta de la ciudad. Ella, como bien intuyó Tessa, había sido el artífice imprescindible para que*

*Chambers le enviase los libros dedicados por los autores; había confiado en redimir sus errores al ayudar a su marido a recuperar el amor del que tanto ella como su madre le habían privado.*

*El trabajo de impresión llevó su tiempo y Oliver estuvo a punto de enloquecer de impaciencia. Se preguntaba si merecía la pena esperar por el encargo que había realizado llevado por un impulso, o si debía partir enseguida. En cuanto el libro de Tessa estuvo listo, salió hacia Lockhill Manor, donde la esperaba agitado, sin soportar la idea de que ella no apareciera, de que su amor se perdiera en la nada…*

Tessa finalizó de leer el texto que él había añadido con la certeza de que, huyendo sin más, se había comportado como una loca. ¿Por qué no abrió aquella puerta e interrumpió el inmundo coloquio? El horror había nublado su raciocinio y su primera resolución fue desaparecer. Echando la vista atrás, los errores que habían afectado su existencia siempre habían sido sellados por subterfugios y tergiversaciones, cuando los remedios para evitarlos no eran otros que la sinceridad, el acercamiento y la comunicación. El amor de Oliver… era real.

El libro no tenía un final, se extendía con numerosas páginas en blanco a la espera de ser revestidas de tinta. Los ojos de la señorita Dixon centellearon de dicha y no le hizo esperar más. Aferró el volumen y recorrió el camino hasta la casa de la colina con paso vaporoso, respirando a bocanadas. Cuando traspasó la entrada de Lockhill su corazón rebosaba de esperanza con latidos que dejarían mudo al yunque de un herrero. No se extrañó de que Roston la recibiera con una amplia sonrisa para indicarle sin dilación que el señor se había *atrincherado* en la pequeña dependencia donde tantas veladas habían compartido. La joven no necesitó recorrer el pasillo hasta la salita. Oliver, atento al mínimo rumor en una casa tan silenciosa, salió raudo a su encuentro, descamisado, con el rostro cetrino y los puños crispados… pero en cuanto sus ojos se encontraron toda la desesperanza desapareció, reemplazada por una oleada de alivio. Avanzó hacia ella y sin mediar palabra la abrazó con fuerza, sintiendo el calor de su cuerpo contra el suyo. Tessa llevaba el libro pegado al pecho y ambos fueron conscientes de que habían llegado al punto culminante de su historia. Estaban listos para enfrentarse al último desafío que no era otro que el de dejar atrás el pasado para amarse sin importar lo que el destino les deparase.

—¿Te ha gustado? —preguntó él con un matiz áspero, como si estuviese luchando contra las lágrimas e intentase ocultar su vulnerabilidad sin sonar quebradizo.

—Es nuestra historia… nuestra voz, nuestra razón de ser —replicó Tessa en un suspiro—. No sé si hallaré las palabras correctas para expresar la intensidad de lo que siento ahora.

—No tengas prisa, señorita Dixon, tenemos toda la vida para escribir el epílogo —dijo Oliver, quitándole el libro de las manos para depositarlo en las de Roston que, *casualmente*, pasaba por allí para asegurarse de que *todo iba bien* y que desapareció inmediatamente.

Tessa acarició su mejilla con una ternura que iba más allá de cualquier descripción que pueda hacerse, y él besó aquella mano pálida y trasladó después toda su efusión a los labios de la joven. Sus bocas se unieron en una danza sensual, mientras las manos de Oliver se entrelazaron en la nuca, el cuello, la espalda y la cintura de la muchacha, buscando más cercanía, más intensidad. En medio de la tormenta de emociones, él la tomó en brazos, levantándola como si fuese una pluma, para llevarla a su alcoba con paso rápido y seguro, y compartir la primera de muchas noches de pasión plenas de esperanza, sueños y palabras no dichas de una historia que se había escrito a lo largo de cientos de páginas y que, ahora, culminaba en un final de unión y deseo.

Al amanecer, Tessa dibujó con la yema de sus dedos algunas palabras sobre la espalda desnuda de Oliver y él se giró riendo para admirar su rostro luminoso.

—¿Lo has descifrado? —preguntó Tessa con la mirada entornada y una sonrisa radiante de felicidad.

—Por supuesto, amor mío, *te leo* con todos mis sentidos… —soltó una carcajada y le hizo el amor una vez más, como ella le había pedido por escrito sobre el lienzo de su piel.

# EPÍLOGO

*El taller de los libros desahuciados de la señorita Dixon* nunca estuvo disponible para los lectores de la pequeña biblioteca de Stirling, permaneciendo atesorado durante muchos años en la torre reconstruida y repleta de nuevos y fascinantes libros de Lockhill Manor. La casa de la colina se transformó en un hogar acogedor y cálido, con dos chiquillos correteando y llenando las estancias de risas y vida hasta que, al anochecer, pedían a sus padres que les leyesen un sinfín de cuentos para dormirse arrullados por sus voces. Oliver y Tessa nunca se negaron.

Tessa Chambers, antaño señorita Dixon, vio con orgullo cómo Clarence la sustituía como maestra del pueblo y se convertía en una joven bonita, instruida y gentil, a quien su madre trataba con respeto y admiración.

La señora Kippen, viéndose relegada al más absoluto ostracismo, se trasladó a Londres, donde no tuvo más remedio que aceptar el estilo de vida que su hija —enamorada y correspondida por Alistair— había elegido libremente. Llegó a aficionarse a las lecturas públicas que diversos autores ofrecían e identificó su comportamiento con el de muchos personajes malvados creados por la literatura, comparaciones que le facilitaron distintas y denigrantes reflexiones personales y algún que otro remordimiento pasajero.

El sargento Carpenter, dedicado a cultivar rosas, visitaba con frecuencia a su viejo amigo Roston, quien al frente del servicio de Lockhill ejercía un efecto balsámico sobre las doncellas atribuladas por afectos imposibles, refiriendo que, tiempo atrás, había conocido a una pareja cuyo amor se elevó y triunfó por encima de todas las desdichas imaginables.

Finalmente, el libro de Tessa fue descubierto —por casualidad— muchos años después por uno de sus nietos, quien decidió que era merecedor de ser publicado con una emotiva introducción:

> *Querido lector, antes de que inicies el viaje a través de las páginas de esta historia, quiero que sepas que cada palabra, cada frase, cada personaje, han sido creados con mucho amor. Espero que sientas ese amor mientras lees…*

# NOTAS DE LA AUTORA

La violación es un delito sexual que consiste en forzar a una persona a mantener relaciones sexuales sin su consentimiento. Es un acto de agresión habitual en la violencia de género. Si eres víctima de cualquier abuso sexual, acoso u hostigamiento sexual, violación, violencia de pareja o violencia familiar, denuncia y pide ayuda en los siguientes números de teléfono:

**016.** El Ministerio de Igualdad, por medio de la Delegación del Gobierno de España contra la Violencia de Género, presta un servicio telefónico de información, asesoramiento jurídico y atención psicosocial inmediata por personal especializado a todas las formas de violencia contra las mujeres.

**112.** Es el teléfono único de emergencia para toda la Unión Europea. Se puede comunicar cualquier emergencia, ya sean del ámbito de auxilio y rescate, sanitario, de tráfico y seguridad. Tiene ventajas definidas desde su origen como la gratuidad y facilidad de localización de las llamadas.

La sociedad de la era victoriana (período histórico comprendido entre 1837 y 1901) estuvo marcada por una evidente diferencia entre clases sociales, junto a un delimitado comportamiento social. El sexo femenino sufrió una brutal represión sexual y las mujeres eran infravaloradas y consideradas responsables de todos los males sociales de la época. Por esta razón, un personaje como Tessa Dixon, con ideas propias y cierta independencia, no sería aceptado con facilidad en dicha época.

Las escuelas rurales estaban formadas por cuatro paredes y un tejado, así como los materiales más básicos para impartir las clases. Albergaban en una misma habitación a alumnos de todas las edades, donde niños y niñas compartían el espacio sin separación por sexos; la única división consistía en la creación de pequeños grupos de

colegiales según su nivel escolar. Algunas escuelas con mayor número de alumnos tenían dos puertas de entrada y salida: una para las niñas y otra para los niños, aunque en el interior todos estuvieran en la misma clase. La mayoría de los maestros eran hombres. En las zonas rurales, eran las propias familias las que habitualmente aportaban una pequeña cantidad para pagar su salario, además de proporcionarle un lugar donde vivir. Aquellas familias que no podían aportar dinero en metálico pagaban con productos de su huerto, su granja o con servicios propios de su oficio.

La maestra era una mujer con una imagen muy alejada de la que ofrecían las serias institutrices. Para poder ejercer de profesora tenía que ser soltera; en el momento en que una maestra contraía matrimonio, tenía que dejar su trabajo. Y, en cuanto a la educación superior, le estaba prácticamente vedada; solo a partir de 1848 se admitió la asistencia a la Universidad de Queen a aquellas mujeres que quisieran dedicarse a la enseñanza.

Los incendios eran habituales en la época en que se desarrolla esta novela debido a las velas, cerillas y lámparas de aceite que se usaban para alumbrar las casas. La electricidad se instaló en el mundo occidental a finales del siglo XIX; no obstante, en Inglaterra su irrupción fue muy lenta. La razón se encuentra en que muchos británicos tenían verdadero pánico a esta nueva energía, tanto que en algunas casas no entró hasta los años 40 del siglo XX.

Las quemaduras resultarían incompatibles con la vida en un caso como el del anciano de esta novela.

Durante la época victoriana, salir de un mal matrimonio era prácticamente imposible ya que, socialmente, el divorcio estaba muy mal visto y las causas para solicitarlo eran muy limitadas. La mujer debía soportar con resignación la violencia sexual, el control total, el abuso verbal, la crueldad e incluso las privaciones económicas. A partir de 1839 empezaron a cambiar algo las cosas, aunque muy lentamente. Prueba de ello es que hasta 1857 no se reconoció la violencia como causa de divorcio; hasta 1870 las mujeres no pudieron disponer de sus propios salarios; y, hasta 1878, no se reconoció el derecho a recibir una pensión de manutención por parte del cónyuge para la mujer y los hijos reconocidos. Por este motivo, el divorcio de Oliver y Prue hubiese sido casi imposible de alcanzar con rapidez y éxito.

Las obras literarias citadas en esta historia fueron publicadas por entregas en su mayor parte a través de periódicos y revistas de la época, o divididas en varios volúmenes. Es casi improbable que una

biblioteca como la de Lockhill Manor albergase libros tan coetáneos de los protagonistas.

El extracto del poema de Emily Brontë que Tessa lee al anciano pertenece a *El viejo estoico*, publicado en una compilación de poemas publicada en 1846 por Ellis, Acton y Currer Bell, seudónimos masculinos bajo los que escribieron las hermanas Brontë. Desgraciadamente, solo se vendieron dos ejemplares. Para las fechas que manejamos en esta historia, ya se conocía la verdadera identidad de estas autoras.

Todos los libros que Oliver envía a Tessa de forma anónima fueron publicados entre 1857 y 1858.

Tal vez en esa época existiese un libro titulado *El código secreto de las flores*; sin embargo, el que aquí menciono es de mi invención.

Florence Nightingale nació el 12 de mayo de 1820. Cada 12 de mayo, coincidiendo con el aniversario de su nacimiento, se celebra el Día de la Enfermería. En 1853 asumió el cargo de superintendente en el Instituto para el Cuidado de Señoras Enfermas —mujeres sin techo, en realidad—, puesto que ocupó hasta octubre de 1854. En esta institución londinense realizó algunas mejoras, como la instalación de agua caliente en las habitaciones o el emplazamiento de un ascensor. Se encargó, además, de encontrar casas de convalecencia para buscar trabajo a aquellas mujeres que salían del hospital.

Entre octubre de 1853 y febrero de 1856 se desarrolló la guerra de Crimea, conflicto bélico entre el Imperio ruso —en aquel momento en manos de la dinastía Románov— y la alianza del Reino Unido, Francia, el Imperio otomano y el Reino de Piamonte y Cerdeña. El 21 de octubre de 1854, Florence y un equipo de treinta y ocho enfermeras voluntarias —muchas de ellas inexpertas y entrenadas personalmente por Florence— partieron hacia el frente. Los suministros médicos escaseaban, la higiene era lamentable y las infecciones abundaban. No se contaba con equipamiento apropiado para procesar los alimentos de los pacientes y, además, la comida era insuficiente. Durante el primer verano de Florence en el campo de batalla, algo más de cuatro mil soldados perdieron la vida; fallecieron diez veces más soldados por enfermedades como tifus, fiebre tifoidea, cólera y disentería que por heridas. Ella ordenó la limpieza de los vertederos contaminantes y mejoró la ventilación del hospital. A partir de esas medidas el índice de mortalidad bajó

rápidamente. Al finalizar la guerra, Florence Nightingale —recibida como una auténtica heroína en su país— comenzó a ser conocida como *la dama de la lámpara* a causa del poema *Santa Filomena,* de Henry Wadsworth Longfellow, publicado en 1857. Cuando estalló el motín indio en 1857, Nightingale se ofreció a partir inmediatamente hacia la India para ayudar, pero sus servicios no fueron necesarios. Esta revuelta, también conocida como la rebelión de los cipayos, comenzó con la insurrección de las tropas indias estacionadas cerca de Delhi. Como resultado, la actitud de los británicos hacia el dominio ejercido sobre la India cambió, disolviéndose la Compañía Británica de las Indias Orientales, iniciándose el periodo durante el cual el Reino Unido gobernó directamente el subcontinente indio y poniendo fin al imperio Mughal.

Un aborto espontáneo como el que sufre la protagonista de esta novela era algo muy peligroso en la época en que se desarrolla. La mujer podía morir a causa de una infección o a consecuencia de una hemorragia si el médico no era capaz de detenerla. El peligro iba en aumento dependiendo del periodo de gestación de la mujer al abortar. Hay que tener en cuenta que, en aquel entonces, no existían las medicinas de las que disponemos hoy en día: si la mujer sangraba y existía un riesgo real de aborto, se le recomendaba que se acostara y no se levantara.

El opio es un narcótico no sintético sumamente adictivo que se extrae de la planta de la adormidera o amapola real. Desde el siglo XVII, el uso medicinal del opio en Europa se extendió y dio paso al hábito, ya fuese bebido o fumado. El opio adquirió una reputación de medicina casi milagrosa que no solo reparaba la salud, sino que proporcionaba un gran bienestar, generando la adicción de unos consumidores cuyas supuestas enfermedades no eran más que un pretexto para tomarlo.

La enfermedad de la epilepsia, o *gran mal,* se intentó paliar con centenares de procedimientos —la mayoría empíricos—, constatándose la inutilidad de todos ellos. Se emplearon elementos como el zinc o la plata con sus consiguientes efectos secundarios —y mortales en algunos casos, como el argirismo—, así como las sangrías, los catárticos, los baños, la cauterización, las escarificaciones, las amputaciones, las divisiones de nervios y multitud de fármacos, además de la trepanación.

El Gran Hedor o la Gran Peste fue un periodo en el verano de 1858 durante el cual el olor de residuos humanos no tratados y vertidos al río Támesis fue muy penetrante en el área central de Londres. Aunque la protagonista de esta novela viaja a la ciudad durante el invierno, me he tomado la licencia de añadir esta circunstancia al argumento.

La comida victoriana estaba llena de aditivos que eran venenosos o peligrosos para la salud, como el cristal molido en el azúcar, el plomo rojo en el queso o la tierra en el chocolate. Incluso se usaban productos como la cal o el sulfato de mercurio para abaratar los costes de producción y aumentar los beneficios.

Los personajes y hechos narrados en esta novela —a excepción de Florence Nightingale— son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.